Nuevas Aventuras De Robinson Crusoe

Daniel Defoe

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 9336

Título: Nuevas Aventuras De Robinson Crusoe
Autor: Daniel Defoe
Etiquetas: Aventura, Drama, Viajes

Editor: Brian
Fecha de creación: 25 de noviembre de 2026
Fecha de modificación: 25 de noviembre de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ des Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info

Capítulo I: Regreso A La Isla

Aquel sencillo refrán, tan repetido en Inglaterra —"Lo que se lleva en los huesos no se pierde en la carne"—, nunca encontró una confirmación más evidente que en la historia de mi vida.

Cualquiera habría pensado que, después de treinta y cinco años de sufrimientos y de una sucesión de desgracias como pocos hombres, si es que alguno, habían padecido, y tras casi siete años de paz y bienestar en medio de la mayor abundancia, mi inclinación natural a andar errante se habría extinguido. Al fin y al cabo, había llegado ya a la vejez y había tenido ocasión de conocer las distintas condiciones de la vida y de descubrir cuál era la más adecuada para hacer plenamente feliz a un hombre. Aquella inclinación, de la que hablé al comenzar mi vida en el mundo y que entonces dominaba tan poderosamente mis pensamientos, debería haberse apagado después de todo lo vivido. A mis sesenta y un años, cabía esperar que estuviera más dispuesto a quedarme en casa que a seguir arriesgando mi vida y mi fortuna.

Más aún: en mi caso había desaparecido el motivo habitual de las aventuras en tierras extranjeras, pues ya no tenía fortuna que hacer ni nada que buscar. Si hubiese ganado diez mil libras, no habría sido más rico, porque ya poseía lo suficiente para mí y para aquellos a quienes debía dejárselo; además, mis bienes aumentaban visiblemente. Como no tenía una familia numerosa, no podía gastar las rentas de mi patrimonio, a menos que me decidiera a llevar una vida costosa, con una familia grande, criados, carruajes, diversiones y cosas semejantes, por las que no sentía interés ni inclinación alguna. Así pues, no tenía nada que hacer salvo quedarme tranquilo, disfrutar plenamente de lo que había conseguido y verlo crecer día tras día en mis manos. Sin embargo, nada de todo esto surtía efecto en mí, o al menos no lo suficiente para contrarrestar el fuerte deseo de volver a viajar al extranjero, que se aferraba a mí como una enfermedad crónica. En particular, no podía quitarme de la cabeza el deseo de visitar mi nueva plantación en la isla y la colonia que había dejado allí. Soñaba con ello durante toda la noche y mi imaginación se

ocupaba del asunto durante todo el día. Era lo primero en mis pensamientos, y mi fantasía trabajaba en ello con tanta constancia y fuerza que llegaba a hablar del tema mientras dormía. En suma, nada podía apartarlo de mi mente: se imponía con tanta fuerza en todas mis conversaciones que las volvía tediosas, pues no podía hablar de otra cosa. Todo lo que decía acababa girando en torno a aquello, hasta resultar inoportuno, y yo mismo me daba cuenta.

He oído decir muchas veces a personas de buen juicio que todo el revuelo que se arma en el mundo en torno a fantasmas y apariciones se debe a la fuerza de la imaginación y a la poderosa acción de la fantasía en la mente; que no existen tales apariciones espirituales ni fantasmas que vaguen por el mundo; y que las personas, al rememorar con afecto las conversaciones que tuvieron en el pasado con sus amigos fallecidos, las recrean con tanta viveza que, bajo ciertas circunstancias extraordinarias, llegan a imaginar que los ven, que hablan con ellos y que estos les responden, cuando, realmente, no hay en todo ello más que sombras e ilusiones, y quienes lo experimentan no saben verdaderamente nada del asunto.

Por mi parte, hasta el día de hoy no sé si existen realmente apariciones, espectros o espíritus que sigan vagando después de la muerte, ni si en las historias que nos cuentan sobre tales cosas hay algo más que el producto de delirios, mentes enfermas y fantasías errantes. Pero sí sé que mi imaginación llegó a exaltarse tanto y me sumió en semejante estado de agitación, o como quiera llamarlo, que a menudo me creía de verdad en el lugar mismo, junto a mi antiguo castillo, detrás de los árboles. Veía a mi viejo español, al padre de Viernes y a los marineros desalmados que había dejado en la isla. Es más, imaginaba que hablaba con ellos y los miraba fijamente, aunque estaba completamente despierto, como si fueran personas situadas justo delante de mí; y esto ocurría hasta tal punto que a menudo acababa asustándome de las imágenes que mi fantasía me representaba.

En una ocasión, mientras dormía, el primer español y el padre de Viernes me relataron con tal viveza las maldades de los tres marineros piratas que resultaba asombroso. Me contaron cómo habían intentado asesinar bárbaramente a todos los españoles y cómo habían prendido fuego a las provisiones que estos habían almacenado, con el propósito deliberado de atormentarlos y matarlos de hambre. Eran cosas de las que nunca había oído hablar y que, en realidad, no habían sucedido todas tal como me las

contaban. Sin embargo, la escena estaba tan viva en mi imaginación y me parecía tan real que, hasta el momento en que los vi, no había quien me convenciera de que no era cierta o de que no llegaría a serlo. También imaginé cómo me indignaba al escuchar la queja del español, cómo los llevaba ante la justicia, los juzgaba y ordenaba que ahorcaran a los tres.

Lo que de verdad hubo en todo aquello se verá en su debido lugar; pues, aunque no sé cómo llegué a formar tales escenas en mi sueño ni qué misteriosa comunicación entre espíritus pudo infundírmelas, afirmo que gran parte de ellas era cierta. Reconozco que el sueño no contenía nada que fuese literalmente cierto en todos sus detalles; pero, en términos generales, sí lo era. La conducta ruin y malvada de aquellos tres bribones empedernidos había sido tal, y mucho peor de lo que soy capaz de describir, que el sueño guardaba demasiada semejanza con los hechos reales. Y así como más adelante habría de castigarlos severamente, también, si los hubiese ahorcado a los tres, habría obrado con toda justicia y hasta habría contado con la aprobación de las leyes de Dios y de los hombres.

Pero volvamos a mi historia. Viví varios años en aquel estado de ánimo; no disfrutaba de la vida, no tenía horas placenteras ni diversiones agradables que no estuvieran impregnadas de una forma u otra de aquella idea. Mi esposa, que veía que mi mente estaba enteramente absorta en aquella idea, me dijo muy seriamente una noche que creía que sobre mí obraba algún impulso secreto y poderoso de la Providencia, que me había determinado a regresar allí; y que, a su juicio, nada me impedía hacerlo salvo mis responsabilidades para con mi esposa y mis hijos. Me dijo que era cierto que no podía ni imaginarse separándose de mí; pero que, así como estaba segura de que, si ella muriese, lo primero que yo haría sería partir, y puesto que le parecía que aquello estaba decidido en las alturas, no quería ser ella el único obstáculo. Pues, si yo lo consideraba conveniente y estaba resuelto a marcharme… (En este punto advirtió que yo prestaba mucha atención a sus palabras y la miraba con gran intensidad, lo cual la turbó un poco y la hizo detenerse. Le pregunté por qué no continuaba y decía abiertamente lo que estaba a punto de decir. Pero comprendí que tenía el corazón demasiado lleno y que se le habían formado algunas lágrimas en los ojos.)

—Habla sin rodeos, querida mía —le dije—. ¿Estás dispuesta a que me vaya?

—No —respondió ella con gran ternura—, estoy muy lejos de desearlo; pero, si estás decidido a partir, antes que ser yo el único impedimento, iré contigo. Aunque considero que es una locura de lo más absurda para alguien de tu edad y en tu situación, si ha de ser así —añadió, llorando de nuevo—, no te abandonaré; pues, si es voluntad del Cielo que lo hagas, no hay manera de oponerse a ella; y si el Cielo convierte tu partida en un deber, también hará que sea deber mío acompañarte, o dispondrá de mí de otro modo para que no pueda impedirlo.

La conducta tan afectuosa de mi esposa me sacó un poco de aquel delirio, y empecé a considerar lo que estaba haciendo. Puse freno a mis fantasías errantes y comencé a preguntarme serenamente qué necesidad tenía yo, después de cumplir los sesenta años, y tras una vida de sufrimientos y desastres interminables que, al fin, había concluido de manera tan feliz y apacible. Me pregunté, digo, qué necesidad tenía de precipitarme en nuevos peligros y exponerme a aventuras propias únicamente de quienes aún son jóvenes y viven en la pobreza.

Con estos pensamientos, reflexioné sobre mis nuevas responsabilidades: tenía esposa y un hijo, y mi mujer esperaba otro más; poseía todo cuanto el mundo podía ofrecerme y no necesitaba buscar riesgos para obtener ganancias; los años empezaban a pesarme y debía pensar más bien en dejar lo que había conseguido que en tratar de aumentarlo. En cuanto a lo que mi esposa había dicho acerca de que se trataba de un impulso venido del Cielo y de que partir debía ser mi deber, no tenía yo la menor idea de que fuese así. Después de muchas reflexiones de esta índole, luché contra el poder de mi imaginación y me hice entrar en razón, como creo que cualquiera puede hacer siempre en casos semejantes, si se lo propone. En una palabra, vencí aquel impulso y recobré la calma mediante los argumentos que se me ocurrieron y que mi situación presente me proporcionaba en abundancia. En particular, y como método más eficaz, resolví distraerme con otras cosas y emprender algún negocio que me atara de manera efectiva e impidiera nuevas excursiones de aquella clase. Había observado que aquella idea volvía a apoderarse de mí sobre todo cuando estaba ocioso, sin nada que hacer ni ningún asunto importante que tuviera que atender de inmediato. Con ese propósito, compré una pequeña granja en el condado de Bedford y decidí establecerme allí. Tenía una casa pequeña y cómoda, y descubrí que las tierras que la rodeaban podían mejorarse considerablemente. Además, el lugar se ajustaba en muchos sentidos a mis inclinaciones, pues me deleitaba en cultivar,

administrar, plantar y mejorar la tierra. Y, sobre todo, al estar en el interior del país, me mantenía alejado de la compañía de los marineros y de todo cuanto tuviera relación con las regiones remotas del mundo. Me trasladé a la granja, instalé allí a mi familia, compré arados, gradas, un carro, caballos de tiro, vacas y ovejas y, al ponerme a trabajar en serio, en apenas medio año me convertí en todo un caballero de campo. Mis pensamientos estaban enteramente ocupados en dirigir a mis criados, cultivar la tierra, cercar los terrenos, plantar y otras tareas semejantes. Vivía, según creía, la vida más agradable que la naturaleza pudiera inspirar o a la que pudiera retirarse un hombre acostumbrado desde siempre a las desgracias.

Cultivaba mis propias tierras; no tenía que pagar alquiler ni estaba sujeto a contrato alguno. Podía arrancar o talar cuanto quisiera; lo que plantaba era para mí, y lo que mejoraba, para mi familia. Y, una vez abandonados los pensamientos de vagar por el mundo, no había en ningún aspecto de mi vida terrenal nada que me causara la menor inquietud. Entonces sí creía disfrutar de la posición intermedia que mi padre me había recomendado con tanto empeño, y llevar una especie de vida celestial, semejante a la que describe el poeta al hablar de la vida campestre:

"Libre de vicios, libre de cuidados,
la vejez no conoce dolores, ni la juventud, asechanzas".

Pero, en medio de toda aquella felicidad, un solo golpe de la Providencia invisible trastornó de pronto mi vida. No solo me infligió una herida inevitable e incurable, sino que, por sus consecuencias, me hundió de nuevo en una profunda recaída de mi inclinación a vagar; aquella inclinación que, por así decirlo, llevaba en la propia sangre y que pronto volvió a apoderarse de mí. Como las recaídas de una enfermedad violenta, se abatió sobre mí con una fuerza irresistible. El golpe fue la muerte de mi esposa.

No es mi propósito escribir aquí una elegía a mi esposa, describir sus virtudes particulares ni ganarme el favor de las mujeres mediante las lisonjas de un sermón fúnebre. En pocas palabras, ella era el sostén de todos mis asuntos, el centro de todas mis empresas; el instrumento que, gracias a su prudencia, me había mantenido dentro de los felices límites en que me encontraba, apartándome de los proyectos más extravagantes y ruinosos que llenaban mi cabeza. Había hecho más por encauzar mi espíritu errante que las lágrimas de una madre, las enseñanzas de un

padre, los consejos de un amigo o todas mis propias facultades de razonamiento. Había sido feliz escuchándola y dejándome convencer por sus súplicas; y, al perderla, quedé en el mundo desolado y desorientado hasta el extremo.

Cuando ella ya no estuvo, el mundo se me volvió extraño y ajeno. En mis pensamientos, yo era tan forastero en él como lo había sido en Brasil cuando desembarqué allí por primera vez; y estaba tan solo, salvo por la ayuda de mis criados, como lo había estado en mi isla. No sabía qué pensar ni qué hacer. Veía el mundo afanarse a mi alrededor: unos trabajaban para ganarse el pan; otros lo dilapidaban en excesos viles o placeres vacíos. Sin embargo, unos y otros eran igualmente desdichados, porque el objetivo que perseguían seguía escapándoseles. Los hombres entregados al placer se hartaban cada día de sus vicios y acumulaban motivos para el dolor y el arrepentimiento; los hombres trabajadores, por su parte, agotaban sus fuerzas luchando a diario por conseguir el pan que les permitiera reponer las mismas fuerzas gastadas en el trabajo. Así transcurría su vida en un ciclo cotidiano de sufrimiento: vivían solo para trabajar y trabajaban solo para vivir, como si el pan de cada día fuese el único fin de una existencia fatigosa y esa existencia fatigosa, la única razón para ganarse el pan de cada día.

Esto me hizo recordar la vida que había llevado en mi reino, la isla, donde no permitía que creciera más cereal porque no lo necesitaba, ni criaba más cabras porque ya no tenía para qué. Allí el dinero permanecía en el cajón hasta enmohecerse y apenas había tenido el honor de que alguien lo mirase en veinte años. Si hubiese aprovechado todas aquellas cosas como debía, y como me habrían dictado la razón y la religión, me habrían enseñado a buscar una felicidad plena más allá de los placeres humanos. Me habrían mostrado que existía algo que, sin duda, constituía la razón y el fin de la vida, algo superior a todas aquellas cosas, que debía alcanzarse o, al menos, esperarse en este lado de la tumba.

Pero mi sabia consejera ya no estaba. Yo era como un barco sin piloto, obligado a navegar a merced del viento. Mis pensamientos volvieron a precipitarse hacia aquella vieja idea; mi cabeza estaba completamente trastornada por las fantasías de aventuras en tierras extranjeras. Todas las agradables e inocentes ocupaciones de mi granja, mi jardín, mi ganado y mi familia, que antes me absorbían por entero, dejaron de significar nada para mí; habían perdido todo su atractivo y eran como música para quien

no tiene oído o comida para quien no tiene gusto. En una palabra, resolví abandonar la vida doméstica, arrendar mi granja y regresar a Londres; y así lo hice unos meses después.

Cuando llegué a Londres, seguía tan intranquilo como antes. No encontraba ningún placer en aquel lugar, no tenía ocupación alguna ni nada que hacer, salvo vagar de un lado a otro como un holgazán, de quien bien podría decirse que era completamente inútil en la creación de Dios, y que a los demás de su especie no les importaba lo más mínimo que estuviese vivo o muerto. Esto era también lo que más detestaba de todas las circunstancias de la vida, pues siempre había estado acostumbrado a una existencia activa. A menudo me decía a mí mismo: "La ociosidad es la peor escoria de la vida"; y, en verdad, pensaba que había estado mucho mejor ocupado cuando pasé veintiséis días fabricando una tabla de madera de pino.

Había comenzado el año 1693 cuando mi sobrino, a quien, como ya he señalado, había encaminado hacia la vida marinera y convertido en capitán de un barco, regresó de una breve travesía a Bilbao, la primera que había realizado. Vino a verme y me contó que algunos comerciantes conocidos suyos le habían propuesto realizar para ellos un viaje a las Indias Orientales y a China, comerciando por cuenta propia.

—Y ahora, tío —me dijo—, si quiere hacerse a la mar conmigo, me comprometo a dejarlo en su antigua morada de la isla, pues tenemos previsto hacer escala en Brasil.

Nada puede demostrar mejor la existencia de una vida futura y de un mundo invisible que la coincidencia entre las causas secundarias y las ideas que formamos en nuestra mente y guardamos enteramente en secreto, sin comunicárselas a nadie.

Mi sobrino no sabía hasta qué punto había vuelto a apoderarse de mí aquella enfermedad de vagar por el mundo, y yo tampoco sabía lo que él se proponía decirme cuando, precisamente aquella misma mañana, antes de que viniera a verme, yo había llegado, en medio de una gran confusión de pensamientos y después de repasar mentalmente todas mis circunstancias, a la resolución de viajar a Lisboa para consultar a mi antiguo capitán de barco. Si lo consideraba razonable y factible, volvería a visitar la isla y averiguaría qué había sido de mi gente allí. Me había deleitado imaginando que repoblaría el lugar, llevaría habitantes desde

aquí, obtendría una patente que me concediera su posesión y otras cosas por el estilo. Y, en medio de todos estos pensamientos, se presentó mi sobrino, como he dicho, con su proyecto de llevarme allí de camino a las Indias Orientales.

Me quedé un momento en silencio ante sus palabras y, mirándolo fijamente, exclamé:

—¿Qué demonio te ha enviado a hacerme esta inoportuna propuesta?

Mi sobrino me miró con asombro, como si al principio se hubiese asustado; pero, al advertir que la propuesta no me desagradaba demasiado, se recobró.

—Espero que no sea una propuesta desafortunada, señor —dijo—. Estoy seguro de que le alegraría ver su nueva colonia allí, donde una vez reinó con mayor felicidad que la mayoría de los demás monarcas del mundo.

En una palabra, el plan encajaba tan perfectamente con mi estado de ánimo —es decir, con la predisposición que me dominaba y de la que tanto he hablado— que le dije brevemente que, si llegaba a un acuerdo con los comerciantes, iría con él; pero le advertí que no prometía llegar más allá de mi propia isla.

—Pero, señor —dijo él—, no querrá que lo dejemos allí otra vez, ¿verdad?

—Pero ¿no podrías recogerme a tu regreso? —pregunté.

Me explicó que eso sería imposible, pues los comerciantes jamás le permitirían desviarse hasta allí con un barco cargado de mercancías tan valiosas. La isla quedaba a un mes de navegación fuera de su ruta, y el desvío podía incluso llevarle tres o cuatro meses.

—Además, señor —añadió—, si me sucediera alguna desgracia y no regresara en absoluto, usted se vería reducido exactamente a la misma situación en que se encontraba antes.

El razonamiento era muy sensato, pero ambos encontramos una solución: llevar a bordo una pequeña balandra desmontada, que, una vez transportada en piezas, podría volver a ensamblarse en la isla con ayuda de algunos carpinteros que acordamos llevar con nosotros, y quedar lista para navegar en unos pocos días.

No tardé mucho en decidirme, pues las insistentes súplicas de mi sobrino se unieron de tal manera a mis propias inclinaciones que nada podía oponerse a ellas. Por otra parte, como mi esposa había muerto, nadie se preocupaba tanto por mí como para intentar convencerme de una cosa u otra, salvo mi vieja y buena amiga, la viuda, quien se esforzó encarecidamente por hacerme considerar mi edad, mi holgada situación y los riesgos innecesarios de una larga travesía; y, sobre todo, mis hijos pequeños. Pero todo fue en vano: sentía un deseo irresistible de emprender el viaje. Le dije que las impresiones que experimentaba eran tan extraordinarias que, a mi juicio, intentar quedarme en casa equivaldría a oponerme a la Providencia. Después de esto, dejó de insistir y se unió a mí, no solo para preparar todo lo necesario para el viaje, sino también para poner en orden los asuntos de mi familia durante mi ausencia y ocuparse de la educación de mis hijos.

Con ese fin, hice testamento y dispuse mis bienes de tal manera en favor de mis hijos, y los confié a manos tan apropiadas, que quedé perfectamente tranquilo y convencido de que se les haría justicia, ocurriera lo que me ocurriese. En cuanto a su educación, la dejé enteramente a cargo de la viuda, asignándole una manutención suficiente como recompensa por sus cuidados. Todo ello lo merecía sobradamente, pues ninguna madre podría haberse ocupado más de su educación ni haberla comprendido mejor. Y, como ella vivió hasta mi regreso, también yo viví lo bastante para darle las gracias por ello.

Mi sobrino estuvo listo para zarpar hacia comienzos de enero de 1694-1695, y yo, acompañado de mi criado Viernes, embarqué con él en los Downs el día 8. Además de la balandra que he mencionado, llevábamos un cargamento muy considerable de toda clase de artículos necesarios para mi colonia. Si no la encontraba en buen estado, estaba decidido a dejarla así.

En primer lugar, llevé conmigo a algunos criados a quienes me proponía establecer allí como habitantes o, al menos, poner a trabajar por mi cuenta mientras yo permaneciera en la isla. Según se mostrasen dispuestos, los dejaría allí o los llevaría conmigo más adelante. En particular, llevé dos carpinteros, un herrero y un hombre muy hábil e ingenioso, que ejercía el oficio de tonelero y también era un artesano muy versátil. Tenía destreza para fabricar ruedas y molinos de mano con los que moler el grano; era buen tornero y buen alfarero, y podía elaborar cualquier objeto que pudiera

fabricarse con barro o madera. En una palabra, lo llamábamos nuestro hombre para todo.

Junto con ellos llevé a un sastre que se había ofrecido a viajar como pasajero a las Indias Orientales con mi sobrino, pero que después accedió a quedarse en nuestra nueva plantación. Resultó ser un hombre de gran utilidad, capaz de ayudar en tantos otros trabajos como pudiera desearse, además de los propios de su oficio; pues, como ya he señalado, la necesidad nos prepara para cualquier oficio.

Mi cargamento, hasta donde puedo recordar, pues no llevé una cuenta detallada de cada artículo, consistía en una cantidad suficiente de telas de lino y algunos tejidos ingleses ligeros para vestir a los españoles que esperaba encontrar allí. Llevaba bastante para abastecerlos cómodamente durante siete años, según mis cálculos. Si no me falla la memoria, los materiales para confeccionarles ropa, junto con guantes, sombreros, zapatos, medias y todas las demás prendas que pudieran necesitar, sumaban unas doscientas libras esterlinas. En esa cantidad se incluían algunas camas, ropa de cama y enseres domésticos, en especial utensilios de cocina, como ollas, calderos, piezas de peltre y de latón, entre otros. Llevaba además cerca de cien libras esterlinas en artículos de hierro, clavos, herramientas de toda clase, grapas, ganchos, bisagras y cualquier otro objeto necesario que se me ocurrió.

También llevé cien armas de repuesto, entre mosquetes y fusiles de chispa, además de algunas pistolas, una cantidad considerable de munición de todos los calibres, tres o cuatro toneladas de plomo y dos cañones de bronce. Como no sabía cuánto tiempo ni qué situaciones extremas tendría que afrontar, embarqué cien barriles de pólvora, además de espadas, sables de abordaje y las partes de hierro de algunas picas y alabardas. En resumen, llevábamos un gran depósito de provisiones y pertrechos de toda clase. Hice también que mi sobrino embarcara dos pequeños cañones de cubierta más de los que necesitaba para su barco, con el propósito de dejarlos en la isla si llegaban a ser necesarios. Así, una vez allí, podríamos construir una fortaleza y guarnecerla para hacer frente a toda clase de enemigos. En realidad, al principio pensé que necesitaríamos todos aquellos recursos, y muchos más, si queríamos conservar la posesión de la isla, como se verá a medida que avance esta historia.

En esta travesía no tuve tan mala suerte como solía ser habitual, por lo

que tendré menos motivos para interrumpir al lector, quien quizá esté impaciente por saber qué ocurrió con mi colonia. Sin embargo, durante esta primera etapa de nuestro viaje se produjeron algunos contratiempos extraños, vientos contrarios y mal tiempo que alargaron la travesía más de lo que había previsto. Yo, que solo había realizado un viaje en toda mi vida —mi primera travesía a Guinea, de la que podría decirse que regresé, pues así se había planeado desde el principio—, empecé a pensar que la misma mala fortuna volvía a perseguirme, y que había nacido para no estar nunca satisfecho en tierra firme y, sin embargo, ser siempre desgraciado en el mar.

Los vientos contrarios nos obligaron primero a dirigirnos hacia el norte, y tuvimos que hacer escala en Galway, Irlanda, donde permanecimos retenidos por falta de viento favorable durante veintidós días. Pero aquel contratiempo tuvo una ventaja: los víveres eran allí extraordinariamente baratos y abundaban en gran cantidad. Así pues, durante nuestra estancia no tuvimos que recurrir a las provisiones del barco; por el contrario, las aumentamos. Allí embarqué también varios cerdos vivos y dos vacas con sus terneros, con la intención de dejarlos en mi isla si la travesía resultaba favorable. Sin embargo, surgieron circunstancias que nos obligaron a disponer de ellos de otra manera.

Zarpamos de Irlanda el 5 de febrero y durante varios días disfrutamos de un viento muy favorable. Si mal no recuerdo, sería ya entrada la noche del 20 de febrero cuando el primer oficial, que estaba de guardia, entró en la cámara de popa y nos dijo que había visto un resplandor de fuego y oído el disparo de un cañón. Mientras nos lo contaba, entró un muchacho y nos informó de que el contramaestre había oído otro disparo. Esto nos hizo salir corriendo a todos al alcázar, donde durante un rato no oímos nada; pero, pocos minutos después, vimos una luz muy intensa y comprendimos que a lo lejos había un incendio terrible. Consultamos inmediatamente nuestros cálculos de navegación, y todos coincidimos en que en aquella dirección no podía haber tierra alguna, ni siquiera a quinientas leguas de distancia, pues el resplandor aparecía hacia el oeste-noroeste. Por tanto, concluimos que debía de tratarse de algún barco ardiendo en alta mar. Como poco antes habíamos oído disparos de cañón, dedujimos que no podía encontrarse muy lejos y pusimos rumbo directamente hacia allí. Pronto nos convencimos de que lograríamos avistarlo, pues cuanto más navegábamos, más grande parecía la luz; aunque, debido a la bruma, durante un tiempo no pudimos distinguir nada más. Después de navegar

alrededor de media hora, con viento favorable aunque flojo y con el tiempo algo más despejado, pudimos ver claramente que se trataba de un gran barco ardiendo en medio del mar.

Aquel desastre me conmovió profundamente, aunque no conocía a ninguna de las personas implicadas. De inmediato recordé las circunstancias de mi propia desgracia y la situación en que me encontraba cuando me recogió el capitán portugués. Pensé cuánto más lamentable debía de ser la situación de aquellos pobres desdichados si no tenían otro barco en su compañía. Por ello, ordené enseguida que se dispararan cinco cañonazos, uno tras otro con breves intervalos, para hacerles saber, si era posible, que tenían ayuda cerca y que debían intentar salvarse en sus botes; pues, aunque nosotros veíamos las llamas del barco, ellos, a causa de la oscuridad de la noche, no podían vernos.

Permanecimos a la capa durante algún tiempo, dejándonos llevar a la deriva en la misma dirección que el barco incendiado, mientras aguardábamos la luz del día. De pronto, para nuestro inmenso espanto, aunque era algo que cabía esperar, el barco estalló y saltó por los aires. En pocos minutos se apagó todo el fuego; es decir, los restos de la nave se hundieron. Fue un espectáculo terrible y, en verdad, desgarrador, por aquellos pobres hombres que, según supuse, debían de haber perecido todos en el barco o encontrarse en la mayor de las angustias dentro de sus botes, en medio del océano, donde yo no podía verlos por la oscuridad. No obstante, para guiarlos lo mejor posible, hice colgar luces en todos los lugares del barco donde podíamos hacerlo y para los que teníamos faroles. Además, continuamos disparando cañonazos durante toda la noche, haciéndoles saber así que había un barco no muy lejos.

Hacia las ocho de la mañana descubrimos los botes del barco con ayuda de nuestros catalejos. Vimos que eran dos, ambos atestados de personas y tan cargados que se hundían profundamente en el agua. Observamos que remaban contra el viento, que habían visto nuestro barco y que hacían todo lo posible por llamar nuestra atención. Enseguida izamos nuestra enseña para indicarles que los habíamos visto y desplegamos una bandera de señales como invitación a que vinieran a bordo. Después largamos más velas y pusimos rumbo directo hacia ellos. En poco más de media hora los alcanzamos y los recogimos a todos: nada menos que sesenta y cuatro personas entre hombres, mujeres y niños, pues viajaban muchos pasajeros.

Al preguntarles, averiguamos que se trataba de un barco mercante francés de trescientas toneladas que regresaba de Quebec. El capitán nos relató detalladamente la desgracia que había sufrido su nave. El fuego había comenzado en el entrepuente por la negligencia del timonel. Cuando este pidió auxilio a gritos, todos creyeron que el incendio se había extinguido por completo; pero pronto descubrieron que algunas chispas del primer fuego se habían introducido en una parte del barco tan difícil de alcanzar que no habían podido apagarlas de manera efectiva. Más tarde, el fuego se propagó entre las cuadernas y por debajo del forro interior del casco, hasta llegar a la bodega, donde acabó imponiéndose a toda la habilidad y a todos los esfuerzos que pudieron desplegar.

No les quedó más remedio que refugiarse en sus botes, que, para gran alivio suyo, eran bastante grandes: la lancha mayor del barco y una gran chalupa, además de un pequeño esquife que no les resultó de gran utilidad, salvo para transportar algo de agua dulce y provisiones una vez que se habían puesto a salvo de las llamas. En realidad, tenían muy pocas esperanzas de sobrevivir en aquellos botes, estando tan lejos de tierra. Como ellos mismos dijeron, solo habían conseguido escapar del fuego y les quedaba la posibilidad de que algún barco navegara por aquellas aguas y pudiera recogerlos. Disponían de velas, remos y una brújula, así como de provisiones y agua suficientes para mantenerse unos doce días, siempre que las racionaran hasta el extremo de casi pasar hambre. El capitán esperaba que, si no encontraban mal tiempo ni vientos contrarios, podría llegar a los bancos de Terranova y quizá pescar algo con que alimentarse hasta alcanzar tierra. Pero eran tantos los peligros que se interponían en su camino —las tormentas, que podían volcar sus botes y hundirlos; la lluvia y el frío, que podían entumecerles los miembros y causarles la muerte; y los vientos contrarios, que podían mantenerlos alejados de la costa hasta hacerlos morir de hambre— que su salvación habría sido poco menos que un milagro.

En medio de su consternación, cuando todos habían perdido la esperanza y estaban a punto de entregarse a la desesperación, el capitán me contó, con lágrimas en los ojos, que de pronto se habían visto sorprendidos por la alegría al oír un cañonazo y, después, otros cuatro. Eran los cinco disparos que yo había ordenado efectuar en cuanto vi el resplandor. Aquello les devolvió el ánimo y les hizo comprender, tal como yo había deseado, que tenían un barco cerca dispuesto a ayudarlos. Al oír los cañonazos, arriaron sus mástiles y velas. Como el sonido les llegaba

desde barlovento, decidieron permanecer a la capa hasta la mañana. Algún tiempo después, al no oír más disparos, hicieron tres disparos de mosquete, uno bastante después del anterior; pero nosotros nunca los oímos debido a que el viento soplaba en dirección contraria. Más tarde, se llevaron una alegría aún mayor cuando vieron nuestras luces y oyeron los cañonazos que, como ya he dicho, ordené disparar durante el resto de la noche. Esto los impulsó a remar con todas sus fuerzas para mantener los botes por delante y facilitar que los alcanzáramos cuanto antes. Finalmente, para su indescriptible alegría, comprendieron que los habíamos visto.

Me resulta imposible describir los diversos gestos, los extraños arrebatos de júbilo y la variedad de posturas que adoptaron aquellos pobres náufragos al expresar la alegría de sus almas por una salvación tan inesperada. El dolor y el miedo son fáciles de describir: suspiros, lágrimas, gemidos y unos pocos movimientos de cabeza y manos componen casi toda su variedad de expresiones. Pero el exceso de alegría, la sorpresa que produce una dicha repentina, encierra mil extravagancias. Algunos lloraban; otros se agitaban y se desgarraban las ropas como si sufrieran las más terribles angustias; algunos estaban completamente fuera de sí, como verdaderos lunáticos. Unos corrían por el barco dando patadas al suelo; otros se retorcían las manos. Algunos bailaban, otros cantaban; unos reían, muchos más lloraban y bastantes permanecían mudos, incapaces de pronunciar palabra. Otros sentían náuseas y vomitaban; varios se desmayaban o estaban a punto de perder el conocimiento; y unos pocos se persignaban y daban gracias a Dios.

Tampoco quisiera hacerles injusticia, pues es posible que muchos de ellos se sintieran agradecidos después; pero, al principio, la emoción era demasiado intensa y no podían dominarla. Se veían arrastrados por arrebatos de júbilo y una especie de frenesí, y fueron muy pocos los que consiguieron mantener la serenidad y expresar su alegría con compostura. Quizá influyera también en ello una circunstancia particular de la nación a la que pertenecían: me refiero a los franceses, cuyo temperamento se considera más voluble, apasionado y vivaz, y cuyo ánimo parece más ligero y cambiante que el de otros pueblos. No soy filósofo suficiente para determinar la causa, pero jamás había presenciado nada que se le pareciera. Los arrebatos de alegría del pobre Viernes, mi fiel salvaje, cuando encontró a su padre en el bote, fueron lo que más se aproximó a aquello. También se acercaron algo a semejante estado la sorpresa y el

júbilo del capitán y sus dos compañeros, a quienes rescaté de los villanos que los habían abandonado en la isla. Pero nada podía compararse con lo que vi entonces, ni con las reacciones de Viernes ni con ninguna otra cosa que hubiera presenciado en mi vida.

Conviene observar, además, que aquellas extravagancias no se manifestaban únicamente de maneras distintas en personas diferentes, como he descrito, sino que todas esas reacciones podían sucederse en una misma persona en cuestión de instantes. Un hombre al que veíamos un momento antes mudo, como aturdido y confuso, al instante siguiente podía estar bailando y gritando como un bufón; y, un momento después, arrancándose el cabello, haciéndose jirones la ropa y pisoteándola como un loco. Poco después, lo encontrábamos bañado en lágrimas, enfermo y desmayado; y, de no haber recibido ayuda inmediata, en unos instantes habría muerto. Así sucedía, no con uno, dos, diez o veinte, sino con la mayor parte de ellos. Si mal no recuerdo, nuestro cirujano tuvo que practicar una sangría a unas treinta personas.

Había entre ellos dos sacerdotes: uno anciano y otro joven. Y lo más extraño era que el mayor de los dos resultó ser el peor. En cuanto puso el pie a bordo de nuestro barco y se vio a salvo, cayó al suelo, aparentemente muerto como una piedra. No se percibía en él el menor signo de vida. Nuestro cirujano le aplicó de inmediato los remedios apropiados para reanimarlo, y fue el único hombre del barco que creyó que no estaba muerto. Finalmente, le abrió una vena del brazo, después de frotarle y restregarle bien la zona para calentarla todo lo posible. Al principio, la sangre apenas goteaba, pero luego empezó a fluir libremente; tres minutos después, el hombre abrió los ojos. Un cuarto de hora más tarde habló, se encontraba mejor y, una vez detenida la hemorragia, se puso a caminar, nos aseguró que estaba perfectamente bien y tomó un trago de licor cordial que le dio el cirujano.

Unos quince minutos después, algunos entraron corriendo en la cámara para avisar al cirujano, que estaba practicándole una sangría a una francesa que se había desmayado, de que el sacerdote se había vuelto completamente loco. Al parecer, había empezado a meditar sobre el cambio de su situación, y aquello volvió a sumirlo en un arrebato de alegría. Sus espíritus vitales circulaban con mayor rapidez de la que sus vasos sanguíneos podían soportar; la sangre se le calentó y le subió la fiebre, y aquel hombre estaba tan necesitado de acabar en Bedlam como

cualquiera de los que habían estado allí. El cirujano no quiso volver a sangrarlo en aquel estado, sino que le dio algo para calmarlo y ayudarlo a dormir. El remedio acabó surtiendo efecto al cabo de un tiempo, y a la mañana siguiente despertó completamente sereno y recuperado.

El sacerdote más joven, en cambio, mostró un gran dominio de sus pasiones y fue, en verdad, un ejemplo de espíritu serio y bien gobernado. Nada más subir a bordo, se tendió boca abajo en el suelo, postrándose en señal de agradecimiento por su salvación. Yo, por desgracia y en un momento inoportuno, lo interrumpí, pues creí que se había desmayado. Pero él me habló con calma, me dio las gracias, me explicó que estaba agradeciendo a Dios su salvación y me pidió que lo dejara solo unos instantes; después, dijo, daría también las gracias a quien, después de su Creador, más las merecía. Me arrepentí sinceramente de haberlo interrumpido y no solo me retiré, sino que impedí también que otros lo molestaran. Permaneció en aquella postura unos tres minutos, o quizá algo más, después de que me marchara. Luego vino a verme, tal como había dicho que haría, y con gran seriedad y afecto, aunque con lágrimas en los ojos, me dio las gracias porque, con la ayuda de Dios, yo había salvado la vida de él y de tantos otros desdichados.

Le dije que no era necesario recordarle que debía dar gracias a Dios antes que a mí, pues ya lo había visto hacerlo. Añadí, sin embargo, que no habíamos hecho más que lo que la razón y la humanidad dictaban a cualquier hombre, y que nosotros teníamos tanto motivo como él para dar gracias a Dios, quien nos había concedido el honor de convertirnos en instrumentos de su misericordia hacia tantas de sus criaturas.

Después de esto, el joven sacerdote se dedicó a sus compatriotas y se esforzó por devolverles la serenidad. Los persuadía, les suplicaba, discutía con ellos, razonaba y hacía cuanto estaba en su mano para mantenerlos dentro de los límites de la razón. Con algunos tuvo éxito, aunque otros permanecieron durante un tiempo incapaces de dominarse.

No puedo dejar de consignar aquí este episodio por escrito, pues quizá pueda servir de ayuda a quienes lleguen a leerlo para aprender a gobernarse cuando sus pasiones se desborden. Si un exceso de alegría puede arrastrar a los hombres hasta dejarlos fuera del alcance de la razón, ¿hasta dónde no podrán arrastrarnos los arrebatos de ira, furor y resentimiento? En verdad, aquel día comprendí la necesidad de vigilar muy atentamente todas nuestras pasiones, tanto las de alegría y

satisfacción como las de tristeza y enojo.

Durante el primer día, aquellas extravagancias de nuestros nuevos huéspedes nos causaron cierto desconcierto. Pero, después de que se retiraron a los alojamientos que pudimos proporcionarles, dentro de las posibilidades de nuestro barco, y durmieron profundamente —como hicieron la mayoría, agotados y aterrorizados—, al día siguiente eran personas completamente distintas. No faltaron las buenas maneras ni las expresiones de agradecimiento por la amabilidad que habíamos mostrado con ellos; y es bien sabido que los franceses son por naturaleza bastante dados a excederse en ese sentido.

Al día siguiente, el capitán y uno de los sacerdotes vinieron a verme y pidieron hablar conmigo y con mi sobrino. El capitán comenzó a consultarnos qué debía hacerse con ellos. En primer lugar, nos dijeron que les habíamos salvado la vida y que cuanto poseían sería poca cosa como recompensa por el favor recibido. El capitán explicó que habían conseguido salvar algo de dinero y algunos objetos de valor en sus botes, recogidos apresuradamente entre las llamas, y que, si aceptábamos, tenían instrucciones de ofrecérnoslo todo. Solo pedían que los dejáramos en algún lugar de nuestra ruta donde, si era posible, pudieran encontrar un pasaje a Francia.

Mi sobrino quiso aceptar el dinero de inmediato y decidir después qué hacer con ellos. Pero me opuse a esa parte de su propuesta, pues sabía lo que significaba ser abandonado en un país extranjero. Si el capitán portugués que me recogió en el mar me hubiese tratado de aquella manera y se hubiese quedado con todo lo que yo poseía a cambio de salvarme, habría muerto de hambre o habría acabado siendo tan esclavo en Brasil como lo había sido en Berbería, con la única diferencia de que no me habrían vendido a un mahometano. Y quizá un portugués no sea un amo mucho mejor que un turco, si es que en algunos casos no resulta bastante peor.

Por eso le dije al capitán francés que, aunque era cierto que los habíamos recogido en medio de su desgracia, hacerlo era nuestro deber, pues éramos criaturas humanas como ellos. Nosotros mismos desearíamos recibir igual ayuda si nos encontráramos en la misma situación o en cualquier otra circunstancia extrema. No habíamos hecho por ellos más de lo que creíamos que ellos habrían hecho por nosotros si las circunstancias hubiesen sido las contrarias. Los habíamos recogido para salvarlos, no

para despojarlos de sus bienes. Sería una barbaridad quitarles aquellas pocas cosas que habían conseguido rescatar del incendio y luego dejarlos en tierra abandonados a su suerte. Eso equivaldría a salvarlos primero de la muerte para matarlos nosotros después; a rescatarlos de ahogarse para abandonarlos a la inanición. Por tanto, no permitiría que se les quitara ni el objeto más insignificante.

En cuanto a dejarlos en tierra, les expliqué que aquello suponía una dificultad considerable para nosotros, pues nuestro barco se dirigía a las Indias Orientales. Aunque nos habíamos desviado muchísimo hacia el oeste y quizá el Cielo nos hubiese guiado hasta allí precisamente para salvarlos, nos era imposible alterar deliberadamente nuestra ruta por consideración a su caso particular. Mi sobrino, como capitán, tampoco podía justificarlo ante los fletadores, con quienes había contraído el compromiso de realizar el viaje pasando por Brasil. Todo cuanto, a mi juicio, podíamos hacer por ellos era mantenernos en una ruta donde pudiéramos encontrar otros barcos que regresaran de las Indias Occidentales y conseguirles, si era posible, pasaje a Inglaterra o Francia.

La primera parte de nuestra propuesta era tan generosa y amable que no pudieron menos que agradecérnosla profundamente. Sin embargo, estaban muy angustiados, sobre todo los pasajeros, ante la perspectiva de que los lleváramos a las Indias Orientales. Por eso me suplicaron que, puesto que ya nos habíamos desviado tanto hacia el oeste antes de encontrarnos con ellos, al menos continuáramos en aquella dirección hasta los bancos de Terranova, donde probablemente hallaríamos algún barco o balandra que pudieran contratar para llevarlos de regreso a Canadá.

Me pareció una petición razonable y me incliné a aceptarla. En efecto, comprendí que llevar a toda aquella gente hasta las Indias Orientales no solo supondría una crueldad intolerable para aquellos pobres desdichados, sino que también arruinaría nuestro propio viaje al consumir todas nuestras provisiones. Por eso consideré que no se trataba de incumplir el contrato de fletamento, sino de afrontar una circunstancia imprevista que nos obligaba absolutamente a actuar de aquel modo y por la cual nadie podría reprocharnos nada. Las leyes de Dios y de la naturaleza nos habrían prohibido negarnos a recoger a dos botes llenos de personas en semejante estado de desamparo; y las circunstancias, tanto por nuestro propio bien como por el de aquellos pobres náufragos, nos obligaban a

dejarlos en algún lugar donde pudieran salvarse. Así pues, acepté llevarlos a Terranova, siempre que el viento y el tiempo lo permitieran. De no ser posible, los llevaría a Martinica, en las Indias Occidentales.

El viento continuó soplando con fuerza del este, aunque el tiempo se mantuvo bastante bueno. Como durante mucho tiempo los vientos habían soplado desde distintas direcciones entre el nordeste y el sudeste, perdimos varias oportunidades de enviarlos a Francia. Nos encontramos con varios barcos que se dirigían a Europa, dos de ellos franceses procedentes de San Cristóbal; pero habían pasado tanto tiempo luchando contra el viento que no se atrevían a aceptar pasajeros, por temor a quedarse sin provisiones suficientes para el viaje, tanto para ellos mismos como para las personas que embarcaran. Así que no nos quedó más remedio que continuar.

Aproximadamente una semana después llegamos a los bancos de Terranova. Para abreviar mi relato, allí embarcamos a todos nuestros franceses en un barco que contrataron en alta mar para que los llevara a tierra y, después, a Francia, si conseguían abastecerse de víveres suficientes para la travesía.

Al decir que todos los franceses desembarcaron, debo recordar que el joven sacerdote del que he hablado, al enterarse de que nos dirigíamos a las Indias Orientales, pidió hacer el viaje con nosotros y que lo dejáramos en la costa de Coromandel. Accedí de buen grado, pues aquel hombre me inspiraba una extraordinaria simpatía y tenía muy buenas razones para ello, como se verá más adelante. Además, cuatro de los marineros se enrolaron en nuestro barco y resultaron ser hombres muy útiles.

Desde allí pusimos rumbo a las Indias Occidentales, navegando hacia el sur y el sur-sudeste durante unos veinte días seguidos, a veces con poco viento y otras sin viento alguno. Entonces encontramos otra ocasión para ejercer nuestra humanidad, casi tan conmovedora como la anterior.

Capítulo II: Historia Intermedia De La Colonia

Nos encontrábamos a los 27 grados y 5 minutos de latitud norte, el 19 de marzo de 1694-1695, cuando avistamos una vela. Navegábamos con rumbo sudeste, cuarta al sur. Pronto advertimos que era una embarcación grande y que se dirigía hacia nosotros, aunque al principio no supimos de qué se trataba. Cuando se acercó un poco más, vimos que había perdido el mastelero mayor, el mástil de proa y el bauprés. Poco después disparó un cañonazo como señal de socorro. El tiempo era bastante bueno y soplaba un viento fuerte del nornoroeste, por lo que no tardamos en acercarnos lo suficiente para hablar con sus tripulantes.

Descubrimos que era un barco de Bristol que regresaba de Barbados. Unos días antes de que estuviera listo para zarpar, un terrible huracán lo había arrancado de su fondeadero en Barbados, mientras el capitán y el primer oficial se encontraban ambos en tierra. Así pues, además del terror causado por la tormenta, la tripulación se hallaba en una situación poco favorable para contar con marineros experimentados que pudieran conducir el barco de regreso a casa. Llevaban ya nueve semanas en el mar y, una vez pasado el huracán, habían sufrido otra tormenta terrible que los había llevado muy al oeste, hasta dejarlos completamente fuera de su rumbo conocido. Durante aquella tempestad habían perdido los mástiles. Nos contaron que esperaban haber avistado las islas Bahamas, pero que un fuerte viento del nornoroeste, el mismo que soplaba en aquel momento, los había empujado de nuevo hacia el sudeste. Como no disponían de velas con las que maniobrar, salvo una vela mayor y una especie de vela cuadrada montada sobre un mástil provisional de proa que habían improvisado, no podían navegar de bolina y trataban de poner rumbo a las Canarias.

Pero lo peor de todo era que estaban casi muertos de hambre por falta de provisiones, además de agotados por las penalidades que habían sufrido. Se les habían acabado por completo el pan y la carne: no les quedaba ni una sola onza a bordo y llevaban once días sin nada de eso. El único alivio era que todavía no habían agotado toda el agua y les quedaba

aproximadamente medio barril de harina. Tenían azúcar en abundancia; al principio habían contado con algunas frutas confitadas o dulces, pero ya se las habían comido todas. También disponían de siete toneles de ron.

A bordo viajaban como pasajeros un joven, su madre y una criada. Creyendo que el barco estaba a punto de zarpar, habían subido a bordo, por desgracia, la tarde anterior al comienzo del huracán. Como ya no les quedaban provisiones propias, su situación era aún más lamentable que la del resto. Los marineros, reducidos ellos mismos a una necesidad tan extrema, sin duda, no sentían compasión alguna por aquellos pobres pasajeros. En verdad, estos se encontraban en un estado de miseria muy difícil de describir.

Quizá nunca habría conocido esta parte de la historia si mi curiosidad no me hubiese llevado a subir al barco, aprovechando que el tiempo estaba despejado y el viento había amainado. El segundo oficial, que en aquella ocasión estaba al mando, había visitado nuestro barco y me contó que había tres pasajeros en el camarote principal que se encontraban en un estado deplorable.

—Es más —me dijo—, creo que están muertos, pues hace más de dos días que no sé nada de ellos. Y me ha dado miedo preguntar por su estado —añadió—, porque no tenía nada con que socorrerlos.

Nos apresuramos a proporcionarles toda la ayuda que pudiéramos proporcionarles. De hecho, había conseguido imponer mi voluntad a mi sobrino hasta tal punto que habría abastecido de víveres a aquella tripulación incluso si hubiéramos tenido que desviarnos hacia Virginia o cualquier otra parte de la costa americana para abastecernos nosotros mismos. Sin embargo, no hubo necesidad de hacerlo.

Ahora, no obstante, se enfrentaban a un nuevo peligro: temían comer demasiado incluso de los pocos alimentos que les habíamos dado. El segundo oficial, o comandante, había venido en su bote acompañado de seis hombres. Aquellos pobres desdichados parecían esqueletos y estaban tan débiles que apenas podían mantenerse sentados junto a los remos. El propio oficial se encontraba muy enfermo y medio muerto de hambre, pues declaró que no se había reservado nada para sí y que había compartido con sus hombres, a partes iguales, cada bocado. Le aconsejé que comiera con moderación y enseguida le puse algo de carne delante. Pero no había dado más de tres bocados cuando empezó a sentirse mal y

a indisponerse, por lo que dejó de comer durante un rato. Nuestro cirujano le preparó entonces una mezcla con un poco de caldo que, según le explicó, le serviría tanto de alimento como de medicina. Después de tomarla, empezó a sentirse mejor.

Mientras tanto, no me olvidé de los hombres. Ordené que les sirvieran comida, y aquellas pobres criaturas, más que comerla, la devoraron. Tenían tanta hambre que comían con una voracidad extraordinaria y habían perdido completamente el dominio de sí mismos. Dos de ellos comieron con tanta voracidad que a la mañana siguiente sus vidas corrían peligro.

La visión de la angustia de aquellos hombres me conmovió profundamente y me hizo recordar la terrible situación que había temido encontrar cuando llegué por primera vez a la costa de mi isla: no tenía ni el más mínimo bocado de comida ni esperanza alguna de conseguirlo, y, además, vivía con el temor constante de acabar convertido en alimento de otras criaturas.

Sin embargo, mientras el oficial me relataba la miserable situación de la tripulación, no podía apartar de mi mente la historia que me había contado sobre los tres desdichados del camarote principal: la madre, su hijo y la criada. Hacía dos o tres días que no sabía nada de ellos y, por lo que parecía admitir, los habían abandonado por completo, pues sus propias necesidades eran tan extremas que no podían ocuparse de nadie más. De ello deduje que en realidad no les habían dado alimento alguno y que, por tanto, debían de haber perecido, quizá tendidos sin vida en el suelo o sobre el piso del camarote.

Así pues, mientras mantenía a bordo de nuestro barco al oficial, a quien desde entonces llamábamos capitán, junto con sus hombres, para que se repusieran, tampoco me olvidé de la tripulación hambrienta que había quedado en la otra embarcación. Ordené que mi propio bote se dirigiera allí con mi segundo oficial y doce hombres, llevando un saco de pan y cuatro o cinco piezas de carne de vacuno para hervir.

Nuestro cirujano les encargó que pusieran la carne a cocer mientras permanecieran a bordo y que montaran guardia en la cocina para impedir que los hombres se la llevaran para comerla cruda o la sacaran de la olla antes de que estuviera bien cocida. Después debían repartirla en porciones muy pequeñas, dando a cada hombre solo un poco cada vez. Gracias a esta precaución, salvó a aquellos marineros, que de otro modo

se habrían matado comiendo precisamente los alimentos que se les ofrecían para salvarles la vida.

Al mismo tiempo, ordené al segundo oficial que entrara en el camarote principal y comprobara en qué estado se encontraban los pobres pasajeros. Si seguían vivos, debía consolarlos y proporcionarles el alimento y el alivio que necesitasen. El cirujano le entregó una jarra grande con parte del caldo preparado que había dado al oficial del otro barco, pues estaba convencido de que los ayudaría a recuperarse poco a poco.

No me di por satisfecho con aquello. Como ya he dicho, deseaba vivamente contemplar por mí mismo el cuadro de miseria que sabía que aquel barco debía ofrecer, pues verlo con mis propios ojos me permitiría comprenderlo mejor que cualquier relato. Por eso tomé conmigo al capitán de la embarcación —como ya lo llamábamos— y poco después fui personalmente a bordo en su bote.

Encontré a los pobres marineros casi amotinados, tratando de sacar la comida de la olla antes de que estuviera lista. Pero mi segundo oficial cumplió las órdenes recibidas y mantuvo una buena guardia en la puerta de la cocina. El hombre al que había puesto de guardia allí, después de intentar por todos los medios convencerlos de que tuvieran paciencia, acabó apartándolos por la fuerza. Aun así, hizo que mojaran en la olla unos bizcochos marineros para que se empaparan y ablandaran con el jugo de la carne. A aquello lo llamaban brewis. Dio a cada hombre un poco para calmarle el hambre y les explicó que, por su propio bien, debía darles solo pequeñas cantidades cada vez.

Pero todo fue inútil. Si yo no hubiese subido a bordo acompañado del comandante y los oficiales del barco, y si no hubiéramos recurrido tanto a las buenas palabras como a algunas amenazas de no darles más comida, creo que habrían irrumpido por la fuerza en la cocina y sacado la carne de la olla. En verdad, las palabras tienen muy poca fuerza ante un estómago vacío. Sin embargo, conseguimos calmarlos y, al principio, los alimentamos de manera gradual y prudente. La siguiente vez les dimos un poco más y, finalmente, los saciamos. Después de aquello, los hombres se recuperaron bastante bien.

Pero la miseria de los pobres pasajeros del camarote era de una naturaleza muy distinta y era mucho peor que la del resto. En primer lugar, como la tripulación apenas tenía comida para sí misma, era demasiado

cierto que al principio les habían dado muy poco y que, finalmente, los habían abandonado. Así, durante seis o siete días podía decirse que no habían recibido alimento alguno y que, durante varios días antes, apenas les habían dado nada.

La pobre madre, según contaron los marineros, era una mujer sensata y de buenos modales. Había reservado con tanto amor para su hijo todo lo que podía privarse de comer que, al final, se desplomó por completo. Cuando el segundo oficial de nuestro barco entró en el camarote, la encontró sentada en el suelo de la cubierta, con la espalda apoyada contra el costado del camarote, entre dos sillas que estaban firmemente amarradas. Tenía la cabeza caída entre los hombros, como un cadáver, aunque todavía no había muerto del todo.

Mi segundo oficial hizo cuanto pudo para reanimarla y darle ánimos. Con una cuchara, le introdujo un poco de caldo en la boca. Ella abrió los labios y levantó una mano, pero no pudo hablar. Sin embargo, comprendía lo que él le decía e hizo señas para darle a entender que, para ella, ya era demasiado tarde. Después señaló a su hijo, como si quisiera decir que debían cuidar de él.

Aun así, mi segundo oficial, profundamente conmovido por aquella escena, trató de hacerle tragar un poco más de caldo y, según me contó, consiguió que tomara dos o tres cucharadas. No estoy seguro de que pudiera saberlo con certeza, pero ya era demasiado tarde: la mujer murió aquella misma noche.

El joven, que había sobrevivido a costa de la vida de su amorosa madre, no se encontraba en un estado tan desesperado; sin embargo, yacía en una cama del camarote, tendido como un cadáver, con apenas un hálito de vida. Tenía en la boca un trozo de un guante viejo, pues se había comido el resto. No obstante, como era joven y tenía más fuerzas que su madre, mi segundo oficial consiguió hacerle tragar algo de alimento, y el muchacho empezó a recobrar visiblemente las fuerzas. Sin embargo, cuando un rato después le dieron dos o tres cucharadas adicionales, se puso muy enfermo y lo devolvió todo.

Pero aún quedaba por atender a la pobre criada. Yacía tendida de cuerpo entero sobre la cubierta, cerca de su ama, como alguien que hubiera caído al suelo víctima de un ataque de apoplejía y estuviera luchando por su vida. Tenía las extremidades torcidas; una mano estaba aferrada al

armazón de una silla con tanta fuerza que no conseguimos que la soltara fácilmente. El otro brazo le descansaba sobre la cabeza, y tenía ambos pies juntos, firmemente apoyados contra la estructura de la mesa del camarote. En resumen, parecía encontrarse en las últimas agonías de la muerte y, sin embargo, también ella seguía viva.

La pobre muchacha no solo estaba consumida por el hambre y aterrorizada ante la idea de morir, sino que, según nos contaron después los hombres, tenía el corazón destrozado por su ama, a quien había visto agonizar durante dos o tres días y a quien amaba con una ternura extraordinaria. No sabíamos qué hacer con aquella pobre joven. Nuestro cirujano, que era un hombre de gran conocimiento y experiencia, se aplicó con todas sus fuerzas a devolverla a la vida y lo consiguió; pero el problema no terminó ahí, pues durante bastante tiempo después permaneció casi fuera de sí.

Quien lea estas memorias debe tener presente que las visitas en el mar no son como un viaje por tierra, donde a veces uno permanece una semana o quince días en un mismo lugar. Nuestra misión consistía en socorrer a la tripulación de aquel barco en apuros, no en quedarnos junto a él durante mucho tiempo. Aunque sus hombres estaban dispuestos a seguir el mismo rumbo que nosotros durante algunos días, no podíamos mantener una velocidad que nos permitiera navegar al paso de un barco que había perdido sus mástiles.

Sin embargo, como su capitán nos rogó que lo ayudáramos a montar un mastelero mayor y una especie de mastelero provisional en el mástil improvisado de proa, permanecimos junto a él, por así decirlo, durante tres o cuatro días. Después de entregarle cinco barriles de carne de vacuno, uno de carne de cerdo, dos toneles grandes de bizcocho marinero y una cantidad proporcionada de guisantes, harina y otras cosas de las que podíamos prescindir, aceptamos, como compensación, tres barriles de azúcar, algo de ron y algunas monedas de ocho reales. Finalmente, nos separamos de ellos, llevando a bordo, a petición insistente de los propios interesados, al joven y a la criada, junto con todas sus pertenencias.

El muchacho tenía unos diecisiete años. Era apuesto, educado, modesto y sensato, y se hallaba profundamente abatido por la pérdida de su madre. También había perdido a su padre pocos meses antes, en Barbados. Le suplicó al cirujano que intercediera por él ante mí para que lo sacara de aquel barco, pues decía que aquellos hombres crueles habían asesinado a

su madre. Y, en efecto, así había sido, aunque de manera indirecta: podrían haberle reservado a aquella pobre viuda desamparada una pequeña ración de alimento, aunque solo hubiese bastado para mantenerla con vida. Pero el hambre no reconoce amigos, parentescos, justicia ni derechos; por eso no tiene piedad y es incapaz de compasión.

El cirujano le explicó hasta dónde nos dirigíamos y le advirtió que nuestro viaje lo alejaría de todos sus amigos y quizá lo colocaría en unas circunstancias casi tan malas como aquellas en las que lo habíamos encontrado; es decir, abandonado a pasar hambre en el mundo. El joven respondió que le daba igual adónde fuera, con tal de librarse de la terrible tripulación entre la que se encontraba. El capitán —con lo cual se refería a mí, pues nada podía saber de mi sobrino— le había salvado la vida, y estaba seguro de que no le haría daño. En cuanto a la criada, estaba convencido de que, si recobraba el juicio, agradecería mucho que la sacáramos de allí, sin importar adónde los lleváramos.

El cirujano me expuso el caso con tanta sensibilidad que acabé cediendo. Subimos a bordo a ambos jóvenes con todas sus pertenencias, salvo once toneles de azúcar que no podían trasladarse ni estaban al alcance. Como el muchacho tenía un documento de embarque que acreditaba su derecho a aquellas mercancías, hice que el capitán del otro barco firmara un documento por el que se comprometía a presentarse, en cuanto llegara a Bristol, ante el señor Rogers, un comerciante de aquella ciudad con quien el joven decía estar emparentado, y entregarle una carta que yo mismo escribí, junto con todas las pertenencias de la difunta viuda.

Supongo que esto nunca llegó a hacerse, pues jamás pude averiguar si el barco llegó a Bristol. Lo más probable es que se perdiera en el mar, dado el estado tan deteriorado en que se encontraba y la gran distancia que lo separaba de tierra firme. En mi opinión, debió de hundirse durante la primera tormenta que encontró después de nuestro encuentro, pues hacía agua y tenía daños en la bodega.

Me encontraba entonces a los 19 grados y 32 minutos de latitud. Hasta aquel momento habíamos disfrutado de una travesía bastante aceptable en cuanto al tiempo, aunque al principio los vientos habían sido contrarios. No quiero aburrir a nadie con los pequeños incidentes relativos al viento, al tiempo, a las corrientes y demás que ocurrieron durante el resto del viaje. Para abreviar mi relato, diré únicamente que llegué a mi antigua morada, la isla, el 10 de abril de 1695.

No fue nada fácil encontrar el lugar. Antes había llegado a la isla y me había marchado de ella por el lado sur y el oriental, cuando venía de Brasil. Esta vez, en cambio, me aproximaba desde el espacio comprendido entre el continente y la isla y, como no tenía ninguna carta náutica de aquella costa ni contaba con puntos de referencia, no reconocí el lugar cuando lo vi, ni siquiera estaba seguro de haberlo visto. Durante bastante tiempo navegamos de un lado a otro y desembarcamos en varias islas situadas en la desembocadura del gran río Orinoco, pero ninguna servía a mi propósito.

Sin embargo, al recorrer la costa aprendí que antes había cometido un grave error: el territorio que creí divisar desde la isla donde viví no era en realidad un continente, sino una isla alargada o, más bien, una cadena de islas que se extendía de un extremo al otro de la ancha desembocadura de aquel gran río. También descubrí que los salvajes que habían llegado a mi isla no eran propiamente los que llamamos caribes, sino isleños y otros pueblos bárbaros de la misma clase, que habitaban más cerca de nuestro lado que los demás.

En resumen, visité varias de aquellas islas sin conseguir nada. Algunas estaban habitadas y otras no. En una encontré a unos españoles y supuse que vivían allí, pero, al hablar con ellos, descubrí que tenían una balandra fondeada en una pequeña ensenada cercana. Habían ido a aquel lugar para recoger sal y, si podían, pescar algunas ostras perlíferas. Sin embargo, me explicaron que pertenecían a la isla de Trinidad, situada más al norte, entre los 10 y los 11 grados de latitud.

Así, navegando de una isla a otra, unas veces a bordo de nuestro barco y otras en la chalupa del francés, que nos había resultado muy útil y que, con gran satisfacción por parte de sus dueños, decidimos conservar, por fin llegué a la costa sur de mi isla. En cuanto la tuve delante, reconocí de inmediato su aspecto familiar. Conduje entonces el barco hasta fondearlo sin peligro, de costado a la pequeña ensenada donde se encontraba mi antigua morada.

En cuanto vi el lugar, llamé a Viernes y le pregunté si sabía dónde estábamos. Miró a su alrededor un momento y, de pronto, dando palmadas, exclamó:

—¡Oh, sí! ¡Oh, allí! ¡Oh, sí! ¡Oh, allí!

Señalaba nuestra antigua morada y se puso a bailar y brincar como un loco. Apenas pude impedir que se arrojara al mar para nadar hasta la orilla.

—Bueno, Viernes —le dije—, ¿crees que encontraremos a alguien aquí? ¿Piensas que veremos a tu padre?

El muchacho permaneció mudo, inmóvil como un tronco, durante un buen rato. Pero cuando mencioné a su padre, aquella pobre criatura, tan afectuosa, se ensombreció y vi cómo las lágrimas le corrían abundantemente por el rostro.

—¿Qué te pasa, Viernes? ¿Estás triste porque quizá puedas ver a tu padre?

—No, no —respondió, sacudiendo la cabeza—. No verlo más. No, nunca más verlo otra vez.

—¿Por qué, Viernes? ¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —dijo Viernes—. Hace mucho tiempo morir, hace mucho tiempo. Hombre muy viejo.

—Bueno, bueno, Viernes, no lo sabes con certeza. Pero ¿crees que veremos a alguna otra persona?

Al parecer, el muchacho tenía mejor vista que yo, pues señaló la colina situada justo encima de mi antigua casa. Aunque estábamos a media legua de distancia, gritó:

—¡Ver! ¡Ver! ¡Sí, ver muchos hombres allí, allí y allí!

Miré en aquella dirección, pero no vi a nadie, ni siquiera con el catalejo. Supongo que no conseguía apuntarlo al lugar correcto, pues Viernes tenía razón, como comprobé al día siguiente cuando pregunté por ello. Había allí cinco o seis hombres reunidos, observando el barco sin saber qué pensar de nosotros.

En cuanto Viernes me dijo que veía gente, ordené desplegar la bandera inglesa y disparar tres cañonazos para hacerles saber que éramos amigos. Unos quince minutos después vimos elevarse una columna de humo desde el lado de la ensenada. Ordené inmediatamente que prepararan el bote, subí a Viernes conmigo y, después de izar una bandera blanca, me

dirigí directamente a tierra. Me acompañó el joven fraile del que he hablado antes, a quien había contado la historia de mi estancia en aquel lugar, cómo había vivido allí y todos los detalles relativos tanto a mí mismo como a las personas que había dejado en la isla. Por esa razón, deseaba vivamente acompañarme.

Llevábamos además unos dieciséis hombres bien armados, por si encontrábamos allí a nuevos visitantes cuya presencia desconocíamos. Pero no tuvimos necesidad de recurrir a las armas.

Cuando desembarcamos, aprovechando la marea creciente y estando cerca de la pleamar, remamos directamente hacia la ensenada. El primer hombre en quien fijé la mirada fue el español a quien había salvado la vida y a quien reconocí perfectamente por el rostro. En cuanto a su atuendo, lo describiré más adelante.

Al principio ordené que nadie desembarcara, salvo yo mismo. Pero fue imposible retener a Viernes en el bote, pues aquella criatura tan afectuosa había divisado a su padre a cierta distancia de los españoles, en un lugar donde yo, en verdad, no alcanzaba a verlo. Si no le hubieran permitido bajar a tierra, se habría arrojado al mar.

Apenas puso los pies en la orilla, salió disparado hacia su padre, como una flecha lanzada por un arco. Habría hecho llorar a cualquier hombre, por firme que fuese su resolución, contemplar las primeras explosiones de alegría de aquel pobre muchacho al reunirse con su padre. Lo abrazaba, lo besaba, le acariciaba el rostro, lo levantaba en brazos y luego lo sentaba sobre un árbol y se tendía a su lado. Después se ponía de pie y lo contemplaba durante un cuarto de hora seguido, como quien mira una pintura extraña. Luego se echaba al suelo, le acariciaba las piernas y se las besaba; finalmente volvía a levantarse y se quedaba mirándolo fijamente. Cualquiera habría pensado que aquel muchacho estaba hechizado.

Pero al día siguiente, su pasión tomó un rumbo tan distinto que hasta un perro se habría reído al verlo. Por la mañana caminó varias horas por la orilla junto a su padre, llevándolo siempre de la mano como si se tratara de una dama. De vez en cuando se acercaba al bote para traerle alguna cosa: un terrón de azúcar, un trago de licor, un bizcocho marinero o cualquier otro alimento agradable.

Por la tarde, sus juegos adoptaron otra forma. Sentaba al anciano en el suelo y bailaba a su alrededor, haciendo mil gestos extravagantes. Mientras lo hacía, no dejaba de hablarle y de contarle una historia tras otra sobre sus viajes y las cosas que le habían sucedido en tierras lejanas, todo con el propósito de entretenerlo. En resumen, si en nuestra parte del mundo los cristianos demostraran hacia sus padres el mismo afecto filial, uno estaría tentado a decir que apenas habría sido necesario el quinto mandamiento.

Pero esto es una digresión; vuelvo a mi desembarco.

Sería inútil detenerme a describir todas las ceremonias y muestras de cortesía con que me recibieron los españoles. El primero de ellos, a quien, como ya he dicho, conocía muy bien, era aquel cuya vida había salvado. Se acercó al bote acompañado de otro hombre, y ambos llevaban una bandera de tregua. Al principio no me reconoció; ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudiera ser yo quien había llegado, hasta que le hablé.

—Señor —le dije en portugués—, ¿no me reconoce?

No respondió palabra. Entregó su mosquete al hombre que lo acompañaba, abrió los brazos y exclamó algo en español que no alcancé a entender del todo. Luego se acercó y me abrazó, diciéndome que era imperdonable que no reconociera de nuevo aquel rostro que una vez había visto como el de un ángel enviado del cielo para salvarle la vida. Pronunció una gran cantidad de palabras muy halagadoras, como sabe hacerlo siempre un español bien educado. Después hizo una seña al hombre que lo acompañaba y le ordenó que fuera a llamar a sus compañeros.

A continuación me preguntó si quería caminar hasta mi antigua morada, donde me devolvería la posesión de mi propia casa y donde podría ver que las mejoras que habían hecho eran bastante modestas.

Lo acompañé, pero, ¡ay!, no conseguí encontrar el lugar, como si jamás hubiera estado allí. Habían plantado tantos árboles, dispuestos de tal manera, tan juntos y espesos, que en diez años habían crecido tanto que el sitio se había vuelto inaccesible, salvo por una serie de senderos tortuosos y pasadizos engañosos que solo ellos, sus creadores, podían encontrar.

Les pregunté qué los había llevado a construir tantas fortificaciones. El

español me respondió que, cuando me contara cómo habían pasado el tiempo desde su llegada a la isla, comprendería que tenían razones más que suficientes para hacerlo, sobre todo después de la desgracia de descubrir que yo me había marchado.

Me dijo que no había podido evitar sentir cierta alegría por mi buena fortuna al enterarse de que había partido en un buen barco y en circunstancias favorables. Muchas veces había tenido la firme convicción de que, tarde o temprano, volvería a verme. Sin embargo, aseguró que nada de cuanto le había sucedido en la vida le había causado una sorpresa y una aflicción tan grandes como la decepción que sintió al regresar a la isla y descubrir que yo ya no estaba allí.

En cuanto a los tres bárbaros —así los llamó— que habían quedado atrás, dijo que tenía una larga historia que contarme sobre ellos. Todos los españoles consideraban que estarían mucho mejor entre los salvajes si no fuera porque eran tan pocos.

—Y —añadió—, si hubiéramos tenido fuerzas suficientes, hace mucho que todos habríamos acabado en el purgatorio.

Al decir esto, se persignó sobre el pecho.

—Pero, señor —continuó—, espero que no se disguste cuando le cuente que, obligados por la necesidad, tuvimos que desarmarlos para proteger nuestras vidas y convertirlos en nuestros súbditos. No se conformaban con dominarnos de manera moderada, sino que pretendían asesinarnos.

Le respondí que ya había temido algo semejante cuando los dejé allí. Lo único que me había pesado al partir de la isla era que los españoles aún no hubieran regresado, pues así habría podido entregarles primero la posesión de todas mis pertenencias y dejar a los otros sometidos, como merecían. Pero, si los españoles los habían reducido a esa condición, me alegraba mucho y estaba muy lejos de reprochárselo. Sabía que aquellos hombres eran una pandilla de villanos rebeldes e indisciplinados, capaces de cualquier maldad.

Mientras decía esto, regresó el hombre a quien el español había enviado, acompañado de otros once. Por la ropa que llevaban era imposible adivinar a qué nación pertenecían, pero el español aclaró la situación tanto para ellos como para mí.

Primero se volvió hacia mí y, señalándolos, dijo:

—Señor, estos son algunos de los caballeros que le deben la vida.

Después se volvió hacia ellos, me señaló y les explicó quién era yo. Entonces se acercaron todos, uno tras otro, no con el comportamiento de marineros corrientes y hombres del común, sino como si fueran embajadores o nobles y yo un monarca o un gran conquistador. Su conducta era de una cortesía y una amabilidad extraordinarias, aunque mezcladas con una gravedad varonil y majestuosa que les sentaba muy bien. En resumen, tenían muchos más modales que yo, de modo que apenas sabía cómo recibir sus atenciones y mucho menos cómo corresponder a ellas de la misma manera.

La historia de su llegada a la isla y de su comportamiento allí después de mi partida es tan extraordinaria y contiene tantos incidentes que se comprenden mejor a la luz de la primera parte de mi relato, y que en muchos aspectos se relacionan con lo que ya he contado, que no puedo sino entregarla con gran placer a la lectura de quienes vengan después de mí.

Para hacerlo con toda la claridad posible, debo volver a las circunstancias en que dejé la isla y a las personas que permanecieron en ella, de las que ahora voy a hablar.

En primer lugar, es necesario recordar que había enviado al padre de Viernes y al español —los dos hombres cuyas vidas había rescatado de los salvajes— en una gran canoa hacia tierra firme, tal como yo creía entonces que era, para que trajeran a los compañeros del español que habían quedado atrás. Mi propósito era evitarles una desgracia semejante a la que él había sufrido, prestarles ayuda inmediata y, si era posible, encontrar juntos alguna manera de conseguir nuestra liberación más adelante.

Cuando los envié, no había ninguna señal visible ni la menor razón para esperar que yo mismo pudiera ser liberado; no más de las que había tenido veinte años antes. Mucho menos podía prever lo que sucedería después, es decir, que un barco inglés llegaría a la isla para sacarme de allí.

Por eso, cuando regresaron, debió de causarles una enorme sorpresa

descubrir no solo que yo me había marchado, sino también que había dejado en aquel lugar a tres desconocidos, en posesión de todas las cosas que yo había abandonado y que, de no haber sido así, habrían pasado a ser suyas.

Sin embargo, lo primero que quise averiguar, para retomar la historia donde la había dejado, fue lo concerniente a ellos mismos. Le pedí al español que me relatara detalladamente su viaje de regreso junto a sus compatriotas, cuando lo envié en la canoa para traerlos.

Me dijo que había poco que contar sobre aquella parte, pues nada digno de mención les había sucedido durante el trayecto: el tiempo había sido muy tranquilo y el mar, apacible. En cuanto a sus compatriotas, aseguró que no cabía duda de que se habían alegrado muchísimo al verlo. Al parecer, él era el principal entre ellos, pues el capitán del barco en que habían naufragado llevaba ya algún tiempo muerto.

Según me contó, la sorpresa de sus compañeros había sido aún mayor porque sabían que había caído en manos de los salvajes, quienes, estaban convencidos, lo devorarían, tal como habían hecho con todos los demás prisioneros. Cuando les relató cómo había conseguido escapar y de qué manera lo habían equipado para llevarlos consigo, todo les pareció un sueño. Su asombro, dijo, fue semejante al de los hermanos de José cuando este les reveló quién era y les contó cómo había alcanzado una posición tan elevada en la corte del faraón.

Pero, cuando les mostró las armas, la pólvora, las balas y las provisiones que había llevado para su viaje por tierra o por mar, recuperaron el juicio, pudieron compartir plenamente la alegría de su liberación y se dispusieron de inmediato a marcharse con él.

Lo primero que tuvieron que hacer fue conseguir canoas. Para ello, no pudieron andarse con demasiados escrúpulos en cuanto a la honradez del asunto, sino que se vieron obligados a aprovecharse de sus amistosos salvajes y tomar prestadas dos canoas grandes, o piraguas, con el pretexto de salir a pescar o de paseo. En ellas partieron a la mañana siguiente.

Al parecer, no necesitaron tiempo para prepararse, pues no tenían ropa ni provisiones, y apenas poseían nada más que lo que llevaban puesto y unas cuantas raíces que solían comer y con las que preparaban su pan.

Estuvieron ausentes tres semanas en total. Por desgracia para ellos, durante ese tiempo se me presentó la oportunidad de escapar, como ya conté en la parte anterior de mi relato, y pude abandonar la isla, dejando atrás a tres de los villanos más insolentes, empedernidos, indisciplinados e insoportables que uno pudiera desear encontrarse. Esto causó una profunda pena y una gran decepción a los pobres españoles.

Lo único justo que hicieron aquellos bribones fue entregar mi carta a los españoles cuando estos desembarcaron, así como proporcionarles las provisiones y demás ayuda que yo les había ordenado darles. También les entregaron el extenso documento de instrucciones que había dejado en sus manos, donde se describían detalladamente los métodos que yo seguía para organizar cada aspecto de mi vida en la isla: cómo horneaba el pan, criaba cabras mansas y sembraba el maíz; cómo conservaba las uvas, fabricaba las vasijas y, en una palabra, todo cuanto hacía.

Les dieron a los españoles todas aquellas instrucciones por escrito, pues dos de ellos entendían bastante bien el inglés. Tampoco se negaron a facilitarles ninguna otra cosa que necesitaran, ya que durante algún tiempo se llevaron bastante bien. Les permitieron compartir en igualdad de condiciones la casa o cueva, y comenzaron a convivir de manera muy cordial. El principal de los españoles, que conocía bastante bien mis métodos, se encargó de organizar todos los asuntos junto con el padre de Viernes.

En cuanto a los ingleses, no hacían más que vagar por la isla, disparar a los loros y capturar tortugas. Cuando regresaban por la noche, los españoles les preparaban la cena.

Los españoles se habrían conformado con aquella situación si los otros los hubieran dejado tranquilos. Pero estos no tardaron en demostrar que eran incapaces de hacerlo. Como el perro del hortelano, ni comían ellos ni dejaban comer a los demás.

Al principio, las disputas fueron insignificantes y no merecen que me detenga a relatarlas. Pero, con el tiempo, el conflicto acabó convirtiéndose en una guerra abierta. Todo comenzó con la mayor grosería y desfachatez que pueda imaginarse: sin razón, sin provocación, contra la naturaleza y, en realidad, contra el sentido común. Y aunque es cierto que el primer relato de los hechos procedía de los propios españoles, a quienes bien puedo llamar los acusadores, cuando interrogué a aquellos individuos, no

pudieron negar ni una sola palabra de lo sucedido.

Pero antes de entrar en los pormenores de esta parte de la historia, debo subsanar una omisión de mi relato anterior. Olvidé mencionar que, justo cuando estábamos levando el ancla para hacernos a la vela, se produjo una pequeña disputa a bordo de nuestro barco que, por un momento, temí que desembocara en un segundo motín. La disputa no se apaciguó hasta que el capitán, haciendo acopio de valor y reuniéndonos a todos para que lo ayudáramos, consiguió separarlos por la fuerza y puso grilletes a dos de los hombres más rebeldes. Como ambos habían participado activamente en los desórdenes anteriores y, en esta segunda ocasión, habían proferido algunas amenazas graves y peligrosas, los amenazó con llevarlos encadenados a Inglaterra y hacer que allí los ahorcaran por amotinamiento y por haberse apoderado del barco para escapar con él.

Al parecer, aunque el capitán no tenía intención de cumplir su amenaza, aquello asustó a algunos de los otros hombres de la tripulación. Algunos les habían metido en la cabeza a los demás que el capitán solo les daba buenas palabras por el momento, hasta que llegaran a algún puerto inglés, donde los meterían a todos en la cárcel y los juzgarían por delitos que podían costarles la vida. El primer oficial se enteró de esto y nos lo comunicó. Entonces se propuso que yo, que todavía gozaba de gran consideración entre ellos, bajara con él y tranquilizara a los hombres, asegurándoles que, si se comportaban bien durante el resto de la travesía, se les perdonaría todo lo que habían hecho hasta entonces.

Así pues, fui a hablar con ellos y les di mi palabra de honor. Parecieron tranquilizarse, y aún más cuando ordené que soltaran y perdonaran a los dos hombres que estaban encadenados.

Sin embargo, aquel motín nos había obligado a echar el ancla durante la noche. A la mañana siguiente, como también había amainado el viento, descubrimos que los dos hombres a quienes habían puesto grilletes habían robado cada uno un mosquete y otras armas —no sabíamos de cuánta pólvora o munición disponían— y se habían apoderado de la lancha del barco, que todavía no habíamos izado a bordo, para huir con ella y reunirse con sus compañeros de fechorías en tierra.

En cuanto lo supimos, ordené que la lancha mayor desembarcara con doce hombres y el primer oficial. Se marcharon enseguida en busca de aquellos bribones, pero no consiguieron encontrar ni a ellos ni a ninguno

de los demás, pues todos huyeron al bosque en cuanto vieron acercarse la embarcación a la costa. El primer oficial estuvo a punto de decidir que, en justa represalia por sus fechorías, debía destruir sus plantaciones, quemar todos sus enseres y muebles, y dejarlos a su suerte, privados de todo. Pero, como no había recibido órdenes al respecto, lo dejó todo tal como estaba, sin tocar nada, recuperó la lancha y regresó a bordo sin los fugitivos.

Con estos dos hombres, el número de aquellos individuos ascendía a cinco. Sin embargo, los otros tres bribones eran tan malvados que, después de pasar juntos dos o tres días, echaron de su casa a los recién llegados para que se las arreglaran por su cuenta y se negaron a tener nada que ver con ellos. Durante bastante tiempo ni siquiera se dejaron convencer para darles comida. En cuanto a los españoles, todavía no habían llegado.

Cuando los españoles desembarcaron por primera vez, las cosas empezaron a avanzar. Intentaron persuadir a los tres brutos ingleses para que volvieran a acoger a sus compatriotas, de modo que, como decían ellos, todos pudieran formar una sola familia. Pero los ingleses no quisieron ni oír hablar del asunto, por lo que los dos pobres hombres tuvieron que vivir por su cuenta. Al comprender que solo el trabajo y la perseverancia les permitirían vivir con cierta comodidad, levantaron sus tiendas en la costa norte de la isla, algo más hacia el oeste, para mantenerse fuera del alcance de los salvajes, que siempre desembarcaban por el lado oriental.

Allí construyeron dos chozas: una para dormir y la otra para guardar sus provisiones y pertenencias. Los españoles les dieron algo de maíz para sembrar y algunas de las arvejas que yo les había dejado. Con ello, cavaron la tierra, sembraron y cercaron el terreno, siguiendo el modelo que yo había establecido para todos ellos, y pronto empezaron a vivir bastante bien. Su primer cultivo de maíz ya estaba en tierra. Aunque al principio solo habían podido cultivar un pequeño terreno, pues llevaban poco tiempo allí, les bastaba para abastecerse de pan y otros alimentos. Uno de ellos había sido ayudante del cocinero del barco y sabía preparar muy bien sopas, pudines y otras preparaciones con el arroz, la leche y la poca carne que conseguían.

Estaban prosperando de aquella manera cuando los tres bribones desnaturalizados, que además eran compatriotas suyos, se presentaron

allí por pura diversión y con la intención de insultarlos. Se pusieron a intimidarlos y les dijeron que la isla les pertenecía, pues el gobernador —es decir, yo— les había concedido su posesión y nadie más tenía derecho alguno sobre ella. Añadieron que no debían construir casas en aquel terreno a menos que estuvieran dispuestos a pagarles un alquiler.

Al principio, los dos hombres creyeron que estaban bromeando. Les pidieron que entraran, se sentaran, vieran qué bonitas eran las casas que habían construido y les dijeran cuánto alquiler pretendían cobrarles. Uno de ellos comentó alegremente que, si aquellos eran los terratenientes, esperaba que, si levantaban viviendas en él y lo mejoraban, les concedieran un arrendamiento de larga duración, como solían hacer los terratenientes. También les sugirió que buscaran un escribano para redactar los documentos.

Uno de los tres, furioso y maldiciendo, les dijo que pronto verían que no estaba bromeando. Se dirigió a un lugar cercano donde los hombres honrados habían encendido una hoguera para preparar la comida, tomó un tizón y lo aplicó contra la pared exterior de una de sus chozas, prendiéndole fuego. En verdad, la habría reducido a cenizas en pocos minutos si uno de los dos hombres no hubiera corrido hacia él, lo hubiera apartado de un empujón y apagado las llamas con los pies, cosa que no consiguió sin cierta dificultad.

El individuo se enfureció tanto porque aquel hombre honrado lo había apartado de un empujón que se volvió contra él con un palo que llevaba en la mano. Si el otro no hubiera esquivado el golpe con gran agilidad y corrido hacia el interior de la choza, habría acabado allí mismo con su vida. Su compañero, al ver el peligro que corrían ambos, corrió tras él. Inmediatamente salieron los dos con sus mosquetes. El hombre a quien habían intentado golpear primero derribó de un culatazo al que había iniciado la disputa, antes de que los otros dos pudieran acudir en su ayuda. Al ver que los restantes se les echaban encima, los dos hombres se mantuvieron juntos, les apuntaron con los cañones de sus armas y les ordenaron que se mantuvieran alejados.

Los otros también llevaban armas de fuego. Pero uno de los dos hombres honrados, más atrevido que su compañero y desesperado por el peligro que corrían, les advirtió que, si intentaban mover una mano o un pie, estaban muertos, y les ordenó con firmeza que depusieran las armas. No llegaron a hacerlo, pero, al verlo tan decidido, accedieron a parlamentar y

aceptaron llevarse a su compañero herido y marcharse. Al parecer, el golpe lo había dejado bastante malherido.

Sin embargo, los dos hombres honrados cometieron un grave error, pues tenían la ventaja y no aprovecharon la ocasión para desarmar por completo a sus agresores, como podían haber hecho, y acudir enseguida a los españoles para contarles cómo los habían tratado aquellos bribones. Los tres villanos no pensaban más que en vengarse, y cada día daban alguna señal de que estaban decididos a hacerlo.

Capítulo III: Lucha Con Los Caníbales

Pero, para no recargar esta parte del relato con una relación de las muchas otras fechorías menores con que los atormentaban continuamente, de día y de noche, diré que la situación llevó a los dos hombres a tal grado de desesperación que resolvieron enfrentarse a los tres en cuanto se presentara una oportunidad favorable. Con ese propósito, decidieron dirigirse al castillo, como llamaban a mi antigua morada, donde por entonces vivían juntos los tres bribones y los españoles. Su intención era librar un combate en igualdad de condiciones, con los españoles presentes para velar por que se respetaran las reglas. Así pues, se levantaron por la mañana antes del amanecer, fueron al lugar y llamaron a los ingleses por sus nombres, diciéndole a un español que acudió a responderles que querían hablar con ellos.

Había ocurrido que, el día anterior, dos de los españoles habían estado en el bosque y se habían encontrado con uno de los dos ingleses a quienes, para distinguirlos de los otros, yo llamaba los hombres honrados. Este les había expuesto con amargura el trato bárbaro que él y su compañero habían recibido de sus tres compatriotas, cómo estos habían arruinado su plantación y destruido el maíz que tanto trabajo les había costado cultivar, y cómo habían matado la cabra lechera y sus tres cabritos, que constituían todas las provisiones con que contaban para subsistir. Les había dicho también que, si él y sus amigos, refiriéndose a los españoles, no volvían a ayudarlos, morirían de hambre.

Cuando los españoles regresaron por la noche y todos estaban cenando, uno de ellos se tomó la libertad de reprender a los tres ingleses, aunque lo hizo con palabras muy suaves y corteses. Les preguntó cómo podían ser tan crueles con aquellos hombres, que eran inofensivos y no molestaban a nadie; que estos estaban procurando ganarse la vida con su propio trabajo y que les había costado muchísimo esfuerzo llevar sus asuntos al grado de prosperidad en que se encontraban.

Uno de los ingleses respondió con gran descaro:

—¿Qué derecho tenían ellos a estar aquí? Habían desembarcado sin permiso y no debían sembrar ni construir nada en la isla. Aquel terreno no les pertenecía.

—Pero, señor inglés —replicó el español con toda tranquilidad—, no pueden dejarlos morir de hambre.

El inglés contestó, como un tosco marinero:

—¡Pues que se mueran de hambre! No deben sembrar ni construir en ese lugar.

—Pero ¿qué deben hacer entonces, señor? —preguntó el español.

Otro de aquellos brutos respondió:

—¿Que qué deben hacer? Ser nuestros sirvientes y trabajar para nosotros.

—¿Y cómo pueden esperar eso de ellos? —repuso el español—. Ustedes no los han comprado con su dinero; no tienen derecho a convertirlos en sirvientes.

El inglés contestó que la isla les pertenecía, que el gobernador se la había entregado y que nadie, excepto ellos mismos, tenía derecho alguno sobre ella. Dicho esto, juró que iría a quemar todas las chozas nuevas de los otros hombres, pues no permitiría que construyeran ninguna en su territorio.

—Entonces, señor —dijo el español—, siguiendo esa misma regla, nosotros también tendremos que ser sus sirvientes.

—¡Pues sí! —replicó el descarado bribón—. Y eso es precisamente lo que acabarán siendo antes de que hayamos terminado con ustedes.

Entre una frase y otra, intercaló dos o tres juramentos.

El español se limitó a sonreír y no le respondió. Sin embargo, aquella breve conversación los había irritado. Uno de ellos se puso en pie y le dijo al otro —creo que era el hombre al que llamaban Will Atkins—:

—Vamos, Jack, vayamos a darles otra buena paliza. Te aseguro que derribaremos su castillo. ¡No permitiré que establezcan una colonia en

nuestros dominios!

Dicho esto, se marcharon todos en tropel, cada uno con un fusil, una pistola y una espada. Mientras se alejaban, murmuraban entre ellos insolencias acerca de lo que también les harían a los españoles cuando se presentara la ocasión. Al parecer, los españoles no los entendieron lo bastante bien como para captar todos los detalles, pero sí comprendieron que los amenazaban duramente por haberse puesto del lado de los dos ingleses.

Los españoles dijeron que no sabían adónde habían ido ni cómo habían pasado aquella tarde. Sin embargo, parece que estuvieron vagando por los alrededores durante buena parte de la noche y que, después, se acostaron en el lugar al que yo solía llamar mi cenador. Estaban cansados y durmieron más de la cuenta.

Lo ocurrido fue lo siguiente: habían decidido esperar hasta la medianoche y sorprender a los dos pobres hombres mientras dormían. Según reconocieron después, se proponían prender fuego a sus chozas mientras ellos estuvieran dentro, para quemarlos allí o asesinarlos cuando intentaran salir. Como la malicia rara vez duerme profundamente, resultaba extraño que no hubieran permanecido despiertos. Sin embargo, los dos hombres también tenían sus propios planes contra ellos, como ya he dicho, aunque mucho más justos que el de quemarlos y asesinarlos. Por una afortunada coincidencia, los dos habían salido de sus chozas antes de que aquellos bribones sedientos de sangre llegaran a ellas, lo cual resultó muy ventajoso para todos.

Cuando los tres llegaron y descubrieron que los hombres se habían marchado, Atkins, que al parecer era el más atrevido de ellos, exclamó dirigiéndose a su compañero:

—¡Ja, Jack! Aquí está el nido, pero los pájaros han volado.

Se quedaron un rato cavilando sobre qué podía haberlos llevado a salir tan temprano y enseguida sospecharon que los españoles les habían avisado. Entonces se estrecharon las manos y se juraron mutuamente que se vengarían de ellos.

Apenas habían sellado aquel pacto sanguinario, se pusieron manos a la obra contra la vivienda de los pobres hombres. No llegaron a prenderle

fuego a nada, pero derribaron ambas chozas y no dejaron en pie ni el más pequeño palo, ni apenas rastro alguno en el suelo del lugar donde habían estado. Hicieron pedazos todos los enseres domésticos y arrojaron las cosas de un lado a otro con tal violencia que, más tarde, los pobres hombres encontraron algunos de sus objetos a una milla de distancia. Después arrancaron todos los árboles jóvenes que habían plantado, destruyeron la cerca que habían construido para proteger el ganado y los cultivos y, en una palabra, saquearon y devastaron todo con tanta minuciosidad como lo habría hecho una horda de tártaros.

En aquel momento, los dos hombres habían salido a buscarlos y estaban resueltos a enfrentarse con ellos dondequiera que los encontraran, aunque fueran solo dos contra tres. De haberse encontrado, sin duda habría corrido la sangre, pues todos eran hombres fuertes y decididos, y justo es reconocerlo.

Pero la Providencia se ocupó de mantenerlos separados con más eficacia de la que ellos mismos habrían podido emplear para encontrarse. Como si se hubieran estado siguiendo mutuamente los pasos, cuando los tres fueron hacia un lado, los dos estaban en el otro; y, más tarde, cuando los dos regresaron para buscarlos, los tres ya habían vuelto a la antigua morada. Pronto veremos la distinta conducta que siguieron unos y otros.

Cuando los tres regresaron, furiosos y enardecidos por la rabia que les había provocado la destrucción que acababan de llevar a cabo, se acercaron a los españoles y les contaron lo que habían hecho, con ánimo de burlarse de ellos y jactarse de sus fechorías. Uno de ellos se acercó a uno de los españoles y, como si ambos fueran muchachos jugando, le agarró el sombrero que llevaba puesto, se lo hizo girar sobre la cabeza y, mirándolo con una sonrisa burlona, le dijo:

—Y usted, señor Juan Español, recibirá el mismo trato si no aprende a comportarse mejor.

El español, que, aunque era un hombre tranquilo y cortés, también era tan valiente como cualquiera y, además, fuerte y de buena constitución, lo observó durante un buen rato. Como no llevaba ningún arma en la mano, se acercó a él con gravedad y le propinó un puñetazo que lo derribó como cae un buey al recibir un golpe de hacha.

Entonces uno de los bribones, tan insolente como el primero, disparó

inmediatamente su pistola contra el español. En realidad, no llegó a alcanzarle el cuerpo, pues las balas le pasaron entre los cabellos, aunque una de ellas le rozó la punta de la oreja y le hizo sangrar bastante.

La sangre hizo creer al español que estaba más herido de lo que realmente estaba, y eso lo acaloró un poco, pues hasta entonces había actuado con absoluta serenidad. Ahora, decidido a llevar las cosas hasta el final, se agachó, recogió el mosquete del hombre al que había derribado y estaba a punto de disparar contra quien le había disparado cuando los demás españoles salieron de la cueva. Le gritaron que no disparara, intervinieron enseguida, redujeron a los otros dos ingleses y les quitaron las armas.

Una vez desarmados, y al comprender que se habían enemistado con todos los españoles, además de con sus propios compatriotas, comenzaron a calmarse. Adoptaron un tono más conciliador con los españoles y les pidieron que les devolvieran las armas. Pero los españoles, teniendo en cuenta la enemistad que existía entre aquellos hombres y los otros dos ingleses, y considerando que la mejor manera de impedir que se mataran unos a otros era mantenerlos desarmados, les dijeron que no tenían intención de hacerles daño y que, si estaban dispuestos a vivir en paz, con mucho gusto volverían a ayudarlos y a convivir con ellos como antes. Sin embargo, no podían considerar la posibilidad de devolverles las armas mientras siguieran tan decididos a utilizarlas para hacer daño a sus propios compatriotas e incluso hubieran amenazado con convertir a todos los españoles en sus sirvientes.

Los bribones ya no atendían a razones y, al verse privados de sus armas, se pusieron a vociferar como locos, amenazando con todo tipo de represalias, a pesar de que no tenían armas de fuego. Pero los españoles, sin dar importancia a sus amenazas, les advirtieron que tuvieran cuidado con intentar causar algún daño a sus plantaciones o a su ganado, pues, si lo hacían, les dispararían como si fueran bestias feroces, allí donde los encontraran; y que, si caían vivos en sus manos, sin duda serían ahorcados. Sin embargo, aquello no sirvió para apaciguarlos. Se marcharon furiosos, maldiciendo y jurando como auténticas furias.

En cuanto se fueron, regresaron los dos hombres, también llenos de indignación y rabia, aunque por motivos muy distintos. Habían estado en su plantación y, al encontrarla completamente derribada y destruida, tal como he contado, cualquiera puede imaginar que tenían motivos más que

suficientes para estar enfurecidos. Apenas tuvieron ocasión de contar lo sucedido, pues los españoles estaban tan ansiosos por relatarles lo ocurrido a ellos que casi no los dejaron hablar. Y era bastante extraño que tres hombres pudieran intimidar de aquella manera a diecinueve sin recibir castigo alguno.

En realidad, los españoles los despreciaban y, sobre todo después de haberlos desarmado, no daban importancia a sus amenazas. Pero los dos ingleses estaban decididos a hacerles pagar por sus actos, sin importarles cuánto esfuerzo les costara encontrarlos. Una vez más, los españoles intervinieron y les dijeron que, puesto que les habían quitado las armas, no podían permitir que ellos dos los persiguieran con armas de fuego y quizá acabaran matándolos.

—Pero —dijo el grave español que ejercía de gobernador—, procuraremos que se les haga justicia, si nos dejan encargarnos del asunto. No cabe duda de que volverán a nosotros cuando se les pase el arrebato, pues no pueden subsistir sin nuestra ayuda. Les prometemos que no haremos las paces con ellos sin obtener antes una satisfacción completa por los agravios que les han causado. A cambio, esperamos que ustedes nos prometan no recurrir a la violencia contra ellos, salvo en defensa propia.

Los dos ingleses aceptaron esta propuesta de muy mala gana y con gran reticencia. Sin embargo, los españoles les aseguraron que solo lo hacían para evitar un derramamiento de sangre y conseguir que, al final, todos pudieran vivir tranquilos.

—Después de todo —les dijeron—, no somos tantos y hay sitio de sobra para todos. Es una verdadera lástima que no podamos vivir todos como buenos amigos.

Finalmente, los dos hombres dieron su consentimiento y aguardaron el desenlace de los acontecimientos, alojándose durante algunos días con los españoles, pues su propia vivienda había sido destruida.

Unos cinco días después, los vagabundos, cansados de andar errantes y casi muertos de hambre, regresaron al bosquecillo. Durante todo aquel tiempo habían subsistido principalmente a base de huevos de tortuga. Al encontrar a mi español, que, como ya he dicho, era el gobernador, paseando junto al arroyo con otros dos compañeros, se acercaron a ellos con actitud muy sumisa y humilde, y les rogaron que volvieran a admitirlos

en la comunidad.

Los españoles los trataron con cortesía, pero les dijeron que se habían comportado de manera tan antinatural con sus compatriotas y tan indecorosa con ellos mismos que no podían tomar ninguna decisión sin consultar antes a los dos ingleses y a los demás. No obstante, irían a hablar con ellos y discutirían el asunto, de modo que tendrían una respuesta en media hora.

Puede imaginarse lo apurados que estaban aquellos hombres, pues, mientras aguardaban esa media hora, rogaron a los españoles que les enviaran algo de pan. Así lo hicieron, mandándoles también un buen trozo de carne de cabra y un loro hervido, que devoraron con gran avidez.

Tras media hora de deliberaciones, los hicieron entrar y comenzó un largo debate. Sus dos compatriotas los acusaron de haber destruido todo el fruto de su trabajo y de haber intentado asesinarlos. Los tres reconocieron que habían hecho ambas cosas anteriormente, por lo que ahora no podían negarlas.

En definitiva, los españoles actuaron como mediadores entre ambas partes. Así como habían exigido a los dos ingleses que no hicieran daño a los tres mientras estos estuvieran desnudos y desarmados, ahora obligaron a los tres a reconstruir las dos chozas de sus compatriotas: una debía tener las mismas dimensiones que antes y la otra ser más grande. También debían volver a cercar el terreno, plantar árboles en lugar de los que habían arrancado, cavar de nuevo la tierra para sembrar maíz y, en una palabra, restituirlo todo, en la medida de lo posible, al estado en que lo habían encontrado.

Pues bien, se sometieron a todas estas condiciones y, como durante todo aquel tiempo recibieron abundantes provisiones, comenzaron a comportarse de manera bastante disciplinada. Toda la comunidad comenzó de nuevo a convivir de forma agradable y armoniosa. La única excepción era que aquellos tres individuos nunca podían ser persuadidos de trabajar —me refiero a trabajar para mantenerse a sí mismos—, salvo de vez en cuando y solo cuando les venía en gana.

Sin embargo, los españoles les dijeron claramente que, con tal de que vivieran juntos amistosamente y se preocuparan por el bienestar de toda la colonia, ellos estarían dispuestos a trabajar para mantenerlos,

permitiéndoles pasear y holgazanear cuanto quisieran. Así, después de convivir bastante bien durante uno o dos meses, los españoles volvieron a entregarles las armas y les permitieron salir con ellas, como antes.

No había transcurrido más de una semana desde que recuperaron las armas y comenzaron a salir de nuevo cuando aquellos ingratos volvieron a mostrarse tan insolentes y molestos como siempre. Sin embargo, poco después ocurrió un incidente que puso en peligro la seguridad de todos y los obligó a dejar de lado sus rencillas personales para concentrarse en salvar la vida.

Una noche, el gobernador —el español a quien yo había salvado la vida y que ahora dirigía a los demás— se sintió muy intranquilo y no pudo conciliar el sueño por ningún medio. Su cuerpo estaba perfectamente sano; lo único que le ocurría era que tenía los pensamientos agitados. No dejaba de imaginar hombres peleando y matándose unos a otros. Estaba completamente despierto y le resultaba imposible dormir.

En resumen, permaneció acostado durante largo rato, pero, como su inquietud iba en aumento, resolvió levantarse. Como eran muchos y dormían sobre pieles de cabra extendidas en gruesas capas sobre los lechos y colchones que ellos mismos se habían fabricado, cuando querían levantarse no tenían más que ponerse en pie, quizá echarse encima alguna chaqueta, fuera de la clase que fuese, y calzarse los zapatos. Así quedaban listos para ir adondequiera que sus pensamientos los condujeran.

Una vez levantado, el gobernador miró hacia el exterior. Pero estaba oscuro y apenas podía ver nada. Además, los árboles que yo había plantado, y que para entonces habían crecido mucho, le impedían la vista. Solo podía mirar hacia arriba y comprobar que la noche estaba estrellada. Como no oyó ningún ruido, regresó y volvió a acostarse. Pero fue inútil: no conseguía tranquilizarse ni descansar. Sus pensamientos lo atormentaban en extremo, sin que supiera por qué.

El ruido que hizo al levantarse, caminar de un lado a otro, salir y entrar despertó a otro de los españoles, que le preguntó quién andaba levantado. El gobernador le contó lo que le estaba sucediendo.

—¿De veras? —dijo el otro español—. Le aseguro que no debemos tomar a la ligera estas cosas. Sin duda, se está tramando alguna desgracia cerca

de nosotros.

Acto seguido, le preguntó:

—¿Dónde están los ingleses?

—Todos están en sus chozas, perfectamente seguros —respondió el gobernador.

Al parecer, los españoles habían conservado la posesión de la estancia principal y habían destinado un lugar para los tres ingleses, quienes, desde su último motín, se alojaban siempre separados y no tenían acceso al resto.

—Pues bien —dijo el español—, estoy convencido, por mi propia experiencia, de que algo hay en todo esto. Estoy seguro de que nuestros espíritus, mientras habitan un cuerpo, se comunican con los espíritus incorpóreos que moran en el mundo invisible y reciben noticias de ellos. Estas advertencias amistosas se nos envían para nuestro propio beneficio, si supiéramos aprovecharlas. Vamos, salgamos a echar un vistazo. Y, si no encontramos nada que justifique esta inquietud, le contaré una historia apropiada que lo convencerá de que tengo razón al proponerlo.

Salieron enseguida con la intención de subir a la cima de la colina, adonde yo solía ir. Pero, como eran hombres fuertes, iban en buen número y no estaban solos como yo, no tomaron ninguna de las precauciones que yo solía emplear: no subieron por la escalera para luego izarla tras ellos y ascender por un segundo tramo hasta la cima. En cambio, se dirigieron descuidadamente por el bosquecillo y, de pronto, se sorprendieron al ver una luz, como de fuego, a muy poca distancia, y al oír voces humanas. No eran una o dos voces, sino las de un gran número de personas.

Entre las precauciones que yo tomaba cuando los salvajes desembarcaban en la isla, una de mis preocupaciones constantes era impedir que descubrieran siquiera el menor indicio de que hubiera habitantes en aquel lugar. Y cuando, por alguna circunstancia, llegaban a descubrirlo, se llevaban una lección tan contundente que los que lograban escapar apenas podían dar cuenta de lo ocurrido. Nosotros desaparecíamos lo antes posible, y nunca escapó nadie que me hubiera visto y pudiera contárselo a otros, salvo aquellos tres salvajes que, durante nuestro último encuentro, saltaron a la embarcación. Como ya mencioné,

temía que regresaran a su tierra y trajeran refuerzos.

Los españoles no podían saber si la llegada de aquella multitud se debía a la huida de aquellos hombres o si, por el contrario, los salvajes habían llegado por casualidad y sin saberlo, siguiendo su costumbre de venir a cumplir su sangrienta misión. Fuera cual fuese la causa, los españoles debieron haber procurado ocultarse o, mejor aún, evitar encontrarse con ellos. Mucho menos debieron permitir que los salvajes descubrieran que había habitantes en la isla. Otra posibilidad habría sido atacarlos con tanta eficacia que ninguno escapara, algo que solo podían haber conseguido interponiéndose entre ellos y sus embarcaciones.

Pero les faltó esa presencia de ánimo, y aquella falta de previsión fue lo que destruyó su tranquilidad durante mucho tiempo.

No cabe duda de que el gobernador y el hombre que lo acompañaba, sorprendidos por aquella visión, regresaron de inmediato y despertaron a sus compañeros, informándoles del peligro inminente que corrían todos. Estos también se alarmaron enseguida, pero fue imposible convencerlos de que permanecieran resguardados en el interior: todos querían salir corriendo para ver qué estaba sucediendo.

Mientras estuvo oscuro, en realidad, estuvieron a salvo y tuvieron tiempo de sobra para observar a los salvajes a la luz de las tres hogueras que habían encendido, separadas unas de otras. No sabían qué estaban haciendo aquellos hombres, ni tampoco qué debían hacer ellos mismos. En primer lugar, el enemigo era demasiado numeroso; en segundo lugar, no permanecía reunido en un solo grupo, sino que estaba dividido en varias partidas, que habían desembarcado en distintos lugares.

Los españoles se sintieron profundamente consternados ante aquel espectáculo. Al ver que aquellos hombres se dispersaban por toda la costa, no dudaron de que, tarde o temprano, algunos acabarían llegando a su morada o a algún otro lugar donde descubrirían indicios de que la isla estaba habitada. También estaban muy preocupados por su rebaño de cabras, pues, si los animales eran exterminados, se quedarían prácticamente condenados a morir de hambre.

Por eso, lo primero que resolvieron fue enviar a tres hombres, antes del amanecer, para que condujeran todas las cabras al gran valle donde se encontraba la cueva y, si era necesario, las metieran incluso dentro de

ella. Dos de los hombres serían españoles y el tercero, inglés.

Si hubieran visto a todos los salvajes reunidos en un solo grupo y alejados de sus canoas, estaban decididos a atacarlos, aunque hubieran sido cien. Pero no podían hacerlo, porque algunos se encontraban a dos millas de distancia de los demás y, como se descubrió después, pertenecían a dos naciones diferentes.

Después de deliberar largo rato sobre qué debían hacer, finalmente decidieron enviar, mientras aún estaba oscuro, al anciano salvaje, el padre de Viernes, para que actuara como espía e intentara averiguar algo acerca de aquellos hombres: de dónde venían, qué se proponían hacer y otros detalles semejantes.

El anciano aceptó de buen grado la misión. Se desnudó completamente, como iban la mayoría de los salvajes, y se marchó.

Una o dos horas después regresó con noticias. Contó que había estado entre ellos sin que nadie lo descubriera y que había comprobado que se trataba de dos grupos pertenecientes a naciones distintas, que estaban en guerra entre sí. Ambos habían librado una gran batalla en sus propios territorios y, durante el combate, cada bando había capturado varios prisioneros. Por pura casualidad, todos habían desembarcado en la misma isla con el propósito de devorar a sus cautivos y celebrar un festín. Sin embargo, aquella coincidencia había echado a perder toda su diversión: estaban furiosos unos con otros y se encontraban tan cerca que el anciano creía que volverían a luchar en cuanto comenzara a clarear. No había advertido, sin embargo, que sospecharan siquiera que hubiera alguien más en la isla aparte de ellos mismos.

Apenas había terminado de contar su historia cuando, por el ruido extraordinario que comenzaron a hacer, comprendieron que los dos pequeños ejércitos se habían trabado en una sangrienta batalla.

El padre de Viernes empleó todos los argumentos que pudo para convencer a nuestros hombres de que permanecieran ocultos y no se dejaran ver. Les dijo que su seguridad dependía de ello y que no tenían más que quedarse quietos: los salvajes se matarían entre sí y, después, los supervivientes se marcharían. Y así ocurrió, exactamente como lo había predicho.

Pero fue imposible convencer a todos, especialmente a los ingleses. La curiosidad los dominaba tanto que tenían que salir a contemplar la batalla. Aun así, tomaron algunas precauciones: no se quedaron a la vista, cerca de su propia morada, sino que se adentraron más en el bosque y buscaron una posición ventajosa desde la que pudieran observar el combate con seguridad y, según creían, sin ser vistos. Pero los salvajes sí los vieron, como descubriremos más adelante.

La batalla fue encarnizada. Si he de creer a los ingleses, uno de ellos aseguró que entre los combatientes había hombres de gran valentía, de espíritu indomable y de extraordinaria habilidad para dirigir la lucha. Según contaron, el combate duró dos horas antes de que pudieran adivinar qué bando sería derrotado. Finalmente, el grupo que se encontraba más cerca de la morada de nuestros hombres comenzó a mostrar signos de debilidad y, poco después, algunos de sus integrantes empezaron a huir.

Esto volvió a sumir a nuestros hombres en una gran consternación, pues temían que alguno de los fugitivos corriera a refugiarse en el bosquecillo situado delante de su morada y descubriera así, sin querer, dónde vivían. En consecuencia, quienes los perseguían también podrían llegar hasta allí buscándolos.

Por esta razón, resolvieron permanecer armados dentro de la empalizada y, si alguien entraba en el bosquecillo, salir de golpe por encima del muro y matarlo, de modo que, si era posible, ninguno regresara para contar lo sucedido. Ordenaron, además, que lo hicieran con las espadas o derribando a los fugitivos a culatazos con los mosquetes, pero sin disparar, para evitar que el ruido de los tiros diera la alarma.

Tal como habían previsto, tres hombres del ejército derrotado huyeron para salvar la vida. Cruzaron el arroyo y corrieron directamente hacia aquel lugar, sin saber en absoluto adónde se dirigían, pues solo buscaban refugio en un bosque espeso.

El vigía que habían apostado para observar los alrededores informó de su llegada a los que estaban dentro y añadió una noticia tranquilizadora: los vencedores no los habían perseguido ni habían visto hacia dónde se dirigían.

Al oír esto, el gobernador español, que era un hombre compasivo, se negó a permitir que mataran a los tres fugitivos. En su lugar, envió a tres

hombres por la parte alta de la colina y les ordenó que dieran un rodeo, se situaran detrás de ellos y los sorprendieran para capturarlos. Así lo hicieron.

El resto de los vencidos huyó hacia sus canoas y se hizo a la mar. Los vencedores se retiraron sin perseguirlos, o persiguiéndolos muy poco. Después se reunieron en un solo grupo y lanzaron dos grandes alaridos, probablemente para celebrar su triunfo. Así terminó la batalla. Ese mismo día, hacia las tres de la tarde, también ellos se dirigieron a sus canoas.

De este modo, los españoles volvieron a quedar solos en la isla. Su temor desapareció y no volvieron a ver salvajes durante varios años.

Cuando todos se hubieron marchado, los españoles salieron de su refugio y examinaron el campo de batalla. Encontraron unos treinta y dos hombres muertos en el lugar. Algunos habían sido abatidos con largas flechas, que aún tenían clavadas en el cuerpo; pero la mayoría habían muerto a golpes de grandes espadas de madera. En el campo encontraron dieciséis o diecisiete de aquellas armas y otros tantos arcos, además de una gran cantidad de flechas.

Aquellas espadas eran objetos extraños, enormes y difíciles de manejar; quienes las utilizaban debían de ser hombres muy fuertes. A la mayoría de los que habían muerto a sus golpes les habían destrozado la cabeza, o, como decimos en inglés, les habían destrozado los sesos a golpes. A varios también les habían quebrado los brazos y las piernas. Todo ello demostraba con qué furia y rabia indescriptibles combatían aquellos hombres.

No encontramos a ninguno que no estuviera completamente muerto. O bien permanecían junto a sus enemigos hasta haberlos matado, o bien se llevaban consigo a todos los heridos que no estuvieran ya del todo muertos.

Aquel episodio amansó durante mucho tiempo a nuestros ingleses de mala índole. La escena los había llenado de horror y las posibles consecuencias les parecían espantosas, sobre todo al pensar que, tarde o temprano, podían caer en manos de aquellas criaturas, que no solo los matarían por considerarlos enemigos, sino que también se los comerían, del mismo modo que nosotros sacrificamos nuestro ganado para alimentarnos.

Me confesaron que la sola idea de que pudieran devorarlos como si fueran carne de vaca o de carnero —aunque suponían que aquello no ocurriría hasta después de muertos— les resultaba tan espantosa que les revolvía el estómago. Se mareaban al pensarlo y sus mentes se llenaban de un terror tan extraordinario que durante varias semanas no volvieron a ser los mismos.

Como he dicho, aquello amansó incluso a los tres brutos ingleses de los que he venido hablando. Durante bastante tiempo se mostraron dóciles y cumplieron razonablemente bien con las tareas comunes de la comunidad: plantaron, sembraron y cosecharon, y comenzaron a adaptarse a la vida en aquella tierra.

Pero, algún tiempo después, volvieron a idear nuevas insensateces que los metieron en graves dificultades.

Habían tomado tres prisioneros, como ya he observado; y, como estos eran tres jóvenes robustos, los pusieron a su servicio y les enseñaron a trabajar para ellos. Como esclavos, resultaban bastante útiles; pero no procedieron con ellos como yo había hecho con mi Viernes: es decir, no comenzaron por hacerles comprender que les habían salvado la vida para después instruirlos en los principios racionales de la existencia. Mucho menos pensaron en enseñarles religión ni intentaron civilizarlos y ganárselos mediante un trato amable y argumentos afectuosos. Así como les daban de comer todos los días, también les asignaban su trabajo y los mantenían plenamente ocupados en toda clase de tareas penosas. Pero con ello perdieron una ventaja: nunca consiguieron que los ayudaran ni que lucharan por ellos como lo hacía mi Viernes, quien me era tan fiel como mi propia carne.

Pero volvamos a los asuntos de la comunidad. Como ahora todos eran buenos amigos —pues el peligro común, como he dicho antes, los había reconciliado eficazmente—, comenzaron a considerar su situación general. Lo primero que examinaron fue si, dado que los salvajes frecuentaban especialmente aquel lado de la isla y había otras zonas más apartadas y solitarias igualmente adecuadas para su modo de vida y claramente más ventajosas para ellos, no sería mejor trasladar su residencia y establecer sus cultivos en algún lugar más apropiado para su seguridad y, sobre todo, para proteger su ganado y sus sembrados de maíz.

Después de largas deliberaciones, decidieron no trasladar su residencia,

pues pensaban que, tarde o temprano, quizá volverían a tener noticias de su gobernador, es decir, de mí. Si yo enviaba a alguien a buscarlos, seguramente le indicaría que se dirigiera a aquel lugar; y si encontraba el sitio destruido, concluiría que los salvajes nos habían matado a todos y que nos habíamos marchado, con lo cual también perderían la posibilidad de recibir ayuda. En cuanto al maíz y al ganado, acordaron trasladarlos al valle donde estaba mi cueva, pues la tierra era igual de apropiada para ambas cosas y, de hecho, había allí terreno más que suficiente. Sin embargo, tras pensarlo mejor, modificaron también una parte de aquella decisión y resolvieron trasladar solo una parte del ganado y del maíz, dejando el resto donde estaba, de modo que, si una parte resultaba destruida, la otra pudiera salvarse.

Tuvieron, además, la prudencia de no permitir que aquellos tres salvajes que habían tomado prisioneros supieran nada de la plantación que habían establecido en el valle ni del ganado que tenían allí; mucho menos les revelaron la existencia de la cueva de aquel lugar, que conservaban como refugio seguro para cualquier emergencia. También llevaron allí los dos barriles de pólvora que yo les había enviado al marcharme.

Decidieron, no obstante, no cambiar de residencia. Pero, como yo había protegido cuidadosamente el lugar primero con una muralla o fortificación y después con una arboleda, y como ahora estaban plenamente convencidos de que su seguridad dependía por completo de permanecer ocultos, se pusieron a trabajar para disimular y ocultar el lugar con mayor eficacia aún que antes.

Con ese propósito, siguiendo mi ejemplo, plantaron árboles —o, mejor dicho, clavaron estacas que con el tiempo crecieron hasta convertirse en árboles— a cierta distancia delante de la entrada de mis aposentos. Continuaron del mismo modo y cubrieron todo el terreno restante desde los árboles que yo había plantado hasta la orilla del arroyo donde desembarcaba mis balsas, llegando incluso hasta el fango que quedaba cubierto por la marea. No dejaron ningún sitio por donde se pudiera desembarcar ni señal alguna que indicara que allí había habido un punto de desembarco. Como aquellas estacas eran también de una madera que prendía y crecía con rapidez, procuraron que fueran, por lo general, mucho más grandes y altas que las que yo había plantado.

Los árboles crecieron con rapidez, y los plantaron tan juntos y espesos que, después de tres o cuatro años, resultaba imposible ver a través de

ellos a una distancia considerable. En cuanto a la parte que yo había plantado, los árboles ya tenían troncos tan gruesos como el muslo de un hombre; y, entre ellos, habían colocado tantos otros más bajos y tan apretados que formaban una especie de empalizada de un cuarto de milla de espesor. Atravesarla era casi imposible: hasta un perro pequeño habría tenido dificultades para pasar entre los árboles, de tan juntos como estaban.

Pero no se limitaron a eso. Hicieron lo mismo con todo el terreno situado a derecha e izquierda, extendiendo la barrera hasta rodear incluso el costado de la colina. No dejaron ninguna salida, ni siquiera para ellos mismos, salvo la escalera apoyada contra la ladera; después de subir por ella, la levantaban y la colocaban de nuevo desde el primer descansillo hasta la cima. Así, cuando retiraban la escalera, nadie podía llegar hasta ellos, a menos que tuviera alas o contara con la ayuda de la brujería.

Todo aquello estaba dispuesto con admirable ingenio, y más adelante comprobaron que no había sido una precaución excesiva. Esto me confirmó que, así como la prudencia humana cuenta con la autoridad de la Providencia para justificarla, sin duda también recibe de ella la inspiración para ponerse en práctica. Estoy convencido de que, si escucháramos atentamente su voz, podríamos evitar muchas de las desgracias a las que, por nuestra propia negligencia, estamos expuestos en la vida.

Después de aquello vivieron dos años en completo aislamiento y no recibieron más visitas de los salvajes. Sin embargo, una mañana se llevaron un buen susto que los llenó de consternación. Algunos españoles habían salido temprano hacia el extremo occidental de la isla —la parte a la que yo nunca iba por temor a ser descubierto— cuando, para su sorpresa, vieron unas veinte canoas de indios que acababan de llegar a la costa.

Regresaron a toda prisa y dieron la alarma a sus compañeros. Aquel día y el siguiente permanecieron bien resguardados, saliendo únicamente de noche para observar lo que ocurría. Por fortuna, los salvajes no los descubrieron, pues, adondequiera que fueran, aquella vez no desembarcaron en la isla, sino que perseguían algún otro propósito.

Capítulo IV: Nueva Invasión De Los Salvajes

Y ahora volvieron a tener otro altercado con los tres ingleses. Uno de ellos, un sujeto sumamente pendenciero, se enfureció con uno de los tres esclavos cautivos porque el hombre no había hecho correctamente algo que le había ordenado y parecía mostrarse un tanto reacio a la hora de obedecer. Entonces sacó un hacha de la funda que llevaba sujeta al cinturón y se abalanzó sobre el pobre salvaje, no para corregirlo, sino para matarlo. Uno de los españoles que se encontraba allí, al verlo asestarle al hombre un golpe brutal con el hacha, dirigido a la cabeza pero que acabó hundiéndose en el hombro, creyó que le había cortado el brazo a la pobre criatura. Corrió hacia ellos y, rogándole que no asesinara al desdichado, se interpuso entre ambos para impedir la desgracia.

El inglés, aún más enfurecido por aquella intervención, descargó un golpe con el hacha contra el español y juró que le haría lo mismo que había pretendido hacerle al salvaje. Al advertirlo, el español esquivó el golpe y, con una pala que llevaba en la mano —pues todos trabajaban en el campo, en las tierras destinadas al cultivo del maíz—, derribó al bruto. Otro de los ingleses acudió corriendo para ayudar a su compañero y golpeó al español hasta tirarlo al suelo. Entonces llegaron otros dos españoles para socorrer al suyo, y un tercer inglés se lanzó contra ellos. Ninguno llevaba armas de fuego ni otra clase de armas, sino hachas y herramientas de trabajo, con excepción de aquel tercer inglés, que tenía uno de mis sables oxidados. Con él arremetió contra los dos últimos españoles y los hirió a ambos.

La disputa provocó un alboroto en toda la comunidad y, cuando llegaron más personas para intervenir, apresaron a los tres ingleses. La cuestión siguiente fue decidir qué hacer con ellos. Habían protagonizado tantos motines y eran tan violentos, desesperados y, además, tan holgazanes, que nadie sabía cómo proceder. Eran capaces de las mayores atrocidades y no les importaba el daño que pudieran causar a nadie; en definitiva, no era seguro convivir con ellos.

El español que ejercía de gobernador les dijo con toda claridad que, si

hubieran sido compatriotas suyos, los habría ahorcado. Todas las leyes y todos los gobernantes, explicó, tenían el deber de preservar la sociedad, y quienes representaban un peligro para ella debían ser expulsados de su seno. Sin embargo, como eran ingleses y todos debían su salvación y liberación a la generosa bondad de un compatriota suyo, él los trataría con toda la clemencia posible y dejaría que los otros dos ingleses, sus compatriotas, juzgaran el caso.

Uno de los dos ingleses honrados se puso de pie y dijo que preferían que no se les dejara esa decisión.

—Porque estoy seguro de que deberíamos condenarlos a la horca —dijo.

Acto seguido, contó cómo Will Atkins, uno de los tres, había propuesto que los cinco ingleses se unieran para asesinar a todos los españoles mientras dormían.

Al oír aquello, el gobernador español llamó a Will Atkins.

—¿Cómo, señor Atkins? ¿Pretendía usted asesinarnos a todos? ¿Qué tiene que decir al respecto?

Aquel villano endurecido estaba tan lejos de negarlo que reconoció que era cierto y juró que todavía lo harían antes de que todo aquello terminara.

—Bien, pero, señor Atkins —dijo el español—, ¿qué le hemos hecho para que quiera matarnos? ¿Qué ganaría con ello? ¿Y qué debemos hacer nosotros para impedir que nos mate? ¿Tenemos que matarlo a usted o tiene usted que matarnos a nosotros? ¿Por qué quiere obligarnos a llegar a semejante extremo, señor Atkins? —preguntó el español con mucha calma y una sonrisa.

El señor Atkins se enfureció tanto al ver que el español se lo tomaba a broma que, de no haberlo sujetado tres hombres y de no haber tenido ningún arma a su alcance, habría intentado matarlo allí mismo, delante de todos.

Su conducta temeraria los obligó a considerar seriamente qué debían hacer. Los dos ingleses y el español que había salvado al pobre salvaje opinaban que debían ahorcar a uno de los tres para escarmiento de los demás, y que ese debía ser precisamente el hombre que había intentado

asesinar dos veces a alguien con su hacha. De hecho, había motivos para creer que lo había conseguido, pues el pobre salvaje se encontraba en un estado tan lamentable a causa de la herida que todos pensaban que no sobreviviría.

Pero el gobernador español siguió negándose.

—No. Un inglés salvó la vida de todos nosotros, y jamás consentiré que se dé muerte a un inglés, aunque hubiera asesinado a la mitad de nuestra gente. Es más —añadió—, si yo mismo hubiera muerto a manos de un inglés y aún me quedara tiempo para hablar, mi última voluntad sería que lo perdonaran.

El gobernador español insistió con tanta firmeza en esta postura que nadie se atrevió a contradecirlo. Y, como los argumentos misericordiosos suelen imponerse cuando se defienden con tanta vehemencia, todos acabaron aceptándola.

Sin embargo, aún quedaba por decidir qué medidas adoptar para impedir que aquellos hombres llevaran a cabo sus malvados propósitos. Todos, incluido el gobernador, coincidían en que era necesario proteger a la comunidad del peligro que representaban. Después de una larga deliberación, acordaron desarmarlos y prohibirles tener armas de fuego, pólvora, municiones, espadas o cualquier otra arma. Serían expulsados de la comunidad y quedarían libres para vivir por su cuenta, donde y como quisieran. Ninguno de los demás, ni españoles ni ingleses, podría conversar con ellos ni tener trato alguno con ellos. Se les prohibiría acercarse a menos de cierta distancia del lugar donde vivían los otros. Y si cometían algún acto de vandalismo, como estropear, quemar o destruir los sembrados, las plantaciones, los edificios, las cercas o el ganado de la comunidad, o si mataban a alguien, morirían sin misericordia: les dispararían allí donde los encontraran.

El bondadoso gobernador reflexionó un momento sobre la sentencia y, volviéndose hacia los dos ingleses honrados, dijo:

—Esperen. Deben tener en cuenta que pasará mucho tiempo antes de que puedan cultivar su propio maíz y criar ganado, y no podemos dejarlos morir de hambre. Por lo tanto, tendremos que proporcionarles víveres.

Así pues, añadió a la sentencia que recibirían una cantidad de maíz

suficiente para alimentarse durante ocho meses y también para sembrar, tiempo en el que cabía suponer que ya habrían obtenido alguna cosecha propia. Se les entregarían seis cabras lecheras, cuatro machos cabríos y seis cabritos, tanto para su sustento inmediato como para formar un pequeño rebaño. También recibirían herramientas para trabajar el campo, pero no se les entregaría ninguna herramienta ni provisión a menos que juraran solemnemente que no las utilizarían para hacer daño a ninguno de los españoles ni a sus compatriotas ingleses.

De este modo, los expulsaron de la comunidad y los dejaron a su suerte. Se marcharon de mal humor y con actitud desafiante, sin estar conformes ni con irse ni con quedarse. Pero, como no había otra solución, se fueron fingiendo que buscarían un lugar donde establecerse. Les dieron algunas provisiones, pero ninguna arma.

Unos cuatro o cinco días después regresaron para pedir más alimentos y le informaron al gobernador del lugar donde habían instalado sus tiendas y delimitado el terreno que destinarían a su vivienda y plantación. Era, en efecto, un sitio muy conveniente, situado en la parte más remota de la isla, hacia el nordeste, aproximadamente en el mismo lugar donde, por disposición de la Providencia, había desembarcado yo durante mi primer viaje, cuando me vi arrastrado mar adentro por mi insensato intento de navegar alrededor de la isla.

Allí construyeron dos cabañas bastante buenas, siguiendo un diseño parecido al de mi primera vivienda. Las levantaron al pie de una colina y ya había árboles creciendo en tres de sus lados, de modo que, plantando algunos más, podrían ocultarlas fácilmente a la vista, salvo que alguien buscara el lugar con mucha atención. Pidieron algunas pieles de cabra secas para utilizarlas como camas y cobertores, y se las concedieron. Además, después de dar su palabra de que no molestarían a los demás ni causarían daños en sus plantaciones, recibieron hachas y las demás herramientas de las que la comunidad podía prescindir, así como guisantes, cebada y arroz para sembrar. En una palabra, se les proporcionó todo lo que necesitaban, excepto armas y municiones.

Vivieron en aquellas condiciones de aislamiento durante unos seis meses y recogieron su primera cosecha, aunque fue escasa, pues la parcela que habían sembrado era pequeña. En realidad, tenían mucho trabajo por delante, ya que debían preparar toda su plantación desde cero. Además, cuando intentaron fabricar tablas, vasijas y otros objetos semejantes, se

encontraron completamente fuera de su elemento y no consiguieron hacer nada útil.

Por eso, cuando llegó la estación de las lluvias, al no disponer de una cueva en la tierra, fueron incapaces de mantener seco el grano, que corrió un grave peligro de echarse a perder. Aquello los hizo entrar en razón. Acudieron a los españoles y les suplicaron que los ayudaran, cosa que estos hicieron de muy buena gana. En cuatro días excavaron en la ladera una gran cavidad, lo bastante amplia para proteger del agua el maíz y sus demás pertenencias. Sin embargo, incluso en el mejor de los casos, era un lugar bastante pobre en comparación con mi cueva, sobre todo tal como estaba entonces, pues los españoles la habían ampliado considerablemente y habían construido en ella varias habitaciones nuevas.

Unos nueve meses después de aquella separación, a aquellos bribones se les ocurrió una nueva aventura que, sumada a las villanías que ya habían cometido, les acarrearía bastantes desgracias y estuvo a punto de causar la ruina de toda la colonia.

Al parecer, los tres nuevos compañeros empezaban a cansarse de la dura vida que llevaban, sin ninguna esperanza de mejorar su situación. Se les metió entonces en la cabeza la idea de viajar al continente de donde procedían los salvajes y ver si podían capturar allí a algunos nativos para traerlos de vuelta y obligarlos a realizar por ellos los trabajos más pesados.

El proyecto no era tan descabellado, siempre que no hubieran ido más allá. Pero aquellos hombres no hacían ni proponían nada que no escondiera alguna maldad en sus intenciones o acabara produciendo algún daño. Y, si se me permite expresar mi opinión, parecían estar bajo una maldición del cielo; pues, si no admitimos que una maldición visible pueda perseguir crímenes manifiestos, ¿cómo podemos conciliar los acontecimientos de este mundo con la justicia divina? Era evidente que su situación constituía una especie de castigo por sus delitos de motín y piratería, que los habían llevado al estado en que se encontraban. Sin embargo, no mostraban el menor arrepentimiento por sus crímenes, sino que añadían nuevas villanías a las anteriores. Entre ellas estaba aquel acto de crueldad monstruosa de herir a un pobre esclavo porque no había entendido, o quizá no había podido comprender, lo que le ordenaban hacer, causándole una lesión tan grave que lo dejó lisiado de por vida, en un lugar donde no había cirujano ni medicina alguna con que curarlo. Y, peor todavía, estaba el asesinato deliberado —pues eso era, sin duda—

que después habían planeado cometer todos juntos: matar a sangre fría a los españoles mientras dormían.

Una mañana, los tres individuos se presentaron ante los españoles y, con palabras muy humildes, pidieron permiso para hablar con ellos. Los españoles accedieron de buena gana a escucharlos. Esto fue lo que les dijeron: estaban cansados de vivir como lo hacían, no tenían la habilidad suficiente para fabricar las cosas que necesitaban y, al carecer de ayuda, comprendían que acabarían muriéndose de hambre. Pero si los españoles les permitían llevarse una de las canoas en las que habían cruzado el mar y les proporcionaban armas y municiones suficientes para defenderse, irían al continente a probar fortuna. De ese modo, dejarían de ser una carga y los españoles ya no tendrían que preocuparse de suministrarles más provisiones.

Los españoles estaban bastante satisfechos con la idea de librarse de ellos, pero, con toda honradez, les señalaron la destrucción segura hacia la que se encaminaban. Les recordaron que ellos mismos habían padecido grandes penalidades precisamente en aquel lugar y que, sin necesidad de poseer el don de la profecía, podían asegurarles que morirían de hambre o serían asesinados. Por eso, les pidieron que lo pensaran bien.

Los hombres respondieron con insolencia que, si se quedaban allí, morirían de hambre, porque no sabían trabajar y tampoco estaban dispuestos a hacerlo; que en el extranjero no podían estar peor, pues también allí solo podían acabar muriendo de hambre. Y, si los mataban, todo habría terminado para ellos: no tenían esposas ni hijos que lloraran su pérdida. En resumen, insistieron con tanta importunidad en su petición que declararon que se marcharían de todos modos, les dieran armas o no.

Los españoles les dijeron con gran amabilidad que, si estaban decididos a partir, no debían hacerlo como hombres indefensos, incapaces de protegerse. Aunque apenas disponían de armas de fuego suficientes para ellos mismos, les darían dos mosquetes, una pistola y un sable, además de un hacha para cada uno, pues consideraban que aquello bastaría para defenderse.

En definitiva, los ingleses aceptaron la oferta. Después de recibir pan recién horneado suficiente para un mes, tanta carne de cabra como pudieran comer mientras se conservara fresca, una gran cesta de uvas pasas, una vasija de agua potable y un cabrito vivo, se embarcaron

audazmente en la canoa para cruzar el mar, cuyo ancho era de al menos cuarenta millas.

La embarcación era, en efecto, grande y habría podido transportar cómodamente a quince o veinte hombres, por lo que resultaba algo demasiado voluminosa para que ellos la manejaran. Sin embargo, como contaban con una brisa favorable y la marea entrante, se las arreglaron bastante bien. Habían fabricado un mástil con un largo palo y una vela con cuatro grandes pieles de cabra secas, cosidas o atadas entre sí. Así, emprendieron alegremente el viaje. Los españoles les gritaron: "¡Bon voyage!", y nadie volvió a pensar que pudiera verlos de nuevo.

Los españoles solían comentarse entre sí, y también a los dos ingleses honrados que se habían quedado, lo tranquilos y cómodos que vivían ahora que aquellos tres alborotadores se habían marchado. La posibilidad de que regresaran era lo último que se les habría pasado por la cabeza. Pero he aquí que, después de veintidós días de ausencia, uno de los ingleses, que se encontraba fuera trabajando en sus cultivos, vio a lo lejos a tres hombres desconocidos que se acercaban con armas de fuego al hombro.

El inglés echó a correr hacia el gobernador español, muerto de miedo y asombro, como si estuviera hechizado, y le dijo que estaban todos perdidos, pues había extraños en la isla, aunque no sabía quiénes eran.

El español se detuvo un momento a reflexionar y luego le preguntó:

—¿Cómo que no sabe quiénes son? Sin duda, serán los salvajes.

—¡No, no! —respondió el inglés—. Son hombres vestidos y armados.

—Entonces, ¿por qué se preocupa tanto? —replicó el español—. Si no son salvajes, tienen que ser amigos, pues no existe nación cristiana alguna en la tierra que no prefiera hacernos el bien antes que el mal.

Mientras discutían de este modo, llegaron los tres ingleses y, desde el borde del bosque recién plantado, los llamaron a gritos. Enseguida reconocieron sus voces y desapareció toda la sorpresa. Pero ahora su asombro dio paso a otra pregunta: ¿qué habría ocurrido y por qué habían regresado?

No tardaron en hacerlos entrar y, cuando les preguntaron dónde habían estado y qué habían hecho, los tres les dieron un relato completo de su viaje, aunque en pocas palabras.

Contaron que habían llegado a tierra en menos de dos días, pero que, al ver que los habitantes se alarmaban ante su llegada y se preparaban para combatirlos con arcos y flechas, no se habían atrevido a desembarcar. En su lugar, habían navegado hacia el norte durante seis o siete horas, hasta llegar a una amplia ensenada. Por ella comprendieron que la tierra que divisaban desde nuestra isla no era el continente, sino otra isla.

Al entrar en aquella abertura del mar, vieron otra isla al norte, a su derecha, y varias más hacia el oeste. Decididos a desembarcar en algún sitio, se dirigieron a una de las islas occidentales y bajaron a tierra sin vacilar. Allí encontraron a los habitantes muy corteses y amistosos. Estos les ofrecieron diversas raíces y algo de pescado seco, y se mostraron muy sociables. Tanto las mujeres como los hombres se apresuraban a proporcionarles todo lo que podían conseguir para comer, y se lo llevaban desde grandes distancias, transportándolo sobre la cabeza.

Permanecieron allí cuatro días e intentaron averiguar, por medio de señas, qué pueblos habitaban aquellas tierras en una dirección y en otra. Les hablaron de varias naciones feroces y terribles que vivían en casi todas las regiones circundantes y que, según les indicaron mediante gestos, acostumbraban a comer carne humana. En cuanto a ellos mismos, aseguraron que nunca comían hombres ni mujeres, excepto a los prisioneros que capturaban durante las guerras. En tales ocasiones, reconocieron que celebraban un gran festín y se comían a sus cautivos.

Los ingleses les preguntaron cuándo habían celebrado un festín semejante por última vez. Los nativos respondieron señalando la luna y levantando dos dedos para indicar que había ocurrido hacía unas dos lunas. También les hicieron saber que su gran rey tenía en aquel momento doscientos prisioneros capturados en la guerra y que los estaban alimentando para engordarlos antes del siguiente festín.

Los ingleses manifestaron un enorme deseo de ver a aquellos prisioneros, pero los nativos los interpretaron mal y creyeron que querían llevarse algunos para comérselos ellos mismos. Así que les hicieron señas, indicando primero el ocaso del sol y luego su salida, para darles a entender que a la mañana siguiente, al amanecer, les llevarían algunos. Y

así lo hicieron: a la mañana siguiente les presentaron cinco mujeres y once hombres, y se los entregaron a los ingleses para que se los llevaran durante su viaje, tal como nosotros llevaríamos unas cuantas vacas y bueyes hasta una ciudad portuaria para abastecer de alimentos a un barco.

Por muy brutales y bárbaros que fueran aquellos hombres en su propio hogar, la escena les revolvió el estómago y no supieron qué hacer. Rechazar a los prisioneros habría sido la mayor ofensa que podían hacer a aquellos nobles salvajes, y tampoco sabían qué hacer con ellos. Sin embargo, después de discutirlo un poco, decidieron aceptarlos.

A cambio, entregaron a los salvajes que los habían llevado una de sus hachas, una llave vieja, un cuchillo y seis o siete balas. Aunque los nativos no comprendían para qué servían aquellos objetos, parecieron especialmente complacidos con ellos. Después, ataron las manos de los desdichados prisioneros a la espalda y los arrastraron hasta la embarcación para que los ingleses se los llevaran.

Los ingleses tuvieron que marcharse en cuanto los recibieron, pues, de haberse quedado más tiempo, quienes les habían hecho aquel generoso regalo seguramente habrían esperado que se pusieran a trabajar con los prisioneros, mataran a dos o tres a la mañana siguiente y quizá invitaran a los donantes a cenar.

Así pues, tras despedirse con todas las muestras de respeto y agradecimiento que podían intercambiar unas personas que no entendían ni una palabra de lo que decían las otras, se hicieron a la mar y regresaron hacia la primera isla. Cuando llegaron, liberaron a ocho de sus prisioneros, pues eran demasiados para lo que necesitaban.

Durante el viaje habían intentado comunicarse de alguna manera con los cautivos, pero resultó imposible hacerles entender nada. Cualquier cosa que les dijeran, les dieran o hicieran por ellos era interpretada como una señal de que iban a asesinarlos.

Lo primero que hicieron los ingleses fue desatarles las manos. Pero los pobres desgraciados gritaron aterrorizados, sobre todo las mujeres, como si acabaran de sentir el cuchillo en la garganta, pues inmediatamente concluyeron que los habían desatado para matarlos.

Si les daban algo de comer, ocurría lo mismo: pensaban que lo hacían por

temor a que perdieran peso y no estuvieran lo bastante gordos para sacrificarlos. Si se detenían a observar con especial atención a alguno de ellos, el elegido concluía enseguida que estaban comprobando quién era el más gordo y cuál convenía matar primero.

Y lo más sorprendente era que, incluso después de haberlos llevado hasta la isla y de empezar a tratarlos con amabilidad y consideración, los cautivos seguían esperando que, de un día para otro, sus nuevos amos los prepararan para la cena o el almuerzo.

Cuando los tres aventureros terminaron de contar aquella historia tan extraordinaria, o de relatar las peripecias de su viaje, el español les preguntó dónde estaba su nueva familia. Al responderle que la habían llevado a tierra, que la habían instalado en una de sus cabañas y que habían subido para pedir algunos víveres para ellos, los españoles y los otros dos ingleses —es decir, toda la colonia— decidieron bajar al lugar para verlos. Así lo hicieron, y con ellos fue también el padre de Viernes.

Cuando entraron en la cabaña, encontraron a todos sentados y atados, pues, al llevarlos a tierra, les habían amarrado las manos para impedir que se apoderaran de la embarcación y escaparan. Allí estaban, digo, todos completamente desnudos. En primer lugar, había tres hombres apuestos, de buena constitución y miembros bien proporcionados, de unos treinta a treinta y cinco años. También había cinco mujeres: dos tendrían entre treinta y cuarenta años; otras dos, unos veinticinco o veintiséis; y la quinta era una joven alta y agraciada, de unos diecisiete años. Las mujeres eran de agradable aspecto, tanto por su figura como por sus facciones, aunque de piel morena. Dos de ellas, si hubieran tenido la piel completamente blanca, habrían pasado incluso en Londres por mujeres muy hermosas, pues tenían rostros agradables y un comportamiento sumamente recatado. Esto se hizo aún más evidente cuando después recibieron ropa y fueron vestidas, aunque, hay que reconocerlo, aquellas prendas distaban mucho de ser elegantes.

Como puede imaginarse, aquella visión resultó bastante desconcertante para los españoles, quienes, para describirlos con justicia, eran los hombres de temperamento más tranquilo y sereno, y de mejor carácter, que jamás había conocido. Además, se distinguían por una modestia extraordinaria. Digo que les resultó muy extraña la visión de tres hombres desnudos y cinco mujeres desnudas, todos atados y en las circunstancias más miserables que cabe imaginar para un ser humano: esperando a cada

instante que los sacaran a rastras, les destrozaran la cabeza y luego se los comieran, como a un ternero sacrificado para preparar un manjar exquisito.

Lo primero que hicieron fue pedir al anciano indígena, el padre de Viernes, que entrara para comprobar si conocía a alguno de ellos y si entendía su lengua. En cuanto el anciano entró, los observó atentamente, pero no reconoció a ninguno. Tampoco ellos entendían una palabra de lo que decía ni comprendían sus señas, con excepción de una de las mujeres.

Sin embargo, aquello bastó para cumplir el propósito: hacerles comprender que los hombres en cuyas manos habían caído eran cristianos, que aborrecían comer carne humana y que podían estar seguros de que no los matarían. En cuanto se convencieron de ello, manifestaron una alegría tan extraordinaria y mediante gestos tan torpes y variados que resulta difícil describirla. Al parecer, pertenecían a varias naciones distintas.

A continuación, pidieron a la mujer que les servía de intérprete que les preguntara si estaban dispuestos a convertirse en sirvientes y trabajar para los hombres que los habían llevado consigo, pues estos les habían salvado la vida. Al oírlo, todos se pusieron a bailar. Inmediatamente, uno empezó a recoger una cosa y otro otra, cualquier objeto que tuvieran a mano, y se los cargaron sobre los hombros para dar a entender que estaban dispuestos a trabajar.

El gobernador, al comprender que la presencia de mujeres entre ellos podía ocasionar inconvenientes, provocar disputas y quizá incluso derramamiento de sangre, preguntó a los tres hombres qué pensaban hacer con ellas y cómo pretendían tratarlas: si como sirvientas o como esposas.

Uno de los ingleses respondió con mucha audacia y sin vacilar que las tratarían de ambas maneras.

—No voy a impedírselo —dijo el gobernador—. En ese asunto, ustedes son sus propios dueños. Pero considero justo, para evitar desórdenes y disputas entre ustedes, y únicamente por esa razón se lo pido, que todos se comprometan a lo siguiente: si alguno toma a una de estas mujeres por esposa, solo podrá tomar una; y, una vez que la haya elegido, ningún otro podrá tocarla. Aunque no podamos celebrar un matrimonio formal para ninguno de ustedes, es razonable que, mientras permanezcan aquí, la mujer que cada uno tome por esposa sea mantenida por él y sea

considerada su mujer. Me refiero —añadió— al tiempo que permanezca aquí, y a que ningún otro tenga nada que ver con ella.

Todo aquello les pareció tan justo que todos aceptaron sin dificultad.

Entonces los ingleses preguntaron a los españoles si alguno de ellos pensaba tomar a una de las mujeres. Todos respondieron que no. Algunos dijeron que tenían esposas en España; los demás manifestaron que no les agradaban las mujeres que no fueran cristianas. En conjunto, declararon que ninguno tocaría a aquellas mujeres, lo cual fue una muestra de virtud como pocas he encontrado a lo largo de mis viajes.

Por el contrario, los cinco ingleses tomaron cada uno una mujer por esposa, aunque solo de manera temporal, y así establecieron una nueva forma de vida. Los españoles y el padre de Viernes vivían en mi antigua vivienda, cuyo interior habían ampliado considerablemente. Los tres sirvientes capturados en la última batalla contra los salvajes vivían con ellos y se encargaban de buena parte del trabajo de la colonia: abastecían de alimentos a los demás y los ayudaban en todo lo que podían o en aquello que las circunstancias exigían.

Pero lo más sorprendente de esta historia era que cinco hombres tan rebeldes y tan poco compatibles entre sí hubieran logrado ponerse de acuerdo acerca de aquellas mujeres, sin que dos de ellos eligieran a la misma, sobre todo teniendo en cuenta que dos o tres de las mujeres eran, con diferencia, más atractivas que las otras.

Sin embargo, encontraron una manera bastante acertada de evitar las disputas. Acomodaron a las cinco mujeres por separado en una de las cabañas y entraron todos en la otra, donde echaron suertes para decidir quién elegiría primero.

El que obtuvo el primer turno se dirigió solo a la cabaña donde estaban las pobres criaturas desnudas y salió de allí con la mujer que había elegido. Merece la pena observar que el primero escogió a la que se consideraba la menos agraciada y la mayor de las cinco, lo cual provocó no pocas bromas entre los demás. Hasta los españoles se rieron. Pero aquel hombre había comprendido mejor que los demás que necesitaría ayuda tanto en el trabajo como en las tareas cotidianas, y aquella mujer resultó ser la mejor esposa de todas.

Cuando las pobres mujeres se vieron colocadas en fila y comprendieron que iban a sacarlas una por una, volvió a apoderarse de ellas el terror que les inspiraba su situación. Estaban convencidas de que iban a devorarlas. Así, cuando el marinero inglés entró y se llevó a una de ellas, las demás prorrumpieron en un lamento desgarrador, se aferraron a ella y se despidieron con una angustia y un cariño tan intensos que habrían conmovido al corazón más endurecido del mundo.

Los ingleses no consiguieron convencerlas de que no iban a asesinarlas de inmediato hasta que hicieron venir al anciano, el padre de Viernes. Este les explicó enseguida que los cinco hombres que iban a sacarlas una por una las habían elegido para que fueran sus esposas.

Una vez terminado el reparto y cuando el miedo de las mujeres se hubo calmado un poco, los hombres se pusieron a trabajar, con la ayuda de los españoles. En pocas horas, construyeron para cada pareja una nueva cabaña o tienda donde alojarse por separado, pues las que ya tenían estaban abarrotadas de herramientas, enseres domésticos y provisiones.

Los tres malvados se habían instalado más lejos, mientras que los dos hombres honrados vivían más cerca; pero todos se encontraban en la costa norte de la isla, de modo que siguieron separados como antes. Así, mi isla quedó poblada en tres lugares distintos y, por decirlo de algún modo, comenzaron a levantarse tres pequeñas poblaciones.

Y aquí vale mucho la pena observar que, como sucede con frecuencia en el mundo —aunque no sabría decir cuáles son los sabios designios de la Providencia divina al disponer así las cosas—, los dos hombres honrados obtuvieron las dos peores esposas, mientras que los tres réprobos, que apenas merecían otra cosa que la horca, que no servían para nada y que no parecían haber nacido para hacer el bien ni a sí mismos ni a nadie más, consiguieron tres mujeres hábiles, cuidadosas e ingeniosas.

No quiero decir con ello que las dos primeras fueran malas esposas por su temperamento o carácter, pues las cinco eran criaturas sumamente dóciles, tranquilas, complacientes y sumisas, más parecidas a esclavas que a esposas. Me refiero a que no todas tenían la misma capacidad, ingenio o laboriosidad, ni eran igualmente limpias y aseadas.

Debo hacer otra observación, en honor de la diligencia y la aplicación, por una parte, y en descrédito de la pereza, la negligencia y la ociosidad, por

otra. Cuando llegué al lugar y examiné las mejoras, los cultivos y la manera en que se administraban las distintas pequeñas colonias, comprobé que los dos hombres habían aventajado tanto a los otros tres que no había comparación posible.

Ambos habían preparado, desde luego, tanta tierra para cultivar maíz como necesitaban. La razón era que, siguiendo mi propio principio, comprendían que no tenía sentido sembrar más maíz del que podían consumir. Pero la diferencia en el cultivo, la siembra, las cercas y, en realidad, en todo lo demás, saltaba a la vista desde el primer momento.

Los dos hombres habían plantado innumerables arbolitos alrededor de sus cabañas, de modo que, al llegar al lugar, no se veía otra cosa que un bosque. Y aunque sus plantaciones habían sido destruidas dos veces —una por sus propios compatriotas y otra por el enemigo, como se contará en su momento—, las habían restablecido por completo, y todo prosperaba y florecía a su alrededor. Habían plantado las vides en hileras, cultivándolas como en un viñedo, pese a que nunca habían visto nada semejante. Gracias al esmero con que cuidaban las cepas, sus uvas eran el doble de buenas que las de los demás. También habían descubierto un refugio en la parte más espesa del bosque. Aunque allí no había una cueva natural, como la que yo había encontrado, habían excavado una con el incesante trabajo de sus propias manos. Cuando ocurrió la desgracia que contaré más adelante, pudieron ocultar allí a sus mujeres y a sus hijos de tal manera que nadie habría podido encontrarlos. Para ello habían clavado innumerables estacas y postes hechos con la madera de aquellos árboles que, como ya dije, crecían con tanta facilidad, hasta volver la espesura intransitable, salvo por ciertos puntos donde trepaban para franquear el borde exterior y luego avanzaban por senderos que ellos mismos habían abierto.

En cuanto a los tres malvados, como con toda razón los llamo, aunque la vida en sus asentamientos los había civilizado bastante en comparación con lo que habían sido antes, y ya no eran tan pendencieros, pues tampoco tenían las mismas oportunidades de serlo, seguían acompañándolos uno de los compañeros inseparables de una mente depravada: la ociosidad. Es cierto que sembraban maíz y levantaban cercas; pero nunca se cumplieron mejor que en ellos las palabras de Salomón: "Pasé junto a la viña del perezoso, y estaba toda cubierta de espinos". Cuando los españoles fueron a inspeccionar sus cultivos, en

algunos lugares ni siquiera podían ver las plantas por culpa de las malas hierbas. La cerca tenía varios huecos por los que habían entrado las cabras salvajes y se habían comido el maíz. Tal vez habían metido aquí y allá algún arbusto seco para cerrar temporalmente el paso, pero eso no era más que cerrar la puerta del establo después de que el caballo se hubiera escapado.

En cambio, al contemplar el asentamiento de los otros dos hombres, todo lo que habían hecho mostraba el sello del esfuerzo y del éxito. No se veía una sola mala hierba en sus sembrados ni un solo hueco en sus cercas. Ellos, por su parte, confirmaban las palabras de Salomón en otro pasaje: "La mano diligente enriquece". Todo crecía y prosperaba, y tenían abundancia tanto dentro como fuera de sus casas. Poseían más ganado manso que los otros, más utensilios y provisiones domésticas, y disfrutaban también de mayores placeres y diversiones.

Es verdad que las mujeres de los tres eran muy hábiles y aseadas en las tareas del hogar. Como habían aprendido de otro inglés —el que, como ya dije, había sido ayudante de cocinero a bordo del barco— las costumbres inglesas en la preparación de los alimentos, y servían a sus maridos comidas muy bien preparadas y sabrosas. A las mujeres de los otros dos hombres, en cambio, no se les podía enseñar a hacerlo; pero entonces el marido que, como ya he dicho, había sido ayudante de cocinero, se encargaba él mismo de la tarea. En cuanto a los maridos de aquellas tres mujeres, pasaban el tiempo holgazaneando, recogiendo huevos de tortuga y pescando o cazando aves; en una palabra, haciendo cualquier cosa menos trabajar. Y, como era de esperar, así les iba. Los diligentes vivían bien y con comodidad, mientras que los perezosos llevaban una vida dura y miserable. Y creo que, en términos generales, así sucede en todo el mundo.

Pero ahora voy a contar una escena muy distinta de todo cuanto les había ocurrido antes, tanto a ellos como a mí. El origen de la historia fue el siguiente.

Una mañana temprano llegaron a la costa cinco o seis canoas de indios o salvajes, como prefieran llamarlos. No cabía duda de que venían con el propósito habitual de alimentarse de sus prisioneros. Sin embargo, aquello se había vuelto tan familiar para los españoles y para nuestros hombres que no les preocupó, a diferencia de lo que me habría ocurrido a mí. La experiencia les había enseñado que su única obligación era permanecer

ocultos y que, si ninguno de los salvajes los veía, estos se marcharían tranquilamente una vez terminado lo que habían venido a hacer, pues todavía no tenían la menor idea de que hubiera habitantes en la isla. Así que no tenían más que avisar a los tres asentamientos para que todos permanecieran dentro de sus casas y no se dejaran ver, colocando únicamente un vigía en un lugar adecuado para anunciar cuándo las embarcaciones volvieran a hacerse a la mar.

Sin duda, aquella era la decisión correcta; pero un percance echó a perder todas estas precauciones e hizo que los salvajes descubrieran la presencia de habitantes en la isla. A la postre, aquello provocó la ruina de casi toda la colonia.

Cuando las canoas de los salvajes se hubieron marchado, los españoles volvieron a salir de sus escondites. Algunos sintieron curiosidad por acercarse al lugar donde habían estado aquellos visitantes, para ver qué habían hecho. Allí, para su enorme sorpresa, encontraron a tres salvajes que se habían quedado atrás y dormían profundamente en el suelo. Supusieron que quizá se habían atiborrado tanto con su inhumano festín que, como bestias, se habían quedado dormidos y ni siquiera se habían movido cuando los demás partieron; o que tal vez se habían internado en el bosque y no habían regresado a tiempo para embarcarse con ellos.

Los españoles quedaron muy sorprendidos y no sabían en absoluto qué hacer. Por casualidad, el gobernador español se encontraba con ellos, y le pidieron consejo, pero él confesó que tampoco sabía qué decisión tomar. De esclavos ya tenían suficientes, y ninguno de ellos estaba dispuesto a matar a aquellos hombres. El gobernador me dijo que no podían ni siquiera considerar la posibilidad de derramar sangre inocente: aquellos pobres desgraciados no les habían hecho ningún daño, no habían invadido sus propiedades y, a su juicio, no existía motivo justo alguno para quitarles la vida.

Y aquí debo señalar, en honor de estos españoles, que, por mucho que se cuente acerca de la crueldad española en México y Perú, jamás conocí a diecisiete hombres de ninguna nación, en país extranjero alguno, que fueran tan universalmente modestos, moderados y virtuosos, tan afables y corteses como ellos. En cuanto a la crueldad, no había en su naturaleza el menor rastro de ella: ni inhumanidad, ni barbarie, ni pasiones desmedidas. Y, sin embargo, todos eran hombres de gran valor y coraje. Su paciencia y serenidad habían quedado demostradas al soportar los intolerables

abusos de los tres ingleses; y ahora, en el caso de los salvajes, daban muestras de su sentido de la justicia y de su humanidad.

Tras deliberar un rato, resolvieron esperar todavía un poco, por si aquellos tres hombres se marchaban. Pero entonces el gobernador recordó que los salvajes no tenían embarcación alguna. Si los dejaban vagar por la isla, sin duda descubrirían que estaba habitada, y eso significaría su perdición. Por tanto, regresaron al lugar y encontraron a los individuos todavía profundamente dormidos. Decidieron despertarlos y hacerlos prisioneros, y así lo hicieron.

Los pobres hombres se aterrorizaron al verse apresados y atados. Como les había ocurrido a las mujeres, temían que fueran a asesinarlos y comérselos, pues, al parecer, aquella gente creía que todo el mundo se alimentaba de carne humana, igual que ellos. Sin embargo, pronto consiguieron tranquilizarlos y se los llevaron.

Fue una gran suerte para ellos que no los condujeran al castillo, es decir, a mi palacio bajo la colina. Primero los llevaron al recinto donde se concentraban las principales labores de la comunidad, como cuidar las cabras y cultivar el maíz, entre otras cosas; después los trasladaron al asentamiento de los dos ingleses. Allí los pusieron a trabajar, aunque no había mucho que pudieran hacer. No sé si fue por descuido de quienes los vigilaban o porque creyeron que aquellos individuos no podrían valerse por sí mismos, pero uno de ellos escapó internándose en el bosque, y nunca más volvieron a saber de él.

Tenían buenos motivos para creer que poco después había conseguido regresar a su tierra en alguna otra embarcación o canoa de los salvajes que llegaron a la costa tres o cuatro semanas más tarde. Estos celebraron sus festines como de costumbre y se marcharon al cabo de dos días.

La posibilidad de que el fugitivo hubiera regresado los llenó de espanto, pues llegaron a la conclusión —y no sin razón— de que, si aquel hombre había vuelto sano y salvo junto a los suyos, sin duda les contaría que había gente en la isla y también lo pocos y débiles que eran sus habitantes. Como ya he señalado, a aquel salvaje nunca le habían dicho cuántos eran ni dónde vivían; y fue una suerte que no lo hubieran hecho. Tampoco había visto ni oído disparar ninguna de sus armas de fuego, y mucho menos le habían mostrado los demás lugares apartados donde se refugiaban, como la cueva del valle, el nuevo escondite que habían

construido los dos ingleses y otros sitios semejantes.

La primera señal de que aquel individuo los había delatado fue que, unos dos meses después, llegaron seis canoas de salvajes, con unos siete, ocho o diez hombres en cada una, que remaron a lo largo de la costa norte de la isla, por donde nunca antes solían pasar. Desembarcaron alrededor de una hora después de salir el sol, en un lugar adecuado situado a una milla aproximadamente del asentamiento de los dos ingleses, donde habían mantenido prisionero al fugitivo.

Según dijo el principal de los españoles, si todos hubieran estado allí, el daño no habría sido tan grande, pues ninguno de los salvajes habría escapado; pero ahora la situación era muy distinta, ya que dos hombres contra cincuenta tenían todas las de perder. Por fortuna, los dos ingleses los descubrieron cuando todavía se encontraban a una legua de distancia, de modo que faltaba más de una hora para que desembarcaran. Y como lo hicieron a una milla de sus cabañas, aún transcurriría algún tiempo antes de que pudieran llegar hasta ellas.

Como tenían buenas razones para creer que habían sido traicionados, lo primero que hicieron fue atar a los dos esclavos que les quedaban y ordenar a dos de los tres hombres que habían llegado con las mujeres —quienes, al parecer, les habían demostrado una gran lealtad— que condujeran a estas, junto con todo cuanto pudieran llevar consigo, hasta los escondites apartados del bosque de los que he hablado antes. Allí debían atar de pies y manos a los dos esclavos hasta recibir nuevas instrucciones.

Después, al ver que todos los salvajes habían desembarcado y se dirigían directamente hacia aquel lugar, abrieron los corrales donde guardaban las vacas lecheras y las dejaron salir a todas. Permitieron que las cabras vagaran libremente por el bosque, adonde quisieran, para que los salvajes creyeran que habían nacido y crecido en estado salvaje. Pero el bribón que los acompañaba era demasiado astuto para dejarse engañar y les contó todo lo que había allí, pues se dirigieron directamente al asentamiento.

Una vez que los dos pobres hombres, aterrorizados, hubieron puesto a salvo a sus mujeres y sus pertenencias, enviaron a toda prisa al otro esclavo que tenían, uno de los tres que habían llegado con las mujeres y que por casualidad se encontraba en su asentamiento, para que alertara a

los españoles y les pidiera ayuda inmediata. Entretanto, tomaron sus armas y toda la munición de que disponían y se retiraron hacia el lugar del bosque donde habían enviado a sus mujeres. Mantuvieron cierta distancia, pero procuraron no perder de vista, si les era posible, la dirección que tomaban los salvajes.

No habían avanzado mucho cuando, desde una elevación del terreno, vieron a la pequeña hueste enemiga dirigirse directamente hacia su asentamiento. Un instante después contemplaron, con enorme pesar y desconsuelo, cómo todas sus cabañas y sus enseres domésticos ardían juntos en llamas. Aquello representaba una pérdida enorme, prácticamente irreparable, al menos durante algún tiempo.

Permanecieron donde estaban por un rato, hasta que vieron a los salvajes dispersarse por todo el lugar como bestias salvajes, registrando cada rincón y cada escondite que se les ocurría en busca de botín; y, sobre todo, buscando a los habitantes, de cuya existencia, como ya resultaba evidente, habían sido informados.

Al ver aquello, los dos ingleses comprendieron que tampoco estaban seguros donde se encontraban, pues era probable que algunos de aquellos salvajes se acercaran por allí, quizá en grupos demasiado numerosos para poder hacerles frente. Por ello, consideraron prudente retirarse otra media milla. Creían —y así resultó después— que cuanto más se dispersaran los enemigos, menos hombres habría juntos en cada grupo.

Se detuvieron en la entrada de una parte del bosque muy espesa, donde se alzaba el viejo tronco de un árbol, enorme y hueco. Ambos se apostaron dentro de él, decididos a observar desde allí lo que pudiera suceder.

No llevaban mucho tiempo en su escondite cuando aparecieron dos salvajes que corrían directamente hacia ellos, como si ya supieran dónde se encontraban y fueran a atacarlos. Un poco más lejos divisaron a otros tres que los seguían, y detrás de estos, a cinco más, todos avanzando en la misma dirección. Además, vieron a otros siete u ocho a cierta distancia, corriendo por otro camino. En una palabra, se movían en todas direcciones, como cazadores que baten el terreno para hacer salir a sus presas.

Los pobres hombres se encontraron entonces ante un grave dilema: no sabían si debían mantenerse firmes en su puesto o huir. Pero, tras deliberar brevemente, comprendieron que, si los salvajes recorrían así toda la región antes de que llegara la ayuda, quizá descubrirían su refugio en el bosque, y entonces todo estaría perdido. Decidieron, por tanto, hacerles frente allí mismo y, si eran demasiados para combatirlos, subirían a lo alto del árbol. Desde aquella posición confiaban en poder defenderse, salvo que recurrieran al fuego, mientras les durara la munición, aunque los atacaran todos los salvajes que habían desembarcado, cerca de cincuenta en total.

Una vez tomada esta decisión, consideraron si debían disparar contra los dos primeros o esperar a que llegaran los tres siguientes y atacar al grupo intermedio, separando así a los dos de delante de los cinco que venían detrás. Finalmente, resolvieron dejar pasar a los dos primeros, a menos que los descubrieran en el árbol y se acercaran para atacarlos.

Los dos primeros salvajes parecieron confirmar que aquella decisión era acertada, pues se desviaron ligeramente hacia otra parte del bosque. Sin embargo, los tres que venían a continuación, seguidos por los otros cinco, avanzaron directamente hacia el árbol, como si supieran que los ingleses se encontraban allí.

Al ver que se acercaban en línea recta, los dos hombres decidieron disparar contra ellos a medida que llegaran. Como habían decidido que solo uno disparara primero, quizá su disparo alcanzara a los tres. Con ese propósito, el hombre que iba a disparar introdujo en su arma tres o cuatro balas pequeñas. Desde una abertura irregular del tronco, que le servía de perfecta tronera, apuntó cuidadosamente sin dejarse ver y esperó hasta que los salvajes estuvieron a unos treinta metros del árbol, una distancia a la que no podía fallar.

Mientras aguardaban y los salvajes se acercaban, distinguieron claramente que uno de los tres era el fugitivo que se había escapado de ellos. Ambos lo reconocieron sin la menor duda y resolvieron que, si les era posible, no permitirían que volviera a escapar, aunque para conseguirlo tuvieran que disparar los dos. El otro inglés se mantuvo preparado con su arma, dispuesto a disparar por segunda vez si el fugitivo no caía con el primer tiro.

Pero el primero era demasiado buen tirador para errar el blanco. Como los

salvajes avanzaban muy cerca unos de otros, formando una línea y con uno ligeramente rezagado, disparó y alcanzó directamente a dos de ellos. El que iba delante murió en el acto, de un balazo en la cabeza. El segundo, que era el indio fugitivo, recibió un disparo que le atravesó el cuerpo y cayó al suelo, aunque no estaba del todo muerto. El tercero sufrió apenas un rasguño en el hombro, quizá causado por la misma bala que había atravesado el cuerpo del segundo. Terriblemente asustado, aunque no gravemente herido, se sentó en el suelo y comenzó a lanzar gritos y alaridos espantosos.

Los cinco que venían detrás, más aterrorizados por el estruendo que conscientes del peligro, se quedaron inmóviles al principio. El bosque multiplicaba el sonido hasta hacerlo parecer mil veces más fuerte de lo que realmente era: los ecos retumbaban de un lado a otro, las aves levantaban el vuelo desde todas partes, chillando, y cada especie producía un ruido diferente. Algo muy parecido había sucedido cuando disparé el primer tiro que quizá se hubiera oído jamás en la isla.

Sin embargo, cuando todo volvió a quedar en silencio y, como no sabían qué había ocurrido, se acercaron sin preocuparse demasiado. Continuaron avanzando hasta llegar al lugar donde yacían sus compañeros, en un estado bastante lamentable.

Aquellas pobres criaturas, en su ignorancia, no comprendían que ellas también estaban al alcance del mismo peligro. Se agruparon alrededor del herido, hablando entre sí y, como cabe suponer, preguntándole cómo se había lastimado. Es razonable pensar que este les contó que primero había visto un relámpago de fuego y que, justo después, un trueno enviado por sus dioses había matado a los otros dos y lo había herido a él.

Digo que es razonable suponerlo porque no hay nada más cierto que esto: como no habían visto a ningún hombre cerca, nunca habían oído un disparo en toda su vida, ni siquiera habían oído hablar de un arma de fuego. Tampoco sabían que fuera posible matar o herir a alguien desde lejos mediante fuego y balas. De haberlo sabido, cabría pensar que no se habrían quedado tan despreocupadamente contemplando la suerte de sus compañeros, sin sentir al menos algún temor por lo que pudiera sucederles a ellos mismos.

Nuestros dos hombres, según me confesaron, lamentaban verse obligados a matar a tantos pobres desgraciados que no tenían la menor idea del

peligro que corrían. Sin embargo, puesto que los tenían a todos a su merced y el primero ya había vuelto a cargar su arma, resolvieron disparar ambos al mismo tiempo contra ellos. Se pusieron de acuerdo sobre cuál sería el blanco de cada uno y dispararon juntos, matando o hiriendo de gravedad a cuatro de aquellos hombres. El quinto, muerto de miedo, aunque ileso, cayó al suelo junto con los demás. Al verlos caer a todos a la vez, nuestros hombres creyeron que los habían matado a todos.

La convicción de que todos los salvajes habían muerto hizo que los dos ingleses salieran con audacia de detrás del árbol, antes de haber vuelto a cargar sus armas, lo cual fue un error. Se llevaron una sorpresa al llegar al lugar y descubrir que había nada menos que cuatro supervivientes: dos apenas estaban heridos y uno no lo estaba en absoluto. Esto los obligó a golpearlos con las culatas de sus mosquetes. Primero se aseguraron de acabar con el salvaje fugitivo, que había sido la causa de toda aquella desgracia, y con otro que tenía una herida en la rodilla, librándolos de su sufrimiento. Entonces, el hombre que no había recibido herida alguna se acercó, se arrodilló ante ellos, levantó las dos manos y, mediante gestos y ademanes, les imploró lastimosamente que le perdonaran la vida. No pudo pronunciar una sola palabra que ellos entendieran.

Con todo, le hicieron señas para que se sentara al pie de un árbol cercano. Uno de los ingleses, que por una gran casualidad llevaba en el bolsillo un trozo de cuerda de cáñamo, le ató las dos manos a la espalda y allí lo dejaron. Luego se apresuraron cuanto pudieron a perseguir a los otros dos, que se habían adelantado, temiendo que ellos, o algún otro de los suyos, encontraran el camino hasta el escondite del bosque donde estaban sus mujeres y las pocas pertenencias que les quedaban.

En una ocasión llegaron a divisar a los dos hombres, aunque desde muy lejos. Sin embargo, tuvieron la satisfacción de verlos atravesar un valle en dirección al mar, alejándose por completo del camino que conducía a su refugio, que era lo que temían. Tranquilizados por ello, regresaron al árbol donde habían dejado al prisionero. Pero, según supusieron, sus compañeros lo habían liberado, pues ya no estaba allí y los dos trozos de cuerda con que lo habían atado yacían al pie del árbol.

Volvieron a encontrarse tan preocupados como antes, sin saber qué hacer, cuán cerca podía estar el enemigo ni cuántos serían. Por eso resolvieron dirigirse al lugar donde se encontraban sus mujeres, para comprobar que todo estuviera bien y tranquilizarlas. Sin duda, ellas estaban aterrorizadas.

Aunque los salvajes eran compatriotas suyos, les tenían un miedo espantoso, quizá precisamente porque los conocían bien.

Cuando llegaron, descubrieron que los salvajes habían penetrado en el bosque y se habían acercado mucho a aquel lugar, pero no lo habían encontrado. En realidad, era inaccesible debido a la espesura de los árboles, a menos que quienes lo buscaran hubieran recibido indicaciones de alguien que conociera el sitio, cosa que aquellos hombres no tenían. Por tanto, encontraron todo a salvo, aunque las mujeres estaban presas de un miedo terrible.

Mientras permanecían allí, tuvieron el consuelo de recibir la ayuda de siete españoles. Los otros diez, junto con sus criados y el padre de Viernes, habían marchado en grupo para defender el pabellón, así como los cultivos de maíz y el ganado que allí guardaban, por si los salvajes se aventuraban hasta aquella parte de la isla. Pero no llegaron tan lejos.

Con los siete españoles venía uno de los tres salvajes que, como ya he dicho, habían sido anteriormente sus prisioneros. También los acompañaba el salvaje a quien los ingleses habían dejado atado de pies y manos al árbol. Al parecer, habían pasado por aquel lugar, visto a los siete hombres muertos y desatado al octavo, llevándoselo consigo. Sin embargo, tuvieron que volver a atarlo, igual que a los otros dos que habían quedado allí cuando el tercero se fugó.

Los prisioneros empezaban a convertirse en una carga para ellos. Tenían tanto miedo de que escaparan que llegaron a considerar la posibilidad de matarlos a todos, convencidos de que era absolutamente necesario hacerlo para salvarse. Sin embargo, el jefe de los españoles no quiso consentirlo. Por el momento, ordenó que los llevaran lejos de allí, a mi antigua cueva del valle, y que los mantuvieran encerrados bajo la vigilancia de dos españoles, proporcionándoles alimento para subsistir. Así se hizo, y aquella noche los dejaron atados de pies y manos.

La llegada de los españoles dio tanto ánimo a los dos ingleses que ya no pudieron conformarse con permanecer allí por más tiempo. Así pues, acompañados por cinco españoles, tomaron cuatro mosquetes y una pistola entre todos, además de dos bastones gruesos, y salieron en busca de los salvajes.

Primero llegaron al árbol donde yacían los hombres muertos. No fue difícil

advertir que otros salvajes habían estado allí, pues habían intentado llevarse los cadáveres y arrastrado a dos de ellos una buena distancia, aunque finalmente habían desistido. Desde allí avanzaron hasta la primera elevación del terreno, el mismo lugar desde donde habían contemplado la destrucción de su asentamiento. Todavía tuvieron el disgusto de ver algo de humo, pero tampoco allí encontraron a ninguno de los salvajes.

Entonces resolvieron avanzar hacia su plantación destruida, aunque con todas las precauciones posibles. Sin embargo, poco antes de llegar, al alcanzar un punto desde el que se veía la costa, distinguieron claramente a los salvajes, que ya habían vuelto a embarcar en sus canoas y se disponían a marcharse. Al principio lamentaron no tener manera de acercarse a ellos para asestarles un último golpe antes de que partieran; pero, consideradas las cosas en conjunto, se sintieron muy satisfechos de haberse librado de ellos.

Los pobres ingleses habían sufrido ya dos veces la ruina de sus hogares y la destrucción de todas sus mejoras. Por eso, los demás acordaron acudir en su ayuda para reconstruirlos y proporcionarles los suministros necesarios. Sus tres compatriotas, que hasta entonces no habían mostrado la menor inclinación a hacer algo bueno, también se presentaron en cuanto se enteraron de lo sucedido —pues, al vivir lejos, hacia el este, no habían sabido nada hasta que todo hubo terminado— y ofrecieron su ayuda y colaboración. Trabajaron con gran amabilidad durante varios días para reconstruir el asentamiento y fabricar lo que les hacía falta. Así, en poco tiempo, los dos hombres lograron recuperarse y volver a ponerse en pie.

Unos dos días después tuvieron la satisfacción adicional de ver cómo tres canoas de los salvajes eran arrastradas hasta la costa y aparecían, a cierta distancia de ellas, dos hombres ahogados. Esto les dio motivos para creer que aquellos habían sufrido una tormenta en el mar que había hecho volcar algunas de sus embarcaciones, pues la noche siguiente a su partida había soplado un viento muy fuerte.

Sin embargo, aunque algunos pudieron perecer, otros suficientes consiguieron escapar para informar a los demás tanto de lo que habían

hecho como de lo que les había sucedido. También pudieron incitarlos a emprender otra expedición de la misma naturaleza. Al parecer, resolvieron intentarlo de nuevo, esta vez con fuerzas suficientes para arrasarlo todo a su paso. Pues, aparte de lo que les había contado el primer hombre acerca de la existencia de habitantes en la isla, poco podían decir por experiencia propia: nunca habían visto a ninguno. Y, como el individuo que lo había afirmado había muerto, no tenían otro testigo que pudiera confirmarles aquella información.

Capítulo V: Una Gran Victoria

Pasaron cinco o seis meses después de aquellos acontecimientos sin que volvieran a tener noticias de los salvajes. Durante ese tiempo, nuestros hombres esperaron que hubieran olvidado su anterior fracaso o perdido toda esperanza de obtener un resultado mejor. Pero, de repente, sufrieron la invasión de una flota formidable compuesta por nada menos que veintiocho canoas repletas de salvajes, armados con arcos y flechas, grandes mazas, espadas de madera y otras armas semejantes. Eran tantos que, en pocas palabras, todos los nuestros quedaron sumidos en la más absoluta consternación.

Como desembarcaron al anochecer, en el extremo oriental de la isla, nuestros hombres dispusieron de aquella noche para deliberar y decidir qué hacer. En primer lugar, sabiendo que mantenerse completamente ocultos había sido su única salvación hasta entonces y que ahora lo sería aún más, dada la enorme cantidad de enemigos, resolvieron desmontar las cabañas construidas para los dos ingleses y trasladar sus cabras a la antigua cueva. Supusieron que, al amanecer, los salvajes se dirigirían directamente allí para repetir su habitual matanza, aunque esta vez hubieran desembarcado a dos leguas de distancia.

Después trasladaron todos los rebaños de cabras que tenían los españoles en el antiguo pabellón, como yo lo llamaba. En resumen, hicieron desaparecer por todas partes cualquier indicio de que hubiera habitantes en la isla, en la medida de lo posible. A primera hora de la mañana siguiente, concentraron todas sus fuerzas en la plantación de los dos ingleses, donde esperaron la llegada del enemigo.

Tal como habían previsto, así sucedió. Los nuevos invasores dejaron sus canoas en el extremo oriental de la isla y avanzaron por la costa directamente hacia aquel lugar. Según los cálculos de nuestros hombres, eran unos doscientos cincuenta.

Nuestro ejército era, ciertamente, muy pequeño; pero lo peor de todo era que no disponían de armas suficientes para todos. Al parecer, la situación

era la siguiente: en cuanto a los hombres, contaban con diecisiete españoles, cinco ingleses, el viejo Viernes, los tres esclavos que habían llegado con las mujeres y que habían demostrado ser muy leales, y otros tres esclavos que vivían con los españoles.

Para armarlos disponían de once mosquetes, cinco pistolas, tres escopetas de caza y otros cinco mosquetes o escopetas que yo había confiscado a los marineros amotinados que sometí. Tenían además dos espadas y tres alabardas viejas.

A los esclavos no les entregaron mosquetes ni fusiles, pero cada uno recibió una alabarda o un bastón largo, semejante a un arma de combate, con una gruesa punta de hierro fijada en cada extremo, además de un hacha que llevaba al costado. Todos nuestros hombres tenían también un hacha.

Dos de las mujeres no pudieron ser convencidas de que se quedaran al margen de la lucha e insistieron en participar. Tenían arcos y flechas que los españoles habían arrebatado a los salvajes durante el primer enfrentamiento del que he hablado, cuando los indios lucharon entre sí. Las mujeres también llevaban hachas.

El jefe español, a quien tantas veces he mencionado, asumió el mando de todos; y Will Atkins, que, pese a ser un hombre de una maldad terrible, era también extraordinariamente audaz y valiente, quedó bajo sus órdenes como segundo al mando.

Los salvajes avanzaron como leones. Lo peor para nuestros hombres era que su posición no les ofrecía ninguna ventaja especial. Solo contaban con que Will Atkins, quien ahora demostró ser de gran utilidad, se había apostado con otros seis hombres detrás de un pequeño matorral, formando una avanzadilla. Tenían órdenes de dejar pasar a los primeros enemigos y luego disparar contra el centro del grupo. Inmediatamente después debían retirarse con la mayor rapidez posible, rodear una parte del bosque y aparecer por detrás de los españoles, que estaban apostados con una espesura de árboles delante de ellos.

Cuando los salvajes se acercaron, avanzaban dispersos, en grupos desordenados y por todas partes. Will Atkins dejó pasar a unos cincuenta. Entonces, al ver que los demás se aproximaban en una masa muy compacta, ordenó a tres de sus hombres que dispararan. Habían cargado

sus mosquetes con seis o siete balas cada uno, aproximadamente del tamaño de las balas grandes de pistola.

No supieron cuántos enemigos mataron o hirieron, pero el terror y la sorpresa que se apoderaron de los salvajes fueron indescriptibles. Se quedaron horrorizados al oír aquel estruendo espantoso y ver que algunos de los suyos caían muertos y otros resultaban heridos, sin que pudieran descubrir quién les había hecho aquello. Mientras todavía estaban paralizados por el miedo, Will Atkins y los otros tres hombres dispararon de nuevo contra la parte más apiñada del grupo. En menos de un minuto, los tres primeros hombres ya habían vuelto a cargar sus armas y les lanzaron una tercera descarga.

Si Will Atkins y sus hombres se hubieran retirado inmediatamente después de disparar, tal como se les había ordenado, o si el resto de la tropa hubiera estado cerca para mantener un fuego continuo, los salvajes habrían sido derrotados por completo. El terror que reinaba entre ellos se debía, sobre todo, a que creían que los dioses los estaban matando con truenos y relámpagos, sin que pudieran ver a nadie que les hiciera daño.

Pero Will Atkins se quedó para volver a cargar su arma, y así descubrió el engaño. Algunos salvajes que los observaban desde cierta distancia se acercaron por detrás. Aunque Atkins y sus hombres también les dispararon dos o tres veces y mataron a más de veinte, mientras se retiraban tan deprisa como podían, los enemigos lograron herir al propio Atkins y matar con sus flechas a uno de sus compañeros ingleses. Más tarde mataron también a un español y a uno de los esclavos indígenas que habían llegado con las mujeres.

Este último era un hombre extraordinariamente valiente y luchó con una ferocidad admirable. Mató a cinco enemigos con sus propias manos, aunque no tenía más armas que uno de aquellos bastones con puntas de hierro y un hacha.

Como nuestros hombres se vieron sometidos a una presión tan terrible, con Atkins herido y otros dos hombres muertos, se retiraron hacia una elevación del terreno en el bosque. Los españoles, después de disparar tres descargas contra los atacantes, también retrocedieron. El número de enemigos era tan grande y su determinación tan feroz que, aunque más de cincuenta habían muerto y otros tantos, o incluso más, estaban heridos, siguieron avanzando directamente contra nuestros hombres, sin temor

alguno al peligro, y lanzaban sus flechas como una nube. Se observó, además, que los heridos que no habían quedado completamente incapacitados se enfurecían aún más a causa de sus heridas y combatían como enloquecidos.

Al retirarse nuestros hombres, dejaron atrás los cadáveres del español y del inglés que habían muerto. Cuando los salvajes llegaron hasta ellos, volvieron a ensañarse con los cuerpos de una manera espantosa, destrozándoles los brazos, las piernas y la cabeza con sus mazas y espadas de madera, como verdaderos salvajes. Sin embargo, al descubrir que nuestros hombres se habían marchado, no parecieron dispuestos a perseguirlos. En lugar de ello, se agruparon formando un círculo, según parece era su costumbre, y lanzaron dos veces sus gritos de guerra en señal de victoria.

Después tuvieron el disgusto de ver cómo varios de sus propios heridos caían muertos, simplemente por la pérdida de sangre.

El gobernador español reunió a su pequeño grupo en una elevación del terreno. Atkins, a pesar de estar herido, quería que todos marcharan juntos y volvieran a atacar de inmediato. Pero el español le respondió:

—Señor Atkins, ya ve cómo luchan sus heridos. Dejémoslos tranquilos hasta la mañana. Para entonces, todos los heridos estarán entumecidos y doloridos por sus heridas, y debilitados por la pérdida de sangre. Así tendremos que enfrentarnos a un número menor de enemigos.

El consejo era acertado, pero Will Atkins replicó alegremente:

—Eso es verdad, señor, pero yo también estaré en las mismas condiciones. Precisamente por eso quiero seguir adelante mientras aún estoy caliente.

—Bien, señor Atkins —dijo el español—, se ha comportado usted con gran valor y ha cumplido con su deber. Si no puede seguir luchando, nosotros lucharemos por usted. Pero creo que lo mejor será esperar hasta la mañana.

Y así aguardaron.

Sin embargo, como la noche era clara y la luna iluminaba el terreno,

observaron que los salvajes estaban sumidos en una gran confusión alrededor de sus muertos y heridos. En el lugar donde se habían reunido reinaban un ruido y un ajetreo considerables. Por ello, finalmente resolvieron atacarlos durante la noche, sobre todo si conseguían dispararles una sola descarga antes de ser descubiertos. Se les presentó una excelente oportunidad.

Uno de los ingleses, precisamente en cuyo sector había comenzado la batalla, los condujo hacia el oeste, rodeando el bosque entre los árboles y la orilla del mar. Después giró bruscamente hacia el sur y los llevó tan cerca del lugar donde se encontraba la mayor concentración de enemigos que, antes de que estos pudieran verlos u oírlos, ocho hombres dispararon contra ellos, causando una terrible carnicería.

Apenas medio minuto después, otros ocho dispararon a continuación, lanzando tal cantidad de balas pequeñas que mataron e hirieron a muchísimos enemigos. Durante todo aquel tiempo, los salvajes fueron incapaces de descubrir quién los atacaba o hacia dónde debían huir.

Los españoles volvieron a cargar sus armas con la mayor rapidez posible y luego se dividieron en tres grupos, con la intención de lanzarse sobre los enemigos simultáneamente. Los dividieron en tres grupos de ocho personas: veintidós hombres y las dos mujeres, que, dicho sea de paso, combatieron con una valentía extraordinaria. Repartieron por igual entre los tres grupos las armas de fuego, las alabardas y los bastones.

Habían querido mantener a las mujeres apartadas del combate, pero ellas declararon que estaban decididas a morir junto a sus maridos.

Una vez organizado de aquel modo su pequeño ejército, salieron de entre los árboles y avanzaron directamente contra el enemigo, gritando y vociferando con todas sus fuerzas. Los salvajes permanecían agrupados, pero estaban sumidos en la más absoluta confusión al oír los gritos de nuestros hombres procedentes de tres direcciones distintas.

De haber podido vernos, habrían luchado; pues, en cuanto nos acercamos lo suficiente para que nos distinguieran, dispararon algunas flechas, y el pobre viejo Viernes resultó herido, aunque no de gravedad. Pero nuestros hombres no les dieron tiempo para nada más. Se abalanzaron sobre ellos y dispararon desde tres direcciones; después cargaron contra ellos con las culatas de sus mosquetes, sus espadas, los bastones armados con puntas

de hierro y las hachas. Golpearon con tal fuerza que, en pocas palabras, los salvajes prorrumpieron en gritos y alaridos espantosos y huyeron en todas direcciones para salvar sus vidas.

Nuestros hombres estaban agotados por la lucha y, en los dos combates, habían matado o herido de muerte a unos ciento ochenta de aquellos salvajes. Los demás, aterrorizados hasta perder el juicio, corrieron por los bosques y sobre las colinas con toda la velocidad que les permitían el miedo y sus ágiles piernas. Como no nos preocupamos demasiado por perseguirlos, consiguieron reunirse junto al mar, donde habían desembarcado y donde estaban sus canoas. Pero sus desgracias aún no habían terminado, pues aquella misma tarde sopló desde el mar un viento tan violento que les resultó imposible hacerse a la mar. Además, como la tormenta continuó durante toda la noche, cuando subió la marea, la mayoría de sus canoas fueron arrastradas por el oleaje hasta muy arriba en la playa, de modo que tuvieron que realizar esfuerzos inmensos para devolverlas al agua; algunas incluso quedaron destrozadas contra la orilla.

Aunque nuestros hombres se alegraban de su victoria, aquella noche apenas pudieron descansar. Sin embargo, después de reponerse lo mejor que pudieron, resolvieron marchar hacia la parte de la isla adonde habían huido los salvajes para averiguar en qué situación se encontraban. El camino los obligó a atravesar el lugar donde había tenido lugar el combate, y allí encontraron a varias de aquellas pobres criaturas que aún no habían muerto, aunque ya no había esperanza de salvarles la vida. Era un espectáculo bastante desagradable para las personas de sentimientos nobles, pues un hombre verdaderamente magnánimo, aunque las leyes de la guerra lo obliguen a destruir a su enemigo, no disfruta contemplando su sufrimiento. No obstante, en este caso no fue necesario dar ninguna orden, ya que los propios salvajes que estaban a nuestro servicio acabaron con aquellos desdichados a golpes de hacha.

Por fin llegaron a un lugar desde el que podían divisar los miserables restos del ejército salvaje. Allí quedaban alrededor de cien hombres, casi todos sentados en el suelo, con las rodillas levantadas hacia la boca y la cabeza entre las manos, inclinada sobre las rodillas. Cuando nuestros hombres se encontraron a unos dos tiros de mosquete de ellos, el gobernador español ordenó disparar dos mosquetes sin bala para alarmarlos. Lo hizo con el propósito de observar sus rostros y averiguar qué podía esperar de ellos: si aún conservaban el ánimo para combatir o si

habían sido derrotados tan completamente que ya no se atreverían a luchar. Así podría actuar en consecuencia.

La estratagema dio resultado. En cuanto los salvajes oyeron el primer disparo y vieron el fogonazo del segundo, se pusieron en pie de un salto, presa de la mayor consternación imaginable. Nuestros hombres avanzaron rápidamente hacia ellos, y todos echaron a correr entre gritos y alaridos, emitiendo una especie de aullido que los nuestros no comprendían y que nunca antes habían oído. Así huyeron colina arriba, hacia el interior de la isla.

Al principio, nuestros hombres habrían preferido que el tiempo hubiera permanecido en calma y que todos aquellos salvajes se hubieran marchado por mar. Pero entonces no tuvieron en cuenta que eso probablemente habría provocado su regreso en cantidades tan grandes que habría sido imposible resistirlos; o, al menos, que volverían tantas veces y en tal número que acabarían devastando por completo la isla y dejándolos morir de hambre. Por eso, Will Atkins, quien, a pesar de su herida, nunca se separaba de los demás, demostró ser el mejor consejero en aquella ocasión. Les recomendó aprovechar la oportunidad, interponerse entre los salvajes y sus embarcaciones y privarlos así de toda posibilidad de regresar para atormentar de nuevo a los habitantes de la isla.

Lo discutieron largamente. Algunos se oponían por temor a que aquellos desdichados huyeran a los bosques y vivieran allí desesperados. En tal caso, tendrían que cazarlos como a animales salvajes, temerían salir a atender sus asuntos y sufrirían constantes saqueos en sus plantaciones, verían destruidas todas sus cabras mansas y, en definitiva, quedarían condenados a vivir en una angustia permanente.

Will Atkins les dijo que era preferible tener que enfrentarse a cien hombres que a cien naciones; y que, puesto que debían destruir sus embarcaciones, también tendrían que acabar con los hombres, o de lo contrario serían ellos mismos quienes resultarían destruidos. En suma, les expuso la necesidad de hacerlo con tanta claridad que todos terminaron por darle la razón. Así pues, se pusieron inmediatamente manos a la obra con las canoas. Reunieron algo de madera seca de un árbol muerto e intentaron prenderles fuego a algunas, pero estaban tan empapadas que no ardían. Aun así, las llamas quemaron la parte superior y pronto las dejaron inservibles para navegar.

Cuando los indígenas vieron lo que estaban haciendo, algunos salieron corriendo del bosque y se acercaron cuanto pudieron a nuestros hombres. Entonces se arrodillaron y gritaron:

—¡Oa, Oa, Waramokoa!

También pronunciaron otras palabras en su lengua que ninguno de los demás comprendió. Sin embargo, por sus gestos lastimeros y sus extraños sonidos, era fácil entender que suplicaban que les perdonaran las canoas, prometiendo marcharse y no volver jamás.

Pero nuestros hombres ya estaban convencidos de que no había manera de protegerse ni de salvar la colonia sin impedir de forma definitiva que cualquiera de aquellos individuos regresara a su tierra. Estaban persuadidos de que, si tan solo uno conseguía volver y contar lo sucedido, la colonia estaría perdida. Por eso, después de hacerles saber que no tendrían piedad, continuaron con su tarea y destruyeron todas las canoas que la tormenta no había destrozado ya.

Al verlo, los salvajes lanzaron desde el bosque un grito espantoso, que nuestros hombres oyeron con toda claridad. Después comenzaron a correr de un lado a otro de la isla como hombres enloquecidos, hasta el punto de que, en realidad, los nuestros no sabían qué hacer con ellos. Ni siquiera los españoles, pese a toda su prudencia, comprendieron que, al llevar a aquellos hombres a semejante desesperación, debían mantener al mismo tiempo una buena guardia en sus plantaciones.

Es cierto que habían puesto a salvo el ganado y que los indígenas no habían descubierto su principal refugio —me refiero a mi antiguo castillo en la colina y a la cueva del valle—, pero sí encontraron mi plantación junto al cenador y la destrozaron por completo, junto con todas las cercas y los cultivos que la rodeaban. Pisotearon todo el maíz, arrancaron las vides y las uvas, que por entonces estaban casi maduras, y causaron a nuestros hombres daños incalculables, sin obtener ellos mismos el menor beneficio.

Aunque nuestros hombres podían combatirlos cada vez que se presentaba la ocasión, no estaban en condiciones de perseguirlos ni de buscarlos por todas partes. Cuando los salvajes se encontraban solos, eran demasiado rápidos para los nuestros; y nuestros hombres, por su parte, no se atrevían a salir solos por temor a que los rodearan en gran número.

Por fortuna, los salvajes carecían de armas. Aunque tenían arcos, ya no les quedaban flechas ni materiales para fabricar otras, y tampoco poseían herramientas cortantes. La situación a la que se habían visto reducidos era extrema y, en verdad, lamentable. Pero, al mismo tiempo, ellos también habían llevado a nuestros hombres a una situación muy difícil: sus refugios se habían salvado, pero sus provisiones estaban destruidas y la cosecha se había perdido. No sabían qué hacer ni hacia dónde dirigirse. Su único recurso era el ganado que tenían en el valle, junto a la cueva, algo de maíz que crecía allí y la plantación de los tres ingleses.

Will Atkins y sus compañeros se habían quedado reducidos a dos. Uno de ellos había muerto por una flecha que le alcanzó un costado de la cabeza, justo debajo de la sien, y desde entonces no volvió a pronunciar palabra. Resultaba muy notable que aquel hombre fuera precisamente el mismo bárbaro que había golpeado con su hacha al pobre esclavo salvaje y que más tarde había intentado asesinar a los españoles.

En aquel momento, consideré que su situación era peor que la mía en cualquier época de mi estancia en la isla, incluso después de que descubriera los granos de cebada y arroz y aprendiera a sembrar y cultivar mis cereales y a criar mi ganado manso. Pues ahora tenían, por así decirlo, cien lobos en la isla, dispuestos a devorar cuanto encontraran a su alcance, aunque resultaba casi imposible acercarse a ellos.

Al comprender las circunstancias en que se encontraban, decidieron primero que, si era posible, obligarían a los salvajes a retirarse hacia el extremo más alejado de la isla, al suroeste, para que, si desembarcaban otros, no pudieran reunirse con ellos. Después los perseguirían y hostigarían a diario, matando a cuantos pudieran, hasta reducir su número. Si al final conseguían domesticarlos y hacer que se adaptaran a una vida ordenada, les darían maíz y les enseñarían a sembrarlo y a vivir del trabajo cotidiano.

Para lograrlo, los persiguieron sin descanso y los aterrorizaron tanto con sus armas que, al cabo de unos días, bastaba con que alguien disparara un mosquete contra un indígena para que este se desplomara de miedo, incluso si la bala no lo alcanzaba. Estaban tan espantados que se internaban cada vez más en los lugares apartados, fuera de la vista de nuestros hombres. Estos continuaron siguiéndolos y, casi todos los días, mataban o herían a alguno. Los salvajes terminaron refugiándose tanto en los bosques y en los huecos del terreno que cayeron en la miseria más

absoluta por falta de alimento. Más adelante encontraron a muchos muertos en el bosque, sin ninguna herida: habían perecido sencillamente de hambre.

Cuando nuestros hombres se dieron cuenta de ello, se les ablandó el corazón y sintieron compasión, especialmente el generoso gobernador español. Este propuso que, si era posible, capturaran vivo a uno de los salvajes y le hicieran comprender lo que pretendían, hasta el punto de que pudiera actuar como intérprete, ir entre los suyos y averiguar si era posible llegar a algún acuerdo fiable que les permitiera salvar sus vidas y dejar de hacernos daño.

Pasó algún tiempo antes de que consiguieran capturar a uno de ellos. Pero, como estaban débiles y medio muertos de hambre, al fin sorprendieron a uno y lo hicieron prisionero. Al principio se mostró hosco y se negó tanto a comer como a beber; pero, al comprobar que lo trataban con amabilidad, le daban alimentos y no ejercían violencia alguna contra él, acabó por volverse dócil y recobró el juicio. A menudo llevaban al viejo Viernes para que hablara con él. Este siempre le explicaba lo bondadosos que serían con todos ellos los demás habitantes de la isla; que no solo les perdonarían la vida, sino que también les entregarían una parte de la isla para que vivieran en ella, siempre que garantizaran que permanecerían dentro de sus límites y no saldrían de allí para perjudicar a nadie. También les proporcionarían maíz para que lo sembraran y cultivaran, a fin de hacer pan, y les darían algo de pan para que pudieran subsistir mientras tanto. El viejo Viernes le pidió al hombre que fuera a hablar con sus compatriotas y averiguara qué opinaban de la propuesta, advirtiéndoles que, si no la aceptaban de inmediato, todos serían exterminados.

Aquellos desdichados, completamente humillados y reducidos a unos treinta y siete, aceptaron la propuesta en cuanto se la hicieron y suplicaron que les dieran alimentos. Entonces doce españoles y dos ingleses, todos bien armados, acompañados por tres esclavos indígenas y el viejo Viernes, marcharon hacia el lugar donde se encontraban. Los tres esclavos indígenas llevaban una gran cantidad de pan, arroz cocido en forma de tortas y secado al sol, y tres cabras vivas. Les ordenaron dirigirse al pie de una colina, donde se sentaron y comieron sus provisiones con profundo agradecimiento. Desde entonces fueron tan fieles a su palabra como cabía imaginar: salvo cuando acudían a pedir alimentos o instrucciones, nunca salían de los límites que se les habían señalado. Allí

vivían todavía cuando llegué a la isla y fui a visitarlos.

Les habían enseñado a sembrar maíz, hacer pan, criar cabras mansas y ordeñarlas. No les faltaba nada, excepto mujeres, para que pronto pudieran convertirse en un pueblo. Se les había asignado una franja de terreno situada en el extremo sudoriental de la isla, rodeada por detrás de altas rocas y abierta hacia el mar por delante. Tenían tierra suficiente, muy buena y fértil, de aproximadamente una milla y media de ancho por tres o cuatro de largo. Nuestros hombres les enseñaron a fabricar palas de madera como las que yo mismo había hecho y les entregaron doce hachas y tres o cuatro cuchillos. Allí vivían, sumisos y pacíficos, como las criaturas más inocentes que jamás se hayan conocido.

Después de aquello, la colonia disfrutó de una tranquilidad absoluta en lo referente a los salvajes hasta mi regreso, que tuvo lugar unos dos años más tarde. No es que, de vez en cuando, algunas canoas de salvajes no llegaran a la costa para celebrar sus festines triunfales y antinaturales; pero, como pertenecían a distintas naciones y quizá nunca habían oído hablar de los que habían venido antes ni sabían qué les había sucedido, no buscaban ni preguntaban por sus compatriotas. Y, aun si lo hubieran hecho, habría sido muy difícil encontrarlos.

Creo que con esto he relatado por completo todo lo que les ocurrió hasta mi regreso, al menos cuanto merecía ser contado. Los indígenas habían sido civilizados de manera asombrosa por los colonos, y estos los visitaban con frecuencia. Sin embargo, les prohibieron, bajo pena de muerte, que cualquiera de ellos se acercara a sus asentamientos, pues no querían que su refugio volviera a quedar al descubierto.

Hubo algo muy notable: enseñaron a los salvajes a trabajar el mimbre y fabricar cestas, pero estos pronto superaron a sus maestros. Hicieron una gran variedad de objetos ingeniosos de mimbre, especialmente cestas, cedazos, jaulas para pájaros, armarios y otras cosas semejantes. También fabricaron sillas, taburetes, camas y divanes, pues demostraron una gran habilidad para esta clase de trabajos en cuanto alguien les enseñó cómo hacerlos.

Mi llegada supuso un alivio especial para aquellas personas, porque les proporcionamos cuchillos, tijeras, palas, azadones, picos y toda clase de herramientas que pudieran necesitar. Con su ayuda llegaron a ser tan hábiles que, finalmente, construyeron sus chozas o casas con bastante

elegancia, entretejiendo las paredes a su alrededor como si fueran cestas. Aunque aquella técnica resultaba muy extraña a la vista, constituía una protección excelente tanto contra el calor como contra toda clase de alimañas. A nuestros hombres les gustó tanto que convencieron a los indígenas para que hicieran lo mismo por ellos. Así, cuando fui a visitar los asentamientos de los dos ingleses, desde lejos parecían vivir todos como abejas dentro de una colmena.

En cuanto a Will Atkins, que para entonces se había convertido en un hombre muy laborioso, útil y sobrio, había construido para sí una tienda de mimbre como probablemente nunca se había visto otra igual. Medía ciento veinte pasos de circunferencia exterior, según calculé al recorrerla. Las paredes estaban tejidas con tanta densidad como una cesta, divididas en treinta y dos paneles o secciones cuadradas, y eran tan resistentes que se mantenían en pie a una altura de unos siete pies.

En el centro había otra estructura cuya circunferencia no superaba los veintidós pasos, pero que era más sólida y tenía forma octogonal. En cada una de sus ocho esquinas se alzaba un poste muy resistente. Alrededor de la parte superior de estos postes colocó vigas fuertes, unidas mediante clavijas de madera, y desde allí levantó un techo piramidal formado por ocho cabrios, todos perfectamente ensamblados, a pesar de que no tenía clavos y solo disponía de unas pocas puntas de hierro. Estas también las había fabricado él mismo con el hierro viejo que yo había dejado allí.

En verdad, aquel hombre demostró una gran inventiva en muchas cosas de las que no tenía conocimiento previo. Construyó una fragua y fabricó un fuelle de madera para avivar el fuego. Preparó carbón vegetal para sus trabajos y, a partir de las barras de hierro, se hizo un yunque bastante aceptable sobre el que martillar. De esta manera fabricó muchos objetos, en particular ganchos, grapas, puntas, cerrojos y bisagras.

Pero volvamos a su casa. Después de colocar el techo de la estructura interior, tejió entre los cabrios un entramado de mimbre muy sólido. Luego lo cubrió ingeniosamente con paja de arroz y, por encima, colocó una gran hoja de árbol que protegía toda la parte superior. De este modo, la casa quedaba tan seca como si tuviera un tejado de tejas o de pizarra. Reconoció, en efecto, que los salvajes habían sido quienes le hicieron el entramado de mimbre.

Todo el perímetro exterior estaba cubierto alrededor de la estructura

interior a modo de cobertizo adosado. Unas largas vigas se extendían desde los treinta y dos ángulos de la pared exterior hasta los postes superiores de la casa interior, a una distancia de unos veinte pies. De este modo quedaba un pasillo entre la pared exterior de mimbre y la interior, con una anchura cercana a los veinte pies.

Dividió el espacio interior con el mismo tipo de entramado, aunque mucho más fino, y lo repartió en seis compartimentos, de manera que había seis habitaciones en una misma planta. Cada una tenía una puerta: una que daba al vestíbulo o entrada principal de la tienda, otra que comunicaba con la tienda principal y una tercera que conducía al espacio o pasillo que rodeaba la estructura. Ese pasillo también estaba dividido en seis partes iguales, que servían no solo como lugar de refugio, sino también para guardar las provisiones y los objetos que la familia pudiera necesitar.

Como aquellos seis espacios no ocupaban toda la circunferencia, las demás dependencias del anillo exterior se distribuyeron de la siguiente manera. Al entrar por la puerta exterior, se encontraba un pasadizo corto que conducía directamente a la puerta de la casa interior. A cada lado había una partición de mimbre con una puerta, por la que se accedía primero a una habitación grande o almacén, de veinte pies de ancho y unos treinta de largo, y desde allí a otra algo más corta.

Así, el círculo exterior contenía diez habitaciones bien dispuestas. Seis de ellas solo podían alcanzarse atravesando los compartimentos de la tienda interior y servían como pequeños cuartos privados o retiros para las respectivas habitaciones de la zona central. Las otras cuatro eran grandes almacenes, graneros o como se prefiera llamarlos, comunicados entre sí de dos en dos a cada lado del pasadizo que llevaba desde la puerta exterior hasta la tienda interior.

Creo que nunca se había visto en el mundo una obra de mimbre semejante, ni una casa o tienda concebida con tanta inteligencia y construida con tanta pulcritud. En aquella gran colmena vivían las tres familias: Will Atkins y su compañero; el tercero había muerto, pero su esposa seguía allí con sus tres hijos. Los otros dos no escatimaban esfuerzos para darle a la viuda su parte correspondiente de todo: maíz, leche, uvas y demás provisiones. También compartían con ella lo que obtenían cuando mataban un cabrito o encontraban una tortuga en la playa. De este modo, todos vivían bastante bien, aunque, como ya he señalado, no eran tan laboriosos como los otros dos.

Sin embargo, hay algo que no debo omitir: en lo referente a la religión, no sé si había entre ellos algo que pudiera llamarse así. A menudo se recordaban unos a otros la existencia de Dios, pero lo hacían mediante la costumbre tan común entre los marineros de jurar en su nombre. Tampoco sus pobres e ignorantes esposas salvajes se beneficiaron mucho de haberse casado con cristianos, como debemos llamarlos; pues, si ellos mismos sabían muy poco acerca de Dios, eran del todo incapaces de mantener con sus mujeres una conversación sobre Él o de hablarles de religión.

El mayor progreso que, según puedo afirmar, hicieron aquellas mujeres gracias a sus maridos fue aprender a hablar bastante bien el inglés. También enseñaron a hablarlo a la mayoría de sus hijos, que en total eran cerca de veinte, desde que empezaron a pronunciar sus primeras palabras, aunque al principio lo hablaban de manera muy rudimentaria, igual que sus madres.

Ninguno de aquellos niños tenía más de seis años cuando llegué allí, pues no habían transcurrido mucho más de siete años desde que los hombres trajeron a las cinco mujeres salvajes. Todas habían tenido hijos, más o menos. Las madres eran mujeres de buen carácter, tranquilas, trabajadoras, modestas y decentes; se ayudaban unas a otras, eran muy atentas y obedecían a sus amos —no puedo llamarlos maridos—. Solo les faltaba recibir una buena instrucción en la religión cristiana y contraer matrimonio legalmente. Ambas cosas se consiguieron felizmente después, gracias a mi intervención o, al menos, como consecuencia de mi llegada.

Capítulo VI: El Consejo Del Clérigo Francés

Después de haber dado cuenta de la colonia en general y de haber hablado bastante de mis ingleses fugitivos, debo decir algo acerca de los españoles, que constituían el núcleo principal de la comunidad y cuya historia contiene también algunos sucesos bastante notables.

Mantuve muchas conversaciones con ellos acerca de las circunstancias en que se habían encontrado mientras vivían entre los salvajes. Me confesaron abiertamente que no podían citar ningún ejemplo de su laboriosidad o ingenio durante aquel período; que habían sido un puñado de hombres pobres, miserables y abatidos; y que, aunque les hubieran proporcionado los medios para salir adelante, se habían abandonado tanto a la desesperación y se habían dejado hundir de tal manera bajo el peso de sus desgracias que no pensaban en otra cosa que en morirse de hambre.

Uno de ellos, un hombre serio y sensato, me dijo que estaba convencido de que se habían equivocado; que no era propio de hombres prudentes entregarse a la miseria, sino aprovechar siempre los recursos que ofrecía la razón, tanto para sostenerse en el presente como para alcanzar la liberación en el futuro. Me explicó que la aflicción era la pasión más insensata e inútil del mundo, pues solo se refería a cosas pasadas, que por lo general era imposible recuperar o remediar, mientras que no contemplaba el porvenir ni contribuía en absoluto a encontrar una salida. Antes bien, aumentaba el sufrimiento en lugar de proponer un remedio. A continuación, repitió un proverbio español que, aunque no puedo reproducir con las mismas palabras que él empleó, recuerdo haber convertido en un proverbio inglés de mi propia cosecha, que decía así:

"Afligirse en la desgracia
es duplicar la desgracia".

Después continuó comentando todas las pequeñas mejoras que yo había logrado durante mi soledad, así como mi incansable dedicación, según la llamó. Señaló que había conseguido transformar unas condiciones que, al

principio, eran mucho peores que las suyas en una situación mil veces más feliz que la que ellos disfrutaban ahora, incluso estando todos juntos.

Me dijo que resultaba notable que los ingleses conservaran más serenidad de espíritu en medio de las desgracias que cualquier otro pueblo que él hubiera conocido. Añadió que su desventurada nación y la portuguesa eran las peores del mundo para luchar contra la adversidad, pues, una vez agotados los esfuerzos habituales ante un peligro, su primera reacción era desesperarse, abandonarse a su suerte y morir, sin hacer el menor esfuerzo por encontrar una solución adecuada que les permitiera escapar.

Le respondí que nuestras situaciones eran muy diferentes. Ellos habían sido arrojados a la costa sin provisiones ni medios inmediatos de subsistencia, hasta que pudieran conseguirlo por sus propios medios. Era cierto que yo había tenido la desventaja y el inconveniente de encontrarme solo, pero también había recibido, por una providencial casualidad, los suministros que llegaron a mis manos cuando el barco encalló inesperadamente en la costa. Aquella ayuda habría animado a cualquier criatura del mundo a esforzarse como yo lo había hecho.

—Señor —me respondió el español—, si nosotros, los pobres españoles, nos hubiéramos encontrado en su situación, jamás habríamos conseguido sacar del barco ni la mitad de las cosas que usted rescató. Es más —añadió—, ni siquiera habríamos encontrado la manera de construir una balsa para transportarlas, ni de llevarla hasta la orilla sin disponer de un bote o una vela. ¡Y cuánto menos habríamos conseguido si alguno de nosotros hubiera estado solo!

Le pedí entonces que moderara sus elogios y continuara con el relato de su llegada a tierra, explicándome dónde habían desembarcado.

Me contó que, por desgracia, habían llegado a un lugar habitado por personas que carecían de provisiones. Si hubieran tenido el sentido común de volver a hacerse a la mar y dirigirse a otra isla situada un poco más lejos, habrían encontrado alimentos, aunque no habitantes. Según les habían contado, en aquella dirección había una isla deshabitada que disponía de abundantes provisiones. Los españoles de Trinidad habían llevado allí cabras y cerdos en varias ocasiones, y los animales se habían multiplicado hasta tal punto que, además de la gran abundancia de tortugas y aves marinas, habrían podido disponer de toda la carne que necesitaran, aunque no hubieran encontrado pan.

En cambio, en el lugar donde habían desembarcado solo podían alimentarse de unas pocas raíces y hierbas que desconocían y que apenas los nutrían. Los habitantes se las daban con bastante parsimonia, pues no podían tratarlos mucho mejor, a menos que estuvieran dispuestos a convertirse en caníbales y comer carne humana.

Me contaron de cuántas maneras habían intentado civilizar a los salvajes entre quienes vivían y enseñarles costumbres más razonables para la vida cotidiana, pero todo había sido en vano. Los salvajes, por su parte, les reprochaban que fueran injustos al pretender erigirse en maestros de quienes les proporcionaban alimento, cuando ellos mismos habían llegado allí para pedir ayuda y sustento. Al parecer, daban a entender que nadie debía pretender enseñar a los demás si no era capaz de vivir sin su ayuda.

Me describieron con espanto las extremas penurias a las que se habían visto reducidos y cómo, en ocasiones, pasaban muchos días sin probar alimento alguno. La isla en que vivían estaba habitada por una clase de salvajes que llevaba una vida más indolente y que, por esa razón, disponía de menos recursos para subsistir que otros pueblos de aquella parte del mundo, según tenían motivos para creer. Sin embargo, habían comprobado que aquellos salvajes eran menos voraces y glotones que otros que contaban con mejores provisiones.

También me dijeron que no podían dejar de advertir con cuántas muestras de sabiduría y bondad la providencia divina dirigía los acontecimientos de este mundo, algo que, según ellos, se manifestaba claramente en sus propias circunstancias. Pues si, agobiados por las dificultades que sufrían y por la esterilidad del territorio donde se encontraban, hubieran buscado otro lugar más favorable para vivir, habrían quedado fuera del alcance de la ayuda que recibieron gracias a mí.

A continuación, me explicaron que los salvajes entre quienes vivían esperaban que los acompañaran en sus guerras. Era cierto que llevaban armas de fuego y que, de no haber tenido la desgracia de perder las municiones, habrían podido ser útiles no solo a sus amigos, sino también infundir terror tanto entre estos como entre sus enemigos. Pero, al quedarse sin pólvora ni balas, se encontraron en una situación en la que, por razones de prudencia, no podían negarse a acompañar a sus anfitriones a la guerra.

Así, cuando llegaban al campo de batalla, se encontraban en peores

condiciones que los propios salvajes, pues no tenían arcos ni flechas y tampoco sabían utilizar los que estos les proporcionaban. No podían hacer otra cosa que permanecer inmóviles y recibir las flechas del enemigo hasta que este se acercaba lo suficiente como para atacarlos cuerpo a cuerpo. Entonces sí les servían las tres alabardas que poseían, con las que a menudo hacían retroceder a todo un pequeño ejército, ayudándose también de palos afilados que colocaban en las bocas de sus mosquetes.

A pesar de todo, a veces se veían rodeados por multitudes y corrían un grave peligro a causa de las flechas. Finalmente, encontraron la manera de fabricarse grandes escudos de madera, que cubrieron con pieles de animales salvajes cuyos nombres desconocían. Aquellos escudos los protegían de las flechas de los indígenas, aunque, incluso con ellos, en ocasiones seguían corriendo grandes riesgos.

Una vez, cinco de ellos fueron derribados al mismo tiempo por los golpes de las mazas de los salvajes. Fue entonces cuando uno de ellos cayó prisionero: precisamente el español a quien yo había socorrido. Al principio creyeron que había muerto, pero, cuando después supieron que lo habían capturado, sintieron una aflicción indescriptible y estuvieron dispuestos a arriesgar la vida para rescatarlo.

Me contaron que, cuando fueron derribados, el resto de sus compañeros consiguió rescatarlos y permaneció luchando a su alrededor hasta que recuperaron el sentido, todos excepto aquel a quien daban por muerto. Después, abriéndose paso con sus alabardas y sus armas, avanzaron estrechamente unidos en una línea a través de un grupo de más de mil salvajes. Derribaron a cuantos se interponían en su camino y vencieron a sus enemigos, pero la victoria les causó una profunda tristeza, pues habían perdido a su compañero. Los del bando contrario, al descubrir que seguía vivo, se lo llevaron junto con algunos otros, tal como ya he contado.

Me describieron con enorme emoción la alegría que sintieron al ver regresar a su amigo y compañero de desgracias, a quien creían devorado por las peores criaturas que pudieran existir: los propios hombres. Pero aún mayor fue su asombro cuando escucharon el relato de su aventura y supieron que había un cristiano en las cercanías; y, más todavía, que aquel hombre tenía los medios y la humanidad suficientes para contribuir a su liberación.

Me describieron el asombro que sintieron al ver la ayuda que les había

enviado y, sobre todo, al contemplar aquellos panes, algo que no habían visto desde su llegada a aquel miserable lugar. Me contaron cómo hacían la señal de la cruz sobre aquellos panes y los bendecían como si fueran un don enviado del cielo, y qué consuelo tan reconfortante había supuesto para sus espíritus probarlos, junto con los demás alimentos que yo les había mandado para su sustento.

Después de contarme todo aquello, también habrían querido explicarme la alegría que sintieron al ver un bote y a los hombres que venían a recogerlos para llevarlos junto a la persona y al lugar de donde procedían todas aquellas nuevas muestras de alivio. Pero era imposible expresarlo con palabras. La alegría desmesurada los había llevado, de manera natural, a manifestaciones excesivas e impropias, y no encontraban otra forma de describirlas que decirme que habían estado a punto de perder la razón, pues no sabían cómo dar salida a sus emociones de una manera proporcionada a lo que sentían. En unos, aquella emoción se manifestó de una forma y, en otros, de otra: algunos, sorprendidos por tanta alegría, rompían a llorar; otros se volvían completamente locos, y otros se desmayaban de inmediato.

Aquel relato me conmovió profundamente y me hizo recordar el éxtasis de Viernes cuando se reencontró con su padre, así como la inmensa alegría de aquellos pobres hombres a quienes recogí en el mar después de que su barco se incendiara; también recordé la felicidad del oficial del barco cuando descubrió que se había salvado precisamente en el lugar donde esperaba perecer, y mi propia alegría cuando, después de veintiocho años de cautiverio, encontré un buen barco dispuesto a llevarme de regreso a mi patria. Todos aquellos recuerdos me hicieron comprender mejor lo que me contaban aquellos pobres hombres y me conmovieron aún más con su relato.

Después de haber ofrecido esta visión general de la situación en que los encontré, debo referir los principales asuntos que resolví para ayudar a aquellas personas y explicar en qué condiciones las dejé.

Tanto ellos como yo opinábamos que ya no volverían a sufrir las incursiones de los salvajes; y que, si se presentaban de nuevo, serían capaces de exterminarlos, aunque acudieran en número doble al de la ocasión anterior. Por tanto, no estaban preocupados por ese asunto.

Entonces entablé una conversación seria con el español a quien llamo

gobernador acerca de su permanencia en la isla. Yo no había venido para llevarme a ninguno de ellos, y tampoco habría sido justo llevarme a unos y dejar a los demás, que quizá no quisieran quedarse si su número se veía reducido. Por otra parte, les expliqué que mi propósito era establecerlos allí, no sacarlos de la isla. Les hice saber que había traído diversos tipos de ayuda y que había gastado una suma considerable en proporcionarles todo lo necesario, tanto para su comodidad como para su defensa. También les expliqué que llevaba conmigo a ciertas personas cuya presencia serviría para aumentar y reforzar su número y que, gracias a los oficios especializados que habían aprendido, podrían ayudarlos en las tareas para las que entonces carecían de recursos.

Todos estaban reunidos cuando les hablé de este modo. Antes de entregarles las provisiones que había llevado, les pregunté uno por uno si habían olvidado por completo y enterrado las antiguas enemistades que habían existido entre ellos, y si estaban dispuestos a darse la mano y comprometerse a mantener una amistad sincera y una unión de intereses, de modo que no volvieran a surgir malentendidos ni celos.

Will Atkins respondió con gran franqueza y buen humor que ya habían sufrido bastantes desgracias como para aprender a ser sensatos, y que habían tenido suficientes enemigos como para aprender a ser amigos. Por su parte, dijo que estaba dispuesto a vivir y morir junto a los demás. Lejos de pretender perjudicar a los españoles, reconocía que estos no le habían hecho nada que no hubiera provocado su propio carácter alocado, y que él mismo habría actuado igual, o quizá peor, de haberse encontrado en su lugar.

Añadió que, si yo se lo pedía, les solicitaría perdón por todas las tonterías y brutalidades que había cometido contra ellos. Deseaba sinceramente vivir en perfecta amistad y unión con los españoles, y estaba dispuesto a hacer cuanto estuviera en su mano para demostrarles que sus intenciones eran honestas. En cuanto a regresar a Inglaterra, aseguró que no le importaría permanecer allí otros veinte años sin volver a su patria.

Los españoles respondieron que, efectivamente, al principio habían desarmado y excluido a Will Atkins y a sus dos compatriotas debido a su mala conducta, tal como ya me habían explicado, y apelaron a mí para que reconociera que se habían visto obligados a tomar aquella medida. Sin embargo, Will Atkins se había comportado con tanta valentía en el gran combate contra los salvajes y en varias ocasiones posteriores, y había

demostrado tanta lealtad y preocupación por el bienestar general, que habían olvidado todo lo sucedido anteriormente. Consideraban que merecía tanta confianza como cualquiera de ellos, tanto para llevar armas como para recibir las provisiones necesarias.

Habían demostrado la estima que sentían por él al confiarle el mando inmediatamente después del gobernador. Y, puesto que tenían plena confianza tanto en él como en todos sus compatriotas, reconocían que estos se habían ganado esa confianza mediante todas las acciones con que los hombres honrados pueden merecer el aprecio y la consideración de los demás. Aprovecharon aquella ocasión para asegurarme, con toda sinceridad, que nunca volverían a perseguir intereses separados de los del resto de la comunidad.

Después de aquellas declaraciones francas y abiertas de amistad, acordamos celebrar juntos una comida al día siguiente. En efecto, organizamos un magnífico banquete. Hice venir a tierra al cocinero del barco y a su ayudante para que prepararan la comida, con la colaboración del antiguo ayudante de cocina que teníamos en la isla. Llevamos desde las provisiones del barco seis piezas de buena carne de vacuno y cuatro de cerdo, además de la ponchera y los ingredientes necesarios para llenarla. En particular, les regalé diez botellas de clarete francés y diez botellas de cerveza inglesa, bebidas que ni los españoles ni los ingleses habían probado desde hacía muchos años y que, como cabe imaginar, recibieron con enorme alegría.

Los españoles contribuyeron al banquete con cinco cabritos enteros, que los cocineros asaron. Tres de ellos fueron enviados al barco, bien cubiertos para conservar el calor, a fin de que los marineros pudieran disfrutar de carne fresca procedente de tierra, del mismo modo que nosotros disfrutábamos de la carne salada que ellos nos proporcionaban desde el barco.

Después de aquel banquete, durante el cual nos divertimos con la mayor inocencia, saqué las mercancías que había traído. Para evitar cualquier disputa a la hora de repartirlas, les mostré que había suficiente para todos y les pedí que, una vez confeccionadas las prendas, cada uno recibiera una cantidad igual de los artículos destinados a vestir.

En primer lugar, repartí tela de lino suficiente para que cada hombre pudiera hacerse cuatro camisas. A petición del español, más adelante

aumenté la cantidad para que pudieran hacerse seis. Aquellas prendas les resultaron extraordinariamente cómodas, pues hacía mucho tiempo que habían olvidado lo que era usarlas.

También distribuí las telas ligeras inglesas que ya he mencionado, con las que cada uno podría hacerse una chaqueta liviana, semejante a una blusa amplia. Me pareció la prenda más apropiada para el calor de aquella estación, por ser fresca y holgada. Les indiqué que, cuando se desgastaran, podrían confeccionar otras según les pareciera conveniente. Lo mismo dispuse en cuanto a escarpines, zapatos, medias, sombreros y demás prendas.

No puedo expresar el placer que se reflejaba en los rostros de aquellos pobres hombres al ver cuánto me había preocupado por ellos y lo bien que los había provisto de todo. Me dijeron que yo era como un padre para ellos y que contar con alguien como yo en una región tan remota del mundo les haría olvidar que habían sido abandonados en un lugar desolado. Todos se comprometieron voluntariamente a no abandonar la isla sin mi consentimiento.

A continuación, les presenté a las personas que había llevado conmigo, en particular al sastre, al herrero y a los dos carpinteros, todos ellos de gran utilidad. Pero, por encima de todos, estaba mi hombre para todo, cuya utilidad difícilmente habrían podido igualar con la de ninguna otra persona.

El sastre, para demostrar el interés que sentía por ellos, se puso inmediatamente manos a la obra y, con mi permiso, comenzó por hacerle una camisa a cada uno. Y, lo que era aún más importante, enseñó a las mujeres no solo a coser, dar puntadas y manejar la aguja, sino que también las puso a trabajar en la confección de las camisas para sus maridos y para todos los demás.

Apenas necesito mencionar lo útiles que resultaron los carpinteros. Desmontaron todos mis toscos e incómodos muebles y objetos, y convirtieron aquellos materiales en mesas, taburetes, camas, armarios, arcones, estantes y cualquier otro mueble que necesitaran, todo ello de forma ingeniosa y práctica.

Sin embargo, para que pudieran comprobar cómo la propia naturaleza puede convertir a un hombre en artesano, llevé a los carpinteros a ver la casa de mimbre de Will Atkins, como yo la llamaba. Ambos reconocieron

que nunca habían presenciado semejante ejemplo de ingenio natural ni habían visto nada tan bien dispuesto y construido con tanta habilidad, al menos de aquella clase. Uno de ellos, después de contemplarla durante un buen rato y reflexionar en silencio, se volvió hacia mí y dijo:

—Estoy seguro de que este hombre no nos necesita. Lo único que hay que hacer es darle herramientas.

Después les mostré todas las herramientas que tenía almacenadas. Entregué a cada hombre una pala de cavar, una pala común y un rastrillo, pues no disponíamos de carretillas ni de arados. Además, proporcioné a cada asentamiento un pico, una barra de hierro, un hacha grande y una sierra. Dejé establecido que, siempre que alguna herramienta se rompiera o se desgastara, podrían sustituirla sin reparos con las provisiones generales que dejaba en la isla.

También les proporcioné sin restricciones clavos, grapas, bisagras, martillos, cinceles, cuchillos, tijeras y toda clase de artículos de hierro que necesitaran. Nadie tomaría más de lo que le hiciera falta, y solo un necio desperdiciaría o estropearía aquellos objetos por cualquier motivo. Para uso del herrero dejé, además, dos toneladas de hierro sin trabajar, a fin de que dispusiera de una buena reserva de material.

El almacén de pólvora y armas que les llevé estaba tan abundantemente provisto que no podían sino alegrarse al contemplarlo. Ahora, si surgía la necesidad, podrían salir como yo solía hacerlo, con un mosquete sobre cada hombro, y serían capaces de enfrentarse a mil salvajes, siempre que contaran con alguna pequeña ventaja en la posición del terreno, algo que sin duda podrían conseguir si llegaba el momento.

Llevé conmigo a tierra al joven cuya madre había muerto de hambre, y también a la doncella. Era una joven juiciosa, bien educada y religiosa, y se comportaba con tanta discreción que todos hablaban bien de ella. En efecto, su vida entre nosotros había sido desgraciada, pues no había ninguna otra mujer a bordo del barco; pero ella lo soportó con paciencia. Después de un tiempo, al ver que todo estaba tan bien organizado y que la colonia prosperaba de manera tan extraordinaria en mi isla, y considerando que no tenían asuntos ni conocidos en las Indias Orientales, ni razón alguna para emprender un viaje tan largo, ambos acudieron a mí y me pidieron permiso para quedarse en la isla e incorporarse a mi familia, como ellos mismos la llamaban. Accedí de buen grado, y se les asignó un

pequeño terreno donde levantaron tres tiendas o casas, rodeadas por una empalizada de cestería, construida al estilo de la de Atkins y contigua a su plantación. Las tiendas estaban dispuestas de tal modo que cada uno tenía una habitación separada para dormir, mientras que una tienda central, a modo de gran almacén, servía para guardar sus pertenencias y para comer y beber.

Por entonces, los otros dos ingleses trasladaron también su residencia al mismo lugar, de modo que la isla quedó dividida en tres colonias, y no más: la de los españoles, junto con el viejo Viernes y los primeros sirvientes, en mi asentamiento al pie de la colina, que, en una palabra, era la capital y donde habían ampliado y extendido tanto sus construcciones, por debajo de la colina y en su exterior, que vivían con toda comodidad y amplitud, aunque perfectamente ocultos. Nunca había existido en ningún lugar del mundo una ciudad tan pequeña escondida en un bosque. En verdad, creo que mil hombres podrían haber recorrido la isla durante un mes y, si no hubieran sabido que existía aquel lugar ni lo hubieran buscado deliberadamente, no lo habrían encontrado. Los árboles crecían tan espesos y tan juntos, y sus ramas se entretejían unas con otras con tal rapidez, que nada habría permitido descubrir el lugar sin talarlos primero, salvo que se encontraran las únicas dos entradas estrechas por las que entraban y salían, algo que no resultaba nada fácil. Una de ellas estaba justo a la orilla del agua, junto al arroyo, y desde allí había que recorrer más de doscientos metros hasta llegar al asentamiento. La otra se encontraba al subir por una escalera, como ya he descrito. Además, en lo alto de la colina tenían un extenso bosquecillo, densamente plantado, que ocupaba más de un acre y crecía con rapidez, ocultando el lugar a cualquier mirada indiscreta. Solo había una estrecha abertura entre dos árboles por la que se podía entrar por aquel lado, y no era fácil descubrirla.

La otra colonia era la de Will Atkins. Allí vivían cuatro familias inglesas —me refiero a las que había dejado en la isla, con sus esposas e hijos—, tres salvajes que eran esclavos, la viuda y los hijos del inglés que había muerto, el joven y la doncella; por cierto, antes de marcharnos, la habíamos casado con él. También estaban los dos carpinteros y el sastre que había llevado conmigo para ayudarles, así como el herrero, un hombre indispensable para ellos, especialmente por su habilidad como armero, pues se encargaba de mantener sus armas en buen estado. Se encontraba allí, además, el otro hombre al que yo llamaba Juan de Todo, porque él solo casi valía por veinte hombres. No solo era un sujeto

sumamente ingenioso, sino también muy alegre; y, antes de mi partida, lo casamos con la honrada doncella que había llegado con el joven en el barco del que hablé antes.

Y ya que estoy hablando de matrimonios, viene naturalmente a cuento decir algo sobre el eclesiástico francés que había traído conmigo de la tripulación del barco que rescaté en el mar. Es cierto que aquel hombre era romano, y quizá algunos se ofendan en el futuro si dejo constancia de algo extraordinario acerca de una persona a la que, antes de comenzar, debo presentar —para retratarla con justicia— de una manera muy desfavorable a los ojos de los protestantes: en primer lugar, era papista; en segundo, sacerdote papista; y, en tercero, sacerdote papista francés. Sin embargo, la justicia me exige hacerle una descripción merecida, y debo decir que era un hombre serio, moderado, piadoso y profundamente religioso; intachable en su conducta, generoso en su caridad y ejemplar en casi todo cuanto hacía. ¿Qué podría reprochársele, entonces, a quien reconociera plenamente el valor de un hombre así, a pesar de su profesión? Aunque quizá mi opinión, como también la de otros que lean estas páginas, sea que estaba equivocado.

Desde la primera hora en que comencé a conversar con él, después de que aceptara acompañarme a las Indias Orientales, encontré motivos para disfrutar enormemente de su compañía. Fue él quien inició la conversación sobre religión, y lo hizo de la manera más amable imaginable.

—Señor —me dijo—, no solo me ha salvado usted la vida con la ayuda de Dios —y al decirlo se persignó—, sino que también me ha permitido viajar en su barco y, con su amable cortesía, me ha acogido en su familia, brindándome la oportunidad de conversar libremente con usted. Ahora bien, señor, por mi hábito puede ver cuál es mi profesión, y por su nacionalidad imagino cuál es la suya. Puedo pensar que es mi deber, y sin duda lo es, hacer cuanto esté en mi mano, siempre que se presente la ocasión, para conducir a todas las almas que pueda al conocimiento de la verdad y a la aceptación de la doctrina católica. Pero, puesto que me encuentro aquí con su permiso y dentro de su familia, estoy obligado, tanto por justicia hacia su bondad como por decoro y buenas maneras, a someterme a su autoridad. Por tanto, no entraré, sin su consentimiento, en ningún debate sobre los puntos de religión en los que quizá no estemos de acuerdo, más allá de lo que usted me permita.

Le dije que su actitud era tan modesta que no podía menos que

reconocerlo; que, en efecto, pertenecíamos a lo que ellos llamaban herejes, pero que él no era el primer católico con quien yo había conversado sin que surgieran inconvenientes ni se llevaran las discusiones demasiado lejos. No recibiría peor trato por tener opiniones distintas de las nuestras y, si no conseguíamos conversar sin que ninguna de las partes sintiera desagrado, la culpa sería suya, no nuestra.

Me respondió que creía que todas nuestras conversaciones podían mantenerse fácilmente al margen de las disputas; que no era asunto suyo discutir los principios de cada persona con la que hablaba, y que prefería que yo conversara con él como con un caballero, antes que como con un hombre entregado a las cuestiones religiosas. Si alguna vez le daba permiso para hablar de asuntos de religión, lo haría con mucho gusto, y no dudaba de que yo también le permitiría defender sus propias opiniones lo mejor que pudiera. Pero, sin mi autorización, no me importunaría con tales asuntos. Añadió que no dejaría de cumplir con todos sus deberes, tanto en su condición de sacerdote como en la de cristiano particular, procurando el bienestar del barco y la seguridad de cuantos iban a bordo. Aunque quizá nosotros no nos uniéramos a él y él no pudiera rezar con nosotros, esperaba que al menos se le permitiera rezar por nosotros, cosa que haría siempre que se presentara la ocasión.

Así conversábamos. Y, si su trato era sumamente amable y propio de un caballero, también era —si se me permite decirlo— un hombre de buen juicio y, según creo, de vastos conocimientos.

Me contó de manera muy entretenida la historia de su vida y los numerosos acontecimientos extraordinarios que le habían sucedido; me habló de las muchas aventuras que había vivido durante los pocos años que llevaba recorriendo el mundo. En particular, resultaba muy notable que, durante el viaje que ahora emprendía, hubiera embarcado y desembarcado cinco veces, sin llegar nunca al destino para el que se había previsto inicialmente ninguno de los barcos en que viajaba.

Su primer propósito había sido dirigirse a Martinica, y en Saint-Malo se había embarcado en un barco con ese destino. Pero el mal tiempo obligó a la nave a refugiarse en Lisboa, donde sufrió daños al encallar en la desembocadura del Tajo, por lo que tuvo que descargar allí su mercancía. Al encontrar en el puerto un barco portugués que se dirigía a las islas Madeira y estaba a punto de zarpar, supuso que allí podría encontrar otra nave con destino a Martinica, así que se embarcó para viajar a Madeira.

Sin embargo, el capitán portugués era un navegante bastante mediocre y había perdido el rumbo, por lo que terminaron llegando a Fayal. Allí, no obstante, encontró un mercado excelente para su cargamento de cereales y decidió no continuar hacia Madeira, sino cargar sal en la isla de Maio y dirigirse a Terranova.

En aquellas circunstancias no tuvo más remedio que seguir viaje con el barco, y la travesía fue bastante buena hasta llegar a los Bancos —nombre que daban al lugar donde se pescaba—. Allí se encontraron con un barco francés que viajaba de Francia a Quebec y, desde allí, a Martinica, llevando provisiones. El clérigo creyó que por fin tendría la oportunidad de cumplir su propósito inicial; pero, cuando llegaron a Quebec, el capitán murió y el barco no continuó su viaje. En consecuencia, se embarcó rumbo a Francia en la nave que se incendió y cuya tripulación rescatamos en el mar; después se embarcó con nosotros rumbo a las Indias Orientales, como ya he contado. De este modo, había visto frustrados cinco viajes, todos ellos, por así decirlo, dentro de un mismo viaje, además de lo que aún tendré ocasión de contar sobre él.

Pero no me extenderé en las historias de otros hombres que no guardan relación con la mía; así que vuelvo a los asuntos de nuestra colonia. Una mañana, el clérigo vino a verme —pues se había alojado con nosotros durante toda nuestra estancia en la isla—. Precisamente yo estaba a punto de visitar la colonia de los ingleses, situada en el extremo más alejado de la isla, cuando se acercó y me dijo, con expresión muy seria, que llevaba dos o tres días deseando tener una conversación conmigo. Esperaba que no me resultara desagradable, pues creía que, en cierto modo, podría contribuir a mi propósito general, que era la prosperidad de mi nueva colonia, y quizá ayudarla a ponerse, más de lo que él creía que estaba hasta entonces, bajo la bendición de Dios.

Me sorprendieron un poco las últimas palabras de su discurso y, volviéndome bruscamente hacia él, le dije:

—¿Cómo, señor? ¿Puede decirse que no estamos bajo la bendición de Dios, después de las ayudas y liberaciones tan manifiestas que hemos recibido aquí, y de las cuales le he dado cuenta tan detallada?

—Si hubiera tenido usted la bondad, señor —respondió él, con suma modestia, pero también con gran prontitud—, de escucharme, no habría encontrado motivo para disgustarse, y mucho menos para pensar tan mal

de mí como para creer que pretendo insinuar que no han recibido ustedes ayudas y liberaciones extraordinarias. Espero, por el contrario, que usted se encuentre bajo la bendición de Dios, pues su propósito es sumamente bueno y prosperará. Sin embargo, señor, aunque todo fuera aún más favorable de lo que usted mismo podría imaginar, puede haber entre ustedes algunos cuyas acciones no sean igualmente rectas. Ya sabe que, en la historia de los hijos de Israel, un solo hombre, Acán, al cometer una falta en el campamento, apartó de ellos la bendición de Dios e hizo que su mano se volviera contra todos, hasta el punto de que treinta y seis hombres, aunque no habían participado en el delito, fueron objeto de la venganza divina y soportaron el peso del castigo.

Sus palabras me impresionaron profundamente. Le dije que su razonamiento era tan justo y que todo su propósito parecía tan sincero y, en sí mismo, tan religioso, que lamentaba mucho haberlo interrumpido. Le rogué que continuara y, entretanto, como parecía que teníamos bastante que decirnos y la conversación podía prolongarse, le expliqué que iba a visitar las plantaciones de los ingleses y le propuse que me acompañara, para que pudiéramos hablar del asunto durante el camino. Me respondió que con mayor gusto me acompañaría, pues era precisamente allí donde, en parte, se había producido lo que deseaba comentarme. Así pues, nos pusimos en marcha, y yo lo animé a hablarme con toda franqueza y claridad.

—Pues bien, señor —dijo—, permítame establecer unas cuantas proposiciones como fundamento de lo que tengo que decirle, para que no discrepemos en los principios generales, aunque podamos tener opiniones diferentes acerca de su aplicación a casos particulares. En primer lugar, señor, aunque diferimos en algunos artículos doctrinales de la religión —y es muy lamentable que así sea, especialmente en el asunto que nos ocupa, como demostraré más adelante—, hay ciertos principios generales en los que ambos estamos de acuerdo: que existe un Dios y que, puesto que este Dios nos ha dado determinadas reglas generales para nuestro servicio y obediencia, no debemos ofenderlo deliberada y conscientemente, ya sea dejando de hacer lo que nos ha ordenado o haciendo aquello que ha prohibido expresamente. Sean cuales sean nuestras diferencias religiosas, todos reconocemos sin dificultad este principio general: que la bendición de Dios no suele acompañar a quienes pecan presuntuosamente contra sus mandamientos. Y todo buen cristiano sentirá un profundo interés por evitar que quienes están bajo su cuidado

vivan en completo abandono de Dios y de sus mandamientos. No es el hecho de que sus hombres sean protestantes —cualquiera que sea mi opinión al respecto— lo que me exime de preocuparme por sus almas ni de procurar, si está en mi mano, que vivan lo más alejados posible de la enemistad con su Creador, especialmente si usted me permite intervenir hasta ese punto en sus asuntos.

Todavía no alcanzaba a imaginar adónde quería llegar, pero le dije que estaba de acuerdo con todo cuanto había expuesto y que le agradecía que se preocupara tanto por nosotros. Le rogué que me explicara los casos concretos que había observado para que yo, como Josué —por tomar prestada su propia comparación—, pudiera apartar de nosotros aquello que estaba maldito.

—Pues bien, señor —dijo—, me tomaré la libertad que me concede. Hay tres cosas que, si no me equivoco, se interponen en el camino de la bendición de Dios sobre los esfuerzos que ustedes realizan aquí, y cuya eliminación me alegraría ver, tanto por el bien de usted como por el de los propios interesados. Además, estoy convencido de que estará plenamente de acuerdo conmigo en cuanto se las mencione, sobre todo porque le demostraré que todas pueden remediarse con gran facilidad y para su entera satisfacción. En primer lugar, señor —continuó—, tiene usted aquí a cuatro ingleses que han tomado mujeres de entre los salvajes, las han aceptado como esposas y han tenido numerosos hijos con ellas, pero no se han casado conforme a ningún procedimiento legal establecido, como exigen las leyes de Dios y de los hombres. Sé que usted objetará que no había allí clérigo ni sacerdote de ninguna clase que pudiera celebrar la ceremonia, ni pluma, tinta o papel con que redactar un contrato matrimonial y hacerlo firmar por ambos. También sé lo que le ha contado el gobernador español sobre el acuerdo que les exigió cuando tomaron a esas mujeres: que las eligieran de común acuerdo y que cada uno se mantuviera con la suya. Pero, dicho sea de paso, eso no constituye matrimonio alguno ni implica un acuerdo con las mujeres en calidad de esposas; es solo un pacto entre los propios hombres para evitar que riñan entre sí.

Sin embargo, señor, la esencia del sacramento del matrimonio —como yo lo llamo, pues soy romano— no consiste únicamente en el consentimiento mutuo de las partes para aceptarse como marido y mujer, sino también en la obligación formal y legal establecida por el contrato, que obliga al

hombre y a la mujer a reconocerse mutuamente en todo momento. El hombre queda obligado a abstenerse de cualquier otra mujer, a no contraer otro matrimonio mientras subsista el primero y, siempre que sus medios se lo permitan, a mantener honestamente a su esposa y a sus hijos. La mujer queda sujeta a las mismas obligaciones, o a otras equivalentes. Ahora bien, señor, estos hombres pueden abandonar a esas mujeres cuando quieran o cuando se presente la ocasión, renegar de sus hijos, dejarlos morir y tomar otras mujeres para casarse con ellas mientras las primeras aún viven.

Y dígame, señor —añadió con cierta vehemencia—, ¿cómo se honra a Dios concediendo esta libertad ilícita? ¿Y cómo puede prosperar su empresa en este lugar, por muy buena que sea en sí misma y por muy sincero que sea su propósito, mientras permite que estos hombres, que ahora son súbditos suyos y están sometidos a su autoridad y dominio absolutos, vivan abiertamente en adulterio?

Confieso que el asunto en sí me impresionó, pero aún más me convencieron los argumentos con que lo defendía. No obstante, pensé que podría librarme de aquella reprimenda diciéndole al joven sacerdote que todo aquello había sucedido durante mi ausencia y que llevaban tantos años viviendo con aquellas mujeres que, si se trataba de adulterio, ya no había remedio posible: nada podía hacerse a esas alturas.

—Señor —repuso—, le ruego que me disculpe esta franqueza. Tiene usted razón al decir que, como todo ocurrió durante su ausencia, no se le puede atribuir esa parte de la falta. Pero le suplico que no se engañe pensando que, por ello, no está obligado ahora a hacer cuanto esté en su mano para ponerle fin. Debería casarlos legalmente y de manera efectiva. Y, puesto que quizá mi manera de celebrar los matrimonios no les resulte fácil de aceptar, aunque sería válida incluso según sus propias leyes, la suya puede ser igualmente aceptable ante Dios y tener plena validez entre los hombres. Me refiero a un contrato escrito, firmado por el hombre y la mujer, así como por todos los testigos presentes, que cualquier tribunal de Europa reconocería como válido.

Me asombró encontrar en él tanta verdadera piedad y tanta sinceridad de celo, además de una imparcialidad tan poco común al hablar de su propia confesión o Iglesia, y un fervor tan genuino por evitar que personas con las que no tenía relación alguna transgredieran las leyes de Dios. Pero, al recordar su propuesta de casarlos mediante un contrato escrito, método

que sabía que él aceptaría, volví el argumento en su favor y le dije que reconocía la justicia de todo cuanto había expuesto y que su preocupación por nosotros era muy generosa. Le aseguré que hablaría del asunto con los hombres en cuanto llegara a su asentamiento y que no veía razón alguna para que se negaran a dejar que él los casara a todos, pues sabía perfectamente que aquellos matrimonios serían reconocidos en Inglaterra como tan auténticos y válidos como si los hubiera celebrado uno de nuestros propios clérigos.

Entonces le insistí en que me dijera cuál era la segunda falta que tenía que señalarme. Reconocí que estaba muy en deuda con él por la primera y se lo agradecí sinceramente.

Me respondió que hablaría del segundo asunto con la misma franqueza y claridad, y esperaba que yo lo recibiera con igual buena disposición. Se trataba de lo siguiente: aunque aquellos ingleses que estaban bajo mi autoridad —como él los llamaba— llevaban casi siete años viviendo con esas mujeres, les habían enseñado a hablar inglés e incluso a leerlo, y, por lo que él había observado, eran mujeres de entendimiento bastante razonable y capaces de recibir instrucción, hasta aquel momento no les habían enseñado absolutamente nada de la religión cristiana. Ni siquiera les habían hecho saber que existía un Dios, que había un culto religioso, cómo debía servírsele o que su propia idolatría y la adoración de seres que ni siquiera conocían eran falsas y absurdas. Dijo que semejante descuido era inexplicable, que Dios sin duda les pediría cuentas por ello y que quizá, al final, les retiraría esa responsabilidad. Hablaba con gran afecto y vehemencia.

—Estoy convencido —dijo— de que, si esos hombres hubieran vivido en el país salvaje de donde proceden sus esposas, los salvajes se habrían esforzado mucho más por convertirlos en idólatras y hacerlos adorar al demonio de lo que, por lo que alcanzo a ver, cualquiera de estos hombres se ha esforzado por enseñarles el conocimiento del verdadero Dios. Ahora bien, señor, aunque yo no reconozca su religión ni usted la mía, ambos desearíamos ver a los servidores del demonio y a los súbditos de su reino instruidos en la religión, para que al menos oyeran hablar de Dios, de un Redentor, de la resurrección y de una vida futura, cosas en las que todos creemos. Así, por lo menos, estarían más cerca de entrar en el seno de la verdadera Iglesia que ahora, cuando profesan públicamente la idolatría y la adoración del demonio.

Ya no pude contenerme: lo tomé entre mis brazos y lo abracé efusivamente.

—¡Hasta qué punto —le dije— he estado lejos de comprender lo más esencial de un cristiano, a saber, amar los intereses de la Iglesia cristiana y procurar el bien de las almas de los demás! Apenas he sabido lo que significa ser cristiano.

—¡Oh, señor! No diga eso —respondió—. No es culpa suya.

—No —dije—, pero ¿por qué nunca me preocupé de ello como usted?

—Todavía no es demasiado tarde —repuso—. No se apresure a condenarse a sí mismo.

—Pero ¿qué podemos hacer ahora? —pregunté—. Ya ve que estoy a punto de marcharme.

—¿Me permitirá hablar con estos pobres hombres sobre el asunto?

—Sí, de todo corazón —respondí—, y procuraré que también presten atención a lo que usted les diga.

—En cuanto a eso, debemos dejarlos en manos de la misericordia de Cristo; pero a usted le corresponde ayudarlos, animarlos e instruirlos. Si me da permiso y Dios me concede su bendición, no dudo de que estas pobres almas ignorantes serán conducidas a la gran comunidad cristiana, aunque no necesariamente a la fe particular que todos nosotros profesamos, y eso incluso mientras usted permanezca aquí.

A esto respondí:

—No solo le doy permiso, sino que se lo agradeceré mil veces.

Entonces le pedí que me hablara del tercer punto en el que, según él, estábamos obrando mal.

—Pues bien, en realidad —dijo—, es de la misma naturaleza. Se refiere a sus pobres salvajes, que, por así decirlo, son súbditos suyos por derecho de conquista. Señor, existe una máxima que todos los cristianos, pertenezcan a una Iglesia verdadera o a una que solo pretenda serlo, deberían aceptar: el conocimiento cristiano debe propagarse por todos los

medios posibles y en cuantas ocasiones se presenten. Es este principio el que lleva a nuestra Iglesia a enviar misioneros a Persia, la India y China, y el que mueve a nuestros clérigos, incluso a los de mayor rango, a emprender voluntariamente los viajes más arriesgados y a establecerse en lugares peligrosos, entre asesinos y bárbaros, para enseñarles el conocimiento del verdadero Dios y conducirlos a abrazar la fe cristiana. Pues bien, señor, aquí tiene usted la oportunidad de llevar a treinta y seis o treinta y siete pobres salvajes desde la idolatría hasta el conocimiento de Dios, su Creador y Redentor. Me asombra que deje pasar una ocasión de hacer el bien que, por sí sola, bien merecería dedicarle toda una vida.

Esta vez me quedé verdaderamente mudo, sin una sola palabra que responder. Tenía ante mí el espíritu del verdadero celo cristiano por Dios y por la religión. En cuanto a mí, jamás se me había ocurrido pensar en aquello, y creo que tampoco se me habría ocurrido de no haber mediado sus palabras. Consideraba a aquellos salvajes como esclavos y, si no hubiéramos tenido trabajo para ellos, los habríamos tratado como tales o nos habríamos alegrado de transportarlos a cualquier parte del mundo. Nuestro propósito era deshacernos de ellos, y todos nos habríamos dado por satisfechos si los hubiéramos enviado a cualquier país, con tal de que nunca volvieran a ver el suyo. Sus palabras me dejaron desconcertado y no supe qué contestarle.

Al ver mi turbación, me miró fijamente.

—Señor —dijo—, me apenaría mucho que mis palabras le hubieran ofendido.

—No, no —respondí—. No estoy ofendido con nadie más que conmigo mismo. Pero estoy completamente confundido, no solo al pensar que nunca me había detenido antes a considerar este asunto, sino también al reflexionar sobre lo poco que puedo hacer ahora al respecto. Usted sabe, señor, en qué circunstancias me encuentro. Voy rumbo a las Indias Orientales en un barco fletado por unos comerciantes, y sería una injusticia intolerable retener aquí la nave, mientras los hombres siguen consumiendo víveres y cobrando sus salarios a costa de los propietarios. Es cierto que acordé que se me permitiera permanecer aquí doce días y que, si me quedaba más tiempo, tendría que pagar tres libras esterlinas diarias por la demora. Tampoco puedo prolongar mi estancia pagando esa indemnización más de ocho días adicionales, y ya llevo trece aquí. Por tanto, me resulta absolutamente imposible emprender esta tarea, a menos

que esté dispuesto a quedarme abandonado otra vez en la isla. En ese caso, si este único barco sufriera algún percance durante cualquier parte de su viaje, volvería a encontrarme exactamente en la misma situación en que me dejaron aquí la primera vez, de la que he sido rescatado de una manera tan extraordinaria.

Él reconoció que, en lo tocante a mi viaje, mi situación era sumamente difícil; pero apeló directamente a mi conciencia y me preguntó si salvar treinta y siete almas no merecía arriesgar todo cuanto poseía en el mundo.

Yo no sentía aquella obligación con la misma intensidad que él. Así que le respondí:

—Desde luego, señor, ser instrumento en manos de Dios para convertir a treinta y siete paganos al conocimiento de Cristo es algo de gran valor. Pero usted es un eclesiástico consagrado a esa labor, y esta parece encajar de manera tan natural en su vocación que me pregunto por qué no se ofrece usted mismo a emprenderla, en lugar de insistir en que lo haga yo.

Al oír esto, se volvió hacia mí mientras caminábamos, se detuvo por completo y me hizo una profunda reverencia.

—Doy de todo corazón gracias a Dios y a usted, señor —dijo—, por haberme dado una señal tan evidente de que estoy llamado a una obra tan bendita. Si considera que ya no le corresponde a usted llevarla a cabo y desea que yo me haga cargo, lo haré con la mayor disposición. Y consideraré una feliz recompensa por todos los peligros y dificultades de este viaje tan accidentado y lleno de contratiempos que, al final, haya sido conducido hasta una obra tan gloriosa.

Mientras me decía esto, advertí una especie de éxtasis en su rostro. Sus ojos brillaban como el fuego, su cara resplandecía y su color iba y venía. En una palabra, estaba inflamado de alegría ante la perspectiva de entregarse a semejante empresa.

Permanecí un buen rato en silencio, sin saber qué contestarle, pues me sorprendía de verdad encontrar a un hombre de tanta sinceridad y que pareciera poseer un celo muy superior al habitual entre los hombres. Pero, después de reflexionar un poco, le pregunté seriamente si hablaba de veras: si estaba dispuesto, por la sola posibilidad de convertir a aquellas

pobres gentes, a quedar confinado quizá durante toda su vida en una isla sin cultivar, sin saber siquiera si lograría hacerles algún bien.

Se volvió bruscamente hacia mí y me preguntó qué entendía yo por arriesgarse.

—Dígame, señor —añadió—, ¿para qué cree que acepté embarcarme en su nave rumbo a las Indias Orientales?

—Eso lo ignoro —respondí—, a menos que fuera para predicar a los indios.

—Sin duda, ese era el propósito —dijo—. Y si consigo convertir a estos treinta y siete hombres a la fe de Jesucristo, ¿no valdrá la pena dedicarles mi tiempo, aunque nunca vuelvan a sacarme de esta isla? Más aún, ¿acaso no vale infinitamente más salvar tantas almas que mi propia vida, o incluso la vida de otros veinte hombres de mi misma profesión? Sí, señor, daría gracias a Dios todos los días de mi vida si pudiera convertirme en el feliz instrumento para salvar las almas de esos pobres hombres, aunque jamás volviera a poner un pie fuera de esta isla ni volviera a ver mi tierra natal. Pero, ya que tiene usted la bondad de encomendarme esta tarea, por lo cual rezaré por usted todos los días de mi vida, quisiera hacerle además una humilde petición.

—¿Cuál es? —pregunté.

—Que me deje a su hombre Viernes para que me sirva de intérprete y me ayude a comunicarme con ellos. Sin alguna ayuda, no puedo hablar con esos hombres ni ellos conmigo.

Me conmovió profundamente que me pidiera a Viernes, porque no podía imaginarme separándome de él, y por muchas razones. Había sido mi compañero de viajes; no solo me era fiel, sino que me profesaba un afecto sincero y extraordinario. Además, yo había resuelto hacer algo importante por él si sobrevivía a mi muerte, como era probable que sucediera.

También sabía que, puesto que yo había educado a Viernes como protestante, llevarlo a abrazar otra religión lo confundiría por completo. Nunca, mientras conservara la razón, creería que su antiguo amo era un hereje condenado a la perdición. Esto podría acabar destruyendo sus convicciones y hacerlo regresar a su antigua idolatría.

Sin embargo, una idea repentina me sacó de aquel apuro. Le dije que no podía afirmar que estuviera dispuesto a separarme de Viernes bajo ninguna circunstancia, aunque una obra que para él valía más que su propia vida debía de valer también mucho más que conservar o dejar marchar a un sirviente. Por otra parte, estaba convencido de que Viernes no aceptaría separarse de mí bajo ningún concepto, y yo no podía obligarlo a hacerlo contra su voluntad sin cometer una injusticia manifiesta, pues le había prometido que nunca lo enviaría lejos de mí, y él, a su vez, me había prometido y asegurado que jamás me abandonaría, a menos que yo se lo ordenara.

Aquello lo preocupó mucho, pues no tenía ningún medio razonable de comunicarse con aquellos pobres hombres: él no entendía ni una palabra de su lengua, y ellos tampoco entendían la suya. Para resolver la dificultad, le dije que el padre de Viernes había aprendido español, idioma que, según descubrí, el clérigo también entendía, por lo que podría servirle de intérprete.

Esto lo dejó mucho más satisfecho. Nada habría podido convencerlo de que renunciara a quedarse y tratar de convertir a aquellos hombres. Sin embargo, la Providencia dio a todo este asunto un giro todavía más feliz.

Vuelvo ahora a la primera de sus objeciones. Cuando llegamos al asentamiento de los ingleses, mandé reunirlos a todos y, después de explicarles lo que había hecho por ellos —es decir, qué cosas necesarias les había proporcionado y cómo las había distribuido—, asunto por el que se mostraron muy agradecidos y satisfechos, comencé a hablarles de la vida escandalosa que llevaban. Les conté detalladamente lo que el clérigo había observado al respecto y, después de explicarles cuán poco cristiana e irreligiosa era aquella conducta, empecé por preguntarles si eran hombres casados o solteros.

No tardaron en aclararme su situación: dos eran viudos y los otros tres eran solteros. Les pregunté con qué conciencia podían tomar a aquellas mujeres, llamarlas esposas y tener tantos hijos con ellas sin estar legalmente casados. Todos me dieron la respuesta que esperaba: no había nadie que pudiera casarlos; habían acordado ante el gobernador mantener a aquellas mujeres como esposas, sostenerlas y reconocerlas como tales, y consideraban que, dadas las circunstancias en que se encontraban, estaban tan legalmente casados como si un párroco los hubiera unido en matrimonio con todas las formalidades imaginables.

Les dije que, sin duda, estaban casados a los ojos de Dios y que su conciencia les imponía la obligación de conservar a aquellas mujeres como esposas; pero que, como las leyes de los hombres establecían otra cosa, en el futuro podrían abandonarlas, dejando a aquellas pobres mujeres y a sus hijos desamparados. Sus esposas eran mujeres pobres y desvalidas, sin amigos ni dinero, y no tendrían ningún medio de defenderse. Por eso les advertí que, si no me daban garantías de sus buenas intenciones, no podría hacer nada por ellos; me ocuparía, en cambio, de que cuanto hiciera redundara en beneficio de las mujeres y los niños, sin contar con los hombres. Mientras no me aseguraran que estaban dispuestos a casarse con aquellas mujeres, no me parecía conveniente que siguieran viviendo juntos como marido y mujer, pues aquello era escandaloso ante los hombres y ofensivo para Dios. No podían esperar que Él los bendijera si continuaban comportándose de ese modo.

Todo sucedió tal como yo había previsto. Me dijeron, especialmente Will Atkins, que ahora parecía hablar en nombre de los demás, que amaban a sus esposas tanto como si hubieran nacido en su propio país y que jamás las abandonarían, bajo ninguna circunstancia. Estaban convencidos de que sus mujeres eran tan virtuosas y recatadas como cualquier otra, y de que, dentro de sus posibilidades y conocimientos, hacían por ellos y por sus hijos cuanto podía esperarse de una mujer. No se separarían de ellas por ningún motivo.

Will Atkins añadió, hablando en su propio nombre, que, si alguien viniera a buscarlo para llevarlo de regreso a Inglaterra y le ofreciera el mando del mejor buque de guerra de toda la armada, no aceptaría marcharse si no podía llevar consigo a su esposa y a sus hijos. Y si hubiera un clérigo a bordo, se casaría con ella de inmediato y de todo corazón.

Aquello era precisamente lo que yo deseaba oír. El sacerdote no se encontraba conmigo en aquel momento, aunque estaba cerca. Para ponerlos un poco más a prueba, les dije que llevaba conmigo a un clérigo y que, si hablaban con sinceridad, haría que los casara a la mañana siguiente. Les pedí que lo pensaran y que hablaran con los demás.

Will Atkins respondió que, por lo que a él respectaba, no necesitaba pensarlo en absoluto, pues estaba completamente dispuesto. Se alegraba de que yo llevara un ministro conmigo y creía que los demás también estarían de acuerdo. Entonces le expliqué que mi amigo, el ministro, era francés y no hablaba inglés, pero que yo actuaría como intérprete entre

ellos. No me preguntó siquiera si era papista o protestante, que era precisamente lo que yo temía que hiciera.

Nos separamos entonces: yo regresé junto al clérigo y Will Atkins fue a hablar con sus compañeros. Le pedí al caballero francés que no les dijera nada hasta que el asunto estuviera suficientemente maduro, y le conté la respuesta que me habían dado los hombres.

Antes de que yo abandonara aquel sector, todos acudieron a verme y me dijeron que habían reflexionado sobre mis palabras. Se alegraban de saber que llevaba un clérigo conmigo y estaban muy dispuestos a darme la satisfacción que les pedía, casándose formalmente tan pronto como yo lo considerara oportuno. Estaban muy lejos de desear separarse de sus esposas y, cuando las habían elegido, sus intenciones habían sido enteramente honestas. Así pues, fijé una reunión para la mañana siguiente y les indiqué que, entretanto, explicaran a sus mujeres el significado de la ley matrimonial: no solo servía para evitar cualquier escándalo, sino también para obligarlos a no abandonarlas, sucediera lo que sucediera.

Las mujeres comprendieron fácilmente el significado de todo aquello y quedaron muy satisfechas, como, en efecto, tenían motivos para estarlo. Por eso, a la mañana siguiente acudieron todas juntas a mi alojamiento, tal como se les había indicado. Allí les presenté al clérigo. Aunque no llevaba una sotana de ministro, como se acostumbraba en Inglaterra, ni el hábito de sacerdote propio de Francia, vestía una prenda negra, parecida a una sotana, ceñida con una faja, de modo que no tenía un aspecto muy distinto al de un ministro religioso. En cuanto al idioma, yo actué como intérprete.

La seriedad con que se comportó ante ellos y los reparos que puso a la hora de casarlos, debido a que las mujeres no estaban bautizadas ni profesaban la fe cristiana, les inspiraron un respeto tan profundo hacia su persona que, después de aquello, ya no hubo necesidad de averiguar si era o no clérigo. En realidad, yo había temido que sus escrúpulos fueran tan lejos que se negara completamente a celebrar los matrimonios. Y, en efecto, a pesar de todo cuanto pude decirle, se resistió con firmeza, aunque siempre con modestia, hasta que finalmente se negó rotundamente a casarlos sin haber hablado antes tanto con los hombres como con las mujeres. Al principio me mostré algo reacio a aceptar aquella condición, pero al final accedí de buen grado, pues comprendí la sinceridad de su propósito.

Cuando se reunió con ellos, les explicó que yo le había informado de sus circunstancias y de lo que pretendíamos hacer. Estaba dispuesto a cumplir con aquella parte de su ministerio y casarlos, tal como yo le había pedido, pero antes necesitaba hablar con ellos.

Les dijo que, a juicio de cualquier persona imparcial y según los principios de las leyes que rigen la sociedad, todos habían vivido hasta entonces en estado de pecado. Era cierto que solo podían poner fin a aquella situación mediante el matrimonio o separándose definitivamente unos de otros. Sin embargo, también existía una dificultad relacionada con las leyes del matrimonio cristiano que él no había logrado resolver por completo: la de casar a alguien que profesaba abiertamente la fe cristiana con una salvaje, idólatra y pagana, que no estaba bautizada.

Aun así, no creía que quedara tiempo suficiente para intentar convencer a las mujeres de que se bautizaran o profesaran el nombre de Cristo, de quien, sospechaba, quizá ni siquiera habían oído hablar, y sin cuyo conocimiento no podían recibir el bautismo.

Les dijo que dudaba de que ellos mismos fueran cristianos muy fervorosos; que apenas conocían a Dios o sus caminos y que, por tanto, no podía esperar que hubieran hablado mucho con sus esposas sobre esas cuestiones. Pero, a menos que prometieran esforzarse por persuadirlas para que se hicieran cristianas e instruirlas, dentro de sus posibilidades, en el conocimiento y la fe en el Dios que las había creado, así como en la adoración de Jesucristo, que las había redimido, no podría casarlos. No quería participar en la unión matrimonial de cristianos con salvajes, pues semejante acto no concordaba con los principios de la religión cristiana y, de hecho, estaba expresamente prohibido por la ley de Dios.

Escucharon todo esto con muchísima atención, y yo se lo transmití con absoluta fidelidad, directamente de sus labios y tan cerca de sus propias palabras como me fue posible; solo que, en ocasiones, añadía algo de mi cosecha para convencerlos de cuán justas eran sus razones y de que yo compartía su parecer. Siempre distinguía cuidadosamente entre lo que decía por cuenta propia y las palabras del clérigo.

Me dijeron que el caballero tenía mucha razón, que ellos mismos eran cristianos bastante indiferentes y que nunca habían hablado de religión con sus mujeres.

—¡Señor! —dijo Will Atkins—. ¿Cómo íbamos a enseñarles religión? ¡Si nosotros mismos no sabemos nada! Además, señor —añadió—, si les habláramos de Dios, de Jesucristo, del cielo y del infierno, se echarían a reír y nos preguntarían qué creemos nosotros mismos. Y si les dijéramos que creemos todas esas cosas de las que les hablamos, como que las personas buenas van al cielo y las malas al demonio, nos preguntarían adónde pensamos ir nosotros, que creemos todo eso y, sin embargo, somos tan perversos como en realidad somos. ¡Señor, bastaría con eso para que se empacharan de religión desde el primer momento! Antes de enseñar religión a los demás, uno debe tener alguna para sí mismo.

—Will Atkins —le dije—, aunque me temo que lo que dices encierra demasiada verdad, ¿acaso no puedes decirle a tu mujer que está equivocada? ¿Que existe un Dios y una religión mejor que la suya? ¿Que sus dioses son ídolos, que no pueden oír ni hablar; que hay un Ser supremo que creó todas las cosas y que puede destruir cuanto ha creado; que recompensa a los buenos y castiga a los malos, y que al final nos juzgará por todo lo que hagamos aquí? No eres tan ignorante como para que la propia naturaleza no te enseñe que todo esto es cierto. Estoy convencido de que sabes que es verdad y de que tú mismo lo crees.

—Es cierto, señor —respondió Atkins—, pero ¿con qué cara podría decirle a mi mujer todas esas cosas, cuando enseguida me contestaría que no pueden ser verdad?

—¿Que no son verdad? —exclamé—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues, señor —dijo—, me dirá que no puede ser verdad que ese Dios del que voy a hablarle sea justo, ni que pueda castigar o recompensar, puesto que a mí no me ha castigado ni me ha enviado al infierno, a pesar de haber sido una criatura tan perversa como ella sabe que he sido, tanto con ella como con todo el mundo. Me preguntará cómo es posible que se me permita seguir viviendo, cuando siempre he obrado de manera contraria a lo que yo mismo tendría que decirle que es bueno y a lo que debería haber hecho.

—La verdad, Atkins —dije—, me temo que hablas con demasiada razón.

Y acto seguido le conté al clérigo lo que Atkins había dicho, pues estaba impaciente por saberlo.

—¡Ah! —exclamó el sacerdote—. Dígale que hay algo que lo convertirá en el mejor maestro del mundo para su mujer: el arrepentimiento. Nadie enseña a arrepentirse como quien se ha arrepentido de verdad. Lo único que necesita es arrepentirse; entonces estará mucho mejor preparado para instruir a su mujer. Podrá decirle no solo que existe un Dios y que Él recompensa justamente el bien y el mal, sino también que es un Ser misericordioso, de bondad infinita y paciencia inagotable, que se abstiene de castigar a quienes lo ofenden; que espera el momento de mostrar su gracia y no desea la muerte del pecador, sino que este se convierta y viva; y que incluso reserva la condenación para el día del juicio universal. La prueba más clara de la existencia de Dios y de una vida futura es que los justos no reciben su recompensa, ni los malvados su castigo, hasta que llegan al otro mundo. Esto lo llevará a enseñar a su mujer la doctrina de la resurrección y del juicio final. Que empiece por arrepentirse él mismo y será un excelente predicador del arrepentimiento ante su mujer.

Le repetí todo esto a Atkins, que permaneció muy serio durante toda la explicación y, como pudimos advertir fácilmente, se mostró más conmovido de lo habitual. Estaba tan ansioso que apenas me dejaba terminar.

—Todo eso lo sé, amo —dijo—, y mucho más; pero no tengo el descaro de hablarle así a mi mujer cuando Dios y mi conciencia saben, y mi mujer puede dar testimonio irrefutable de ello, que he vivido como si nunca hubiera oído hablar de Dios, ni de una vida futura, ni de nada semejante. Y hablar de arrepentirme... ¡ay! —añadió, lanzando un profundo suspiro. Vi que tenía lágrimas en los ojos—. Para mí, todo eso ya pasó.

—¿Que ya pasó, Atkins? —le pregunté—. ¿Qué quieres decir?

—Sé muy bien lo que quiero decir —respondió—. Quiero decir que es demasiado tarde, y eso es lo que de verdad ocurre.

Le transmití al clérigo, palabra por palabra, lo que había dicho, y aquel hombre tan compasivo no pudo contener las lágrimas. Pero, recobrándose, me dijo:

—Hágale solo una pregunta: ¿se siente tranquilo porque sea demasiado tarde, o está afligido y desearía que no fuera así?

Le planteé la pregunta a Atkins sin rodeos, y él respondió con gran

vehemencia:

—¿Cómo podría alguien estar tranquilo en una situación que necesariamente ha de terminar en la perdición eterna? Estoy muy lejos de sentirme tranquilo; al contrario, creo que, tarde o temprano, esto acabará destruyéndome.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté.

—Pues —respondió—, creo que, tarde o temprano, acabaré por cortarme el cuello para poner fin a este terror.

El clérigo negó con la cabeza, con el rostro lleno de preocupación, cuando le conté todo aquello. Pero enseguida se volvió hacia mí y dijo:

—Si ese es su estado, podemos asegurarle que no es demasiado tarde: Cristo le concederá el arrepentimiento. Pero, por favor, explíquele esto: si nadie se salva sino por Cristo, y por los méritos de su Pasión, que obtienen para nosotros la misericordia divina, ¿cómo puede ser demasiado tarde para que cualquier hombre reciba misericordia? ¿Acaso cree que puede pecar más allá del poder o del alcance de la misericordia divina? Dígale, por favor, que puede llegar un momento en que la misericordia, tantas veces provocada, deje de insistir, y en que Dios se niegue a escuchar; pero nunca es demasiado tarde para que los hombres pidan misericordia. A nosotros, que somos servidores de Cristo, se nos ordena predicar la misericordia en todo momento, en nombre de Jesucristo, a todos los que se arrepientan sinceramente. Por tanto, nunca es demasiado tarde para arrepentirse.

Le transmití todo esto a Atkins, que me escuchó con gran atención. Sin embargo, pareció apartar la conversación de aquel asunto y dirigirse a los demás, pues me dijo que iría a hablar un rato con su mujer. Así que salió durante un tiempo, mientras nosotros conversábamos con los otros.

Advertí que todos eran tan profundamente ignorantes en materia de religión como lo había sido yo cuando me marché a vagar por el mundo en contra de los deseos de mi padre. Sin embargo, ninguno se mostró reacio a escuchar lo que se había dicho; todos prometieron seriamente que hablarían del asunto con sus mujeres y que harían cuanto estuviera en sus manos para persuadirlas de que se convirtieran al cristianismo.

El clérigo me sonrió cuando le conté las respuestas que habían dado, pero guardó silencio durante un buen rato. Al fin, sacudió la cabeza y dijo:

—Nosotros, que somos servidores de Cristo, no podemos hacer más que exhortar e instruir. Cuando los hombres acceden, aceptan la corrección y prometen lo que les pedimos, eso es todo cuanto podemos hacer; estamos obligados a aceptar sus buenas palabras. Pero créame, señor —añadió—, por mucho que usted conozca la vida de ese hombre al que llama Will Atkins, creo que él es el único convertido sincero de todos ellos. No pierdo la esperanza respecto a los demás, pero ese hombre está claramente abrumado por el peso de su vida pasada. No dudo de que, cuando se ponga a hablar de religión con su mujer, acabará convenciéndose a sí mismo de manera efectiva. Porque intentar enseñar a los demás es, a veces, la mejor manera de enseñarnos a nosotros mismos. Si el pobre Atkins empieza siquiera a hablar seriamente de Jesucristo con su mujer, sin duda terminará convirtiéndose de verdad, se arrepentirá de sus pecados y, quién sabe, quizá de ello surja algo más.

A raíz de aquella conversación y de la promesa que habían hecho, como ya he dicho, de procurar persuadir a sus mujeres para que abrazaran el cristianismo, el clérigo casó a las otras dos parejas. Will Atkins y su mujer, sin embargo, todavía no habían regresado.

Después, el clérigo, tras esperar un rato, sintió curiosidad por saber adónde había ido Atkins y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Se lo ruego, señor, salgamos de este laberinto suyo y echemos un vistazo. Estoy seguro de que encontraremos a ese pobre hombre en algún lugar, hablando seriamente con su mujer y enseñándole ya algo de religión.

Yo empezaba a pensar lo mismo. Así que salimos juntos y lo conduje por un camino que nadie conocía salvo yo, donde los árboles crecían tan espesos que apenas se podía ver a través de la maraña de hojas, y resultaba mucho más difícil mirar hacia dentro que hacia fuera. Al llegar al borde del bosque, vi a Atkins y a su mujer, de piel morena, sentados a la sombra de un arbusto y enfrascados en una conversación muy animada. Me detuve hasta que el clérigo llegó a mi lado; entonces le señalé dónde estaban y nos quedamos observándolos con mucha atención durante un buen rato.

Vimos que Atkins le hablaba con gran vehemencia, señalando hacia el sol

y hacia todos los puntos del cielo; luego hacia la tierra, después hacia el mar, luego hacia sí mismo, hacia ella, hacia los bosques y hacia los árboles.

—Ahora —dijo el clérigo—, verá que mis palabras se han cumplido: el hombre le está predicando. Fíjese: le está explicando que nuestro Dios lo ha creado a él, a ella, los cielos, la tierra, el mar, los bosques, los árboles y todo lo demás.

—Eso creo —respondí.

En ese mismo instante vimos a Will Atkins ponerse bruscamente en pie, caer de rodillas y levantar ambas manos. Supusimos que decía algo, pero no podíamos oírlo: estábamos demasiado lejos. No permaneció arrodillado ni medio minuto; enseguida volvió a sentarse junto a su mujer y continuó hablándole. Entonces observamos que ella lo escuchaba con mucha atención, aunque no pudimos saber si le respondía algo.

Mientras aquel pobre hombre permanecía de rodillas, vi que las lágrimas corrían abundantemente por las mejillas del clérigo, y yo mismo apenas pude contenerme. Pero a ambos nos afligía mucho no estar lo bastante cerca para oír lo que se decían.

En cualquier caso, no podíamos acercarnos más sin correr el riesgo de interrumpirlos. Decidimos, pues, esperar hasta el final de aquella conversación silenciosa, que nos hablaba con suficiente elocuencia sin necesidad de palabras.

Atkins volvió a sentarse junto a ella, como he dicho, y reanudó su apasionada explicación. Dos o tres veces lo vimos abrazarla con gran emoción; en otra ocasión sacó el pañuelo y le secó los ojos, para luego besarla de nuevo con un arrebato de ternura muy poco habitual. Después de varios gestos semejantes, de pronto lo vimos levantarse otra vez y ofrecerle la mano para ayudarla a ponerse en pie. La tomó de la mano y la condujo unos pasos; entonces ambos se arrodillaron juntos y permanecieron así alrededor de dos minutos.

Mi amigo ya no pudo contenerse y exclamó en voz alta:

—¡San Pablo! ¡San Pablo! ¡Mire, está rezando!

Temí que Atkins pudiera oírlo, por lo que le rogué que se contuviera un poco más, hasta que termináramos de observar la escena, que debo confesar fue la más conmovedora que había presenciado en toda mi vida.

El clérigo intentó dominarse durante un rato, pero estaba tan arrobado al pensar que aquella pobre mujer pagana se había convertido al cristianismo que no lograba contenerse. Lloró varias veces y luego, levantando las manos y persignándose sobre el pecho, pronunció una y otra vez breves exclamaciones de gratitud a Dios por aquel testimonio tan milagroso del éxito de nuestros esfuerzos. Algunas las dijo en voz baja y apenas pude oírlas; otras las pronunció en latín y algunas en francés. Dos o tres veces las lágrimas lo interrumpieron hasta el punto de impedirle hablar. Pero le rogué que se contuviera y nos permitiera observar con mayor atención y detenimiento lo que teníamos delante. Así lo hizo durante un tiempo, pues la escena aún no había terminado.

Después de que el pobre hombre y su mujer se levantaran de nuevo, vimos que él seguía hablándole con gran fervor. Por los gestos de ella advertimos que sus palabras la conmovían profundamente: levantaba las manos con frecuencia, se llevaba una mano al pecho y adoptaba otras posturas que expresaban la mayor seriedad y atención. Aquello duró unos siete u ocho minutos. Finalmente, se marcharon juntos y ya no pudimos seguir observándolos desde aquel lugar.

Aproveché ese intervalo para decirle al clérigo que, en primer lugar, me alegraba de haber presenciado con él todos aquellos detalles. Aunque yo era bastante escéptico en asuntos de esa índole, empezaba a creer que, en este caso, tanto el hombre como su mujer obraban con absoluta sinceridad, por mucha ignorancia que ambos pudieran tener. Esperaba que aquel comienzo tuviera un desenlace aún más feliz.

—Pero, amigo mío —añadí—, ¿me permitirá plantearle una dificultad? No se me ocurre la menor objeción que hacer a la devoción con que usted procura apartar a estas pobres gentes del paganismo y conducirlas a la religión cristiana. Pero ¿cómo puede esto consolarlo, si, según usted, estas personas están fuera de los límites de la Iglesia católica, sin la cual cree que no hay salvación? De modo que las considera herejes, tan irremediablemente perdidas como los propios paganos.

Me respondió con gran franqueza:

—Señor, soy católico de la Iglesia romana y sacerdote de la orden de San Benito; abrazo todos los principios de la fe romana. Pero créame, y no piense que le hablo por cortesía ni por consideración a mi situación o a las atenciones que usted me ha dispensado: aun así, no miro sin cierta caridad a quienes, como ustedes, se llaman reformados. No me atrevo a afirmar —aunque sé que esa es, en general, nuestra opinión— que ustedes no puedan salvarse. De ningún modo limitaría tanto la misericordia de Cristo como para pensar que Él no pueda recibirlos en el seno de su Iglesia por algún medio que nosotros no alcancemos a comprender. Y espero que usted tenga la misma caridad hacia nosotros. Rezo cada día para que todos ustedes sean restituidos a la Iglesia de Cristo, por el medio que Él, en su infinita sabiduría, tenga a bien disponer.

Mientras tanto, seguramente me concederá que, como católico romano, distinga claramente entre un protestante y un pagano; entre alguien que invoca a Jesucristo, aunque lo haga de una manera que yo no considero conforme a la verdadera fe, y un salvaje o un bárbaro que no conoce a Dios, ni a Cristo, ni al Redentor. Y si ustedes no están dentro del seno de la Iglesia católica, esperamos que se hallen más cerca de regresar a ella que quienes nada saben de Dios ni de su Iglesia.

Por eso me alegro cuando veo a este pobre hombre, que, según usted dice, ha sido un libertino y casi un asesino, arrodillarse y rezar a Jesucristo, como suponemos que ha hecho, aunque todavía no esté plenamente instruido. Creo que Dios, de quien procede toda obra semejante, tocará profundamente su corazón y, llegado el momento, lo conducirá a un conocimiento más profundo de la verdad. Y si Dios inspira a este pobre hombre para que convierta e instruya a su mujer, una salvaje ignorante, jamás podré creer que él mismo vaya a ser condenado.

¿No tengo, entonces, motivos para alegrarme cada vez que alguien se acerca más al conocimiento de Cristo, aunque todavía no haya sido conducido por completo al seno de la Iglesia católica, como yo desearía? Dejo a la bondad de Cristo que perfeccione su obra a su debido tiempo y por el camino que Él disponga. Desde luego, me alegraría que todos los salvajes de América fueran conducidos, como esta pobre mujer, a rezar a Dios, aunque al principio todos se hicieran protestantes, antes que verlos

continuar siendo paganos o gentiles. Tengo la firme convicción de que Aquel que les ha concedido la primera luz los iluminará aún más con un rayo de su gracia celestial y los conducirá al seno de su Iglesia cuando lo considere oportuno.

Capítulo VII: Conversación Entre Will Atkins Y Su Mujer

Me asombraron tanto la sinceridad y la disposición de ánimo de aquel piadoso papista como me impresionó la fuerza de sus razonamientos. Enseguida se me ocurrió que, si aquella actitud fuera universal, todos podríamos ser cristianos católicos, cualquiera que fuese la Iglesia a la que perteneciéramos o la confesión que profesáramos; pues un espíritu de caridad pronto nos conduciría a todos hacia los principios correctos. Y así como él pensaba que esa misma caridad nos convertiría a todos en católicos, yo le dije que creía que, si todos los miembros de su Iglesia poseyeran una moderación semejante, pronto serían todos protestantes.

Y ahí dejamos el asunto, pues en ningún momento llegamos a discutir. Sin embargo, hablé con él de otra manera y, tomándolo de la mano, le dije:

—Amigo mío, ojalá todos los clérigos de la Iglesia romana estuvieran dotados de semejante moderación y poseyeran una parte igual de su caridad. Estoy completamente de acuerdo con usted; pero debo decirle que, si predicara esa doctrina en España o Italia, lo enviarían a la Inquisición.

—Es posible —respondió—. No sé qué harían en España o Italia, pero no diré que esa severidad los haría mejores cristianos, pues estoy seguro de que abundar en caridad no es ninguna herejía.

Como Will Atkins y su mujer se habían marchado, nuestro cometido allí había terminado, así que regresamos por el camino que habíamos tomado. Cuando volvimos, los encontramos esperando a que los llamaran. Al advertirlo, le pregunté al clérigo si debíamos revelarle que lo habíamos visto bajo el arbusto. Opinó que no, sino que primero debíamos hablar con él y escuchar lo que tuviera que decirnos.

Así pues, lo hicimos entrar solo, pues no había nadie más en el lugar que nosotros, y comencé preguntándole algunos detalles sobre su familia y su educación. Me respondió con bastante franqueza que su padre era clérigo

y que lo habría educado bien, pero que él, Will Atkins, había despreciado toda instrucción y corrección. Con su conducta brutal había truncado todas las alegrías de su padre y acortado sus días, pues le había destrozado el corazón al corresponder de la manera más ingrata e inhumana al trato más afectuoso que un padre pudiera dispensar.

En sus palabras había tal sinceridad de arrepentimiento que me conmovieron dolorosamente. No pude evitar pensar que yo también había acortado la vida de un padre bueno y cariñoso con mi mala conducta y mi obstinada voluntad. En verdad, lo que me había contado me sorprendió tanto que pensé que, en vez de ser yo quien pretendía enseñarle e instruirlo, aquel hombre se había convertido, de la manera más inesperada, en mi maestro y guía.

Le expuse todo esto al joven clérigo, que se conmovió profundamente y me dijo:

—¿No le dije, señor, que, cuando este hombre se convirtiera, nos predicaría a todos nosotros? Se lo aseguro: si este hombre llega a arrepentirse de verdad, ya no hará falta que yo intervenga; él convertirá en cristianos a todos los habitantes de la isla.

Pero, cuando conseguí serenarme un poco, reanudé mi conversación con Will Atkins.

—Pero, Will —le dije—, ¿cómo es que la conciencia de todo esto te ha afectado precisamente ahora?

—Señor, usted me ha encomendado una tarea que me ha atravesado el alma como un dardo. He estado hablando con mi mujer acerca de Dios y de la religión para convertirla al cristianismo, tal como usted me indicó, y ella me ha predicado un sermón que no olvidaré mientras viva.

—No, no ha sido tu mujer quien te ha predicado; cuando le exponías argumentos religiosos, tu conciencia te los devolvía contra ti mismo.

—Así es, señor, y con una fuerza imposible de resistir.

—Por favor, Will, cuéntanos qué ocurrió entre tu mujer y tú, pues ya conozco parte de la historia.

—Señor, es imposible darles una explicación completa. Tengo el corazón

tan lleno que no puedo contener lo que siento, y, sin embargo, me faltan las palabras para expresarlo. Pero, diga ella lo que diga, aunque no pueda contarles lo sucedido, sí puedo asegurarles que he decidido enmendar y reformar mi vida.

—Pero cuéntanos algo. ¿Cómo empezaste, Will? Lo que ha sucedido es, sin duda, extraordinario. Si ella ha conseguido producir en ti semejante efecto, verdaderamente te ha predicado un sermón.

—Bueno, primero le expliqué la naturaleza de nuestras leyes sobre el matrimonio y las razones por las que hombres y mujeres están obligados a establecer un vínculo que ninguno de los dos puede romper por su propia voluntad. De lo contrario, no podrían mantenerse el orden ni la justicia: los hombres abandonarían a sus mujeres y a sus hijos, se mezclarían unos con otros de manera confusa, las familias dejarían de permanecer unidas y las herencias ya no podrían transmitirse conforme a la ley.

—Hablas como un jurista, Will. ¿Pudiste hacerle entender lo que querías decir con las herencias y las familias? Entre los salvajes no conocen esas cosas: se casan como les parece, sin tener en cuenta el parentesco, los vínculos de sangre ni la familia. Se casan hermanos con hermanas y, según me han contado, incluso padres con hijas e hijos con madres.

—Creo, señor, que está mal informado. Mi mujer me asegura lo contrario y dice que sienten horror por esas prácticas. Quizá no sean tan estrictos como nosotros en lo que respecta a parentescos más lejanos, pero me asegura que nunca se dan las relaciones cercanas de las que usted habla.

—Bien, ¿y qué dijo de lo que le explicaste?

—Dijo que le parecía muy bien, pues era mucho mejor que las costumbres de su país.

—Pero ¿le explicaste qué era el matrimonio?

—Sí, sí; ahí comenzó nuestro diálogo. Le pregunté si estaría dispuesta a casarse conmigo según nuestras costumbres. Ella me preguntó qué costumbres eran esas, y yo le expliqué que el matrimonio había sido instituido por Dios. Entonces mantuvimos una conversación verdaderamente extraordinaria, como pocas veces, creo, habrán tenido un marido y su mujer.

Nota bene—El siguiente diálogo entre Will Atkins y su mujer, que puse por escrito inmediatamente después de que él me lo contara, fue el siguiente:

—¡Instituido por vuestro Dios! Pero ¿es que tenéis un Dios en vuestro país?

—Sí, querida; Dios está en todos los países.

—No vuestro Dios en mi país. Mi país tener el gran Dios viejo Benamuckee.

—Hija mía, no soy la persona más indicada para explicarte quién es Dios. Dios está en el cielo y creó el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos.

—No hacer la tierra; no vuestro Dios hacer toda la tierra; no hacer mi país.

Will Atkins se rio un poco al oírla decir que Dios no había creado su país.

—No reír. ¿Por qué reírte de mí? Esto no cosa de risa.

Su mujer lo reprendió con razón, pues al principio ella se mostraba más seria que él.

—Es verdad, tienes toda la razón. No volveré a reírme, querida.

—¿Por qué decir tú que tu Dios hacer todo?

—Sí, hija mía, nuestro Dios creó el mundo entero, a ti, a mí y todas las cosas. Él es el único Dios verdadero, y no hay otro Dios fuera de Él. Vive eternamente en el cielo.

—¿Por qué no decirme tú eso hace mucho tiempo?

—Es verdad, tienes razón. Pero he sido un miserable perverso y no solo he olvidado hablarte de estas cosas, sino que yo mismo he vivido en este mundo como si Dios no existiera.

—¿Cómo? ¿Tener tú gran Dios en tu país y no conocerlo? ¿No decirle ni una palabra? ¿No hacer cosa buena para Él? Eso no posible.

—Es cierto. Y, a pesar de todo, vivimos como si no hubiera ningún Dios en el cielo o como si Él no tuviera poder sobre la tierra.

—¿Pero por qué Dios dejaros hacer así? ¿Por qué Él no haceros vivir bien?

—Todo es culpa nuestra.

—Pero tú decirme que Él ser grande, muy grande, tener muchísimo poder; poder hacerte morir cuando quiera. ¿Por qué no hacerte morir cuando tú no servirle? ¿No decirle ni una palabra? ¿No ser hombre bueno?

—Es verdad; podría fulminarme y matarme, y debería esperarlo, porque he sido un miserable perverso. Eso es cierto. Pero Dios es misericordioso y no nos trata como merecemos.

—¿Pero entonces tú no decirle también gracias por eso?

—No, la verdad. No le he dado gracias a Dios por su misericordia, del mismo modo que no he temido a Dios por su poder.

—Entonces tu Dios no ser Dios. Yo no pensar, creer que Él ser así, tan grande, tener tanto poder y fuerza; no hacerte morir aunque tú hacerlo muy enfadado.

—¿Qué? ¿Mi vida perversa va a impedir que creas en Dios? ¡Qué criatura tan espantosa soy! ¡Y qué triste verdad es que la conducta horrible de los cristianos impida la conversión de los paganos!

—¿Cómo yo pensar que tú tener Dios muy grande allá arriba? (Señaló hacia el cielo). ¿Y aun así no hacer bien, no hacer cosa buena? ¿Él saber? ¿Seguro que Él no saber lo que tú hacer?

—Sí, sí, Él lo sabe y lo ve todo; nos oye hablar, ve lo que hacemos y conoce lo que pensamos, aunque no lo digamos.

—¿Cómo? ¿Él oírte maldecir, jurar y decir esas cosas tan terribles?

—Sí, sí, lo oye todo.

—Entonces, ¿dónde estar ese gran poder y fuerza?

—Él es misericordioso; eso es todo lo que podemos decir. Y eso demuestra que es el Dios verdadero: Él es Dios, no un hombre, y por eso no somos exterminados.

Will Atkins nos contó entonces que se había quedado horrorizado al pensar que había podido explicarle a su mujer con tanta claridad que Dios ve, oye y conoce los pensamientos secretos del corazón y todo cuanto hacemos, y que, aun así, él se había atrevido a cometer todas las vilezas que había cometido.

—¿Misericordioso? ¿Qué querer decir eso?

—Él es nuestro Padre y nuestro Creador; se compadece de nosotros y nos perdona la vida.

—Entonces Él nunca hacerte morir, nunca enfadarse cuando tú hacer cosa mala. Entonces Él mismo no ser bueno o no tener mucho poder.

—Sí, sí, querida; Él es infinitamente bueno e infinitamente poderoso, y también puede castigar. A veces, para mostrar su justicia y su venganza, deja caer su ira y destruye a los pecadores, para que sirvan de escarmiento. Muchos mueren en medio de sus pecados.

—Pero todavía no hacerte morir. Entonces Él decirte, quizá, que no hacerte morir. Así tú hacer trato con Él: tú hacer cosa mala y Él no enfadarse contigo, aunque enfadarse con otros hombres.

—No, en verdad. Todos mis pecados son un abuso de su bondad, como si presumiera de ella; y Él sería infinitamente justo si me destruyera, tal como ha destruido a otros hombres.

—Bien, y aun así no matarte, no hacerte morir. ¿Qué decir tú a Él por eso? ¿No darle gracias también por todo eso?

—Soy un perro desagradecido e ingrato. Eso es verdad.

—¿Por qué Él no hacerte mucho bueno, mejor? Tú decir que Él hacerte.

—Él me creó como creó todo el mundo. Soy yo quien se ha deformado a sí mismo, quien ha abusado de su bondad y se ha convertido en una criatura abominable.

—Yo querer que tú hacerme conocer a Dios. Yo no hacerle enfadar; yo no hacer cosa mala, cosa perversa.

Will Atkins dijo que se le encogió el corazón al oír a aquella pobre criatura

sin instrucción desear que él le enseñara a conocer a Dios, siendo él un miserable tan perverso que no podía decirle una sola palabra sobre Dios sin que su propia conducta hiciera que a ella le resultara completamente irracional creerla. Más aún: ella ya le había dicho que no podía creer en Dios porque él, que era tan malvado, no había sido destruido.

—Querida, lo que quieres decir es que deseas que yo te enseñe a conocer a Dios, no que Dios te conozca a ti; pues Él ya te conoce, y conoce cada pensamiento de tu corazón.

—Entonces Él saber lo que yo decirte ahora. Él saber que yo querer conocerlo. ¿Cómo yo saber quién hacerme?

—¡Pobre criatura! Él tiene que enseñarte; yo no puedo. Le pediré en oración que te enseñe a conocerlo y que me perdone a mí, que soy indigno de enseñarte.

El pobre hombre estaba tan angustiado al oír que ella deseaba que le enseñara a conocer a Dios y que anhelaba conocerlo, que, según nos contó, cayó de rodillas ante ella y rogó a Dios que iluminara su entendimiento con el conocimiento salvador de Jesucristo, que perdonara sus pecados y aceptara que él, a pesar de ser indigno, sirviera de instrumento para instruirla en los principios de la religión. Después se sentó de nuevo a su lado y la conversación continuó. Fue entonces cuando nosotros lo vimos arrodillarse y levantar las manos.

—¿Por qué tú arrodillarte? ¿Por qué levantar las manos? ¿Qué decir? ¿A quién hablar? ¿Qué ser todo eso?

—Querida, me arrodillo para mostrar mi sumisión a Aquel que me creó. Le he dicho "¡Oh!", como tú lo llamas y como hacen tus ancianos ante su ídolo Benamuckee; es decir, he orado a Él.

—¿Por qué decir tú "¡Oh!" a Él?

—Le he pedido que abra tus ojos y tu entendimiento, para que puedas conocerlo y Él te acepte.

—¿Él poder hacer eso también?

—Sí, puede hacerlo. Él puede hacer todas las cosas.

—¿Pero ahora Él oír lo que tú decir?

—Sí. Él nos ha ordenado que oremos y nos ha prometido escucharnos.

—¿Ordenarte orar? ¿Cuándo Él ordenarte? ¿Cómo Él ordenarte? ¿Tú oírlo hablar?

—No, no lo oímos hablar, pero Él se nos ha revelado de muchas maneras.

En este punto, Atkins tuvo grandes dificultades para hacerle entender que Dios se nos había revelado por medio de su palabra y explicarle qué era esa palabra. Finalmente, se lo explicó de la siguiente manera.

—En tiempos pasados, Dios habló a algunos hombres buenos, incluso desde el cielo, con palabras claras. También inspiró a hombres buenos por medio de su Espíritu, y ellos escribieron todas sus leyes en un libro.

—Yo no entender eso. ¿Dónde estar libro?

—¡Ay, pobre criatura! No tengo ese libro, pero espero conseguirlo algún día para ti y ayudarte a leerlo.

Entonces la abrazó con gran ternura, pero también con un dolor indescriptible por no tener una Biblia.

—Pero ¿cómo tú hacerme saber que Dios enseñarles a escribir ese libro?

—Por la misma razón por la que sabemos que Él es Dios.

—¿Qué razón? ¿Cómo tú saberlo?

—Porque Él no enseña ni ordena nada que no sea bueno, justo y santo, y todo lo que enseña tiende a hacernos perfectamente buenos y también perfectamente felices. Además, nos prohíbe y nos manda evitar todo lo perverso, todo lo que es malo en sí mismo o por las consecuencias que produce.

—Eso yo entender, eso yo querer ver. Si Él enseñar toda cosa buena, hacer toda cosa buena, dar todas las cosas y oírme cuando yo decir "¡Oh!" a Él, como tú hacer ahora; si Él hacerme buena cuando yo querer ser buena y perdonarme, no hacerme morir cuando yo no ser buena... Si tú decir que Él hacer todo eso y que, aun así, Él ser un Dios grande,

entonces yo aceptar, pensar y creer que Él ser un Dios grande. Yo decir "¡Oh!" a Él contigo, querido.

El pobre hombre ya no pudo contenerse, así que la ayudó a levantarse, hizo que se arrodillara a su lado y oró a Dios en voz alta para que, por medio de su Espíritu, la instruyera en el conocimiento de sí mismo; y para que, si era posible, por alguna buena disposición de la Providencia, llegara algún día a tener una Biblia, de modo que pudiera leer la palabra de Dios y aprender a conocerlo por medio de ella. Fue entonces cuando lo vimos ayudarla a levantarse tomándola de la mano y arrodillarse a su lado, tal como he contado.

Por lo visto, después de aquello tuvieron otras conversaciones; y, en particular, ella le hizo prometer que, puesto que él mismo reconocía que su vida había sido una conducta perversa y abominable, llena de provocaciones contra Dios, la enmendaría y no volvería a irritarlo, no fuera que Dios lo hiciera morir, como ella decía, y entonces ella se quedara sola y nunca llegara a aprender más acerca de aquel Dios; además, temía que él acabara siendo desgraciado, como le había contado que les sucedería a los hombres malvados después de la muerte.

Aquello fue un relato extraño y conmovedor para ambos, pero sobre todo para el joven clérigo. En verdad, lo dejó profundamente sorprendido, aunque también sumido en la mayor aflicción imaginable, porque no podía hablar con ella ni expresarse en inglés para hacerse entender; y, como ella apenas hablaba un inglés muy rudimentario, él tampoco podía comprenderla. Sin embargo, se volvió hacia mí y me dijo que creía que había que hacer algo más por aquella mujer que casarla. Al principio no lo entendí, pero finalmente se explicó: quería decir que debía ser bautizada. Estuve plenamente de acuerdo con él en ese punto y deseé que se hiciera de inmediato.

—No, no; espere, señor —dijo—. Aunque quiero, por supuesto, que sea bautizada, debo observar que Will Atkins, su marido, ha conseguido, de una manera extraordinaria, que esté dispuesta a abrazar una vida religiosa, y le ha dado ideas acertadas acerca de la existencia de Dios, de su poder, su justicia y su misericordia. Sin embargo, deseo saber si le ha hablado de Jesucristo y de la salvación de los pecadores; de la naturaleza de la fe en Él y de la redención por medio de Él; del Espíritu Santo, de la resurrección, del juicio final y del estado futuro.

Volví a llamar a Will Atkins y se lo pregunté; pero el pobre hombre rompió a llorar de inmediato y nos dijo que le había hablado algo de todas esas cosas. Sin embargo, él mismo era una criatura tan malvada, y su conciencia le reprochaba tanto su vida horrenda e impía, que temía que, al conocerlo mejor, ella prestara menos atención a aquellas enseñanzas y llegara a despreciar la religión en vez de aceptarla. No obstante, estaba convencido —dijo— de que su ánimo se hallaba tan dispuesto a recibir las debidas impresiones de todas esas cosas que, si yo hablaba con ella, me demostraría, para mi entera satisfacción, que mis esfuerzos no serían en vano.

Así pues, la hice entrar y, colocándome como intérprete entre mi piadoso clérigo y la mujer, le rogué que comenzara a hablar con ella. Pero estoy seguro de que ningún sacerdote papista había predicado jamás un sermón semejante en estos últimos siglos del mundo. Como le dije, me parecía que poseía todo el celo, todo el conocimiento y toda la sinceridad de un cristiano, sin los errores de un católico romano; y lo consideraba un clérigo como aquellos que habían sido los obispos de Roma antes de que la Iglesia romana se arrogara la soberanía espiritual sobre las conciencias de los hombres.

En una palabra, logró que la pobre mujer abrazara el conocimiento de Cristo y de la redención por medio de Él, no solo con asombro y admiración, como había recibido las primeras nociones acerca de Dios, sino con alegría y fe; con un afecto y un grado de comprensión tan sorprendentes que apenas podían imaginarse, y mucho menos expresarse con palabras. A petición de ella misma, fue bautizada.

Cuando se dispuso a bautizarla, le rogué que realizara aquel rito con cierta cautela, para que, de ser posible, el hombre no advirtiera que pertenecía a la Iglesia romana, pues podrían surgir otras consecuencias desagradables si entre nosotros se producía una diferencia precisamente en aquella religión que estábamos enseñando a los demás. Me respondió que, como no disponía de una capilla consagrada ni de los objetos apropiados para la ceremonia, yo vería que la llevaría a cabo de tal manera que ni siquiera yo habría sabido que era católico romano, de no haberlo sabido ya. Y así lo hizo: tras pronunciar para sí unas palabras en latín que yo no pude entender, vertió sobre la cabeza de la mujer una jofaina llena de agua y dijo en francés, con voz muy alta:

—María —pues ese era el nombre que su marido me había pedido que le

diera, ya que yo sería su padrino—, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

De este modo, nadie podía deducir por la ceremonia a qué religión pertenecía. Después impartió la bendición en latín, aunque Will Atkins quizá creyó que también hablaba en francés, o tal vez no reparó en ello en aquel momento.

Tan pronto como terminó aquello, los casamos. Una vez concluido el matrimonio, el clérigo se volvió hacia Will Atkins y, con gran afecto, lo exhortó no solo a perseverar en la buena disposición en que se encontraba, sino también a sostener las convicciones que lo embargaban mediante la firme resolución de enmendar su vida. Le dijo que de nada servía afirmar que se arrepentía si no abandonaba sus delitos; le recordó el honor que Dios le había concedido al convertirlo en instrumento para que su esposa conociera la religión cristiana, y le advirtió que debía tener cuidado de no deshonrar la gracia de Dios. De lo contrario, llegaría a ver al pagano convertido en mejor cristiano que él mismo: la salvaje convertida y el instrumento desechado.

Les dijo muchas otras cosas buenas a ambos y, después de encomendarlos a la bondad de Dios, volvió a impartirles la bendición. Yo les repetía en inglés todo lo que él decía, y así terminó la ceremonia.

Creo que fue el día más feliz y agradable que había vivido en toda mi vida. Pero mi clérigo aún no había terminado: sus pensamientos seguían concentrados en la conversión de los treinta y siete salvajes, y habría querido quedarse en la isla para emprender aquella tarea. Sin embargo, lo convencí, primero, de que su proyecto era impracticable en sí mismo y, segundo, de que quizá yo podría disponer las cosas de tal modo que se llevara a cabo satisfactoriamente durante su ausencia.

Una vez reducidos a sus aspectos esenciales los asuntos de la isla, me disponía a regresar a bordo del barco cuando se me acercó el joven que había sacado de aquel barco cuya tripulación estaba muriendo de hambre. Me dijo que había oído que yo llevaba conmigo a un clérigo y que había hecho casar a los ingleses con las salvajes. Él también tenía una pareja, me explicó, y deseaba que su unión se formalizara antes de que yo partiera: se trataba de dos cristianos, y esperaba que aquello no me desagradase.

Comprendí que debía de tratarse de la joven que había sido criada de la madre del muchacho, pues no había ninguna otra mujer cristiana en la isla. Así que comencé a persuadirlo de que no hiciera nada semejante a la ligera, ni solo porque se encontrara en aquellas circunstancias de soledad. Le hice ver que, según había entendido por lo que él mismo me había contado, poseía bienes considerables en el mundo y tenía buenos amigos, y que lo mismo ocurría con la muchacha. Le señalé que ella no solo era pobre y criada, sino que también pertenecía a una posición social inferior a la suya, pues tenía veintiséis o veintisiete años, mientras que él no pasaba de los diecisiete o dieciocho. Además, era muy probable que, con mi ayuda, pudiera salir de aquel desierto y regresar a su propio país; y, una vez allí, era casi seguro que se arrepentiría de su elección, y que el desagrado que aquella situación pudiera causarle acabaría perjudicándolos a ambos.

Iba a añadir algo más, pero él me interrumpió sonriendo y me dijo, con gran modestia, que mis suposiciones eran equivocadas. No tenía semejantes intenciones, y le alegraba mucho saber que yo pensaba encontrar la manera de que ambos pudieran volver a ver su país. Nada lo habría llevado a pensar en quedarse allí, salvo que el viaje que yo iba a emprender era extraordinariamente largo y peligroso, y lo alejaría por completo de todos sus amigos. Lo único que deseaba de mí era que le asignara una pequeña propiedad en la isla donde se encontraba, le proporcionara uno o dos criados y algunas cosas indispensables, y él viviría allí como un colono, esperando el momento oportuno en que, si alguna vez yo regresaba a Inglaterra, pudiera ir a buscarlo. Esperaba que no me olvidara de él cuando llegara a Inglaterra; me daría algunas cartas para sus amigos de Londres, a fin de que supieran cuánto había hecho yo por él, en qué parte del mundo lo había dejado y en qué circunstancias. Me prometió que, cuando volviera a buscarlo, toda la plantación y las mejoras que hubiera realizado en ella, cualquiera que fuese su valor, serían enteramente mías.

Su explicación estuvo muy bien expresada para alguien de su edad y me resultó aún más grata porque me aseguró rotundamente que aquel matrimonio no era para él. Le di todas las garantías posibles de que, si vivía para regresar sano y salvo a Inglaterra, entregaría sus cartas y me ocuparía eficazmente de sus asuntos; podía estar seguro de que jamás olvidaría las circunstancias en que lo había dejado.

Sin embargo, seguía impaciente por saber quiénes eran las personas que iban a casarse. Entonces me dijo que se trataba de mi hombre para todo, Jack, y de su criada, Susan. Me llevé una sorpresa sumamente agradable al conocer la pareja, pues, en efecto, me pareció muy apropiada. Ya he descrito el carácter de aquel hombre; en cuanto a la criada, era una joven muy honrada, modesta, sensata y religiosa. Poseía bastante buen juicio, era agradable de aspecto, hablaba con mucha propiedad y siempre iba al grano, con decencia y buenos modales. No era demasiado tímida para hablar cuando la ocasión lo requería, ni se entrometía cuando el asunto no le incumbía. Era hábil para las tareas domésticas, muy hacendosa y excelente administradora; en verdad, habría sido digna de gobernar toda la isla, pues sabía comportarse muy bien en cualquier circunstancia.

Una vez propuesto el matrimonio de aquella manera, los casamos ese mismo día. Y, así como yo ocupé el lugar del padre ante el altar y la entregué en matrimonio, también le proporcioné una dote: asigné a ella y a su marido una extensión considerable de terreno para establecer su plantación. De hecho, aquel matrimonio y la propuesta del joven de concederle una pequeña propiedad en la isla me llevaron a repartir las tierras entre todos, para evitar que más adelante surgieran disputas por la ubicación de sus propiedades.

Dejé el reparto de las tierras en manos de Will Atkins, que para entonces se había convertido en un hombre sensato, serio y prudente, completamente reformado, extraordinariamente piadoso y religioso. Hasta donde me es posible afirmarlo con seguridad en un asunto semejante, creo sinceramente que era un verdadero penitente. Distribuyó las tierras con tanta justicia y a satisfacción de todos que lo único que pidieron fue un documento general firmado por mí. Mandé redactarlo, lo firmé y lo sellé, describiendo los límites y la ubicación de la plantación de cada hombre, y declarando que, mediante aquel documento, concedía a cada uno el derecho a la plena posesión y herencia de la plantación o granja que le correspondiera, con todas sus mejoras, para él y sus herederos. Me reservé el resto de la isla como propiedad mía, así como el derecho a cobrar una renta por cada plantación después de once años, siempre que yo, o alguien enviado por mí o en mi nombre, acudiera a exigirla y presentara una copia autenticada del documento.

En cuanto al gobierno y las leyes que debían regirlos, les dije que no estaba en condiciones de darles normas mejores que las que ellos mismos

podían establecer. Solo les hice prometer que vivirían en paz, con afecto y buena vecindad entre sí. Después de esto, me preparé para partir.

Hay algo que no debo omitir. Ahora que se habían establecido como una especie de comunidad política y tenían mucho trabajo entre manos, resultaba extraño que treinta y siete indios vivieran en un rincón de la isla, independientes y, en realidad, sin ocupación. Aparte de procurarse alimentos —tarea que a veces les resultaba bastante difícil—, no tenían ninguna actividad ni propiedad de la que ocuparse. Por eso propuse al gobernador español que fuera a hablar con ellos, acompañado del padre de Viernes, y les ofreciera trasladarse a otro lugar. Podían cultivar sus propias tierras o incorporarse a las distintas familias como criados, que los mantendrían a cambio de su trabajo, pero sin convertirlos en esclavos absolutos. Yo no permitiría bajo ninguna circunstancia que los esclavizaran por la fuerza, pues se les había concedido la libertad mediante un acuerdo, por así decirlo, unas condiciones de rendición que no debían quebrantarse.

Aceptaron la propuesta de muy buen grado y todos acompañaron al gobernador con gran alegría. Les asignamos tierras y plantaciones: tres o cuatro aceptaron cultivar por cuenta propia, pero todos los demás prefirieron trabajar como criados en las distintas familias que habíamos establecido.

Así quedó organizada, más o menos, mi colonia. Los españoles ocuparon mi residencia original, que era la capital, y extendieron sus plantaciones a lo largo de la orilla del arroyo que formaba la ensenada tantas veces descrita por mí, hasta llegar a mi enramada. A medida que ampliaban sus cultivos, avanzaban siempre hacia el este.

Los ingleses vivían en la parte nordeste, donde Will Atkins y sus compañeros habían comenzado a establecerse, y se extendían hacia el sur y el sudoeste, en dirección a la parte posterior de los asentamientos españoles. Cada plantación disponía de una amplia extensión de terreno adicional que podía ocupar si llegaba a necesitarla, de modo que nadie tuviera que disputarle espacio a otro por falta de tierras.

Todo el extremo oriental de la isla quedó deshabitado. Así, si alguno de los

salvajes desembarcaba allí únicamente para practicar sus acostumbradas barbaridades, podía ir y venir a su antojo: si no molestaba a nadie, nadie lo molestaría. Sin duda, desembarcaban con frecuencia y luego volvían a marcharse, pues nunca supe que los colonos volvieran a ser atacados o perturbados.

Capítulo VIII: Partida De La Isla Rumbo Al Brasil

Se me ocurrió entonces que le había insinuado a mi amigo el clérigo que quizá fuera posible poner en marcha, durante su ausencia, la obra de convertir a los salvajes, y hacerlo de forma que él quedara satisfecho. Le dije que ahora me parecía que el asunto estaba bien encaminado, pues, al estar los salvajes repartidos entre los cristianos, si cada uno de estos cumplía con su deber hacia aquellos que quedaban bajo su cuidado, esperaba que el resultado fuera muy favorable.

Él estuvo de acuerdo de inmediato, siempre que cumplieran con su parte.

—Pero ¿cómo —dijo— conseguiremos que lo hagan?

Le propuse reunirlos a todos y encargarles aquella tarea, o bien ir a hablar con cada uno por separado, opción que él consideró preferible. Así que nos repartimos el trabajo: él hablaría con los españoles, que eran todos papistas, y yo con los ingleses, que eran todos protestantes. Les recomendamos encarecidamente que nunca hicieran distinción entre papistas y protestantes al exhortar a los salvajes a abrazar el cristianismo, sino que les enseñaran el conocimiento general del Dios verdadero y de nuestro Salvador Jesucristo. También nos prometieron que jamás tendrían entre ellos diferencias ni disputas por cuestiones religiosas.

Cuando llegué a la casa de Will Atkins, encontré que la joven de la que he hablado antes y la esposa de Will Atkins se habían hecho muy amigas. Aquella joven prudente y religiosa había llevado a buen término la obra que Will Atkins había comenzado; y, aunque no habían transcurrido más de cuatro días desde los acontecimientos que he relatado, la mujer salvaje recién bautizada se había convertido en una cristiana como pocas había conocido en toda mi vida, ya fuera por lo que había observado o por mi trato con los demás.

Aquella mañana, antes de ir a verlos, se me ocurrió que, entre todas las cosas necesarias que debía dejarles, había olvidado proporcionarles una

Biblia. En esto había mostrado menos consideración hacia ellos que mi buena amiga la viuda hacia mí cuando me envió desde Lisboa un cargamento valorado en cien libras, en el que había incluido tres Biblias y un libro de oraciones. Sin embargo, la caridad de aquella buena mujer tuvo un alcance mayor del que ella misma podía imaginar, pues aquellos libros estaban destinados a consolar e instruir a personas que los aprovecharían mucho mejor de lo que yo los había aprovechado.

Tomé una de las Biblias y me la guardé en el bolsillo. Cuando llegué a la tienda, o casa, de Will Atkins, descubrí que la joven y la esposa de Atkins, recién bautizada, habían estado conversando sobre religión. Will me lo contó con enorme alegría. Le pregunté si seguían juntas y me respondió:

—Sí.

Entré entonces en la casa, acompañado de él, y las encontramos enfrascadas en una conversación muy animada.

—¡Ah, señor! —exclamó Will Atkins—. Cuando Dios quiere reconciliar consigo a los pecadores y hacer volver a su hogar a los que se han alejado de Él, nunca le faltan mensajeros. Mi esposa ha encontrado una nueva instructora. Yo sabía que no era digno de esa tarea, y que tampoco estaba capacitado para llevarla a cabo. Esa joven ha sido enviada aquí desde el cielo: ¡bastaría ella sola para convertir a toda una isla de salvajes!

La joven se sonrojó y se levantó para marcharse, pero le pedí que permaneciera sentada. Le dije que tenía entre manos una buena obra y que esperaba que Dios la bendijera en ella.

Conversamos un poco. No advertí que tuvieran ningún libro, aunque tampoco se lo pregunté. En cambio, metí la mano en el bolsillo y saqué mi Biblia.

—Aquí tienes, Atkins —le dije—, un ayudante que quizá antes no tenías.

El hombre quedó tan desconcertado que durante un rato no pudo hablar. Cuando finalmente se recobró, tomó el libro con ambas manos y, volviéndose hacia su esposa, le dijo:

—Mira, querida, ¿acaso no te dije que nuestro Dios, aunque vive allá arriba, podía oír lo que habíamos dicho? ¡Aquí está el libro por el que oré

cuando tú y yo nos arrodillamos bajo el arbusto! Ahora Dios nos ha oído y nos lo ha enviado.

Después de decir aquello, el hombre se dejó llevar por una emoción tan intensa que, entre la alegría de tener el libro y el agradecimiento que daba a Dios por él, las lágrimas le corrían por el rostro como a un niño que llora.

La mujer quedó asombrada y estuvo a punto de caer en una equivocación de la que ninguno de nosotros se había percatado. Estaba firmemente convencida de que Dios había enviado el libro en respuesta a la súplica de su marido. Y, en efecto, por una coincidencia providencial había sucedido así, y podía interpretarse de ese modo en un sentido derivado. Pero creo que en aquel momento no habría sido difícil convencer a la pobre mujer de que un mensajero había descendido expresamente del cielo para llevarle aquel libro en particular.

Sin embargo, el asunto era demasiado serio como para permitir que se produjera semejante engaño. Por eso me volví hacia la joven y le dije que no queríamos engañar a la nueva conversa, aprovechándonos de su comprensión todavía limitada e inexperta, y le rogué que le explicara que podía decirse, con toda propiedad, que Dios responde a nuestras súplicas cuando, en el curso de su Providencia, hace que sucedan de manera particular las cosas que le hemos pedido. Pero no debíamos esperar respuestas del cielo mediante intervenciones milagrosas y específicas; y era una bendición que no fuera así.

Más tarde, la joven se lo explicó de forma tan eficaz que no hubo aquí ningún engaño sacerdotal. De haberse permitido algo semejante, lo habría considerado uno de los fraudes más injustificables del mundo.

El efecto que todo aquello produjo en Will Atkins es, a decir verdad, imposible de describir. En su caso, podemos estar seguros de que no hubo engaño alguno. Dudo que hombre alguno haya mostrado jamás mayor gratitud por algo semejante que la que él sintió por aquella Biblia; y creo también que nadie se ha alegrado de recibir una por motivos más nobles.

Aunque había sido una criatura disoluta en extremo, obstinada, furiosa y desesperadamente malvada, este hombre nos ofrece un ejemplo que todos deberíamos tener presente al instruir debidamente a los niños: los padres nunca deben dejar de enseñar e instruir a sus hijos, ni desesperar

jamás del resultado de sus esfuerzos, por rebeldes que aquellos sean o por insensibles que parezcan a las enseñanzas. Pues si, en el curso de su Providencia, Dios llega a tocar la conciencia de semejantes personas, la fuerza de su educación se vuelve contra ellas, y las primeras enseñanzas de sus padres no se pierden, aunque hayan permanecido dormidas durante muchos años. Tarde o temprano, pueden llegar a descubrir el beneficio que les reportaron.

Así le ocurrió a aquel pobre hombre. Por ignorante que fuera en materia de religión y conocimiento cristiano, comprendió que ahora tenía que tratar con personas aún más ignorantes que él, y descubrió que incluso la menor parte de las enseñanzas de su buen padre que todavía conservaba en la memoria le resultaba útil.

Entre otras cosas, recordó cómo su padre insistía tanto en el valor inestimable de la Biblia y en el privilegio y la bendición que suponía para las naciones, las familias y las personas. Sin embargo, nunca había comprendido lo que valía hasta aquel momento, cuando, al disponerse a hablar con paganos, salvajes y bárbaros, necesitaba la ayuda de la palabra escrita para orientarse.

La joven también se alegró de disponer de la Biblia para aquella ocasión, aunque ella tenía una, y el muchacho también, entre sus pertenencias a bordo de nuestro barco, que todavía no habían sido llevadas a tierra.

Y ahora que he hablado tanto de aquella joven, no puedo dejar de contar otra historia relacionada con ella y conmigo, pues contiene algo muy instructivo y digno de mención.

Ya he contado hasta qué extremo de miseria había llegado la pobre joven; cómo su señora murió de hambre a bordo de aquel desdichado barco que encontramos en el mar, y cómo toda la tripulación quedó reducida a la última desesperación. La dama, su hijo y aquella criada recibieron al principio raciones muy escasas y, finalmente, fueron completamente abandonados y dejados morir de hambre; es decir, llegaron al límite extremo de la inanición.

Un día, mientras conversaba con ella sobre los sufrimientos que habían padecido, le pregunté si podía describir, a partir de su propia experiencia, qué significaba morir de hambre y cómo se manifestaba aquella condición. Me respondió que creía poder hacerlo y me relató su historia con gran

claridad, de la siguiente manera:

—Al principio, durante varios días, comimos muy poco y padecimos un hambre terrible. Pero, al final, nos quedamos sin alimento de ninguna clase, salvo azúcar y un poco de vino mezclado con agua. El primer día que pasé sin recibir alimento alguno, hacia el anochecer me sentí vacía, con náuseas y malestar de estómago; y, al acercarse la noche, me entraron muchas ganas de bostezar y dormir.

Me acosté en el sofá del camarote principal para descansar y dormí unas tres horas. Al despertar, me sentí un poco mejor, pues antes de acostarme había tomado una copa de vino. Después de permanecer despierta unas tres horas, cuando eran aproximadamente las cinco de la mañana, volví a sentir el estómago vacío y revuelto. Me acosté de nuevo, pero no pude dormir en absoluto, porque me encontraba muy débil y enferma.

Así pasé todo el segundo día, experimentando una extraña alternancia de sensaciones: primero sentía hambre y después volvía a encontrarme mal, con arcadas y ganas de vomitar.

La segunda noche tuve que acostarme otra vez sin haber tomado más alimento que un trago de agua fresca. Mientras dormía, soñé que estaba en Barbados y que el mercado se encontraba magníficamente abastecido de provisiones. Compraba algunas para mi señora y luego iba a comer con ella; en el sueño, comía hasta saciarme.

Después de aquella comida, sentía el estómago tan lleno como lo habría tenido tras un buen almuerzo. Pero, cuando desperté, me invadió una profunda tristeza al descubrir que seguía en aquel estado de hambre extrema.

Me bebí la última copa de vino que nos quedaba y le añadí azúcar, porque pensé que el alcohol podría proporcionarme algún alimento. Sin embargo, como no había ninguna sustancia en el estómago sobre la que pudiera actuar la digestión, el único efecto del vino fue provocar unos delirios desagradables que me subían del estómago a la cabeza. Según me contaron después, permanecí durante algún tiempo aturdida e insensible, como si estuviera borracha.

A la mañana del tercer día, después de una noche de sueños extraños, confusos e incoherentes, en la que más bien había estado adormilada que

dormida, desperté con un hambre voraz y una furia terrible. Y me pregunto si, de haber sido madre y haber tenido conmigo un niño pequeño, su vida habría estado a salvo, de no haber recuperado el dominio de mí misma y logrado vencer aquel impulso.

Aquel estado duró unas tres horas. Durante ese tiempo, según me contó mi joven amo, y como él mismo puede confirmarle ahora, hubo dos ocasiones en que me volví tan furiosa y enloquecida como cualquier criatura encerrada en Bedlam.

Durante uno de aquellos ataques de locura o desvarío, caí al suelo y me golpeé la cara contra la esquina de una cama estrecha en la que yacía mi señora. El golpe hizo que me brotara abundante sangre de la nariz. El grumete me trajo una pequeña palangana, me senté y dejé que sangrara en ella durante bastante tiempo. A medida que perdía sangre, fui recobrando el sentido y la intensidad de aquella especie de fiebre o arrebato que me dominaba comenzó a disminuir; también se calmó el hambre voraz.

Después empecé a sentir náuseas y tuve arcadas, pero no pude vomitar, porque no tenía nada en el estómago que expulsar. Tras sangrar durante algún tiempo, me desmayé y todos creyeron que había muerto. Sin embargo, poco después volví en mí y entonces sentí un dolor de estómago espantoso, imposible de describir. No era como un cólico, sino un dolor desgarrador, un ansia apremiante de alimento. Hacia el anochecer fue desapareciendo y se transformó en una especie de deseo vehemente y anhelo de comida.

Tomé otro trago de agua con azúcar, pero mi estómago rechazó el azúcar y lo devolvió todo. Entonces bebí agua sin azúcar, que sí pude retener, y me tendí en la cama, rogando de todo corazón a Dios que tuviera a bien llevarme consigo. Me tranquilicé con la esperanza de que así sucediera y me quedé dormitando un rato. Al despertar, creí que estaba muriéndome, pues sentía la cabeza ligera y me encontraba aturdida por los delirios que se elevaban de mi estómago vacío. En aquel momento encomendé mi alma a Dios y luego deseé fervientemente que alguien me arrojara al mar.

Mientras todo esto sucedía, mi señora yacía a mi lado, aparentemente a punto de expirar; sin embargo, soportaba su sufrimiento con mucha más paciencia que yo. Le dio a su hijo, mi joven amo, el último pedazo de pan que le quedaba. Él no quería aceptarlo, pero ella insistió en que se lo

comiera, y creo que aquello le salvó la vida.

Hacia la mañana volví a dormirme. Cuando desperté, rompí a llorar desconsoladamente y, después, sufrí un segundo ataque de hambre violenta. Me levanté con un apetito voraz y en un estado verdaderamente espantoso. En una o dos ocasiones estuve a punto de morderme el propio brazo. Finalmente, vi la palangana que contenía la sangre que me había salido de la nariz el día anterior. Corrí hacia ella y me la bebí de golpe, con tanta prisa y avidez que parecía asombrarme de que nadie la hubiera tomado antes y temer que alguien me la arrebatara en aquel momento.

Una vez que la hube tragado, aunque el solo pensamiento de lo que había hecho me llenaba de horror, el hambre se apaciguó. Bebí otro trago de agua y durante varias horas recuperé la calma y las fuerzas.

Aquel era ya el cuarto día. Conseguí mantenerme así hasta cerca del anochecer, cuando, en el transcurso de unas tres horas, volví a experimentar, una tras otra, todas las fases anteriores: primero las náuseas, después la somnolencia, luego el hambre apremiante, el dolor de estómago, otra vez el hambre voraz, las náuseas, la locura, el llanto y, de nuevo, el hambre devoradora. Todo se repetía cada cuarto de hora, mientras mis fuerzas se consumían rápidamente. Al llegar la noche me acosté, sin encontrar consuelo alguno salvo la esperanza de morir antes del amanecer.

No dormí en toda aquella noche. El hambre se había convertido ya en una enfermedad, y sufría un cólico terrible, con retortijones provocados por los gases que, al no haber alimento, habían llegado hasta los intestinos. Permanecí en aquel estado hasta la mañana, cuando me sobresaltaron los gritos y lamentos de mi joven amo, que me llamaba para decirme que su madre había muerto.

Me incorporé un poco, pues no tenía fuerzas para levantarme, y descubrí que no estaba muerta, aunque apenas daba señales de vida. Entonces sufrí tales convulsiones de estómago por falta de alimento que no puedo describirlas. Sentía frecuentes espasmos y punzadas de hambre tan intensas que solo podían compararse con los tormentos de la muerte.

Me encontraba en aquel estado cuando oí a los marineros gritar desde la cubierta:

—¡Un barco a la vista! ¡Un barco a la vista!

Gritaban y saltaban de un lado a otro como si hubieran perdido el juicio. Yo no podía levantarme de la cama, y mi señora mucho menos; mi joven amo estaba tan enfermo que pensé que también él se encontraba a punto de expirar. Por eso no pudimos abrir la puerta del camarote ni averiguar qué había provocado semejante alboroto. Además, llevábamos doce días sin tener contacto alguno con la tripulación, pues nos habían dicho que en el barco no quedaba ni un bocado de comida. Después nos contaron que ellos creían que todos nosotros habíamos muerto.

En ese estado espantoso nos encontrábamos cuando lo enviaron a usted para salvarnos la vida. Y cómo nos encontró, señor, usted lo sabe tan bien como yo, o incluso mejor.

Este fue el relato que ella misma me hizo. Se trata de una descripción tan clara y precisa de lo que significa morir de hambre que, lo confieso, nunca había oído otra semejante, y me resultó extraordinariamente instructiva.

Me inclino aún más a creer que es un relato fiel porque el joven me contó buena parte de lo sucedido, aunque debo reconocer que su descripción no fue tan precisa ni tan vívida como la de la criada. También me inclino a creerlo porque, al parecer, su madre lo alimentó a costa de su propia vida. La pobre criada, cuya constitución era más fuerte que la de su señora —una mujer ya entrada en años y de salud delicada—, quizá pudo resistir más tiempo; sin embargo, también cabe suponer que sintiera los efectos extremos del hambre antes que su señora, quien probablemente pudo conservar durante más tiempo el último bocado antes de renunciar a él para aliviar a su criada.

No cabe duda de que, si nuestro barco, o cualquier otro, no los hubiera encontrado providencialmente, unos pocos días más habrían acabado con la vida de todos ellos.

Vuelvo ahora a la manera en que organicé las cosas entre los habitantes de la isla.

En primer lugar, debo señalar que, por muchas razones, no me pareció conveniente hablarles de la balandra que había construido y que había pensado poner a su disposición. Desde mi llegada había advertido que entre ellos existían ciertas semillas de discordia, y comprendí claramente

que, si les hubiera dejado la balandra, ante cualquier pequeño disgusto se habrían separado y marchado cada uno por su lado. O quizá se habrían convertido en piratas y habrían transformado la isla en una guarida de ladrones, en vez de establecer la colonia de personas sensatas y religiosas que yo deseaba fundar.

Por la misma razón, tampoco les dejé los dos cañones de bronce que llevaba a bordo ni las dos piezas de artillería adicionales de la cubierta de popa que había conseguido mi sobrino. Consideré que tenían armas suficientes para defenderse de cualquier invasor, pero no quería proporcionarles medios para emprender guerras ofensivas ni salir a atacar a otros pueblos. A la larga, aquello solo habría provocado su ruina y destrucción. Por tanto, me reservé la balandra y los cañones para ponerlos a su servicio de otra manera, como explicaré cuando llegue el momento.

Una vez que hube terminado mis asuntos en la isla, los dejé a todos en buenas circunstancias y en un estado próspero. Volví a embarcar el 6 de mayo, después de haber permanecido allí unos veinticinco días. Como todos estaban decididos a quedarse en la isla hasta que yo regresara para trasladarlos, les prometí enviarles más ayuda desde Brasil, si conseguía encontrar la oportunidad.

En particular, les prometí enviarles ganado, como ovejas, cerdos y vacas. En cuanto a las dos vacas y los terneros que había llevado desde Inglaterra, nos habíamos visto obligados a sacrificarlos durante la travesía, debido a su larga duración y a la falta de heno para alimentarlos.

Al día siguiente, nos despedimos con una salva de cinco cañonazos y zarpamos. Llegamos a la bahía de Todos los Santos, en Brasil, unos veintidós días después. Durante la travesía no ocurrió nada digno de mención, salvo lo siguiente.

Unos tres días después de haber partido, nos encontramos en una calma chicha. La corriente, que corría con fuerza hacia el este-nordeste, parecía arrastrarnos hacia una bahía o un golfo situado junto a la costa, y nos desvió un poco de nuestra ruta. En una o dos ocasiones, nuestros hombres gritaron:

—¡Tierra al este!

Pero no había manera de saber si se trataba del continente o de algunas

islas.

Al tercer día, hacia el anochecer, el mar estaba tranquilo y el tiempo era apacible. Entonces vimos que en el agua, hacia la costa, parecía cubierta por una gran extensión de algo muy oscuro. Al principio no pudimos distinguir qué era. Finalmente, nuestro primer oficial subió un poco por los obenques del palo mayor y observó aquella masa con un catalejo. De pronto, gritó:

—¡Es un ejército!

No podía imaginar a qué se refería con aquello y lo contradije con cierta brusquedad.

—No se enfade, señor —respondió—, pero es un ejército, ¡y también una flota! Creo que hay unas mil canoas. ¡Mire cómo reman! Se dirigen hacia nosotros a toda velocidad.

Entonces sí que me sorprendí, y mi sobrino, el capitán, también. Había oído historias terribles acerca de aquellos salvajes en la isla y, como nunca había navegado antes por aquellos mares, no sabía qué pensar. En dos o tres ocasiones repitió que todos seríamos devorados.

Debo confesar que la situación me preocupaba aún más porque estábamos en calma chicha y la corriente nos arrastraba con fuerza hacia la costa. Sin embargo, les ordené que no tuvieran miedo y que fondearan el barco en cuanto estuviéramos lo bastante cerca para comprender que tendríamos que enfrentarnos a ellos.

El tiempo siguió en calma y los salvajes continuaron acercándose rápidamente. Así pues, ordené echar el ancla y recoger todas las velas.

En cuanto a los salvajes, les dije a mis hombres que no tenían nada que temer, salvo el fuego. Por ello, debían sacar las dos embarcaciones del barco, amarrar una junto a la proa y la otra junto a la popa, dotar a ambas de una tripulación numerosa y permanecer preparados en aquella posición para afrontar lo que sucediera.

Lo hice para que los hombres de las embarcaciones estuvieran listos con sábanas y cubos de agua para apagar cualquier fuego que aquellos salvajes intentaran prender en el exterior del barco.

En esta posición aguardamos su llegada y, al poco rato, se acercaron a nosotros. Jamás cristiano había visto un espectáculo tan espantoso. Aunque mi oficial se había equivocado mucho al calcular su número, cuando estuvieron cerca contamos unas ciento veintiséis canoas. Algunas llevaban dieciséis o diecisiete hombres, e incluso más, mientras que las más pequeñas tenían seis o siete.

Cuando se acercaron, parecieron quedar maravillados y asombrados ante una visión que, sin duda, nunca antes habían contemplado. Al principio, según supimos después, ni siquiera sabían qué pensar de nosotros. Sin embargo, se aproximaron con audacia, hasta quedar muy cerca, y parecían disponerse a remar a nuestro alrededor. Pero advertimos a nuestros hombres de las embarcaciones que no los dejaran acercarse demasiado.

Esta misma orden nos llevó a entablar combate con ellos sin que lo hubiéramos pretendido. Cinco o seis de las canoas más grandes se aproximaron tanto a nuestra lancha mayor que nuestros hombres les hicieron señas con las manos para que se mantuvieran alejados. Lo entendieron perfectamente y retrocedieron; pero, mientras se retiraban, desde aquellas embarcaciones nos dispararon unas cincuenta flechas, y uno de nuestros hombres, que iba en la lancha mayor, resultó gravemente herido. Aun así, les grité a los nuestros que no dispararan bajo ningún concepto. En cambio, hicimos bajar algunas tablas de pino a la embarcación, y el carpintero improvisó enseguida una especie de parapeto con tablas sobrantes para proteger a los hombres de las flechas de los salvajes si volvían a disparar.

Al cabo de una media hora, todos se acercaron en grupo por nuestra popa, tan cerca que podíamos distinguirlos con facilidad, aunque no sabíamos cuáles eran sus intenciones. No tardé en reconocer que se trataba de algunos de mis viejos conocidos, de la misma clase de salvajes con los que tantas veces había tenido que enfrentarme.

Poco después remaron algo más mar adentro, hasta colocarse exactamente a nuestro través; entonces viraron y avanzaron en línea recta hacia nosotros, hasta acercarse tanto que podían oírnos hablar. En ese momento ordené a todos mis hombres que permanecieran bien resguardados, por si los salvajes volvían a disparar sus flechas, e hice preparar todas nuestras armas de fuego. Pero, como estaban ya lo bastante cerca para oírnos, mandé a Viernes a cubierta y le ordené que

les gritara en su propia lengua, preguntándoles qué pretendían.

No sé si lo entendieron o no; pero, apenas les hubo hablado, seis de ellos, que iban en la canoa más adelantada, o más próxima a nosotros, volvieron sus embarcaciones en dirección contraria y, agachándose, nos mostraron sus espaldas desnudas. No sabíamos si aquello era un desafío, una provocación, una simple muestra de desprecio o una señal dirigida a los demás. Pero, de inmediato, Viernes gritó que iban a disparar y, por desgracia para él, aquellos hombres lanzaron unas trescientas flechas. Para mi indecible dolor, mataron al pobre Viernes, que era el único hombre al que tenían a la vista. El desdichado recibió nada menos que tres flechas, y otras tres cayeron muy cerca de él. ¡Qué malos tiradores eran aquellos hombres!

La pérdida de mi viejo y fiel servidor y compañero me llenó de tal indignación que ordené inmediatamente cargar cinco cañones con metralla y otros cuatro con balas. Entonces les disparamos una andanada como jamás habían oído otra en toda su vida. Cuando abrimos fuego, no se encontraban a más de medio cable de distancia; nuestros artilleros apuntaron tan bien que, según pudimos deducir, un solo disparo bastó para volcar tres o cuatro de sus canoas.

El gesto de mostrarnos sus espaldas desnudas no nos había ofendido demasiado. Tampoco sabía con certeza si aquello que entre nosotros se habría considerado la mayor de las insolencias tenía para ellos el mismo significado. Por eso, al principio, solo había decidido dispararles cuatro o cinco cañonazos con pólvora, sin proyectiles, pues sabía que bastaría para asustarlos. Pero cuando nos atacaron directamente, con toda la furia de que eran capaces, y sobre todo después de haber matado a mi pobre Viernes, a quien tanto amaba y apreciaba y que, en verdad, tanto lo merecía, consideré que no solo tenía plena justificación ante Dios y ante los hombres, sino que habría deseado poder volcar todas sus canoas y ahogarlos a todos.

No puedo decir cuántos matamos ni cuántos herimos con aquella andanada, pero jamás debió de verse semejante terror y confusión entre una multitud tan numerosa. En total, trece o catorce de sus canoas quedaron destrozadas o volcadas, y todos los hombres cayeron al agua. Los demás, aterrorizados hasta perder el juicio, huyeron a toda velocidad, sin preocuparse apenas por salvar a quienes iban en las embarcaciones destrozadas o averiadas por nuestros disparos. Supuse, por tanto, que

muchos se habían ahogado. Nuestros hombres rescataron a un pobre infeliz que nadaba desesperadamente para salvar la vida, más de una hora después de que los demás hubieran desaparecido.

La metralla de nuestros cañones debió de matar y herir a muchos; pero, en resumidas cuentas, nunca supimos qué fue de ellos, pues huyeron con tanta rapidez que, al cabo de unas tres horas, apenas alcanzábamos a distinguir tres o cuatro canoas rezagadas. Nunca volvimos a ver a las demás. Aquella misma tarde se levantó una brisa, así que levamos anclas y pusimos rumbo al Brasil.

En efecto, teníamos un prisionero, pero la criatura era tan hosca y taciturna que se negaba tanto a comer como a hablar, y todos creíamos que acabaría muriendo de hambre por voluntad propia. Sin embargo, encontré una manera de remediarlo. Ordené que lo llevaran a la lancha mayor y le hicieran creer que volverían a arrojarlo al mar y lo abandonarían en el mismo lugar donde lo habían encontrado si no hablaba. Ni siquiera eso surtió efecto, de modo que realmente lo arrojaron al agua y se alejaron de él.

Entonces los siguió nadando, pues lo hacía como un corcho, y les gritó en su lengua, aunque ellos no entendían ni una palabra de lo que decía. Finalmente, volvieron a recogerlo y, a partir de entonces, comenzó a mostrarse más dócil. Por supuesto, nunca había sido mi intención que se ahogara.

Volvíamos a navegar, pero yo era la criatura más desconsolada del mundo por haber perdido a mi Viernes. Habría dado cualquier cosa por regresar a la isla y llevarme de allí a otro de los nuestros para que ocupara su lugar, pero no era posible. Así que seguimos adelante.

Como he dicho, llevábamos un prisionero, y pasó mucho tiempo antes de que consiguiéramos hacerle entender algo. Sin embargo, con el tiempo nuestros hombres le enseñaron algo de inglés y empezó a mostrarse un poco más tratable. Después le preguntamos de qué país procedía, pero no logramos entender sus respuestas. Su manera de hablar era tan extraña, llena de sonidos guturales, y hablaba desde el fondo de la garganta con una voz tan hueca y peculiar, que nunca conseguíamos reproducir una sola palabra suya. Todos llegamos a la conclusión de que aquellos hombres podrían hablar aquella lengua igual de bien con la boca amordazada que sin ella. Tampoco parecían necesitar los dientes, la

lengua, los labios ni el paladar para pronunciarla: formaban las palabras como una trompa de caza produce una melodía con la boca abierta.

No obstante, algún tiempo después, cuando le habíamos enseñado a hablar un poco de inglés, nos contó que se dirigían con sus reyes a librar una gran batalla. Al oír que decía "reyes", le preguntamos cuántos había. Respondió que eran cinco nación —no conseguíamos hacerle comprender que debía añadir la s del plural— y que todas se habían unido para combatir contra dos nación.

Le preguntamos qué los había llevado hasta nosotros. Contestó:

—Venir mirar gran maravilla.

Conviene señalar aquí que todos aquellos nativos, al igual que los africanos cuando aprenden inglés, suelen añadir dos letras e al final de las palabras en las que nosotros empleamos una sola. Además, cargan el acento sobre ellas, de modo que dicen makée, takée y cosas semejantes. De hecho, me costó mucho conseguir que Viernes abandonara aquella costumbre, aunque al final lo logré.

Y ahora que he vuelto a nombrar al pobre muchacho, debo despedirme de él por última vez. ¡Pobre y honrado Viernes! Lo enterramos con toda la dignidad y solemnidad posibles: lo colocamos en un ataúd y lo arrojamos al mar. Además, ordené que dispararan once cañonazos en su honor.

Así terminó la vida del servidor más agradecido, fiel, honrado y afectuoso que jamás haya tenido hombre alguno.

Proseguimos nuestro viaje hacia el Brasil con viento favorable y, al cabo de unos doce días, avistamos tierra a cinco grados al sur del ecuador, en el extremo nororiental de aquella parte de América. Seguimos navegando hacia el sur-sudeste, manteniendo la costa a la vista durante cuatro días, hasta que llegamos al cabo de San Agustín. Tres días después echamos el ancla frente a la bahía de Todos los Santos, el antiguo lugar de mi salvación, del que habían surgido tanto mi buena como mi mala fortuna.

Nunca había llegado a aquel puerto un barco con menos asuntos que atender que el mío; y, sin embargo, nos costó muchísimo que nos permitieran establecer siquiera el menor contacto con tierra. Ni mi socio, que seguía vivo y ocupaba una posición destacada entre aquellas gentes;

ni mis dos apoderados mercantiles; ni la fama de mi extraordinaria supervivencia en la isla pudieron conseguirme aquel favor. Mi socio, no obstante, recordando que yo había donado quinientos moidores al prior del monasterio de los agustinos y doscientos setenta y dos a los pobres, acudió al monasterio y convenció al prior de entonces para que se presentara ante el gobernador y obtuviera permiso para que yo desembarcara personalmente, acompañado del capitán y de otro hombre, además de ocho marineros, pero nadie más. Todo ello quedó sujeto a una condición estricta, expresamente acordada: no debíamos desembarcar ninguna mercancía del barco ni llevarnos a ninguna persona sin autorización.

Fueron tan rigurosos con nosotros en lo referente al desembarco de mercancías que me costó muchísimo conseguir permiso para llevar a tierra tres fardos de productos ingleses, entre ellos paños finos, telas y algunas piezas de lino, que había traído como regalo para mi socio.

Era un hombre muy generoso y de corazón abierto, aunque, al igual que yo, había empezado con muy poco. Sin saber que yo tuviera la menor intención de darle nada, me envió al barco un obsequio de provisiones frescas, vino y dulces, cuyo valor ascendía a unos treinta moidores. Incluía también algo de tabaco y tres o cuatro hermosas medallas de oro. Pero yo correspondí a su regalo con otro de igual valor: como ya he dicho, consistía en paños finos, telas inglesas, encajes y lino holandés de excelente calidad. Además, le entregué mercancías del mismo tipo por valor de unas cien libras esterlinas, destinadas a otros usos, y conseguí que acondicionara la balandra que yo había traído de Inglaterra, como he contado, para ponerla al servicio de mi colonia y enviar a mi plantación los suministros que pensaba hacerles llegar.

En consecuencia, reunió a los hombres necesarios y terminó de preparar la balandra en muy pocos días, pues su estructura ya estaba construida. Le di al patrón instrucciones tan precisas que no podía equivocarse de lugar; y, según me informó después mi socio, así fue. Pronto conseguí que la embarcación quedara cargada con el pequeño cargamento que les enviaba. Uno de nuestros marineros, que me había acompañado a tierra durante aquella estancia, se ofreció a partir en la balandra y establecerse allí, a condición de que, mediante una carta mía al gobernador español, se le asignara una extensión suficiente de tierra para fundar una plantación y de que yo le proporcionara ropa y herramientas para su trabajo agrícola.

Afirmaba conocer bien aquel oficio, pues había sido plantador en Maryland y, además, bucanero.

Animé al hombre concediéndole todo lo que había pedido. Como añadido, le entregué al salvaje que habíamos capturado durante el combate para que fuera su esclavo, y ordené al gobernador español que le proporcionara, como a los demás, su parte de todo cuanto necesitara.

Cuando nos disponíamos a equipar a aquel hombre, mi viejo socio me habló de un conocido suyo, un hombre muy honrado que tenía una plantación en el Brasil y que había caído en desgracia ante la Iglesia.

—No sé qué problema tiene —me dijo—, pero, en conciencia, creo que en el fondo es un hereje y se ha visto obligado a ocultarse por miedo a la Inquisición.

Luego me explicó que aquel hombre estaría encantado de aprovechar semejante oportunidad para escapar con su esposa y sus dos hijas. Si yo les permitía trasladarse a mi isla y les asignaba una plantación, mi socio les proporcionaría un pequeño capital para empezar, pues los funcionarios de la Inquisición habían confiscado todos sus bienes y propiedades. No le quedaban más que algunos enseres domésticos y dos esclavos.

—Y aunque detesto sus creencias —añadió—, no quisiera que cayera en sus manos, pues, si eso sucede, lo quemarán vivo sin duda alguna.

Accedí de inmediato y lo uní a mi compatriota inglés. Ocultamos al hombre, a su esposa y a sus hijas a bordo de nuestro barco hasta que la balandra salió de la bahía para hacerse a la mar. Sus pertenencias se habían embarcado con anterioridad; cuando la balandra estuvo ya fuera de la bahía, los trasladamos a ella junto con todos sus bienes.

Nuestro marinero se mostró encantado con aquel nuevo compañero. En realidad, sus recursos eran muy parecidos: ambos disponían de herramientas, provisiones y una explotación agrícola, pero ninguno tenía mucho con lo que empezar, salvo lo que acabo de mencionar. Sin embargo, llevaban consigo algo que valía más que todo lo demás: materiales para cultivar caña de azúcar y algunas plantas de caña, cuyo cultivo conocía muy bien aquel hombre; me refiero al plantador brasileño.

Entre los demás suministros que envié a mis colonos de la isla, mandé en

la balandra tres vacas lecheras y cinco terneros, unos veintidós cerdos, entre ellos tres cerdas, dos yeguas y un caballo semental.

En cumplimiento de mi promesa a los españoles, conseguí que tres mujeres brasileñas aceptaran viajar a la isla y les recomendé que se casaran con ellas y las trataran con bondad. Podría haber conseguido más mujeres, pero recordé que aquel pobre hombre perseguido tenía dos hijas y que solo cinco de los españoles necesitaban compañera; los demás ya tenían esposas, aunque estas se encontraran en otro país.

Todo aquel cargamento llegó sano y salvo y, como es fácil imaginar, fue recibido con enorme alegría por mis antiguos habitantes. Con estas nuevas incorporaciones, la población ascendía ya a unas sesenta o setenta personas, sin contar a los niños pequeños, que eran muy numerosos. Cuando regresé a Inglaterra, encontré en Londres cartas de todos ellos, enviadas a través de Lisboa.

Con esto doy por terminada mi historia de la isla y todo cuanto tenía que contar acerca de ella. Quien lea el resto de mis memorias haría bien en apartar por completo de su pensamiento aquel lugar y prepararse para conocer las locuras de un anciano que ni siquiera había aprendido a escarmentar con sus propias desgracias, mucho menos con las de otros hombres; a quien ni siquiera casi cuarenta años de miserias y decepciones habían conseguido moderar; que no se había dado por satisfecho con una prosperidad superior a todas sus expectativas, ni había aprendido la prudencia a pesar de haber soportado aflicciones y sufrimientos sin igual.

Capítulo IX: Acontecimientos Terribles En Madagascar

No tenía más motivos para ir a las Indias Orientales que los que tendría un hombre en plena libertad para presentarse ante el carcelero de Newgate y pedirle que lo encerrara entre los presos y lo dejara morir de hambre. Si hubiera tomado un barco pequeño en Inglaterra y navegado directamente hasta la isla; si lo hubiera cargado, como hice con la otra embarcación, con todo lo necesario para la plantación y para mi gente; si hubiera obtenido del gobierno de aquí una patente que garantizara la propiedad de mis bienes, sometiéndolos únicamente a la autoridad de Inglaterra; si hubiera llevado cañones y municiones, criados y trabajadores para cultivar la tierra, y hubiera tomado posesión del lugar, fortificándolo y reforzándolo en nombre de Inglaterra, además de aumentar su población, como fácilmente podría haber hecho; si después me hubiera establecido allí y hubiera enviado el barco de regreso cargado de buen arroz, como también podría haber hecho en seis meses, y hubiera encargado a mis amigos que lo preparasen de nuevo para abastecernos, y si, en fin, hubiera hecho todo esto y me hubiera quedado allí, al menos habría actuado como un hombre sensato.

Pero estaba dominado por un espíritu errante y despreciaba todas las ventajas que se me presentaban. Me complacía en ser el protector de las personas que había instalado allí y en ocuparme de ellas con cierta altivez y majestad, como un viejo monarca patriarcal que proveía a las necesidades de toda una familia, como si yo fuera el padre tanto de sus miembros como de la plantación. Sin embargo, nunca pretendí tomar posesión del lugar en nombre de ningún gobierno o nación, ni reconocer a príncipe alguno, ni declarar que mis gentes fueran súbditas de una nación más que de otra. Es más, ni siquiera le di un nombre al lugar: lo dejé tal como lo había encontrado, sin pertenecer a nadie, y a sus habitantes sin otra disciplina ni gobierno que el mío. Y aunque ejercía sobre ellos cierta influencia como padre y benefactor, carecía de autoridad o poder para actuar u ordenarles nada, salvo aquello a lo que accedieran voluntariamente.

Aun así, todo habría marchado bastante bien si me hubiera quedado allí. Pero, al alejarme y no regresar jamás, las últimas noticias que recibí de ellos me llegaron por mediación de mi socio, quien más adelante envió otra balandra a aquel lugar. Me informó —aunque no recibí su carta hasta llegar a Londres, varios años después de que hubiera sido escrita— de que las cosas no marchaban demasiado bien; que estaban descontentos por llevar tanto tiempo allí; que Will Atkins había muerto; que cinco de los españoles se habían marchado; y que, aunque los salvajes no los habían molestado demasiado, sí habían tenido algunos enfrentamientos con ellos. También le habían rogado que me escribiera para recordarme la promesa que les había hecho de ir a buscarlos, a fin de que pudieran volver a ver su patria antes de morir.

Pero, en efecto, me había embarcado en una aventura absurda, y quienes deseen saber algo más de mí tendrán que acompañarme en una nueva sucesión de locuras, penalidades y aventuras extravagantes. En ellas podrá observarse debidamente la justicia de la Providencia y comprobarse con qué facilidad el Cielo puede hartarnos de nuestros propios deseos, convertir en aflicción nuestros anhelos más intensos y castigarnos con mayor severidad precisamente mediante aquellas cosas cuya posesión consideramos la mayor felicidad que podríamos alcanzar.

Tuviera o no tuviera algún motivo para hacerlo, me marché. Ya no es momento de extenderme sobre las razones o la insensatez de mi conducta, sino de continuar con la historia. Me había embarcado para aquel viaje y, en efecto, lo emprendí.

Solo añadiré unas palabras acerca de mi honrado clérigo papista. Por muy poco caritativa que sea la opinión que ellos tengan de nosotros y de todos los demás herejes, como nos llaman, creo sinceramente que aquel hombre era muy devoto y deseaba el bien de todos. No obstante, sospecho que moderaba muchas de sus expresiones para no ofenderme, pues apenas lo oí invocar una sola vez a la Santísima Virgen, mencionar a Santiago o referirse a su ángel de la guarda, aunque tales invocaciones fueran tan habituales entre los demás. En cualquier caso, repito que no tenía la menor duda de su sinceridad ni de sus piadosas intenciones. Estoy firmemente convencido de que, si los demás misioneros papistas fueran como él, se esforzarían por visitar incluso a los pobres tártaros y lapones, donde nada tienen que ganar, en lugar de limitarse a acudir en masa a la India, Persia, China y otros países paganos de inmensa riqueza. Porque,

si no esperaban obtener beneficio alguno para su Iglesia, bien podría uno preguntarse cómo llegaron a admitir al chino Confucio en el calendario de los santos cristianos.

Un barco estaba a punto de zarpar hacia Lisboa y mi piadoso sacerdote me pidió permiso para viajar en él, pues, como observó, parecía condenado a no terminar jamás ninguno de los viajes que emprendía. ¡Qué feliz habría sido para mí haberlo acompañado! Pero ya era demasiado tarde. Todo cuanto dispone el Cielo es para bien: si me hubiera marchado con él, nunca habría tenido tantas cosas por las que estar agradecido, y el lector jamás habría conocido la segunda parte de los viajes y aventuras de Robinson Crusoe. Así que debo dejar de lamentarme por mi propia conducta y continuar con mi relato.

Desde el Brasil cruzamos directamente el océano Atlántico rumbo al cabo de Buena Esperanza. Tuvimos una travesía bastante buena: navegamos por lo general hacia el sudeste, aunque de vez en cuando nos sorprendieron algunas tormentas y vientos contrarios. Pero mis desventuras en el mar habían llegado a su fin. Mis futuros contratiempos y desgracias me aguardaban en tierra, para que quedara demostrado que esta podía estar tan dispuesta como el mar a convertirse en nuestro azote.

Nuestro barco realizaba un viaje comercial y llevaba a bordo un sobrecargo, encargado de dirigir todas sus operaciones una vez llegáramos al cabo. Lo único que lo limitaba era el número de días de estancia establecido en el contrato para cada uno de los puertos que debíamos visitar. Nada de aquello era asunto mío, ni me entrometí en ello: mi sobrino, el capitán, y el sobrecargo acordaban entre ellos lo que consideraban más conveniente.

No permanecimos en el cabo más tiempo del necesario para abastecernos de agua dulce, y continuamos lo antes posible hacia la costa de Coromandel. En efecto, nos habían informado de que un buque de guerra francés de cincuenta cañones y dos grandes barcos mercantes habían partido rumbo a las Indias. Como sabía que estábamos en guerra con Francia, sentí cierta inquietud por la posibilidad de encontrárnoslos; pero siguieron su propio rumbo y no volvimos a tener noticias de ellos.

No quiero aburrir al lector con una descripción interminable de los lugares, diarios de navegación, variaciones de la brújula, latitudes, vientos alisios y demás asuntos semejantes. Basta con mencionar los puertos y lugares

donde hicimos escala y lo que nos ocurrió durante las travesías de uno a otro.

Nuestra primera escala fue en la isla de Madagascar. Aunque sus habitantes son feroces y traicioneros, y están muy bien armados con lanzas y arcos, que manejan con una destreza inconcebible, durante un tiempo nos fue bastante bien con ellos. Nos trataron con mucha cortesía y, a cambio de algunas baratijas que les dimos, como cuchillos, tijeras y otros objetos semejantes, nos trajeron once buenos bueyes, gordos y de tamaño mediano. Los embarcamos, en parte para disponer de carne fresca durante los días siguientes y, el resto, para salarlo y reservarlo para el consumo de la tripulación.

Tuvimos que permanecer allí algún tiempo después de habernos abastecido de provisiones. Yo, que siempre he sido demasiado curioso y he sentido deseos de explorar hasta el último rincón del mundo adonde llegaba, desembarcaba siempre que podía.

Una tarde desembarcamos en la costa oriental de la isla. Sus habitantes, que por cierto eran muy numerosos, acudieron en tropel a nuestro alrededor y se quedaron observándonos desde cierta distancia. Como habíamos comerciado libremente con ellos y nos habían tratado con amabilidad, no creíamos correr peligro. Sin embargo, al verlos acercarse, cortamos tres ramas de un árbol y las clavamos en el suelo, a cierta distancia de nosotros.

Por lo visto, en aquel país aquello no solo era señal de tregua y amistad, sino que, cuando la otra parte aceptaba el ofrecimiento, debía levantar también tres postes o ramas, como señal de que aceptaba la tregua. Existía una condición bien conocida para aquel acuerdo: ninguna de las partes podía rebasar las tres señales de la otra. Nosotros no debíamos avanzar más allá de sus tres postes en dirección a ellos, ni ellos podían cruzar nuestras tres ramas para acercarse a nosotros. De ese modo, cada parte quedaba perfectamente segura dentro del espacio delimitado por sus propias señales, mientras que toda la franja comprendida entre unas y otras se consideraba una especie de mercado abierto, donde podían celebrarse conversaciones, intercambios y transacciones comerciales con plena libertad.

Al acudir a aquel espacio, nadie debía llevar armas. Si ellos entraban en él, dejaban sus jabalinas y lanzas junto a los primeros postes y se

acercaban desarmados. Pero, si alguien les hacía violencia y con ello se rompía la tregua, corrían de inmediato hacia sus señales, recogían sus armas y daban por terminado el acuerdo.

Una tarde, cuando desembarcamos, acudió un número de habitantes mayor de lo habitual, aunque todos se mostraron muy amistosos y corteses. Trajeron distintas clases de alimentos, por los que les pagamos con las baratijas que llevábamos. Las mujeres también nos ofrecieron leche, raíces y otras cosas que nos resultaron muy agradables. Todo transcurrió en perfecta calma. Construimos una pequeña tienda o choza con algunas ramas y árboles, y nos dispusimos a pasar la noche en tierra.

No sé cuál fue el motivo, pero yo no me sentía tan tranquilo durmiendo en la costa como los demás. La barca estaba fondeada a unos treinta metros de la orilla, con dos hombres a bordo para vigilarla. Hice que uno de ellos desembarcara y, después de recoger algunas ramas para cubrirnos también en la embarcación, extendí la vela sobre el fondo de la barca y me acosté allí, protegido durante toda la noche por el cobijo de aquellas ramas.

Hacia las dos de la madrugada oímos a uno de nuestros hombres hacer un ruido espantoso en la orilla. Gritaba pidiendo, por el amor de Dios, que acercáramos la barca y fuéramos a socorrerlos, pues estaban a punto de ser asesinados. Al mismo tiempo oí disparar cinco mosquetes, que era el número de armas de fuego que tenían, y aquello se repitió tres veces. Por lo visto, los nativos de aquella región no se asustaban tan fácilmente con las armas de fuego como los salvajes de América con los que yo había tenido que tratar.

Mientras todo esto sucedía, yo ignoraba por completo qué estaba pasando. Pero, al despertarme sobresaltado por el estruendo, ordené que acercaran inmediatamente la barca y resolví desembarcar para ayudar a nuestros hombres con los tres fusiles que teníamos a bordo. Pronto llegamos a la orilla, pero nuestros hombres tenían demasiada prisa por escapar: en cuanto nos acercamos, se lanzaron al agua para llegar a la barca lo más rápidamente posible, perseguidos por entre trescientos y cuatrocientos hombres.

En total, nuestros hombres eran solo nueve, y únicamente cinco llevaban fusiles. Los demás tenían pistolas y espadas, ciertamente, pero de poco podían servirles en aquellas circunstancias.

Con bastante dificultad conseguimos recoger a siete de ellos. Tres estaban gravemente heridos. Y lo peor era que, mientras permanecíamos en la barca para subirlos a bordo, corríamos tanto peligro como ellos en tierra, pues los indígenas nos lanzaban una lluvia tan densa de flechas que tuvimos que proteger el costado de la embarcación con los bancos y dos o tres tablas sueltas que, para nuestra enorme satisfacción, llevábamos allí por pura casualidad. Y, sin embargo, de haber sido de día, al parecer aquellos hombres eran tan certeros tiradores que, si hubieran podido distinguir siquiera una pequeña parte de cualquiera de nosotros, nos habrían alcanzado sin falta.

A la luz de la luna alcanzábamos a verlos un poco mientras, desde la orilla, nos arrojaban dardos y flechas. Preparamos nuestras armas de fuego y les disparamos una descarga. Por los gritos de algunos de ellos, pudimos advertir que habíamos herido a varios. Aun así, permanecieron formados en orden de combate en la playa hasta el amanecer. Supusimos que esperaban a que hubiera suficiente luz para apuntarnos con mayor precisión.

En aquellas condiciones permanecimos sin poder movernos, pues no sabíamos cómo levar el ancla ni desplegar la vela: para hacerlo teníamos que ponernos de pie en la barca, y aquellos hombres podían alcanzarnos con tanta seguridad como nosotros podríamos acertar a un pájaro posado en un árbol con perdigones.

Hicimos señales de socorro al barco. Aunque se encontraba a una legua de distancia, mi sobrino, el capitán, al oír nuestros disparos y distinguir con el catalejo la posición en que nos hallábamos y que disparábamos hacia la costa, comprendió bastante bien lo que sucedía. Levó anclas a toda prisa y acercó el barco tanto a la orilla como se atrevió. Después envió otra barca con diez hombres para socorrernos.

Les gritamos que no se acercaran demasiado y les explicamos en qué situación nos encontrábamos. Sin embargo, avanzaron hasta aproximarse a nosotros. Uno de los hombres tomó en la mano el extremo de un cabo de remolque y, manteniendo nuestra barca entre él y el enemigo para que no pudieran verlo con claridad, nadó hasta nosotros y sujetó el cabo a nuestra embarcación. Entonces largamos un pequeño cabo y, dejando atrás el ancla, permitimos que nos remolcaran fuera del alcance de las flechas, mientras todos permanecíamos agachados detrás de la barricada que habíamos improvisado.

En cuanto salimos del espacio comprendido entre el barco y la orilla y pudimos situar el costado de la nave frente a la playa, el barco avanzó pegado a la costa y descargó una andanada contra ellos. Los cañones estaban cargados con trozos de hierro y plomo, perdigones y otros proyectiles semejantes, además de las balas de gran calibre. Aquello causó una terrible carnicería entre los atacantes.

Una vez a bordo y fuera de peligro, tuvimos tiempo de averiguar qué había provocado aquel enfrentamiento. Nuestro sobrecargo, que había estado muchas veces en aquellas regiones, fue quien me hizo investigar el asunto. Aseguraba que los habitantes no nos habrían atacado después de haber establecido una tregua, a menos que hubiéramos hecho algo para provocarlos.

Finalmente, descubrimos lo ocurrido. Una anciana había entrado en nuestro perímetro para vendernos leche, acompañada por una muchacha que también nos había traído algunas raíces o hierbas. Mientras la vieja —pues no pudimos averiguar si era o no la madre de la joven— nos vendía la leche, uno de nuestros hombres se propasó con la muchacha que la acompañaba. La anciana armó un gran escándalo, pero el marinero no quiso renunciar a su presa y se llevó a la joven adentrándose entre los árboles, donde la anciana ya no pudiera verla, pues ya casi había oscurecido.

La anciana se marchó sin ella y, como podemos suponer, dio la voz de alarma entre los suyos. Al recibir la noticia, estos reunieron aquel gran ejército contra nosotros en apenas tres o cuatro horas. Por muy poco no acabamos todos muertos.

Uno de nuestros hombres murió al comienzo del ataque, alcanzado por una lanza que le arrojaron justo cuando salía de la tienda que habían construido. Los demás escaparon sin heridas, salvo el individuo que había sido la causa de toda aquella desgracia y que pagó muy caro su brutalidad, pues durante mucho tiempo no supimos qué había sido de él.

Permanecimos en la costa dos días más, aunque el viento era favorable. Hicimos señales para que regresara y enviamos nuestra barca a recorrer la orilla durante varias leguas, de un lado a otro, pero todo fue en vano. Al final tuvimos que darlo por perdido. Y, si solo él hubiera sufrido las consecuencias de su conducta, la pérdida habría sido menor.

Sin embargo, no podía resignarme sin intentar una vez más desembarcar para averiguar algo acerca de él o de los indígenas. Era la tercera noche después del ataque y tenía grandes deseos de descubrir, si me era posible, qué daño les habíamos causado y cómo habían quedado las cosas por parte de los nativos. Tuve cuidado de hacerlo en la oscuridad, para evitar que volvieran a atacarnos. Pero, en realidad, debería haberme asegurado primero de que los hombres que me acompañaban estaban bajo mis órdenes antes de emprender una acción tan peligrosa y perjudicial como aquella en la que, sin proponérmelo, terminé envuelto.

Llevamos con nosotros a veinte de los hombres más robustos del barco, además del sobrecargo y de mí mismo. Desembarcamos dos horas antes de medianoche, en el mismo lugar donde los indígenas habían formado sus filas la tarde anterior.

Elegí aquel sitio porque, como ya he dicho, mi principal propósito era comprobar si habían abandonado el terreno y si habían dejado alguna señal del daño que les habíamos causado. Pensé que, si conseguíamos sorprender a uno o dos de ellos, quizá podríamos recuperar a nuestro hombre mediante un intercambio.

Desembarcamos sin hacer ruido y dividimos a nuestros hombres en dos grupos: uno quedó al mando del contramaestre y el otro al mío. No vimos ni oímos movimiento alguno cuando llegamos a tierra. Avanzamos hacia el lugar, cada grupo a cierta distancia del otro.

Al principio no distinguíamos nada, pues la oscuridad era muy profunda. Pero, al cabo de un rato, nuestro contramaestre, que encabezaba el primer grupo, tropezó y cayó sobre un cadáver. Aquello los hizo detenerse un momento. Como, por las circunstancias, comprendieron que se encontraban en el mismo lugar donde habían estado formados los indígenas, esperaron a que yo llegara.

Decidimos aguardar hasta que saliera la luna, lo que sabíamos que ocurriría en menos de una hora. Entonces podríamos distinguir fácilmente los estragos que habíamos causado entre ellos.

Contamos treinta y dos cuerpos tendidos en el suelo, dos de los cuales aún no estaban del todo muertos. A algunos les habían arrancado de un disparo un brazo; a otros, una pierna, y a uno, la cabeza. Supusimos que se habían llevado a los heridos.

Cuando consideré que habíamos averiguado todo lo que podíamos descubrir, resolví regresar al barco. Pero el contramaestre y sus hombres me hicieron saber que estaban decididos a visitar la aldea indígena donde vivían aquellos perros, como ellos los llamaban, y me pidieron que los acompañara. Si conseguían encontrarlos, cosa que todavía creían posible, no dudaban de que obtendrían un buen botín. Además, quizá pudieran encontrar allí a Tom Jeffry, que era el nombre del hombre desaparecido.

Si me hubieran pedido permiso para ir, habría sabido muy bien qué contestarles: habría ordenado que regresaran inmediatamente a bordo, pues sabía que no debíamos correr semejante riesgo. Teníamos un barco y su cargamento bajo nuestra responsabilidad, y debíamos completar un viaje cuya seguridad dependía en gran medida de que nuestros hombres conservaran la vida. Pero, como se limitaron a comunicarme que estaban decididos a ir y solo me pidieron que los acompañara junto con mis hombres, me negué rotundamente y me puse en pie, pues hasta entonces había estado sentado en el suelo, dispuesto a regresar a la barca.

Uno o dos hombres comenzaron a insistir en que los acompañara. Cuando me negué, empezaron a murmurar y dijeron que no estaban bajo mis órdenes y que irían de todos modos.

—Vamos, Jack —dijo uno de ellos—, ¿vienes conmigo? Yo, desde luego, voy.

Jack respondió que sí. Después se sumó otro y, en resumidas cuentas, todos me abandonaron, salvo uno al que convencí para que se quedara y un muchacho que había permanecido en la barca.

Así pues, el sobrecargo, el tercer hombre y yo regresamos a la embarcación. Les dijimos que los esperaríamos allí y que nos encargaríamos de recoger a todos los que quedaran con vida. Les advertí que lo que pretendían hacer era una locura y que suponía que la mayoría acabaría sufriendo la misma suerte que Tom Jeffry.

Como buenos marineros, me aseguraron que responderían de su regreso y que tomarían todas las precauciones necesarias. Dicho esto, se marcharon.

Les rogué que pensaran en el barco y en el viaje; que sus vidas no les pertenecían por entero, pues tenían cierta responsabilidad sobre aquella

expedición. Si les ocurría alguna desgracia, el barco podía perderse por falta de sus servicios, y no podrían responder de ello ni ante Dios ni ante los hombres.

Pero habría sido lo mismo que hablarle al palo mayor del barco. Estaban obsesionados con aquella expedición. Solo me dirigieron palabras tranquilizadoras y me rogaron que no me enfadara. Aseguraron que no dudaban de que regresarían, a más tardar, en una hora. Según decían, la aldea indígena no se encontraba a más de media milla de distancia, aunque después descubrieron que estaba a más de dos millas cuando por fin llegaron a ella.

Todos se marcharon y, aunque la empresa era desesperada y solo unos locos se habrían atrevido a emprenderla, hay que reconocer que actuaron con tanta cautela como audacia. Iban magníficamente armados: cada hombre llevaba un fusil o mosquete, una bayoneta y una pistola; algunos tenían anchos sables de abordaje, otros espadas cortas, y el contramaestre y otros dos llevaban hachas de asta. Además, entre todos sumaban trece granadas de mano. Jamás hubo hombres más valientes ni mejor equipados para emprender una acción tan perversa. Al salir, su principal propósito era el saqueo y abrigaban grandes esperanzas de encontrar oro; pero un hecho que ninguno de ellos había previsto los encendió de ira y los convirtió a todos en auténticos demonios.

Cuando llegaron a las pocas casas indígenas que habían tomado por el pueblo, y que no estaban a más de media milla, sufrieron una gran decepción: no había más de doce o trece casas, y no tenían idea de dónde se encontraba el pueblo ni de cuán grande era. Así pues, deliberaron sobre qué debían hacer y tardaron un rato en decidirse. Si atacaban aquellas casas, tendrían que degollar a todos sus habitantes; y era muy probable que alguno consiguiera escapar, pues era de noche, aunque había luna, y, si uno lograba huir, correría a dar la alarma por todo el pueblo, de modo que tendrían a un ejército entero encima. Por otra parte, si se marchaban y dejaban intactas aquellas viviendas, cuyos habitantes dormían profundamente, no sabrían hacia dónde dirigirse para encontrar el pueblo. Sin embargo, esta última opción les pareció la más sensata, así que resolvieron dejarlas atrás y buscar el pueblo lo mejor que pudieran.

Avanzaron un trecho y encontraron una vaca atada a un árbol. Enseguida concluyeron que podía servirles de guía: según dijeron, el animal debía pertenecer al pueblo que tenían delante o al que habían dejado atrás; si la

desataban, podrían ver hacia dónde se dirigía. Si regresaba, no tendrían nada que hacer con ella; pero, si seguía adelante, la seguirían. Así pues, cortaron la cuerda, hecha de juncos trenzados, y la vaca echó a andar delante de ellos, llevándolos directamente al pueblo. Según contaron después, este constaba de más de doscientas casas o chozas, y en algunas vivían varias familias juntas.

Allí encontraron a todos sumidos en el silencio, profundamente confiados en la seguridad que les proporcionaba el sueño. Convocaron primero otro consejo para decidir qué debían hacer y enseguida resolvieron dividirse en tres grupos y prender fuego a tres casas situadas en distintos puntos del pueblo. A medida que los hombres salieran, los apresarían y los atarían; si alguno se resistía, no hacía falta preguntar qué harían con él. Después registrarían las demás viviendas en busca de botín. Pero antes decidieron atravesar el pueblo en silencio, calcular su extensión y determinar si podían aventurarse a atacarlo.

Así lo hicieron y, con desesperada resolución, decidieron lanzarse sobre sus habitantes. Pero, mientras se animaban unos a otros para llevar a cabo la empresa, tres de ellos, que iban algo adelantados respecto a los demás, los llamaron a voces y les anunciaron que habían encontrado a... ¡Tom Jeffry! Todos corrieron hacia el lugar y allí encontraron al pobre hombre colgado, desnudo, de un brazo, con la garganta cortada. Junto al árbol había una casa indígena en la que hallaron a dieciséis o diecisiete de los principales indígenas que habían participado en el enfrentamiento anterior con nosotros; dos o tres de ellos estaban heridos por nuestros disparos. Nuestros hombres descubrieron que estaban despiertos y conversaban entre sí dentro de la casa, aunque no sabían cuántos eran en total.

La visión de su pobre compañero, tan cruelmente mutilado, los enfureció tanto como antes, y se juraron unos a otros que se vengarían y que ningún indígena que cayera en sus manos recibiría cuartel. Se pusieron manos a la obra de inmediato, aunque no con tanta locura como cabría esperar de la rabia y la furia que los dominaban. Lo primero que hicieron fue buscar algo que prendiera fuego con rapidez, pero, tras registrar un poco, comprendieron que aquello no serviría: la mayoría de las casas eran bajas y estaban techadas con juncos y carrizos, de los que abundaba aquella región. Así que prepararon enseguida lo que llamamos un fuego incendiario: humedecieron un poco de pólvora en la palma de las manos y,

en apenas un cuarto de hora, prendieron fuego al pueblo en cuatro o cinco lugares, especialmente a la casa en la que los indígenas aún no se habían acostado.

En cuanto las llamas comenzaron a elevarse, aquellas pobres criaturas, aterrorizadas, salieron precipitadamente para salvar la vida, pero encontraron la muerte al intentarlo. Sobre todo en la puerta, donde nuestros hombres las obligaban a retroceder; el propio contramaestre mató a una o dos con su hacha de asta. Como la casa era grande y había mucha gente dentro, no quiso entrar; pidió una granada de mano y la arrojó entre ellos. Al principio los aterrorizó, pero, cuando estalló, causó tal estrago que todos prorrumpieron en espantosos alaridos. En resumen, casi todos los indígenas que se encontraban en la parte abierta de la casa murieron o resultaron heridos por la granada, salvo dos o tres que se abalanzaron hacia la puerta. El contramaestre y otros dos la mantenían cerrada, con las bayonetas caladas en sus armas, y abatían a cuantos intentaban salir. Pero había otra estancia en la casa donde se encontraban el príncipe o rey, o lo que fuera, y varios más. Estos quedaron atrapados allí hasta que la casa, que para entonces ardía por completo, se desplomó sobre ellos y todos murieron asfixiados.

Durante todo aquel tiempo no dispararon ni un solo tiro, porque no querían despertar a los habitantes más deprisa de lo que podían dominarlos. Sin embargo, el fuego comenzó a despertarlos con suficiente rapidez, y nuestros hombres se alegraron de mantenerse agrupados en pequeños destacamentos. Las llamas se extendieron con tanta violencia —pues todas las casas estaban hechas de materiales ligeros e inflamables— que el calor resultaba casi insoportable incluso al otro lado de la calle. Su tarea consistía en seguir el avance del fuego para asegurarse de que nadie escapara: tan pronto como las llamas obligaban a salir a los habitantes de las casas incendiadas, o los aterrorizaban hasta hacerlos abandonar las demás, nuestros hombres los aguardaban en las puertas para golpearlos en la cabeza. Mientras tanto, se llamaban y gritaban unos a otros, recordándose que no debían olvidar a Tom Jeffry.

Mientras todo aquello sucedía, confieso que me sentía muy intranquilo, sobre todo cuando vi las llamas del pueblo, que, debido a la oscuridad de la noche, parecían estar muy cerca de mí. Mi sobrino, el capitán, que se había alarmado al ver semejante incendio, estaba sumamente inquieto, pues no sabía qué ocurría ni qué peligro corría yo; especialmente al oír

también los disparos, porque para entonces nuestros hombres ya habían empezado a utilizar sus armas de fuego. Mil pensamientos lo atormentaban acerca de mí y del sobrecargo, y de lo que podría sucedernos. Finalmente, aunque apenas podía prescindir de más hombres, y sin saber en qué apuros podríamos encontrarnos, tomó otra embarcación y vino a tierra con trece hombres y él mismo.

Se sorprendió al verme a mí y al sobrecargo en la embarcación, acompañados por tan solo dos hombres. Aunque se alegró de comprobar que estábamos bien, compartía nuestra impaciencia por averiguar qué estaba sucediendo, pues el estruendo continuaba y las llamas crecían. En pocas palabras, habría sido casi imposible que cualquier hombre del mundo contuviera la curiosidad de saber qué había ocurrido o la preocupación por la seguridad de los demás. En una palabra, el capitán me dijo que iría a ayudar a sus hombres, sucediera lo que sucediese. Le expuse los mismos argumentos que antes había empleado con los demás: la seguridad del barco, los peligros del viaje, los intereses de los armadores y comerciantes, y todo lo demás. Le dije que los dos hombres y yo iríamos a ver si, desde cierta distancia, podíamos averiguar qué desenlace cabía esperar, y que regresaríamos para informarle.

De nada sirvió hablar con mi sobrino, como tampoco había servido hablar con los otros. Insistió en que iría, y añadió que ojalá hubiera dejado al menos diez hombres a bordo, pues no podía soportar la idea de que sus hombres se perdieran por falta de ayuda. Prefería perder el barco, el viaje, la vida y todo lo demás antes que abandonarlos. Y se marchó.

Ahora yo era tan incapaz de quedarme atrás como lo había sido de convencerlos para que no fueran. El capitán ordenó a dos hombres que regresaran remando en la pinaza para traer a otros doce, y dejó la lancha mayor fondeada. A su regreso, seis hombres se quedarían a cargo de las dos embarcaciones y otros seis vendrían detrás de nosotros. De ese modo, solo dejó a dieciséis hombres a bordo, pues toda la tripulación del barco constaba de sesenta y cinco, de los cuales dos habían muerto en la reciente disputa que había provocado aquella desgracia.

Una vez en marcha, avanzábamos tan deprisa que apenas sentíamos el suelo bajo nuestros pies. Guiados por el resplandor del incendio, no seguimos ningún camino, sino que nos dirigimos directamente hacia las llamas. Si antes nos había sorprendido el estruendo de los disparos, ahora los gritos de aquellas pobres gentes eran de una naturaleza muy distinta y

nos llenaban de horror.

Debo confesar que nunca había presenciado el saqueo de una ciudad ni la toma de una población por asalto. Había oído hablar de cómo Oliver Cromwell tomó Drogheda, en Irlanda, y mató a hombres, mujeres y niños; también había leído que el conde de Tilly saqueó la ciudad de Magdeburgo y degolló a veintidós mil personas de ambos sexos. Pero hasta entonces nunca me había formado una idea de lo que aquello significaba en realidad. Ni siquiera es posible describirlo, ni expresar el horror que se apoderó de nosotros al escucharlo.

Sin embargo, seguimos adelante y, por fin, llegamos al pueblo, aunque el fuego hacía imposible entrar en sus calles. Lo primero que encontramos fue lo que quedaba de una choza o casa, o, mejor dicho, sus cenizas, pues había quedado completamente consumida. Justo delante, ahora claramente visible a la luz de las llamas, yacían cuatro hombres y tres mujeres muertos; creímos que uno o dos más estaban entre los restos calcinados. En resumen, presenciamos muestras de una furia tan bárbara y de una violencia que parecía ir más allá de lo humano, que nos resultaba imposible creer que nuestros hombres fueran capaces de semejantes atrocidades; y, si realmente eran sus autores, pensábamos que todos y cada uno merecían la más terrible de las muertes.

Pero aquello no era todo. Vimos que el fuego avanzaba y que los gritos continuaban a medida que las llamas se extendían, de modo que nos encontrábamos sumidos en la mayor confusión. Avanzamos un poco más y, para nuestro asombro, vimos aparecer a tres mujeres desnudas que corrían hacia nosotros, lanzando gritos espantosos, como si tuvieran alas. Tras ellas venían dieciséis o diecisiete hombres indígenas, aterrorizados y consternados en igual medida; y, a la zaga, tres de nuestros carniceros ingleses. Al ver que no podían alcanzarlos, estos dispararon contra el grupo, y uno de los perseguidos cayó muerto ante nuestros ojos.

Cuando los demás nos vieron, creyendo que también éramos sus enemigos y que los mataríamos igual que quienes los perseguían, lanzaron un alarido espantoso, sobre todo las mujeres. Dos de ellas cayeron al suelo como si ya estuvieran muertas de puro terror.

Se me encogió el alma y la sangre se me heló en las venas al contemplar aquello. Creo que, si los tres marineros ingleses que los perseguían hubieran seguido acercándose, habría ordenado a nuestros hombres que

los mataran a todos. Sin embargo, hicimos algunas señales para que aquellas pobres criaturas que huían comprendieran que no les haríamos daño. Enseguida se acercaron a nosotros y, arrodillándose con las manos levantadas, nos suplicaron lastimosamente que las salváramos. Les hicimos entender que así lo haríamos, y entonces se agruparon a nuestras espaldas, muy juntos, buscando nuestra protección.

Dejé a mis hombres formados y les ordené que no hicieran daño a nadie, sino que, si les era posible, buscaran a algunos de los nuestros, averiguaran qué demonio se había apoderado de ellos, qué pretendían hacer, y ordenarles que cesaran y se apartaran de allí. Les aseguré que, si permanecían allí hasta el amanecer, tendrían a cien mil hombres encima. Dicho esto, los dejé y me acerqué a aquellas gentes que huían, acompañado tan solo por dos de nuestros hombres. Lo que encontramos allí era, en verdad, un espectáculo lamentable. Algunos tenían los pies terriblemente quemados por haber corrido y pisoteado las brasas; otros tenían las manos abrasadas. Una de las mujeres había caído entre las llamas y se había quemado gravemente antes de conseguir salir. Dos o tres hombres presentaban cortes en la espalda y los muslos, causados por nuestros perseguidores, y otro tenía una bala que le había atravesado el cuerpo; murió mientras yo estaba allí.

Habría querido averiguar qué había provocado todo aquello, pero no entendía ni una palabra de lo que decían. Por sus gestos, sin embargo, comprendí que algunos de ellos tampoco sabían cuál había sido la causa. Estaba tan horrorizado ante aquella agresión desmedida que no pude permanecer allí. Regresé junto a mis hombres y resolví dirigirme al centro del pueblo, atravesando el fuego o cualquier otro obstáculo que encontrara, para poner fin a aquello a cualquier precio.

Al volver con mis hombres, les comuniqué mi decisión y les ordené que me siguieran. En ese preciso instante aparecieron cuatro de los nuestros, encabezados por el contramaestre. Avanzaban entre montones de cadáveres que ellos mismos habían dejado, cubiertos de sangre y polvo, como si todavía buscaran más personas a las que masacrar. Nuestros hombres les gritaron con todas sus fuerzas. Costó bastante que uno de ellos los oyera, pero al fin lo consiguió, reconoció quiénes éramos y se acercaron a nosotros.

En cuanto el contramaestre nos vio, lanzó un grito de triunfo, pues creyó que había llegado más ayuda. Sin esperar a escucharme, exclamó:

—¡Capitán, noble capitán! ¡Me alegro de que haya venido! ¡Todavía no hemos terminado ni la mitad! ¡Malditos perros, engendros del infierno! ¡Mataré a tantos como pelos tenía el pobre Tom en la cabeza! ¡Hemos jurado no perdonar a ninguno! ¡Borraremos a toda esa nación de la faz de la tierra!

Y siguió hablando sin aliento, gesticulando, sin dejarnos pronunciar una sola palabra. Por fin alcé la voz para hacerlo callar un momento.

—¡Perro bárbaro! ¿Qué estáis haciendo? ¡No permitiré que se toque a una sola criatura más, bajo pena de muerte! Te ordeno, por tu propia vida, que pongas fin a esta matanza y te quedes aquí quieto, o morirás en este mismo instante.

—Pero, señor —respondió—, ¿sabe lo que está haciendo? ¿Sabe lo que han hecho ellos? Si quiere una explicación de lo que hemos hecho, venga aquí.

Y, al decir esto, me mostró al pobre muchacho colgado, con la garganta cortada.

Confieso que aquello también me encendió la ira y que, en otras circunstancias, habría sido de los primeros en tomar parte en la venganza. Pero me pareció que habían llevado su furia demasiado lejos, y recordé las palabras de Jacob a sus hijos Simeón y Leví: "Maldita sea su ira, porque fue feroz; y su cólera, porque fue cruel".

Pero ahora tenía una nueva tarea entre manos. Cuando los hombres que me habían acompañado vieron aquel espectáculo, reaccionaron como yo, y tuve tanto trabajo para contenerlos como había tenido con los otros. Más aún: mi propio sobrino se puso de su parte y me dijo, delante de todos, que su única preocupación había sido evitar que nuestros hombres fueran vencidos por la superioridad numérica del enemigo. En cuanto a los indígenas, opinaba que ninguno merecía seguir con vida, pues todos se habían saciado con el asesinato del pobre hombre y debían ser tratados como asesinos.

Al oír aquello, ocho de mis hombres echaron a correr junto al contramaestre y su grupo para completar la sangrienta tarea. Al ver que ya no estaba en mi mano contenerlos, me marché abatido y entristecido. No podía soportar aquella visión, y mucho menos el espantoso estruendo y

los gritos de las pobres criaturas que caían en sus manos.

No conseguí que me acompañaran de regreso más que el sobrecargo y otros dos hombres. Con ellos emprendí el camino de vuelta a la embarcación. Confieso que fue una gran imprudencia por mi parte regresar prácticamente solo, pues ya casi amanecía y la alarma se había extendido por toda la región. En el pequeño lugar donde se encontraban las doce o trece casas que mencioné antes había unos cuarenta hombres armados con lanzas y ramas. Pero, por casualidad, pasé de largo sin encontrarme con ellos y llegué directamente a la orilla. Para cuando alcancé la costa, ya era pleno día.

Enseguida tomé la pinaza y me dirigí a bordo del barco; después la envié de vuelta para ayudar a nuestros hombres en cualquier eventualidad. Cuando llegué a la embarcación, observé que el fuego estaba casi extinguido y que el ruido había disminuido. Sin embargo, aproximadamente media hora después de haber subido a bordo, oí una descarga de armas de fuego de nuestros hombres y vi una gran humareda. Más tarde supe que se trataba de un ataque contra aquellos hombres que, como ya he dicho, estaban apostados junto a las pocas casas del camino. Nuestros hombres mataron a dieciséis o diecisiete de ellos e incendiaron todas las viviendas, aunque no hicieron daño a las mujeres ni a los niños.

Cuando los hombres regresaron a la orilla en la pinaza, nuestros compañeros empezaron a aparecer. No volvieron en dos grupos, como habían salido, sino dispersos y desperdigados por todas partes, de tal manera que una pequeña fuerza de hombres resueltos habría podido acabar con todos ellos. Pero el terror que inspiraban se había apoderado de toda la región. Los indígenas estaban tan sorprendidos y asustados que creo que cien de ellos habrían huido al ver tan solo a cinco de nuestros hombres.

En toda aquella terrible acción no hubo nadie que ofreciera una resistencia digna de mención. La sorpresa causada por el fuego y el ataque repentino de nuestros hombres en plena oscuridad los había desconcertado por completo, hasta el punto de que no sabían hacia dónde volverse. Si huían

en una dirección, se encontraban con un grupo; si retrocedían, daban con otro. Así, los derribaban por todas partes. Ninguno de nuestros hombres recibió el menor daño, salvo uno que se torció un pie y otro que se quemó una mano.

Capítulo X: Me Dejan En Tierra

Estaba muy enfadado con mi sobrino, el capitán, y, en realidad, con todos los hombres, aunque especialmente con él, tanto por haber incumplido sus deberes como comandante del barco y responsable del viaje, como por haber avivado, en lugar de apaciguar, la furia de aquellos hombres cegados por la ira, impulsándolos a cometer una acción tan sangrienta y cruel.

Mi sobrino me respondió con mucho respeto, pero me dijo que, cuando vio el cuerpo del pobre marinero al que habían asesinado de una manera tan cruel y bárbara, no fue dueño de sí mismo ni pudo dominar su pasión. Reconoció que, como comandante del barco, no debería haber actuado así; pero, como era un hombre y la naturaleza lo había impulsado, no había podido soportarlo.

En cuanto a los demás hombres, no estaban sometidos a mi autoridad, y lo sabían perfectamente; por eso no hicieron el menor caso de mi desaprobación. Al día siguiente zarpamos y nunca volvimos a saber nada más del asunto. Los hombres no se ponían de acuerdo sobre el número de personas que habían matado, pero, según los cálculos más fiables, entre todos habían matado o despedazado a unas ciento cincuenta personas, hombres, mujeres y niños, y no habían dejado en pie ni una sola casa del pueblo. Como el pobre Tom Jeffry ya estaba muerto —pues le habían cortado la garganta de tal manera que tenía la cabeza casi separada del cuerpo—, no habría servido de nada llevárselo. Se limitaron a bajarlo del árbol, donde colgaba de una mano.

Por muy justificada que nuestros hombres considerasen aquella acción, yo me opuse a ella, y desde entonces les repetí siempre que Dios haría fracasar el viaje. Consideraba que toda la sangre derramada aquella noche era responsabilidad de ellos y constituía un asesinato. Pues, aunque era cierto que habían matado a Tom Jeffry, también lo era que Jeffry había sido el agresor: había quebrantado la tregua y maltratado a una joven de aquella comunidad que se había acercado a ellos inocentemente, confiando en los términos del acuerdo público.

El contramaestre defendió su postura cuando estuvimos de nuevo a bordo. Dijo que, aunque pudiera parecer que nosotros habíamos quebrantado la tregua, realmente no lo habíamos hecho; que la guerra había comenzado la noche anterior por iniciativa de los propios indígenas, quienes nos habían disparado y matado a uno de nuestros hombres sin provocación alguna. Por tanto, si ahora estábamos en condiciones de combatirlos, también podíamos estarlo para hacernos justicia de una manera extraordinaria. Añadió que, aunque el pobre hombre se había tomado cierta libertad con la muchacha, no deberían haberlo asesinado, y mucho menos de una manera tan vil; que ellos no habían hecho más que lo justo y lo que las leyes de Dios permitían hacer con los asesinos.

Cualquiera habría pensado que aquello bastaría para advertirnos del peligro de desembarcar entre paganos y bárbaros. Pero es imposible hacer sabio al ser humano si no es a costa de sus propios sufrimientos, y parece que la experiencia solo le resulta verdaderamente útil cuando la paga al precio más alto.

Nuestro destino era ahora el golfo Pérsico y, desde allí, la costa de Coromandel, con una sola escala en Surat. Sin embargo, el principal objetivo del sobrecargo se encontraba en la bahía de Bengala; si no conseguía realizar sus negocios durante el viaje de ida, debía continuar hasta China y regresar luego por aquella costa al volver a casa.

El primer desastre que nos sobrevino ocurrió en el golfo Pérsico. Cinco de nuestros hombres desembarcaron imprudentemente en la costa árabe del golfo y fueron rodeados por los árabes; todos murieron o fueron llevados cautivos como esclavos. El resto de la tripulación de la embarcación no pudo rescatarlos y apenas tuvo tiempo de escapar con el bote.

Comencé a reprocharles que aquello era un justo castigo del cielo, pero el contramaestre me respondió con gran vehemencia que, a su parecer, mis censuras iban más allá de lo que podía justificar con las Escrituras. Me remitió al capítulo trece, versículo cuatro, del Evangelio de Lucas, donde Nuestro Señor indica que aquellos sobre quienes cayó la torre de Siloé no eran más pecadores que los demás galileos. Sin embargo, lo que me hizo guardar silencio en aquella ocasión fue que ninguno de los cinco hombres que acabábamos de perder había participado en el desembarco y la matanza de Madagascar, como yo siempre llamaba a aquel suceso, aunque nuestros hombres no soportaban oír la palabra matanza sin indignarse.

Pero mis frecuentes sermones sobre aquel asunto tuvieron consecuencias peores de las que esperaba. Un día, el contramaestre, que había sido el principal instigador de aquel intento, se presentó ante mí con aire desafiante y me dijo que había observado que yo no dejaba de sacar el asunto a relucir; que hacía comentarios injustos al respecto y había tratado muy mal a los hombres por aquella causa, especialmente a él. Añadió que yo no era más que un pasajero, que no tenía mando alguno en el barco ni participación en la dirección del viaje, por lo que ellos no estaban obligados a soportar mis reproches. Dijo que no sabían si yo tendría algún mal propósito en mente, quizá el de exigirles responsabilidades cuando regresaran a Inglaterra. Por tanto, a menos que yo resolviera dejar de hablar del asunto y, además, no volver a entrometerme en él ni en ninguno de sus asuntos, abandonaría el barco, pues no consideraba seguro navegar conmigo entre ellos.

Lo escuché con bastante paciencia hasta que terminó. Entonces le dije que reconocía haberme opuesto desde el principio a la matanza de Madagascar y haber expresado libremente mi opinión en todas las ocasiones, aunque no más contra él que contra cualquiera de los demás. En cuanto a que yo no tenía autoridad a bordo, era cierto; tampoco había ejercido ninguna, sino que simplemente me había tomado la libertad de expresar lo que pensaba sobre asuntos que nos afectaban públicamente a todos. En cuanto a mi participación en el viaje, no era asunto suyo. Yo era uno de los principales propietarios del barco. Consideraba que, por ese motivo, tenía derecho a hablar incluso más de lo que había hablado, y que no tenía que rendirle cuentas ni a él ni a nadie. Al decir esto, empecé a acalorarme un poco.

Él apenas me respondió en aquel momento, y pensé que el asunto había quedado zanjado. Nos encontrábamos entonces fondeados en la bahía de Bengala y, deseoso de conocer el lugar, desembarqué con el sobrecargo en el bote del barco para distraerme un rato. Al caer la tarde, cuando me disponía a regresar a bordo, uno de los hombres se acercó y me dijo que no me molestara en bajar hasta el bote, pues tenían órdenes de no volver a llevarme al barco.

Cualquiera puede imaginar la sorpresa que me causó recibir un mensaje tan insolente. Pregunté al hombre quién le había ordenado transmitírmelo.

—El patrón del bote —respondió.

Enseguida busqué al sobrecargo y le conté lo ocurrido, añadiendo que temía que se produjera un motín a bordo. Le rogué que regresara inmediatamente al barco y pusiera al capitán al corriente de lo sucedido. Pero podría haberme ahorrado aquella advertencia, pues, antes incluso de que yo se lo contara en tierra, todo se había consumado a bordo.

Tan pronto como yo me marché en el bote, el contramaestre, el artillero, el carpintero y todos los oficiales de menor rango se presentaron ante el capitán y le pidieron hablar con él. Entonces el contramaestre pronunció un largo discurso, repitió todo lo que me había dicho y explicó al capitán que, puesto que yo había desembarcado por voluntad propia y pacíficamente, no habían querido recurrir a la violencia conmigo; de no haberlo hecho, se habrían visto obligados a emplearla para forzarme a bajar a tierra.

Por consiguiente, consideraban oportuno comunicarle que, así como se habían enrolado para servir en el barco bajo su mando, cumplirían sus obligaciones con lealtad y fidelidad. Pero, si yo no abandonaba el barco, o si el capitán no me obligaba a hacerlo, todos ellos abandonarían el barco y no continuarían navegando con él.

Al pronunciar la palabra todos, volvió el rostro hacia el palo mayor. Aquello era, según parece, una señal previamente acordada. Los marineros se habían reunido allí y, al verla, gritaron:

—¡Todos a una! ¡Todos a una!

Mi sobrino, el capitán, era un hombre de carácter y de gran presencia de ánimo. Aunque la situación lo sorprendió, les respondió con calma que reflexionaría sobre el asunto, pero que no podía tomar ninguna decisión antes de hablar conmigo. Intentó hacerles ver lo irracional e injusto de aquella exigencia, pero todo fue inútil. Juraron y se estrecharon las manos unos a otros delante de él, asegurando que todos desembarcarían si no se comprometía a impedir que yo volviera a subir al barco.

Aquella era una exigencia muy difícil para él, pues conocía las obligaciones que tenía conmigo y no sabía cómo podría tomar yo semejante decisión. Así que comenzó a hablarles con firmeza. Les recordó que yo era uno de los principales propietarios del barco y que, si alguna vez regresaban a Inglaterra, aquello podría costarles muy caro. Les dijo que el barco era mío y que él no podía expulsarme de él; que prefería

perder la nave y el viaje entero antes que ofenderme de semejante manera. Por tanto, podían hacer lo que quisieran.

No obstante, añadió que iría a tierra para hablar conmigo e invitó al contramaestre a acompañarlo, con la esperanza de que quizá pudiéramos llegar a un acuerdo. Pero todos rechazaron la propuesta. Dijeron que no querían tener nada más que ver conmigo y que, si yo volvía a subir a bordo, todos desembarcarían.

—Bien —dijo el capitán—, si todos estáis decididos a ello, dejadme al menos ir a tierra y hablar con él.

Así pues, vino a verme y me contó lo sucedido, poco después de que me hubieran transmitido el mensaje del patrón del bote.

Me alegré muchísimo de ver a mi sobrino, debo confesarlo, pues no dejaba de temer que aquellos hombres lo retuvieran por la fuerza, zarparan y se apoderaran del barco. En tal caso, yo habría quedado desnudo y desamparado en un país remoto, sin nada con que valerme por mí mismo; o en otras palabras, me habría encontrado en una situación peor que cuando estaba solo en la isla.

Pero, para mi satisfacción, no habían llegado tan lejos. Cuando mi sobrino me contó lo que le habían dicho y cómo todos habían jurado, estrechándose las manos, que abandonarían el barco sin excepción si se me permitía volver a bordo, le dije que no se preocupara en absoluto, pues yo permanecería en tierra. Solo le pedí que se ocupara de enviarme todas mis pertenencias necesarias y que me dejara una cantidad suficiente de dinero. Con eso, encontraría la manera de regresar a Inglaterra lo mejor que pudiera.

Aquella noticia fue un duro golpe para mi sobrino, pero no había otra solución que aceptar mis condiciones. En resumen, regresó al barco y convenció a los hombres de que su tío había cedido ante sus exigencias y había pedido que le llevaran sus pertenencias a tierra. Así, el asunto quedó resuelto en unas pocas horas, los hombres volvieron a sus obligaciones y yo empecé a considerar qué rumbo debía tomar.

Me encontraba ahora solo en una de las regiones más remotas del mundo, pues estaba casi tres mil leguas más lejos de Inglaterra por mar que cuando me hallaba en mi isla. Es cierto que podía viajar por tierra a través

de los dominios del Gran Mogol hasta Surat; desde allí, navegar hasta Basora por el golfo Pérsico y seguir la ruta de las caravanas a través del desierto de Arabia hasta Alepo y Escanderoon. Luego podría volver a viajar por mar hasta Italia y, desde allí, atravesar Francia por tierra.

Tenía también otra posibilidad: esperar la llegada de algunos barcos ingleses que venían a Bengala desde Achín, en la isla de Sumatra, y conseguir un pasaje en uno de ellos para regresar a Inglaterra. Pero, como había llegado hasta allí sin tener relación alguna con la Compañía de las Indias Orientales, sería difícil marcharme sin su autorización, a menos que contara con el favor especial de los capitanes de los barcos o de los agentes comerciales de la compañía. Y yo era un completo desconocido para unos y otros.

Tuve entonces la amarga experiencia de ver cómo el barco zarpaba sin mí. Sin embargo, mi sobrino me dejó dos acompañantes, o, mejor dicho, un compañero y un criado. El primero era el escribiente del sobrecargo, a quien convenció para que me acompañara; el otro era su propio criado.

Después conseguí un buen alojamiento en casa de una inglesa, donde se hospedaban varios comerciantes: algunos franceses, dos italianos —o, mejor dicho, judíos— y otro inglés. Allí permanecí más de nueve meses, pensando qué rumbo debía tomar.

Llevaba conmigo algunas mercancías inglesas de valor y una suma considerable de dinero. Mi sobrino me había proporcionado mil piezas de a ocho y una carta de crédito por una suma adicional, si llegaba a necesitarla, de modo que no me faltara nada, ocurriera lo que ocurriese. Pronto vendí mis mercancías con buenas ganancias y, tal como había pensado desde el principio, compré allí algunos diamantes de excelente calidad. De todas las cosas que podía adquirir, eran las más apropiadas para mis circunstancias, pues podía llevar conmigo todo mi patrimonio sin dificultad.

Durante mi estancia me hicieron varias propuestas para regresar a Inglaterra, pero ninguna me convenció. Una mañana, el comerciante inglés que se alojaba conmigo, con quien había entablado una amistad bastante estrecha, se acercó y me dijo:

—Compatriota, tengo un proyecto que quiero proponerte. A mí me parece muy conveniente y, cuando lo hayas considerado detenidamente, quizá

también te lo parezca. Aquí estamos los dos, tú por accidente y yo por voluntad propia, en una parte del mundo muy alejada de nuestro país. Sin embargo, es una región donde quienes entendemos de comercio y negocios podemos ganar mucho dinero. Si aportas mil libras y yo pongo otras mil, alquilaremos un barco aquí, el primero que encontremos que nos convenga. Tú serás el capitán y yo el comerciante, y emprenderemos un viaje comercial a China. ¿Por qué habríamos de quedarnos quietos? El mundo entero está en movimiento. ¿Por qué nosotros habríamos de permanecer inactivos?

La propuesta me agradó mucho, y aún más porque parecía hecha con tanta buena voluntad. Dadas mis circunstancias, tan inestables y desordenadas, estaba especialmente dispuesto a aceptar una propuesta comercial, o cualquier otra que se presentara. Quizá podría decir con cierta verdad que, si el comercio no era mi elemento, sí lo era andar de un lugar a otro. Ninguna propuesta que me permitiera conocer una parte del mundo que aún no hubiera visitado podía resultarme inoportuna.

Sin embargo, pasó algún tiempo antes de que encontráramos un barco que nos satisficiera. Y, una vez conseguido, tampoco fue fácil reunir marineros ingleses; es decir, los suficientes para dirigir el viaje y hacerse cargo de los marineros que contratáramos allí. Finalmente conseguimos un primer oficial, un contramaestre y un artillero ingleses, un carpintero holandés y tres marineros de proa. Con ellos consideramos que podríamos arreglárnoslas bastante bien, completando la tripulación con marineros indios, fueran estos lo que fueran.

Cuando todo estuvo listo, zarpamos rumbo a Achín, en la isla de Sumatra, y desde allí nos dirigimos a Siam, donde intercambiamos algunas de nuestras mercancías por opio y aguardiente. El primero era un producto muy cotizado entre los chinos y, por aquel entonces, tenía allí una gran demanda. Después subimos hasta Saskan. Llevábamos ocho meses de viaje cuando regresamos a Bengala, y quedé muy satisfecho con el resultado de aquella aventura.

En Inglaterra, nuestros compatriotas suelen maravillarse de las enormes fortunas que acumulan los empleados que la Compañía envía a la India y los comerciantes que generalmente residen allí. Algunos regresan a casa con patrimonios de sesenta o setenta mil libras. Pero no hay tanto de qué asombrarse si tenemos en cuenta la innumerable cantidad de puertos y lugares donde disfrutan de libre comercio. En los puertos a los que llegan

los barcos ingleses existe una demanda grande y constante de productos procedentes de todos los demás países; de ese modo, siempre hay salida para las mercancías que traen de vuelta, así como mercados en el extranjero para los productos que llevan desde Inglaterra.

Con mi primera aventura gané tanto dinero y adquirí un conocimiento tan profundo de los métodos para ganar todavía más, que, de haber tenido veinte años menos, me habría sentido tentado a quedarme allí y no buscar ningún otro medio de hacer fortuna. Pero ¿qué podía significar todo aquello para un hombre de más de sesenta años, que ya era bastante rico y había salido al extranjero más por obedecer a su inquieto deseo de conocer el mundo que por la codicia de enriquecerse?

En verdad, era un deseo inquieto. Cuando estaba en casa, me consumían las ganas de salir al extranjero; y cuando me encontraba fuera, no podía dejar de desear estar de nuevo en casa. ¿Qué valor tenía, pues, aquella ganancia para mí? Ya era suficientemente rico y no sentía ninguna preocupación por conseguir más dinero. Por tanto, el beneficio del viaje no representaba un incentivo de gran peso para emprender nuevas aventuras.

Así pues, me parecía que aquel viaje no me había hecho avanzar en absoluto, pues había regresado, por así decirlo, al mismo lugar del que había partido, como si volviera a casa. Sin embargo, mis ojos, como aquellos de los que habla Salomón, nunca se cansaban de ver. Había llegado a una parte del mundo que jamás había visitado y, en particular, a una región de la que había oído hablar mucho y que estaba decidido a conocer tanto como me fuera posible. Después de aquello, pensaba que podría decir que había visto todo lo que merecía la pena ver en el mundo.

Mi compañero de viaje y yo teníamos, sin embargo, opiniones distintas. Reconozco que las suyas se ajustaban mucho mejor al propósito de la vida de un comerciante: cuando uno sale al extranjero en busca de oportunidades, lo más sensato es concentrarse en aquello que probablemente le proporcione mayores ganancias. La mía, por el contrario, era la opinión de un muchacho alocado y errante, que nunca se conforma con ver dos veces el mismo lugar.

Pero no era solo eso. Sentía cierta impaciencia por acercarme a mi hogar y, al mismo tiempo, no conseguía decidirme por un rumbo determinado. Mientras discutíamos estas cuestiones, mi amigo, que siempre estaba buscando nuevas oportunidades de negocio, propuso otro viaje a las islas

de las Especias para regresar con un cargamento de clavo de olor de Manila o de las regiones cercanas.

No tardamos mucho en preparar aquella expedición. La principal dificultad consistía en convencerme de que participara. Sin embargo, como no se presentaba ninguna otra oportunidad y, sobre todo, porque para mí permanecer inactivo era la parte más desgraciada de la vida, finalmente decidí emprender también aquel viaje. Lo realizamos con mucho éxito, haciendo escala en Borneo y en varias otras islas. Regresamos unos cinco meses después y vendimos nuestras especias con enormes beneficios a los comerciantes persas, que las transportaron al golfo Pérsico.

Cuando mi amigo y yo hicimos las cuentas, me sonrió y me dijo, con una especie de amistoso reproche por mi pereza:

—Bueno, ¿no es esto mejor que andar por aquí como un hombre que no tiene nada que hacer, perdiendo el tiempo en contemplar las tonterías y la ignorancia de los paganos?

—Pues, la verdad, amigo mío —le respondí—, creo que sí. Empiezo a convertirme a los principios del comercio. Pero debo advertirte una cosa: no sabes lo que estás haciendo. Si consigo vencer mi desgana y me entrego de lleno a estas empresas, aunque ya sea viejo, te haré recorrer el mundo de un lado a otro hasta agotarte. Porque me dedicaré a ello con tanto entusiasmo que no te dejaré descansar.

Capítulo XI: Advertido Del Peligro Por Un Paisano

Poco tiempo después llegó de Batavia un barco holandés. Era una embarcación de cabotaje, no un buque mercante europeo, de unas doscientas toneladas. Según decían sus hombres, habían estado tan enfermos que el capitán no contaba con tripulación suficiente para hacerse a la mar, por lo que se había quedado en Bengala. Y, al parecer, como había reunido bastante dinero o, por otras razones, deseaba regresar a Europa, anunció públicamente que vendería su barco. Me enteré de ello antes que mi nuevo socio, y me entraron muchas ganas de comprarlo; así que fui a verlo y se lo conté. Se quedó pensándolo un rato, pues tampoco era hombre que actuara a la ligera, y al fin respondió:

—Es un poco grande; sin embargo, nos lo quedaremos.

En consecuencia, compramos el barco y, tras llegar a un acuerdo con el capitán, pagamos el precio y tomamos posesión de él. Una vez hecho esto, decidimos contratar a los hombres, si era posible, para que se unieran a los que ya teníamos y continuaran con nosotros el negocio. Pero, de repente, resultó que, aunque no habían recibido sus salarios, sino su parte del dinero, según supimos después, no se encontraba ni uno solo de ellos. Preguntamos mucho por su paradero y, finalmente, nos dijeron que todos se habían marchado juntos por tierra a Agra, la gran ciudad donde residía el Gran Mogol, con intención de seguir desde allí hasta Surat y luego embarcarse rumbo al golfo de Persia.

Nada me había contrariado tanto en mucho tiempo como haber perdido la oportunidad de irme con ellos. Pensaba que una excursión semejante, y en compañía de hombres que a la vez me habrían protegido y entretenido, habría encajado magníficamente con mi gran proyecto; además, habría conocido mundo y, al mismo tiempo, habría avanzado en dirección a casa. Pero pocos días después me sentí mucho más satisfecho, cuando llegué a conocer qué clase de individuos eran. En pocas palabras, la historia era la siguiente: aquel hombre al que llamaban capitán no era más que el

artillero, no el comandante; habían realizado un viaje comercial durante el cual algunos malayos los habían atacado en tierra y habían matado al capitán y a tres de sus hombres. Después de la muerte del capitán, aquellos hombres, once en total, habían resuelto apoderarse del barco y huir con él; lo llevaron a Bengala y dejaron en tierra al segundo oficial y a otros cinco hombres.

En fin, fuera cual fuese la manera en que habían conseguido el barco, nosotros lo habíamos adquirido honradamente, o eso creíamos, aunque confieso que no investigamos los hechos con toda la exactitud que debíamos. Nunca interrogamos a los marineros, quienes sin duda habrían vacilado en sus declaraciones y se habrían contradicho unos a otros. De un modo u otro, habríamos tenido motivos para sospechar de ellos; pero aquel hombre nos mostró una escritura de compraventa del barco a favor de un tal Emanuel Clostershoven, o algo parecido, pues supongo que todo era una falsificación. Él mismo se hacía llamar así y nosotros no teníamos manera de contradecirlo. Además, como no sospechábamos nada, llevamos adelante el trato.

Después de aquello encontramos aquí algunos marineros ingleses más y también unos cuantos holandeses. Entonces resolvimos emprender un segundo viaje hacia el sudeste en busca de clavo de olor y otras mercancías, es decir, por las islas Filipinas y las de Malaca. En resumen, para no llenar esta parte de mi relato de insignificancias cuando lo que viene es tan extraordinario, pasé en este país seis años en total, comerciando de un puerto a otro, yendo y viniendo, con muy buenos resultados. Y ahora, durante el último de esos años, me encontraba con mi nuevo socio a bordo del barco mencionado, rumbo a China, aunque nuestro primer propósito era ir a Siam para comprar arroz.

En este viaje, como los vientos contrarios nos obligaron a navegar de un lado a otro durante mucho tiempo por el estrecho de Malaca y entre las islas, apenas conseguimos salir de aquellos mares difíciles cuando descubrimos que el barco tenía una vía de agua, aunque no lográbamos averiguar dónde. Esto nos obligó a entrar en algún puerto. Mi socio, que conocía el país mejor que yo, indicó al capitán que se dirigiera a la desembocadura del río de Camboya. Yo había nombrado capitán al segundo oficial inglés, un tal señor Thompson, pues no quería asumir personalmente la responsabilidad del barco. Este río se encuentra en la parte norte de la gran bahía o golfo que se adentra hacia Siam.

Mientras permanecíamos allí y bajábamos a tierra con frecuencia para aprovisionarnos, un día se me acercó un inglés, un ayudante del artillero de un barco inglés de la Compañía de las Indias Orientales que se encontraba fondeado en el mismo río.

—Señor —me dijo, dirigiéndose a mí—, usted es un desconocido para mí, y yo lo soy para usted; pero tengo algo que comunicarle que le concierne muy de cerca. Me mueve el peligro inminente en que se encuentra y, por lo que puedo ver, usted no tiene la menor idea de ello.

—No conozco ningún peligro que me amenace —respondí—, salvo que mi barco tiene una vía de agua y no consigo localizarla. Pero mañana pienso vararlo para ver si logro encontrarla.

—Sin embargo, señor —replicó—, tenga o no tenga una vía de agua, será más prudente que no vare el barco mañana, cuando escuche lo que tengo que decirle. ¿Sabe usted, señor —continuó—, que la ciudad de Camboya se encuentra a unas quince leguas río arriba, y que hay dos grandes barcos ingleses a unas cinco leguas de aquí, río abajo, y tres holandeses?

—Bien —dije—, ¿y qué tiene eso que ver conmigo?

—Pues, señor —respondió—, ¿es propio de un hombre que anda metido en aventuras como las suyas entrar en un puerto sin averiguar primero qué barcos hay allí y si está en condiciones de enfrentarse a ellos? Supongo que no se creerá capaz de medirse con todos esos barcos.

No podía comprender a qué se refería. Me volví bruscamente hacia él y le dije:

—Le agradecería que se explicara. No alcanzo a imaginar por qué habría de temer a ninguno de los barcos de la Compañía ni a los holandeses. No soy un comerciante sin autorización. ¿Qué podrían tener contra mí?

—Bien, señor —dijo con una sonrisa—, si se considera a salvo, tendrá que correr el riesgo. Pero acepte mi consejo: si no se hace a la mar inmediatamente, en la próxima marea será atacado por cinco lanchas mayores llenas de hombres. Y, si lo capturan, quizá lo ahorquen por pirata y solo después se investiguen los detalles. Creí, señor —añadió—, que me recibiría mejor por prestarle un servicio de tanta importancia.

—Nunca puedo ser desagradecido por un servicio, ni con ningún hombre que me ofrezca su ayuda —dije—; pero no alcanzo a comprender qué motivo podrían tener para semejante propósito contra mí. Sin embargo, puesto que usted afirma que no hay tiempo que perder y que se está tramando alguna villanía contra mi persona, iré a bordo en este mismo instante y me haré a la mar sin demora, si mis hombres consiguen detener la vía de agua. Pero, señor —añadí—, ¿debo marcharme sin conocer la causa de todo esto? ¿No puede darme alguna explicación más?

—Solo puedo contarle una parte de la historia, señor —respondió—, pero aquí tengo conmigo a un marinero holandés y creo que podría convencerlo de que le contara el resto. Aunque apenas hay tiempo para ello. En pocas palabras, la historia es esta: la primera parte, supongo, la conoce usted muy bien. Usted estaba con este barco en Sumatra; allí los malayos asesinaron a su capitán y a tres de sus hombres; y usted, o algunos de los que iban a bordo con usted, se apoderaron del barco y huyeron con él. Desde entonces se han convertido en piratas. Ese es, en resumen, el relato que circula. Puedo asegurarle que los apresarán a todos como piratas y los ejecutarán sin demasiadas ceremonias, pues sabe usted que los barcos mercantes no se andan con muchos miramientos con los piratas cuando caen en su poder.

—Ahora sí habla usted con claridad —dije—, y se lo agradezco. Aunque estoy seguro de que adquirimos el barco de manera honrada y legítima, puesto que, según usted dice, se está preparando semejante operación y parece hablarme de buena fe, estaré alerta.

—No, señor —repuso—, no hable de estar alerta. La mejor defensa consiste en ponerse fuera de peligro. Si le importa su vida y la de todos sus hombres, hágase a la mar sin falta con la marea alta. Como dispone de toda una marea por delante, habrá avanzado mucho mar adentro antes de que ellos puedan llegar; pues saldrán con la marea alta y, como tienen que recorrer veinte millas, usted les llevará casi dos horas de ventaja por la diferencia de la marea, sin contar la distancia que habrán de cubrir. Además, como solo disponen de botes y no de barcos, no se atreverán a seguirlo muy lejos mar adentro, sobre todo si hace viento.

—Bien —dije—, ha sido usted muy amable al hacer esto. ¿Qué puedo hacer para recompensarlo?

—Señor —respondió—, quizá no esté dispuesto a recompensarme,

porque tal vez no esté convencido de que lo que le digo sea cierto. Le haré una propuesta: me deben diecinueve meses de paga en el barco del que procedo, en el que vine de Inglaterra. Y al holandés que está conmigo le deben siete meses. Si usted nos paga esos salarios, iremos con usted. Si luego resulta que no había nada de cierto en todo esto, no le pediremos nada más. Pero si conseguimos convencerlo de que le hemos salvado la vida, el barco y la vida de todos los hombres que van en él, dejaremos el resto a su generosidad.

Acepté la propuesta de inmediato y me dirigí a bordo, acompañado por los dos hombres. Apenas llegué junto al barco, mi socio, que se encontraba en cubierta, salió al alcázar y me gritó, lleno de alegría:

—¡Hemos detenido la vía de agua! ¡Hemos detenido la vía de agua!

—¿De veras? —dije—. ¡Gracias a Dios! Pero entonces, levemos el ancla inmediatamente.

—¿Levar el ancla? —exclamó—. ¿Qué quiere decir? ¿Qué sucede?

—No hagas preguntas —respondí—. Pon a todos los hombres a trabajar y leva el ancla sin perder un minuto.

Se quedó sorprendido; sin embargo, llamó al capitán, quien dio inmediatamente la orden de levar el ancla. Aunque la marea todavía no había bajado del todo, soplaba una ligera brisa de tierra y nos hicimos a la mar. Entonces lo llamé al camarote y le conté lo sucedido. Hicimos entrar también a los dos hombres, que nos explicaron el resto de la historia. Pero, como todo aquello llevó bastante tiempo, antes de que termináramos se presentó un marinero en la puerta del camarote y nos anunció que el capitán le había ordenado avisarnos de que nos perseguían cinco balandras o lanchas llenas de hombres.

—Muy bien —dije—. Entonces es evidente que hay algo de cierto en todo esto.

Ordené que llamaran a todos nuestros hombres y les expliqué que había un plan para apoderarse del barco y acusarnos de piratería. Les pregunté si estaban dispuestos a apoyarnos y a mantenerse unidos. Todos respondieron con entusiasmo, sin excepción, que vivirían y morirían con nosotros.

Después pregunté al capitán qué táctica consideraba más conveniente para combatirlos. Yo estaba resuelto a resistir, hasta la última gota de sangre. Me respondió sin vacilar que lo mejor era mantenerlos alejados con nuestros cañones todo el tiempo que pudiéramos y, después, recurrir a las armas ligeras para impedir que abordaran el barco. Pero cuando ninguno de esos medios bastara ya, nos retiraríamos a los compartimentos interiores del barco, donde podríamos defendernos, pues quizá ellos no dispusieran de herramientas para abrirse paso a través de nuestros mamparos y llegar hasta nosotros.

Mientras tanto, el artillero recibió órdenes de sacar de la cubierta inferior dos cañones, uno hacia proa y otro hacia popa, para despejar la cubierta, y cargarlos con balas de mosquete, trozos pequeños de hierro viejo y cualquier otra cosa que tuviéramos a mano. Así nos preparamos para el combate. Durante todo este tiempo seguimos mar adentro, con viento suficiente, y podíamos ver a lo lejos los botes que nos perseguían: eran cinco grandes lanchas mayores, que avanzaban a toda vela.

Dos de aquellas embarcaciones, que por medio de nuestros catalejos vimos que eran inglesas, navegaban más rápido que las demás. Se habían adelantado casi dos leguas y nos ganaban terreno considerablemente, de modo que comprendimos que acabarían alcanzándonos. Por eso disparamos un cañonazo sin bala para indicarles que se detuvieran y desplegamos una bandera blanca como señal de que deseábamos parlamentar. Pero siguieron acercándose a toda prisa hasta ponerse a tiro. Entonces arriamos nuestra bandera blanca, pues no habían respondido a ella, izamos una bandera roja y les disparamos un cañonazo. A pesar de ello, continuaron avanzando hasta estar lo bastante cerca para que pudiéramos hablarles con una bocina, advirtiéndoles que se mantuvieran alejados si no querían sufrir las consecuencias.

Todo fue inútil. Siguieron persiguiéndonos y trataron de colocarse bajo nuestra popa para abordarnos por el alcázar. Al ver que estaban decididos a hacernos daño y confiaban en la fuerza de las embarcaciones que venían detrás, ordené maniobrar el barco para que quedaran a nuestro costado. Entonces les disparamos cinco cañonazos. Uno de ellos dio con tanta precisión que arrancó la popa de la lancha que iba detrás. La obligamos así a arriar la vela y a que todos sus hombres se desplazaran hacia la proa para evitar que se hundiera. La embarcación quedó rezagada y ya había recibido bastante castigo. Pero, al ver que la lancha que iba

delante seguía acercándose, nos preparamos para disparar contra ella en particular.

Mientras hacíamos esto, una de las otras tres embarcaciones que nos perseguían se acercó a la lancha que habíamos inutilizado para auxiliarla, y pudimos ver cómo recogían a sus hombres. Volvimos a llamar a la lancha que iba delante y le ofrecimos una tregua para parlamentar de nuevo y averiguar qué quería de nosotros. No obtuvimos respuesta; únicamente se acercó aún más, pegándose a nuestra popa. Entonces nuestro artillero, que era un hombre muy diestro, sacó los dos cañones de metralla y volvió a disparar contra ella. Pero los proyectiles no dieron en el blanco, y los hombres de la lancha gritaron, agitaron sus gorras y siguieron avanzando.

El artillero se apresuró a cargar de nuevo y disparó por segunda vez contra ellos. Aunque uno de los proyectiles no alcanzó la embarcación, cayó en medio de los hombres, y pudimos ver con claridad que les causó grandes daños. Entonces volvimos a virar el barco y presentamos nuestro alcázar hacia ellos. Disparamos otros tres cañonazos y vimos que la lancha había quedado casi destrozada. En particular, el timón y una parte de la popa habían sido arrancados de cuajo. Arriaron inmediatamente la vela y quedaron sumidos en un gran desorden.

Para colmo de su desgracia, nuestro artillero volvió a dispararles dos cañonazos. No pudimos saber dónde habían hecho impacto, pero vimos que la lancha se hundía y que algunos de sus hombres ya estaban en el agua. En ese momento ordené que se botara nuestra pinaza, con instrucciones de recoger a cuantos hombres pudieran y salvarlos de morir ahogados, y de regresar inmediatamente al barco con ellos, pues vimos que las demás embarcaciones comenzaban a acercarse.

Nuestros hombres de la pinaza cumplieron las órdenes y recogieron a tres hombres, uno de los cuales estaba a punto de ahogarse. Tardamos bastante en conseguir reanimarlo. En cuanto estuvieron todos a bordo, desplegamos tanta vela como pudimos y nos alejamos aún más mar adentro. Comprobamos entonces que, cuando las otras embarcaciones alcanzaron a la primera, abandonaron la persecución.

Una vez librados de aquel peligro que, aunque yo desconocía su causa, parecía mucho mayor de lo que había imaginado, resolví que cambiáramos de rumbo y que nadie supiera adónde nos dirigíamos. Así

que seguimos hacia el este, mar adentro, alejándonos por completo de las rutas comerciales de los barcos europeos, tanto de los que se dirigían a China como de los que navegaban hacia cualquier otro destino.

Ya en alta mar, comenzamos a consultar con los dos marineros y a preguntarles qué significaba todo aquello. El holandés confirmó el relato del artillero acerca de la falsa venta del barco y del asesinato del capitán. También nos contó que él y otros cuatro hombres habían conseguido internarse en los bosques, donde vagaron durante mucho tiempo, hasta que finalmente logró escapar y nadó hacia un barco holandés que navegaba cerca de la costa, de regreso de China.

Después nos explicó que había llegado a Batavia, adonde también se presentaron dos marineros del barco, que habían abandonado a los demás durante su viaje. Estos contaron que el individuo que se había apoderado del barco y había huido con él lo había vendido en Bengala a un grupo de piratas, quienes habían salido a merodear con él y ya habían capturado un barco inglés y dos holandeses, todos ellos cargados de mercancías muy valiosas.

Esta última parte de la historia nos afectaba directamente, aunque sabíamos que era falsa. Sin embargo, como señaló mi socio con toda razón, si hubiéramos caído en sus manos y ellos hubieran estado ya predispuestos contra nosotros, habría sido inútil que intentáramos defendernos o que esperáramos recibir un trato justo. Sobre todo, teniendo en cuenta que nuestros acusadores habrían sido también nuestros jueces, y que no podíamos esperar de ellos otra cosa que lo que la ira les dictara y una pasión desenfrenada llevara a cabo.

Por eso, mi socio opinaba que debíamos regresar directamente a Bengala, de donde habíamos salido, sin entrar en ningún otro puerto. Allí podríamos dar una explicación satisfactoria de nuestra conducta y demostrar dónde nos encontrábamos cuando el barco había entrado en puerto, a quién se lo habíamos comprado y todo lo demás. Y, por encima de cualquier otra consideración, si nos veíamos obligados a llevar el asunto ante los jueces competentes, tendríamos al menos la seguridad de recibir algo de justicia, en lugar de ser ahorcados primero y juzgados después.

Durante un tiempo estuve de acuerdo con la opinión de mi socio; pero, después de reflexionar un poco más seriamente, le dije que consideraba muy arriesgado intentar regresar a Bengala. Nos encontrábamos al otro

lado del estrecho de Malaca y, si se daba la voz de alarma, seguramente nos tenderían emboscadas por todas partes. Si nos capturaban mientras huíamos, por así decirlo, nosotros mismos nos condenaríamos, y no haría falta ninguna otra prueba para acabar con nosotros.

También pregunté su opinión al marinero inglés, quien dijo que pensaba lo mismo que yo y que, sin duda, nos apresarían. Este peligro inquietó un tanto a mi socio y a toda la tripulación, y resolvimos inmediatamente dirigirnos hacia la costa de Tonquín y, desde allí, seguir hasta la costa de China. Mantendríamos nuestro propósito comercial inicial, encontraríamos alguna manera de deshacernos del barco y regresaríamos en alguna embarcación del país, de las que pudiéramos conseguir. Todos aprobaron este plan como el más seguro y, en consecuencia, pusimos rumbo al norte-nordeste, manteniéndonos a más de cincuenta leguas al este de la ruta habitual.

Sin embargo, esto nos ocasionó algunos inconvenientes. En primer lugar, cuando nos alejamos tanto de la costa, los vientos parecieron soplar en nuestra contra con mayor constancia. Venían casi como vientos alisios, según los llamamos, del este y del este-nordeste, de modo que nuestro viaje se prolongó mucho y apenas contábamos con provisiones suficientes para una travesía tan larga. Y, lo que era peor, existía el peligro de que aquellos barcos ingleses y holandeses cuyas lanchas nos habían perseguido —algunos de los cuales se dirigían hacia aquellas mismas aguas— hubieran llegado antes que nosotros. Y, si no era así, algún otro barco con destino a China podría haber recibido noticias nuestras por medio de ellos y perseguirnos con el mismo empeño.

Debo confesar que ahora me sentía muy intranquilo. Si sumaba esta situación a la reciente escapada de las lanchas mayores, me parecía haber atravesado el momento más peligroso de toda mi vida. Cualesquiera que hubieran sido las circunstancias adversas en las que me había encontrado, nunca antes me habían perseguido como a un ladrón; ni había hecho jamás nada que mereciera el calificativo de deshonesto o fraudulento, y mucho menos de robo. Hasta entonces, mi principal enemigo había sido yo mismo; o, como bien puedo decir, no había sido enemigo de nadie más que de mí mismo. Pero ahora me encontraba terriblemente comprometido: aunque era completamente inocente, no estaba en condiciones de demostrarlo; y, si me apresaban, sería bajo la sospecha de un delito de la peor especie. Esto me llenaba de ansiedad por

escapar, aunque no sabía cómo hacerlo ni a qué puerto o lugar podríamos dirigirnos.

Mi socio trató de animarme describiéndome los distintos puertos de aquella costa. Me dijo que haría escala en la costa de Cochinchina o en la bahía de Tonquín, con la intención de dirigirse después a Macao, donde residían numerosas familias europeas y, en particular, los sacerdotes misioneros, que solían trasladarse allí antes de continuar su viaje hacia China.

Decidimos, pues, dirigirnos allí. Y así, después de una travesía penosa y de pasar por grandes estrecheces de provisiones, llegamos a avistar la costa muy temprano por la mañana. Al recordar los peligros que habíamos corrido, resolvimos entrar en un pequeño río que, aunque no era grande, tenía profundidad suficiente para nuestro barco. Queríamos averiguar si, por tierra o por medio de la pinaza, podíamos descubrir qué barcos había en los puertos de los alrededores.

Aquel paso fue, de hecho, nuestra salvación. Aunque al principio no vimos ningún barco europeo en la bahía de Tonquín, a la mañana siguiente entraron en ella dos barcos holandeses. Un tercero, sin bandera desplegada, pero que creímos también holandés, pasó a unas dos leguas de distancia, rumbo a la costa de China. Por la tarde pasaron dos barcos ingleses que seguían la misma ruta. Así que nos pareció vernos rodeados de enemigos por ambos lados.

El lugar donde nos encontrábamos era agreste y bárbaro, y sus habitantes se dedicaban al robo como oficio. Es cierto que no teníamos mucho que buscar entre ellos y que, salvo conseguir algunas provisiones, poco nos importaba tratar con aquella gente. Sin embargo, nos costó mucho evitar que nos hostigaran de diversas maneras. Estábamos en un pequeño río de aquel país, a unas pocas leguas de su extremo más septentrional. Con nuestra embarcación costeamos hacia el nordeste hasta llegar al promontorio que da entrada a la gran bahía de Tonquín. Fue durante aquella navegación a lo largo de la costa cuando descubrimos que estábamos rodeados de enemigos.

Los habitantes de aquella región eran los más bárbaros de todos los pueblos de la costa. Entre sus costumbres tenían una muy particular: si alguna embarcación tenía la desgracia de naufragar en sus costas, convertían a todos los hombres en prisioneros o esclavos. No tardamos en

conocer una muestra de su amabilidad en ese sentido, como contaré a continuación.

Ya he mencionado que nuestro barco había sufrido una vía de agua en alta mar y que no habíamos conseguido localizarla. También he contado que, de manera inesperada, logramos detenerla justo la víspera de que los barcos holandeses e ingleses comenzaran a perseguirnos en la bahía de Siam. Sin embargo, como el barco no había quedado tan estanco ni en tan buen estado como deseábamos, resolvimos que, mientras permaneciéramos en aquel lugar, lo vararíamos para limpiar el fondo y, si era posible, descubrir dónde estaban las vías de agua.

En consecuencia, después de aligerar el barco y trasladar todos los cañones y demás objetos móviles a un costado, intentamos hacerlo inclinar lo suficiente para poder acceder a su fondo. Pero, pensándolo mejor, no nos pareció conveniente dejarlo sobre terreno seco, y tampoco conseguimos encontrar un lugar adecuado para hacerlo.

Capítulo XII: La Extraña Ocurrencia Del Carpintero

Los habitantes se acercaron por la orilla, llenos de curiosidad, para observarnos. Al ver el barco recostado sobre uno de sus costados, inclinado hacia la costa, y al no distinguir a nuestros hombres, que trabajaban en el fondo del casco desde unos andamios y con sus botes al otro lado de la embarcación, concluyeron enseguida que el barco había naufragado y había quedado encallado. Partiendo de esa suposición, en el transcurso de dos o tres horas se presentaron alrededor de nosotros en diez o doce grandes botes, algunos con ocho hombres y otros con diez, sin duda con la intención de subir a bordo y saquear el barco y, si nos encontraban allí, llevársenos como esclavos.

Cuando llegaron junto al barco y comenzaron a remar a su alrededor, nos descubrieron a todos trabajando afanosamente en el exterior del casco y de los costados: lavábamos, rascábamos y calafateábamos, como sabe hacer cualquier hombre de mar. Se quedaron un rato mirándonos. Nosotros, algo sorprendidos, no podíamos imaginar cuáles eran sus intenciones. Pero, por precaución, aprovechamos la ocasión para hacer subir a algunos hombres al barco y ordenar a otros que bajaran armas y municiones a quienes trabajaban fuera, para que pudieran defenderse en caso necesario.

Y no era una precaución exagerada. En menos de quince minutos de deliberación, al parecer llegaron a la conclusión de que el barco había naufragado realmente y de que todos nosotros trabajábamos para salvarlo o para salvar nuestras propias vidas con ayuda de los botes. Cuando vieron que les pasábamos las armas, supusieron que intentábamos rescatar algunas de nuestras pertenencias. Así que dieron por sentado que todos les pertenecíamos y se lanzaron directamente contra nuestros hombres, como si avanzaran en formación de combate.

Al ver que eran tantos, nuestros hombres comenzaron a asustarse, pues nos encontrábamos en una posición muy desfavorable para luchar. Nos

gritaron preguntándonos qué debían hacer. Inmediatamente ordené a los que trabajaban en los andamios que los soltaran, subieran por el costado y se metieran en el barco. A los que estaban en los botes les indiqué que remaran alrededor y regresaran a bordo. Los pocos hombres que se encontraban en el barco hicieron cuanto pudieron, con todas las fuerzas y manos disponibles, para enderezarlo. Sin embargo, ni los hombres de los andamios ni los de los botes pudieron cumplir las órdenes antes de que los cochinchinos estuvieran encima de ellos. Dos de sus botes abordaron nuestra lancha mayor y comenzaron a apresar a nuestros hombres.

El primero al que echaron mano fue un marinero inglés, un hombre corpulento y robusto. Llevaba un mosquete en la mano, pero ni siquiera intentó dispararlo; lo dejó en el bote, como un necio, pensé yo. Sin embargo, entendía su oficio mucho mejor de lo que yo habría podido enseñarle: se abalanzó sobre uno de aquellos paganos, lo agarró y lo arrastró por la fuerza desde su bote hasta el nuestro. Allí lo tomó por las orejas y le golpeó la cabeza contra la borda con tanta violencia que el hombre murió entre sus manos.

Mientras tanto, un holandés que estaba a su lado recogió el mosquete y, usando la culata, repartió golpes con tal energía que derribó a cinco de los que intentaban entrar en el bote. Pero aquello servía de poco para resistir a treinta o cuarenta hombres que, sin temor porque ignoraban el peligro que corrían, comenzaron a arrojarse dentro de nuestra lancha mayor, donde solo teníamos cinco hombres para defenderla. Sin embargo, el siguiente incidente, que bien merecía nuestras carcajadas, dio a nuestros hombres una victoria completa.

Nuestro carpintero se había preparado para raspar el exterior del barco y untar las juntas que había calafateado para detener las vías de agua. Había hecho bajar al bote dos calderos: uno lleno de brea hirviendo y el otro de resina, sebo, aceite y otras sustancias de las que usan los carpinteros de ribera para estos trabajos. El hombre que ayudaba al carpintero tenía en la mano un gran cucharón de hierro, con el que iba echando la mezcla caliente a los trabajadores.

Dos enemigos entraron en el bote precisamente por el lugar donde aquel hombre se encontraba, junto a la parte delantera. Inmediatamente los recibió con un cucharón lleno de aquella mezcla hirviendo. Como iban medio desnudos, el líquido les quemó y escaldó la piel de tal manera que comenzaron a bramar como toros y, enfurecidos por el ardor, ambos

saltaron al mar.

El carpintero lo vio y gritó:

—¡Muy bien, Jack! ¡Dales un poco más!

Entonces avanzó él mismo, tomó uno de los trapeadores, lo metió en el caldero de brea y, junto con su ayudante, comenzó a arrojarles aquella sustancia en abundancia. En resumen, de todos los hombres que iban en los tres botes, no hubo uno solo que se librara de sufrir quemaduras espantosas. Armaban tal alboroto, entre aullidos y gritos, que nunca había oído un estruendo semejante.

Nunca en mi vida me había alegrado tanto de una victoria. No solo porque nos había tomado completamente por sorpresa y porque, poco antes, nuestro peligro había sido inminente, sino también porque habíamos vencido sin derramar sangre, salvo la de aquel hombre al que el marinero había matado con sus propias manos, cosa que me apesadumbró mucho.

Aunque aquello pudiera ser justo por necesidad —pues no hay maldad necesaria en la naturaleza—, me parecía triste tener que vivir de tal manera que nos viéramos obligados constantemente a matar a nuestros semejantes para conservar la vida. Y todavía lo pienso así. Incluso ahora preferiría soportar grandes sufrimientos antes que quitarle la vida a una persona, por malvada que fuera, que me estuviese haciendo daño. Creo que todas las personas sensatas, que conocen el valor de la vida, estarían de acuerdo conmigo si reflexionaran seriamente sobre el asunto.

Mientras ocurría todo esto, mi socio y yo, que nos encargábamos de los demás hombres a bordo, habíamos conseguido con gran habilidad enderezar casi por completo el barco. Una vez colocados de nuevo los cañones en sus puestos, el artillero me gritó que ordenara a nuestro bote apartarse, pues iba a disparar contra los atacantes.

Le respondí a gritos que ni se le ocurriera disparar, porque el carpintero podía encargarse de ellos sin su ayuda. En cambio, le ordené que pusiera a calentar otro caldero de brea, tarea de la que se ocupó nuestro cocinero, que se encontraba a bordo.

Sin embargo, el enemigo estaba tan aterrorizado por lo que había sufrido en su primer ataque que ya no se atrevió a acercarse de nuevo. Algunos

de los que estaban más lejos, al ver que el barco flotaba otra vez casi en posición vertical, comenzaron, según supusimos, a comprender su error y abandonaron la empresa al descubrir que las cosas no eran como habían imaginado.

Así terminamos aquella divertida refriega. Dos días antes habíamos embarcado algo de arroz, algunas raíces y pan, además de unos dieciséis cerdos. Resolvimos no permanecer allí más tiempo y seguir adelante, pasara lo que pasara, pues no dudábamos de que al día siguiente nos veríamos rodeados de suficientes bribones, quizá más de los que nuestro caldero de brea podría despachar.

Por eso, aquella misma tarde subimos todas nuestras pertenencias a bordo y a la mañana siguiente estábamos listos para zarpar. Mientras tanto, permanecimos anclados a cierta distancia de la costa, sin demasiada preocupación, pues ahora estábamos preparados tanto para combatir como para navegar, en caso de que apareciera algún enemigo.

Al día siguiente, después de terminar los trabajos en el interior del barco y comprobar que todas las vías de agua habían quedado perfectamente reparadas, nos hicimos a la mar. Nos habría gustado entrar en la bahía de Tonquín para averiguar qué podíamos saber acerca de los barcos holandeses que habían estado allí; pero no nos atrevíamos a acercarnos, porque poco antes habíamos visto entrar en ella varios barcos, según suponíamos. Así que continuamos hacia el nordeste, en dirección a la isla de Formosa, tan temerosos de que nos descubriera un mercante holandés o inglés como lo estaría uno de esos barcos, en el Mediterráneo, de encontrarse con un buque de guerra argelino.

Una vez en alta mar, seguimos hacia el nordeste, como si nos dirigiéramos a Manila o a las islas Filipinas. Lo hacíamos para no cruzarnos con ninguno de los barcos europeos. Después pusimos rumbo al norte hasta alcanzar la latitud de 22 grados y 30 minutos. De ese modo llegamos directamente a la isla de Formosa, donde echamos el ancla para conseguir agua y provisiones frescas.

Los habitantes de aquella isla, que son muy corteses en sus modales, nos las proporcionaron de buen grado y cumplieron con toda honradez y puntualidad los acuerdos y tratos que hicimos con ellos. No habíamos encontrado semejante comportamiento entre otros pueblos. Tal vez se debiera a los vestigios del cristianismo que había sido implantado allí en

otro tiempo por un misionero holandés de confesión protestante. Esto confirma algo que he observado a menudo: que la religión cristiana siempre civiliza a los pueblos y mejora sus costumbres allí donde es recibida, produzca o no en ellos efectos de salvación.

Desde allí seguimos navegando hacia el norte, manteniendo siempre la costa de China a una distancia constante, hasta que supimos que habíamos dejado atrás todos los puertos chinos a los que solían acudir nuestros barcos europeos. Estábamos decididos, si era posible, a no caer en manos de ninguno de ellos, sobre todo en aquel país, donde, dadas nuestras circunstancias, nuestra ruina habría sido inevitable.

Cuando llegamos a la latitud de treinta grados, resolvimos entrar en el primer puerto comercial que encontráramos. Mientras nos acercábamos a la costa, se nos aproximó un bote que venía de unas dos leguas de distancia. A bordo iba un viejo piloto portugués que, al reconocer que éramos un barco europeo, acudió a ofrecernos sus servicios. Nos alegramos mucho de ello y lo recibimos a bordo. Acto seguido, sin preguntarnos adónde queríamos ir, despidió el bote en el que había llegado y lo envió de regreso.

Pensé que ahora teníamos tanta libertad para decidir nuestro rumbo que podríamos hacer que el viejo nos llevara adonde quisiéramos. Así que comencé a hablarle de conducirnos al golfo de Nankín, que es la parte más septentrional de la costa china. El anciano dijo que conocía muy bien el golfo de Nankín, pero, sonriendo, nos preguntó qué íbamos a hacer allí.

Le expliqué que venderíamos nuestra carga y compraríamos productos chinos: calicós, sedas crudas, té, sedas elaboradas y otras mercancías, y que después regresaríamos por la misma ruta por la que habíamos venido. Nos dijo que nuestro mejor puerto habría sido Macao, donde sin duda habríamos encontrado un mercado satisfactorio para nuestro opio y donde, con nuestro dinero, podríamos haber comprado toda clase de productos chinos tan baratos como en Nankín.

Como no conseguía apartar al viejo de su argumento, pues era un hombre bastante obstinado y pagado de sus propias opiniones, le dije que éramos caballeros además de comerciantes y que teníamos ganas de visitar la gran ciudad de Pekín y la célebre corte del monarca de China.

—En ese caso —dijo el anciano—, deberían ir a Ningpo. Allí, por el río que

desemboca en el mar, pueden remontar la corriente hasta llegar a unas cinco leguas del gran canal. Este canal es una vía navegable que atraviesa el corazón de aquel vasto imperio de China, cruza todos los ríos, pasa junto a algunas colinas considerables gracias a esclusas y compuertas, y llega hasta la ciudad de Pekín. Tiene una longitud de casi doscientas setenta leguas.

—Está bien, señor portugués —dije—, pero ese no es nuestro propósito por ahora. La cuestión principal es si puede llevarnos hasta la ciudad de Nankín, desde donde podremos viajar después a Pekín.

Respondió que podía hacerlo sin dificultad y añadió que poco antes había remontado aquella ruta un gran barco holandés.

Aquello me causó cierta inquietud, pues los barcos holandeses eran ahora nuestro terror. Casi habríamos preferido encontrarnos con el diablo, siempre que no se presentara con un aspecto demasiado espantoso. Estábamos convencidos de que un barco holandés sería nuestra perdición, porque no nos encontrábamos en condiciones de combatir contra ellos. Todos los barcos con los que comerciaban en aquellas regiones eran de gran tonelaje y mucho más poderosos que el nuestro.

El anciano notó que me había turbado un poco y que me había preocupado al mencionar el barco holandés.

—Señor —me dijo—, no tiene por qué temer a los holandeses. Supongo que ahora no están en guerra con su nación.

—No —respondí—, eso es cierto; pero no sé qué libertades pueden tomarse los hombres cuando están fuera del alcance de las leyes de su propio país.

—Pero, vamos a ver —dijo—, ustedes no son piratas. ¿Qué tienen que temer? Seguramente no molestarán a unos comerciantes pacíficos.

Aquellas palabras me sumieron en el mayor desconcierto y confusión que pueda imaginarse. Me fue imposible disimularlo por completo, y el anciano lo advirtió fácilmente.

—Señor —dijo—, veo que mis palabras lo han alterado. Le ruego que siga el rumbo que le parezca conveniente y tenga la seguridad de que le

prestaré toda la ayuda que esté en mi mano.

A partir de ahí seguimos conversando y, para mi alarma y asombro, comenzó a hablar de las fechorías de cierto barco pirata que desde hacía mucho tiempo era tema de conversación entre los marineros de aquellos mares. En una palabra, no era otro que el mismo barco en el que él se encontraba entonces y que nosotros habíamos tenido la desgracia de comprar.

Comprendí enseguida que no había más remedio que contarle la verdad y explicarle todos los peligros y contratiempos que habíamos sufrido a causa de aquella desafortunada adquisición. En particular, le expuse nuestro ardiente deseo de deshacernos cuanto antes del barco, motivo por el cual habíamos decidido llevarlo hasta Nankín.

El anciano quedó asombrado al escuchar nuestro relato. Nos dijo que hacíamos bien en dirigirnos hacia el norte y que, si aceptábamos su consejo, debíamos vender el barco en China, cosa que podíamos hacer sin dificultad, y comprar o construir otro en aquel país. Añadió que en Nankín encontraríamos compradores de sobra para el barco, que una embarcación china nos serviría perfectamente para regresar y que él mismo nos conseguiría personas tanto para comprar una como para vender la otra.

—Bien, señor —dije—, puesto que, según afirma, conocen tan bien este barco, quizá, si sigo sus indicaciones, termine metiendo en un grave aprieto a algunos hombres honrados e inocentes. Porque, dondequiera que encuentren el barco, demostrarán la culpabilidad de sus tripulantes alegando que se trata de la misma embarcación.

—No se preocupe —respondió el anciano—. Encontraré la manera de evitarlo. Conozco muy bien a todos esos capitanes de los que habla y los veré a medida que vayan pasando por aquí. Me encargaré de aclararles el asunto y de hacerles comprender que se han equivocado por completo. Les explicaré que, aunque los hombres que estaban a bordo al principio pudieron haberse apoderado del barco y huir con él, no es cierto que se hayan convertido en piratas. Y, en particular, les diré que ustedes no son los mismos hombres que se llevaron el barco al principio, sino que lo compraron de buena fe para dedicarse al comercio. Estoy convencido de que me creerán lo suficiente como para actuar con mayor cautela en adelante.

Después de navegar unos trece días, echamos el ancla en el extremo suroccidental del gran golfo de Nankín. Allí me enteré por casualidad de que dos barcos holandeses se habían adelantado y de que, sin duda, acabaría cayendo en sus manos. Volví a consultar a mi socio ante aquella dificultad, pero él estaba tan desconcertado como yo.

Entonces pregunté al viejo piloto si había alguna ensenada o puerto en el que pudiéramos refugiarnos y continuar nuestros negocios con los chinos en secreto, sin correr el peligro de encontrarnos con el enemigo. Me dijo que, si navegábamos hacia el sur unas cuarenta y dos leguas, encontraríamos un pequeño puerto llamado Quinchang, donde solían desembarcar los padres misioneros procedentes de Macao, durante sus viajes para enseñar la religión cristiana a los chinos. Ningún barco europeo entraba jamás allí. Si decidíamos refugiarnos en aquel lugar, podríamos pensar en tierra qué hacer después.

Reconoció que no era un puerto comercial, salvo en ciertas épocas del año, cuando se celebraba allí una especie de feria a la que acudían comerciantes japoneses para comprar mercancías chinas. Quizá escriba mal el nombre del puerto, pues perdí este y los nombres de muchos otros lugares que tenía anotados en una pequeña libreta de bolsillo, estropeada por el agua a causa de un accidente. Pero recuerdo que los comerciantes chinos con quienes estábamos en contacto lo llamaban de otra manera, distinta del nombre que le había dado nuestro piloto portugués, quien lo pronunciaba Quinchang.

Como todos estuvimos de acuerdo en dirigirnos a aquel lugar, al día siguiente levamos el ancla. Durante nuestra estancia allí solo habíamos bajado a tierra dos veces, ambas para conseguir agua fresca. En las dos ocasiones, los habitantes del país se habían mostrado muy amables y nos habían llevado abundantes provisiones para vendernos, aunque nada nos ofrecieron sin exigir dinero a cambio.

No llegamos al otro puerto hasta cinco días después, pues el viento nos era contrario. Sin embargo, nos sentimos muy satisfechos al llegar, y yo di gracias a Dios cuando puse el pie en tierra. Tanto mi socio como yo estábamos resueltos a que, si encontrábamos cualquier otra manera de disponer de nuestras personas y pertenencias, aunque no fuera ventajosa, no volveríamos a poner los pies a bordo de aquel desdichado barco.

Debo reconocer, en efecto, que de todas las circunstancias de la vida que

he conocido, ninguna hace al ser humano tan completamente desgraciado como vivir en un temor constante. Con razón dice la Escritura: "El temor al hombre tiende una trampa". Es una vida de muerte, y la mente queda tan oprimida por él que no encuentra alivio alguno.

Tampoco dejaba de producir sus efectos habituales sobre la imaginación, exagerando todos los peligros; nos representaba a los capitanes ingleses y holandeses como hombres incapaces de escuchar razones o de distinguir entre personas honradas y bribones, o entre una historia inventada de la nada para nuestro propio provecho, con el propósito de engañar, y un relato verdadero y genuino de todo nuestro viaje, de lo que habíamos hecho y de nuestros planes. Pues de muchas maneras habríamos podido convencer a cualquier persona razonable de que no éramos piratas: las mercancías que llevábamos a bordo, el rumbo que seguíamos, el hecho de que nos mostrábamos abiertamente y entrábamos en determinados puertos; incluso nuestro propio aspecto, la fuerza de que disponíamos, el número de hombres, las pocas armas, la escasa munición y las reducidas provisiones. Todo ello habría bastado para convencer a cualquiera de que no éramos piratas. El opio y las demás mercancías que llevábamos a bordo demostrarían que el barco había estado en Bengala. Los holandeses, de quienes se decía que tenían los nombres de todos los hombres que iban en el barco, podían ver fácilmente que éramos una mezcla de ingleses, portugueses e indios, y que solo había dos holandeses a bordo. Estas y muchas otras circunstancias particulares habrían dejado claro a cualquier comandante en cuyas manos cayéramos que no éramos piratas.

Pero el miedo, esa pasión ciega e inútil, obraba de otro modo y nos sumía en la angustia; turbaba nuestro entendimiento y ponía la imaginación a inventar mil cosas terribles que quizá nunca llegarían a suceder. Primero supusimos, como en efecto todo el mundo nos había contado, que los marineros de los barcos ingleses y holandeses, pero sobre todo los holandeses, estaban tan furiosos al oír la palabra pirata, y especialmente porque habíamos rechazado sus lanchas y conseguido escapar, que ni siquiera se tomarían la molestia de averiguar si lo éramos o no, sino que nos ejecutarían de inmediato, sin darnos oportunidad alguna de defendernos. Pensábamos que tenían ante sí tantas pruebas aparentes que apenas se preocuparían por buscar otras: en primer lugar, que el barco era sin duda el mismo y que algunos de sus marineros lo conocían, pues habían estado a bordo; y, en segundo lugar, que cuando recibimos

noticias, en el río de Camboya, de que venían a examinarnos, combatimos contra sus lanchas y huimos. Por eso no dudábamos de que estaban tan convencidos de que éramos piratas como nosotros lo estábamos de lo contrario. Y, como dije a menudo, no sé si yo mismo, de haberse invertido los papeles y hallarme en su lugar, no habría tomado aquellas circunstancias por pruebas y no habría tenido reparo en hacer pedazos a toda la tripulación, sin creer, ni quizá siquiera considerar, lo que pudieran alegar en su defensa.

Pero, fuera como fuese, aquellos eran nuestros temores; y tanto mi compañero como yo apenas pasábamos una noche sin soñar con sogas y vergas; con combates y capturas, con matar y ser muertos. Una noche, en sueños, me enfurecí tanto al imaginar que los holandeses habían abordado nuestro barco y que yo derribaba a uno de sus marineros, que descargué el puño cerrado contra el costado del camarote donde dormía con tal fuerza que me herí gravemente la mano, me rompí los nudillos y me corté y magullé la carne; el dolor me despertó. Otro temor que me asaltaba era el trato cruel que podríamos recibir si caíamos en sus manos. Entonces me venía a la memoria la historia de Amboina, y pensaba que los holandeses quizá nos torturarían como habían torturado allí a nuestros compatriotas, y que, mediante tormentos extremos, obligarían a algunos de nuestros hombres a confesar delitos que jamás habían cometido o a reconocer que tanto ellos como todos nosotros éramos piratas; de ese modo podrían condenarnos a muerte con una apariencia formal de justicia. Y acaso se verían tentados a hacerlo por el beneficio que obtendrían de nuestro barco y su cargamento, cuyo valor conjunto ascendía a cuatro o cinco mil libras. No teníamos en cuenta que los capitanes de los barcos carecen de autoridad para obrar de semejante manera y que, si nos hubiéramos entregado como prisioneros, no podrían justificar que nos destruyeran o torturaran, sino que tendrían que responder por ello al regresar a su país. Sin embargo, si nos trataban así, ¿de qué nos serviría que luego se les exigieran responsabilidades? Y si primero nos asesinaban, ¿qué consuelo nos daría que los castigaran cuando regresaran a casa?

No puedo dejar de señalar aquí las reflexiones que hice entonces sobre la extraordinaria variedad de mis circunstancias particulares; lo injusto que me parecía que yo, que había pasado cuarenta años en una vida de continuas dificultades y que por fin había llegado, por así decirlo, al puerto o refugio al que todos los hombres aspiran —es decir, a disfrutar de

descanso y abundancia—, me lanzara voluntariamente a nuevos sufrimientos por mi propia y desdichada elección; y que yo, que había escapado de tantos peligros en mi juventud, fuera ahora a acabar ahorcado en mi vejez y en un lugar tan remoto, por un delito hacia el que no sentía la menor inclinación y del que mucho menos era culpable. Después de estos pensamientos se abría paso en mí cierta reflexión religiosa; consideraba que aquello me parecía una intervención directa de la Providencia y que debía contemplarlo y someterme a ello como tal. Pues, aunque era inocente ante los hombres, distaba mucho de serlo ante mi Hacedor; debía mirar en mi interior y examinar qué otros pecados de mi vida tenía más presentes y por cuáles podía la Providencia infligirme aquel castigo como justa retribución. Así pues, debía someterme a aquello del mismo modo que me habría sometido a un naufragio, si Dios hubiera querido hacerme sufrir semejante desgracia.

A veces, a su vez, se imponía el valor natural, y entonces me alentaba a tomar resoluciones enérgicas: no permitiría que un puñado de miserables despiadados me capturara para maltratarme a sangre fría; habría sido mucho mejor caer en manos de los salvajes, aunque estuviera seguro de que, una vez capturado, se darían un festín conmigo, que en las de quienes quizá saciarían su furia sometiéndome a torturas y crueldades inhumanas. Cuando se trataba de los salvajes, siempre había resuelto morir luchando hasta el último aliento; ¿por qué no habría de hacer lo mismo ahora? Cada vez que prevalecían estos pensamientos, me sumía sin falta en una especie de fiebre, agitado por el combate que imaginaba. La sangre me hervía y los ojos me centelleaban como si estuviera peleando de verdad, y siempre resolvía no aceptar cuartel de mis enemigos; pero, incluso si al final ya no podía resistir, haría volar el barco y todo cuanto contenía, para dejarles muy poco botín del que pudieran jactarse.

Capítulo XIII: Llegada A China

Cuanto mayor había sido el peso que las inquietudes y perplejidades de aquellos asuntos ejercían sobre nuestros pensamientos mientras estábamos en el mar, tanto mayor fue nuestra satisfacción al vernos en tierra. Mi compañero me contó que había soñado que llevaba una carga muy pesada a la espalda y que debía subir con ella una colina; sentía que ya no podía soportarla por más tiempo, pero entonces se acercaba el piloto portugués, se la quitaba de encima y la colina desaparecía, dejando ante él un terreno llano y despejado. Y, en verdad, así fue: todos parecíamos hombres a quienes acabaran de quitarles un peso de la espalda. En mi caso, me quitaron una carga del corazón que este ya no podía soportar. Y, como dije antes, resolvimos no volver a hacernos a la mar en aquel barco. Cuando llegamos a tierra, el viejo piloto, que ahora era nuestro amigo, nos consiguió alojamiento y un almacén para nuestras mercancías. Era una pequeña choza, con una casa más grande contigua, ambas construidas y cercadas con empalizadas de cañas para impedir la entrada de ladrones, que no escaseaban en aquel país. Sin embargo, los magistrados nos concedieron una pequeña guardia, y teníamos un soldado armado con una especie de media pica que hacía centinela ante nuestra puerta. Le dábamos diariamente una pinta de arroz y una moneda cuyo valor equivalía a unos tres peniques, de modo que nuestras mercancías quedaban muy bien protegidas.

La feria o mercado que solía celebrarse en aquel lugar había terminado hacía ya algún tiempo. No obstante, encontramos en el río tres o cuatro juncos y dos barcos procedentes de Japón, cargados de mercancías que habían comprado en China y que aún no habían partido, pues algunos mercaderes japoneses seguían en tierra.

Lo primero que hizo nuestro viejo piloto portugués por nosotros fue presentarnos a tres sacerdotes misioneros católicos que se encontraban en la ciudad y llevaban allí algún tiempo convirtiendo a la gente al cristianismo. Pero nos pareció que su labor daba escasos frutos y que, al terminarla, apenas habían conseguido hacer de aquellos hombres unos

cristianos. Uno de ellos era francés y lo llamaban el padre Simón; otro era portugués y el tercero genovés. El padre Simón era cortés y muy agradable como compañero; los otros dos, en cambio, eran más reservados, parecían rígidos y austeros, y se entregaban seriamente a la tarea que los había llevado allí: hablar con los habitantes y ganarse su confianza siempre que se les presentaba la oportunidad. A menudo comíamos y bebíamos con aquellos hombres. Y aunque debo confesar que la conversión de los chinos al cristianismo, como ellos la llaman, dista mucho de ser la verdadera conversión que se requiere para llevar a los pueblos paganos a la fe de Cristo, pues parece reducirse a poco más que enseñarles el nombre de Cristo, hacerles rezar algunas oraciones a la Virgen María y a su Hijo en una lengua que no entienden, y enseñarles a persignarse y cosas semejantes, también hay que reconocer que los religiosos a quienes llamamos misioneros creen firmemente que aquellas personas alcanzarán la salvación y que ellos son los instrumentos para conseguirlo. Por esta razón soportan no solo las fatigas del viaje y los peligros de vivir en lugares semejantes, sino muchas veces incluso la muerte y las torturas más atroces.

Al parecer, el padre Simón había recibido órdenes del superior de la misión de dirigirse a Pekín, y solo esperaba a otro sacerdote, que debía reunirse con él desde Macao, para emprender juntos el viaje. Apenas nos encontrábamos sin que me invitara a acompañarlo, asegurándome que me mostraría todas las maravillas de aquel poderoso imperio y, entre ellas, Pekín, la ciudad más grande del mundo. "Una ciudad —decía— que ni vuestro Londres ni nuestro París, juntos, pueden igualar". Pero, como yo contemplaba aquellas cosas con ojos distintos de los de otros hombres, expresaré mi opinión sobre ellas en pocas palabras cuando, en el curso de mis viajes, llegue a hablar de ellas con mayor detenimiento.

Un día, mientras almorzábamos con el padre Simón y nos encontrábamos de muy buen humor, mostré cierta inclinación a acompañarlo, y él insistió con mucho empeño, tanto conmigo como con mi compañero, para que aceptáramos.

—Pero, padre —dijo mi compañero—, ¿por qué desea tanto nuestra compañía? Sabe que somos herejes, que no nos aprecia y que no puede disfrutar de nuestra compañía.

—¡Oh! —respondió él—. Quizá con el tiempo lleguen a ser buenos católicos. Mi misión aquí consiste en convertir a los paganos, y ¿quién

sabe si no conseguiré convertirlos también a ustedes?

—Muy bien, padre —dije yo—. ¿Así que nos predicará durante todo el camino?

—No seré una molestia para ustedes —contestó—. Nuestra religión no nos priva de los buenos modales. Además, aquí somos como compatriotas; y, comparados con la gente de este lugar, en efecto lo somos. Y si ustedes son hugonotes y yo católico, quizá todos acabemos siendo cristianos; por lo menos, todos somos caballeros y podemos conversar como tales, sin incomodarnos unos a otros.

Me agradó mucho esta parte de su discurso, que empezó a recordarme al sacerdote que había dejado en Brasil. Pero el padre Simón estaba muy lejos de alcanzar la talla de aquel hombre. Pues, aunque este fraile no mostraba ningún indicio de frivolidad censurable, tampoco poseía aquella reserva de fervor cristiano, piedad rigurosa y sincero amor a la religión que distinguía a mi otro buen eclesiástico.

Pero dejémoslo por un momento, aunque él nunca nos dejaba a nosotros ni insistía en que lo acompañáramos. Al principio teníamos otros asuntos que atender, pues aún debíamos disponer del barco y de nuestras mercancías, y empezábamos a sentirnos muy indecisos sobre lo que debíamos hacer, ya que nos encontrábamos en un lugar donde apenas había actividad comercial. En una ocasión estuve a punto de arriesgarme a navegar hasta el río de Kilam y la ciudad de Nankín. Pero la Providencia parecía ahora intervenir en nuestros asuntos de manera más visible que nunca, según me parecía, y desde aquel mismo momento me sentí animado a pensar que, de un modo u otro, lograría salir de aquella situación complicada y regresar a mi propio país, aunque no tuviera la menor idea de cómo podría conseguirlo. Digo que la Providencia empezó entonces a despejar un poco nuestro camino, y lo primero que se presentó fue que nuestro viejo piloto portugués nos llevó a un mercader japonés que preguntó qué mercancías teníamos. En primer lugar, nos compró todo el opio y nos pagó muy bien en oro, cuyo valor se calculaba al peso: una parte en pequeñas piezas de su propia moneda y otra en pequeños lingotes de unas diez o doce onzas cada uno.

Mientras negociábamos con él la venta del opio, se me ocurrió que quizá también podría interesarse por el barco, y ordené al intérprete que se lo propusiera. Al principio se encogió de hombros cuando se lo plantearon,

pero unos días después vino a verme acompañado de uno de los sacerdotes misioneros, que le servía de intérprete, y me dijo que tenía una propuesta que hacerme. Había comprado una gran cantidad de nuestras mercancías sin que se le hubiera ocurrido que pudieran proponerle también la compra del barco; por eso no disponía de dinero para pagarlo. Pero, si yo permitía que los mismos hombres que iban a bordo lo manejaran, él lo fletaría para viajar a Japón y, desde allí, los enviaría a las islas Filipinas con otro cargamento, cuyo flete pagaría antes de que partieran de Japón. Cuando regresaran, compraría el barco.

Empecé a considerar su propuesta, y mi cabeza seguía tan inclinada a las aventuras que no pude evitar empezar a pensar en acompañarlo y, desde las islas Filipinas, hacerme a la mar rumbo a los Mares del Sur. Así pues, pregunté al mercader japonés si estaría dispuesto a contratar el barco para que nos llevara hasta las Filipinas y nos dejara allí. Me respondió que no podía hacerlo, pues entonces no obtendría el retorno de su cargamento; pero que nos dejaría en Japón cuando el barco regresara. Aun así, yo seguía dispuesto a aceptar su propuesta y partir personalmente. Sin embargo, mi compañero, más sensato que yo, me disuadió, señalándome los peligros que entrañaban tanto aquellos mares como los japoneses, que eran gente falsa, cruel y traicionera; y también los de los españoles de las Filipinas, aún más falsos, crueles y traicioneros que ellos.

Pero, para poner fin a este largo relato de nuestros asuntos, lo primero que debíamos hacer era consultar al capitán del barco y a sus hombres, y averiguar si estaban dispuestos a ir a Japón. Mientras yo me ocupaba de ello, se acercó el joven que mi sobrino había dejado conmigo como compañero y me dijo que, a su parecer, aquel viaje prometía muy buenos resultados y ofrecía grandes perspectivas de ganancias, y que le alegraría mucho que yo lo emprendiera. Pero que, si yo no quería hacerlo y le daba permiso, él iría como mercader, o en la calidad que yo dispusiera; y que, si alguna vez regresaba a Inglaterra y yo seguía allí con vida, me rendiría cuentas fielmente de sus negocios, cuyos resultados serían míos en la medida en que yo quisiera. Me resistía a separarme de él, pero, considerando las perspectivas de ganancias, que en verdad eran considerables, y que se trataba de un joven con buenas posibilidades de prosperar en aquella empresa, me incliné a dejarlo partir. No obstante, le dije que consultaría con mi compañero y le daría una respuesta al día siguiente.

Hablé del asunto con mi compañero, quien entonces hizo una oferta sumamente generosa:

—Sabes que este barco ha tenido mala suerte —dijo— y que ambos hemos resuelto no volver a hacernos a la mar en él. Si tu administrador —así llamaba a mi hombre— se atreve a emprender el viaje, le dejaré mi parte del barco para que haga con ella lo que mejor le parezca. Y si vivimos para encontrarnos de nuevo en Inglaterra y él ha tenido éxito en sus negocios en el extranjero, deberá entregarnos la mitad de las ganancias del flete del barco; la otra mitad será suya.

Si mi compañero, que no tenía relación alguna con mi joven amigo, le había hecho semejante oferta, yo no podía hacer menos que ofrecerle lo mismo. Y como todos los hombres de la tripulación estaban dispuestos a acompañarlo, le cedimos la propiedad de la mitad del barco y le exigimos un documento por el que se comprometía a rendir cuentas de la otra mitad. Así pues, partió rumbo a Japón. El mercader japonés resultó ser un hombre muy puntual y honrado con él: lo protegió en Japón y consiguió que le concedieran una licencia para desembarcar, algo que los europeos, en general, no habían podido obtener últimamente. Le pagó el flete con toda puntualidad, lo envió a las Filipinas cargado de mercancías japonesas y chinas, y puso a bordo un sobrecargo de su propia gente. Este, al comerciar con los españoles, trajo de vuelta mercancías europeas y una gran cantidad de especias. Allí no solo le pagaron muy bien el flete, a un precio excelente, sino que, como mi joven amigo no estaba dispuesto a vender el barco, el mercader le proporcionó mercancías por cuenta propia. Con algo de dinero y algunas especias suyas que había llevado consigo, regresó a Manila, donde vendió muy bien su cargamento. Allí, tras entablar buenas relaciones, consiguió que su barco fuera declarado libre de restricciones, y el gobernador de Manila lo contrató para viajar a Acapulco, en la costa de América, y le concedió una licencia para desembarcar allí, viajar a México y embarcar con todos sus hombres en cualquier barco español con destino a Europa. Realizó el viaje a Acapulco con gran éxito y allí vendió su barco. Habiendo obtenido también permiso para viajar por tierra hasta Portobelo, encontró la manera de llegar a Jamaica con todo su tesoro y, unos ocho años después, regresó a Inglaterra inmensamente rico.

Pero volvamos a nuestros propios asuntos. Como ahora estábamos a punto de separarnos del barco y de su tripulación, era natural que consideráramos qué recompensa debíamos dar a los dos hombres que

nos habían avisado tan oportunamente del plan que se había tramado contra nosotros en el río de Camboya. Lo cierto era que nos habían prestado un servicio muy importante y merecían que se lo agradeciéramos, aunque, dicho sea de paso, también eran un par de bribones. Pues, como creían la historia de que éramos piratas y de que realmente nos habíamos apoderado del barco para huir con él, habían venido a nosotros no solo para revelarnos el plan que se había organizado en nuestra contra, sino también para hacerse a la mar con nosotros como piratas. Uno de ellos confesó después que no lo había movido otra cosa que la esperanza de salir a piratear. Sin embargo, eso no restaba mérito al servicio que nos habían prestado y, como yo les había prometido mostrarme agradecido, primero ordené que se les pagara el dinero que, según decían, se les debía en sus respectivos barcos. Además, di a cada uno una pequeña suma en oro, con lo que quedaron muy satisfechos. Luego nombré al inglés artillero del barco, pues el artillero había pasado a ser segundo oficial y sobrecargo; al holandés lo nombré contramaestre. Ambos quedaron muy contentos y demostraron ser de gran utilidad, pues eran marineros experimentados y hombres muy valientes.

Ahora nos encontrábamos en tierra, en China. Si en Bengala, donde tenía muchas maneras de regresar a casa con mi dinero, ya me había sentido desterrado y alejado de mi país, ¿qué debía pensar de mi situación ahora, cuando me hallaba a unas mil leguas más lejos de mi hogar y sin la menor perspectiva de regresar? Nuestra única esperanza era que, al cabo de unos cuatro meses, se celebraría otra feria en el lugar donde estábamos, y entonces quizá podríamos comprar diversas manufacturas del país y tal vez encontrar algunos juncos chinos procedentes de Tonkín que estuvieran a punto de zarpar y pudieran llevarnos, junto con nuestras mercancías, adonde quisiéramos. Esta perspectiva me agradó mucho y resolví esperar. Además, como nuestras personas no eran objeto de ninguna sospecha, si llegaban allí barcos ingleses u holandeses, quizá tendríamos la oportunidad de embarcar nuestras mercancías y conseguir pasaje hasta algún otro lugar de la India más cercano a nuestra patria. Con estas esperanzas decidimos permanecer allí; pero, para distraernos, hicimos dos o tres excursiones por el interior del país.

Primero viajamos durante diez días hasta Nankín, una ciudad que bien merecía ser visitada. Dicen que tiene un millón de habitantes. Está construida con regularidad, y todas sus calles son rectas y se cruzan unas con otras en línea recta. Pero cuando me pongo a comparar a los

miserables habitantes de estos países con los nuestros, sus construcciones, su modo de vida, su gobierno, su religión, sus riquezas y su gloria, como algunos la llaman, debo confesar que apenas considero que valga la pena mencionarlos aquí. Nos maravillamos ante la grandeza, las riquezas, el esplendor, las ceremonias, el gobierno, las manufacturas, el comercio y la conducta de estas gentes; no porque haya en realidad nada tan extraordinario en ello, sino porque, teniendo una idea cabal de la barbarie de aquellos países, de la tosquedad y la ignorancia que allí imperan, no esperamos encontrar nada semejante en un lugar tan apartado. De otro modo, ¿qué son sus edificios comparados con los palacios y las construcciones reales de Europa? ¿Qué es su comercio frente al comercio universal de Inglaterra, Holanda, Francia y España? ¿Qué son sus ciudades comparadas con las nuestras en riqueza, fortaleza, elegancia en el vestir, suntuosidad del mobiliario e infinita variedad? ¿Qué son sus puertos, abastecidos con unos pocos juncos y barcos pequeños, frente a nuestra navegación, nuestras flotas mercantes y nuestras grandes y poderosas armadas? Nuestra ciudad de Londres tiene más comercio que la mitad de su vasto imperio. Un solo navío de guerra inglés, holandés o francés, de ochenta cañones, podría combatir contra casi todos los barcos de China. Sin embargo, la magnitud de sus riquezas, su comercio, el poder de su gobierno y la fuerza de sus ejércitos pueden sorprendernos un poco, porque, como ya he dicho, al considerarlos una nación pagana y bárbara, poco mejor que salvajes, no esperábamos encontrar entre ellos semejantes cosas.

Pero todas las fuerzas de su imperio, aunque consiguieran reunir en campaña dos millones de hombres, no servirían para otra cosa que arruinar el país y morir de hambre. Un millón de sus soldados de infantería no podría resistir a una sola formación de la nuestra, desplegada en orden de batalla y protegida contra cualquier intento de rodearla, aunque nuestros hombres fueran menos de uno por cada veinte de los suyos. Más aún: no creo exagerar si digo que treinta mil soldados de infantería alemanes o ingleses y diez mil jinetes, bien dirigidos, podrían derrotar a todas las fuerzas de China. Tampoco hay en China una sola ciudad fortificada que pudiera resistir un mes los bombardeos y los ataques de un ejército europeo. Es cierto que tienen armas de fuego, pero son toscas y poco fiables al disparar, y su pólvora tiene muy poca fuerza. Sus ejércitos están mal disciplinados y carecen de habilidad para atacar y de serenidad para retirarse. Por eso debo confesar que me pareció extraño, cuando regresé a casa y oí a nuestros compatriotas hablar tan elogiosamente del

poder, la gloria, la magnificencia y el comercio de los chinos. Pues, por lo que yo había visto, me parecían una despreciable muchedumbre de esclavos ignorantes y miserables, sometidos a un gobierno adecuado únicamente para regir a semejante pueblo. Y si su país no estuviera a una distancia inconcebible de Moscovia, y si aquel imperio no fuera, en cierto modo, tan tosco, impotente y mal gobernado como ellos, el zar de Moscovia podría expulsarlos a todos de su territorio y conquistarlos en una sola campaña. Si el zar —que ahora es un príncipe en ascenso— hubiera dirigido sus pasos hacia allí, en vez de atacar a los belicosos suecos, y se hubiera perfeccionado en el arte de la guerra tanto como, según dicen, lo ha hecho, y si ninguna de las potencias europeas lo hubiera envidiado ni se hubiera interpuesto en su camino, a estas alturas podría ser emperador de China, en lugar de haber sido derrotado por el rey de Suecia en Narva, cuando este último no contaba ni con la sexta parte de sus hombres.

Así como su fuerza y su grandeza, también su navegación, su comercio y su agricultura son muy imperfectos si se comparan con los de Europa. Lo mismo ocurre con sus conocimientos, su cultura y su dominio de las ciencias: en todo ello son muy torpes o deficientes, aunque poseen globos terráqueos y esferas, solo tienen algunas nociones rudimentarias de matemáticas y creen saber más que el resto del mundo. Pero saben muy poco sobre los movimientos de los cuerpos celestes. Y tan groseramente ignorante es el pueblo común, que cuando se produce un eclipse de sol creen que un enorme dragón lo ha atacado y está a punto de llevárselo. Entonces se ponen a golpear todos los tambores y calderos del país para ahuyentar al monstruo, ¡igual que nosotros hacemos ruido para meter un enjambre de abejas en una colmena!

Como esta es la única digresión de esta clase que he hecho en todos los relatos de mis viajes, no haré ninguna otra. No es este mi propósito ni forma parte de mi proyecto: mi intención es contar mis propias aventuras a lo largo de una vida de viajes sin parangón y de una larga sucesión de cambios, cosas que quizá pocos de quienes vengan después de mí habrán oído contar. Por lo tanto, diré muy poco de todos los grandes lugares, los países desiertos y los numerosos pueblos que aún me quedan por atravesar, salvo aquello que se relacione con mi propia historia y que mi relación con aquellos pueblos haga necesario mencionar.

Según mis cálculos, me encontraba entonces en el corazón de China, a unos treinta grados al norte del ecuador, pues habíamos regresado de

Nankín. Tenía, en efecto, deseos de conocer la ciudad de Pekín, de la que tanto había oído hablar, y el padre Simón me instaba a diario a visitarla. Finalmente, como ya se había fijado la fecha de su partida y había llegado de Macao el otro misionero que debía acompañarlo, era necesario que resolviéramos si iríamos o no. Así pues, dejé la decisión en manos de mi socio y me sometí por completo a su elección. Al cabo, se decidió por la afirmativa y nos dispusimos a emprender el viaje.

Partimos en condiciones muy ventajosas para encontrar el camino, pues conseguimos permiso para viajar en la comitiva de uno de sus mandarines, una especie de virrey o magistrado principal de la provincia donde residía. Estos personajes desplegaban gran pompa al viajar, con numerosos acompañantes y recibiendo grandes homenajes de la gente, a la que en ocasiones empobrecían considerablemente, pues se veía obligada a proporcionarles víveres a ellos y a todo su séquito durante sus desplazamientos. Observé en particular, mientras viajábamos con su equipaje, que, aunque el país nos proporcionaba suficientes provisiones tanto para nosotros como para nuestros caballos, por pertenecer a la comitiva del mandarín, debíamos pagar todo lo que recibíamos según los precios habituales del mercado, y el administrador del mandarín se encargaba de cobrárnoslo puntualmente. De modo que viajar en la comitiva del mandarín, aunque constituía un gran acto de bondad, no era para nosotros un favor tan extraordinario; en cambio, representaba una gran ventaja para él, teniendo en cuenta que, además de nosotros, viajaban de la misma manera otras treinta personas bajo la protección de su séquito. El país le suministraba gratuitamente todos los víveres y, sin embargo, él nos cobraba por ellos.

Tardamos veinticinco días en llegar a Pekín, atravesando una región extraordinariamente poblada, aunque, a mi parecer, mal cultivada. La agricultura, la administración de los recursos y el modo de vida eran miserables, pese a que tanto se jactaban de la laboriosidad de sus habitantes. Digo miserables si se los compara con los nuestros, pero no lo eran a los ojos de aquellos pobres desgraciados, que no conocían otra cosa. El orgullo de la gente humilde es inmenso, y en algunas regiones no hay nada que lo supere salvo su pobreza, que aumenta lo que yo llamo su miseria. No puedo evitar pensar que los salvajes de América viven mucho más felices que los más pobres de estos lugares, pues, como nada poseen, nada desean; mientras que estos son orgullosos e insolentes y, en muchos sitios, no pasan de ser simples mendigos y esclavos del

trabajo. Su ostentación es indescriptible y, si pueden permitírselo, les encanta rodearse de multitud de criados o esclavos, algo ridículo hasta el extremo, al igual que el desprecio que sienten por todo el mundo salvo por ellos mismos.

Debo confesar que después viajé con mucho más agrado por los desiertos y las vastas soledades de la Gran Tartaria que por aquí. Y eso que los caminos de esta región estaban bien pavimentados, bien cuidados y eran muy cómodos para los viajeros. Pero nada me resultaba más desagradable que contemplar a un pueblo tan altivo, imperioso e insolente en medio de la más absoluta sencillez y la más profunda ignorancia. Mi amigo el padre Simón y yo solíamos divertirnos mucho con estas escenas, al contemplar su orgullo de mendigos.

Por ejemplo, al pasar junto a la casa de un hidalgo rural, como lo llamó el padre Simón, a unas diez leguas de la ciudad de Nankín, tuvimos primero el honor de cabalgar durante unas dos millas junto al dueño de la casa. El porte con que viajaba era una auténtica caricatura quijotesca, una mezcla de pompa y pobreza. Su atuendo habría sido muy apropiado para un bufón: una tela de calicó sucia, con mangas colgantes, borlas y cortes y rasgaduras por casi todas partes. Cubría un chaleco de tafetán tan grasiento que demostraba que su señoría debía de ser un desaseado de primera categoría. Su caballo era una pobre criatura famélica y renqueante, y dos esclavos lo seguían a pie para hacer avanzar al desdichado animal. Llevaba un látigo en la mano y golpeaba al pobre animal en la cabeza con tanta energía como sus esclavos lo golpeaban por detrás. Así pasó junto a nosotros, acompañado de unos diez o doce criados, cuando iba desde la ciudad a su residencia campestre, situada a media legua por delante de nosotros.

Nosotros seguimos avanzando tranquilamente, mientras aquella figura de caballero se alejaba. Como nos detuvimos una hora en una aldea para reponer fuerzas, al llegar a la residencia campestre de aquel gran señor lo vimos en un pequeño espacio delante de la puerta, tomando su comida. Era una especie de jardín, aunque estaba completamente a la vista; y nos hicieron saber que cuanto más lo mirásemos, más complacido estaría. Estaba sentado bajo un árbol parecido al palmito, que le daba una sombra perfecta por encima de la cabeza y por el lado sur; pero debajo del árbol habían colocado una gran sombrilla, que hacía que aquel rincón tuviera un aspecto bastante agradable. Se hallaba recostado en un enorme sillón con

brazos. Era un hombre corpulento y pesado, y dos esclavas le llevaban la comida. Tenía otras dos a su servicio: una alimentaba al hidalgo con una cuchara, mientras la otra sostenía el plato con una mano y retiraba los restos de comida que su señoría dejaba caer sobre su barba y su chaleco de tafetán.

Dejamos al pobre hombre complacerse con nuestras miradas, como si admiráramos su pompa ociosa, y proseguimos nuestro camino. El padre Simón sintió curiosidad por averiguar qué manjares se servían en aquella mesa tan señorial al magistrado rural, y tuvo el honor de probarlos. Se trataba, según creo, de un guiso de arroz hervido, con un gran trozo de ajo y una bolsita llena de pimienta verde, además de otra planta que crecía allí, parecida a nuestro jengibre, aunque olía a almizcle y sabía a mostaza. Todo aquello se mezclaba y se cocía con un pequeño trozo de carne magra de carnero. Tal era el banquete de su señoría. A cierta distancia lo atendían otros cuatro o cinco criados, que supusimos comerían lo mismo después de su amo.

En cuanto a nuestro mandarín, con cuya comitiva viajábamos, se lo respetaba como a un rey. Siempre estaba rodeado de sus caballeros y, cada vez que se dejaba ver, lo acompañaba tal despliegue de pompa que apenas llegué a verlo de cerca. Observé que no había un solo caballo en su séquito que me pareciera mejor que los caballos de carga de nuestros arrieros en Inglaterra; aunque era difícil juzgarlos con exactitud, pues iban tan cubiertos de arreos, mantas, guarniciones y demás adornos que apenas podíamos distinguir otra cosa que sus patas y sus cabezas mientras avanzaban.

Yo me encontraba entonces de buen ánimo y, como todas mis recientes preocupaciones y perplejidades habían quedado atrás, ya no me asaltaban pensamientos inquietantes, lo que hizo que disfrutara mucho más del viaje. No me ocurrió ningún percance desagradable, salvo que, al cruzar o vadear un pequeño río, mi caballo cayó y me dio una peculiar bienvenida al país, como suele decirse: me arrojó al agua. El lugar no era profundo, pero quedé empapado de pies a cabeza. Lo menciono porque el accidente arruinó mi libro de notas, en el que había apuntado los nombres de varias personas y lugares que necesitaba recordar. Como no lo cuidé debidamente, las hojas se pudrieron y las palabras quedaron para siempre ilegibles.

Por fin llegamos a Pekín. Yo no llevaba conmigo más que al joven que mi

sobrino me había asignado para que me sirviera, y que resultó ser muy fiel y diligente. Mi socio, por su parte, solo llevaba a un criado, que era pariente suyo. En cuanto al piloto portugués, como deseaba conocer la corte, sufragamos sus gastos para que nos acompañara y pudiéramos servirnos de él como intérprete, pues entendía la lengua del país, hablaba bien francés y sabía un poco de inglés.

En verdad, aquel anciano nos fue de gran utilidad en todas partes. No llevábamos ni una semana en Pekín cuando se presentó riendo.

—¡Ah, signor inglés! —dijo—. Tengo algo que contarle que le alegrará el corazón.

—¿Alegrarme el corazón? —respondí—. ¿Qué puede ser? No creo que haya nada en este país capaz de causarme una alegría o una pena muy grandes.

—¡Sí, sí! —dijo el anciano en su inglés entrecortado—. A usted alegrar, a mí entristecer.

—¿Y por qué habría de entristecerlo? —pregunté.

—Porque usted me ha traído hasta aquí, a veinticinco días de viaje, y ahora me dejará regresar solo. ¿Y cómo llegaré después a mi puerto, sin barco, sin caballo y sin pecune?

Así llamaba al dinero, empleando su latín chapurreado, del que conocía abundantes expresiones que nos hacían reír. En resumen, nos contó que había en la ciudad una gran caravana de comerciantes moscovitas y polacos que se preparaban para emprender por tierra el viaje a Moscovia dentro de cuatro o cinco semanas. Estaba seguro de que nosotros aprovecharíamos la ocasión para viajar con ellos y lo dejaríamos atrás, obligado a regresar solo.

Confieso que aquella buena noticia me sorprendió tanto que durante un rato apenas pude hablarle. Pero al fin le pregunté:

—¿Cómo sabe eso? ¿Está seguro de que es cierto?

—Sí —respondió—. Esta mañana me encontré en la calle con un viejo conocido mío, un armenio que forma parte de la caravana. Viene de Astracán y tenía pensado dirigirse a Tonkín, donde lo conocí hace tiempo,

pero ha cambiado de parecer y ahora está decidido a viajar con la caravana hasta Moscú y, desde allí, bajar por el río Volga hasta Astracán.

—Bien, signor —le dije—, no se inquiete por la posibilidad de tener que regresar solo. Si esta es la manera de que yo vuelva a Inglaterra, será culpa suya si regresa a Macao.

Entonces nos reunimos para deliberar sobre lo que convenía hacer. Pregunté a mi socio qué le parecía la noticia del piloto y si encajaba con sus planes. Me contestó que haría exactamente lo que yo decidiera, pues había dejado todos sus asuntos en Bengala tan bien arreglados y sus bienes en manos tan seguras que, después de haber realizado un buen viaje comercial, estaría dispuesto a regresar a Inglaterra si podía invertir su capital en sedas chinas, tanto labradas como en bruto, y luego emprender de nuevo el viaje a Bengala en los barcos de la Compañía.

Una vez tomada esta decisión, acordamos que, si nuestro piloto portugués quería acompañarnos, correríamos con sus gastos hasta Moscú o hasta Inglaterra, si así lo prefería. En realidad, tampoco habría sido excesiva nuestra generosidad, aunque no le hubiéramos dado nada más, pues los servicios que nos había prestado valían mucho más que eso. No solo había sido nuestro piloto en el mar, sino también una especie de corredor de comercio en tierra; y el hecho de que nos consiguiera un comerciante japonés nos había reportado varios cientos de libras. Así que, deseosos de complacerlo —lo cual no era más que hacerle justicia— y muy contentos también de tenerlo con nosotros, pues era un hombre indispensable en cualquier circunstancia, acordamos entregarle entre los dos cierta cantidad de oro acuñado que, según mis cálculos, equivalía a ciento setenta y cinco libras esterlinas, además de sufragar todos sus gastos y los de su caballo, con la única excepción de un caballo para transportar sus mercancías.

Una vez convenido todo entre nosotros, lo llamamos para comunicarle nuestra decisión. Le dije que se había quejado de que estuviéramos dispuestos a dejarlo regresar solo y que ahora iba a anunciarle que nuestra intención era que no regresara en absoluto. Como habíamos resuelto viajar a Europa con la caravana, nos complacería mucho que viniera con nosotros, y lo habíamos llamado para conocer su parecer.

Sacudió la cabeza y dijo que era un viaje muy largo y que no tenía pecune para llegar hasta allí ni para mantenerse una vez que llegara.

Le respondimos que suponíamos que así era y que, por esa razón, habíamos decidido hacer algo por él, para que comprendiera cuánto apreciábamos los servicios que nos había prestado y cuánto nos agradaba su compañía. Entonces le expliqué lo que habíamos resuelto entregarle allí mismo, suma que podría invertir como nosotros invertiríamos nuestro propio dinero. En cuanto a sus gastos, si aceptaba viajar con nosotros, nos comprometíamos a dejarlo sano y salvo en tierra, ya fuera en Moscovia o en Inglaterra, según prefiriera, por nuestra cuenta —salvo en caso de muerte o de cualquier otro accidente—, con la única excepción del transporte de sus mercancías.

Recibió nuestra propuesta como arrebatado de alegría y nos dijo que nos acompañaría por todo el mundo. Así pues, todos nos dispusimos para el viaje. Sin embargo, lo que nos sucedía a nosotros les ocurría también a los demás comerciantes: tenían muchas cosas que resolver y, en lugar de estar listos en cinco semanas, transcurrieron cuatro meses y algunos días antes de que todo estuviera preparado.

Capítulo XIV: Atacados Por Los Tártaros

Era comienzos de febrero, según el calendario nuevo, cuando partimos de Pekín. Mi socio y el viejo piloto habían regresado directamente al puerto donde habíamos desembarcado por primera vez, para vender algunas mercancías que habíamos dejado allí. Yo, por mi parte, acompañado de un comerciante chino con quien había trabado cierta amistad en Nankín y que había venido a Pekín por sus propios asuntos, me dirigí a Nankín. Allí compré noventa piezas de damasco fino y unas doscientas piezas de otras sedas muy delicadas de diversas clases, algunas mezcladas con oro, e hice que todo ello fuera llevado a Pekín para cuando regresara mi socio. Además, compramos una gran cantidad de seda en bruto y otras mercancías. El valor de esas mercancías, por sí solas, ascendía a unas tres mil quinientas libras esterlinas. A estas mercancías se sumaban el té, algunas telas de algodón estampadas de gran calidad y tres cargas de nuez moscada y clavo transportadas por camellos, nuestra parte ocupaba en total dieciocho camellos, sin contar aquellos en los que cabalgábamos. Estos, junto con dos o tres caballos de reserva y otros dos cargados de provisiones, hacían un total de veintiséis camellos y caballos en nuestra comitiva.

La caravana era muy numerosa y, según recuerdo, estaba formada por entre trescientos y cuatrocientos caballos y más de ciento veinte hombres, todos muy bien armados y preparados para cualquier eventualidad. Pues, así como las caravanas de Oriente están expuestas a los ataques de los árabes, estas lo están a los de los tártaros. La compañía estaba integrada por personas de varias nacionalidades, aunque más de sesenta eran comerciantes o habitantes de Moscú, algunos de ellos livonios. Para nuestra particular satisfacción, había también cinco escoceses, que parecían hombres de gran experiencia en los negocios y de muy buena posición económica.

Después de recorrer una jornada, los guías, que eran cinco, convocaron a todos los viajeros, excepto a los criados, a un gran consejo, como ellos lo llamaban. En aquella reunión, cada uno aportó cierta cantidad de dinero a

un fondo común, destinado a cubrir los gastos necesarios para comprar forraje durante el camino allí donde no pudiera conseguirse de otro modo, pagar a los guías, conseguir caballos y atender otras necesidades semejantes. Allí también organizaron lo que llamaban la expedición: nombraron capitanes y oficiales para ordenarnos a todos y dar las voces de mando en caso de ataque, así como para establecer los turnos de mando de cada uno. Más adelante comprobamos que aquella organización y disciplina eran mucho más necesarias de lo que entonces imaginábamos.

El camino por toda esta parte del país atraviesa regiones muy pobladas y está lleno de alfareros y de personas que preparan la arcilla; es decir, gente que acondiciona la tierra con la que se fabrica la porcelana china. Mientras avanzábamos, nuestro piloto portugués, que siempre encontraba alguna ocurrencia para divertirnos, me dijo que iba a mostrarme la mayor rareza de todo el país. Aseguró que, después de todas las cosas desagradables que yo había dicho de China, tendría al menos una razón para afirmar que había visto allí algo que no podía encontrarse en ningún otro lugar del mundo.

Insistí mucho en saber de qué se trataba, hasta que por fin me dijo que era la casa de un caballero construida con porcelana.

—Bueno —dije—, ¿acaso los materiales de sus edificios no son productos de su propio país? Entonces, ¿no está todo hecho de porcelana china?

—No, no —respondió—. Quiero decir que es una casa hecha enteramente de ese material que ustedes llaman en Inglaterra china, o que en mi país llamamos porcelana.

—Bien —dije—, algo así podría existir. ¿Pero qué tamaño tiene? ¿Podríamos llevarla en una caja sobre un camello? Si es así, la compraremos.

—¡En un camello! —exclamó el viejo piloto, levantando ambas manos—. ¡Pero si vive en ella una familia de treinta personas!

Entonces sí que sentí verdadera curiosidad por verla. Cuando llegué, descubrí que no era más que lo siguiente: una casa de madera, o construida, como decimos en Inglaterra, con listones y argamasa, solo que todo aquel revestimiento estaba hecho realmente de porcelana; es decir,

se había empleado para revocarla la misma arcilla con la que se fabrica la porcelana china. La parte exterior, sobre la que daba de lleno el sol, estaba vidriada y presentaba un aspecto muy hermoso: era completamente blanca y estaba decorada con figuras azules, como las grandes piezas de porcelana china que se ven en Inglaterra. Además, era dura como si hubiera sido cocida en un horno.

En el interior, en lugar de paneles de madera, todas las paredes estaban revestidas de azulejos endurecidos y pintados, semejantes a los pequeños azulejos cuadrados que en Inglaterra llamamos galley-tiles. Todos estaban hechos de la porcelana más fina y sus dibujos eran extraordinariamente delicados, con una variedad asombrosa de colores mezclados con oro. Muchos azulejos componían una sola figura, pero estaban unidos con tal artificio, y el mortero estaba hecho de la misma arcilla, que apenas se distinguían las junturas. Los suelos de las habitaciones eran de la misma composición y tan duros como los pavimentos de tierra que usamos en algunas regiones de Inglaterra: duros como la piedra y lisos, aunque no estaban cocidos ni pintados. La excepción eran algunas habitaciones pequeñas, a modo de gabinetes, cuyo suelo estaba enteramente pavimentado con aquellos mismos azulejos. El techo y todos los revestimientos de la casa estaban hechos también con aquella arcilla; y, por si fuera poco, el tejado estaba cubierto con tejas del mismo material, pero de un negro intenso y brillante.

Aquello sí que era, en verdad, un auténtico almacén de porcelana, digno de llamarse así en el sentido más estricto y literal. De no haber estado de viaje, habría podido pasar allí varios días examinando y admirando sus detalles. Me dijeron que en el jardín había fuentes y estanques para peces, todos pavimentados en el fondo y en los lados con el mismo material, y que a lo largo de los senderos se alzaban hermosas estatuas, dispuestas en hileras y hechas por completo de arcilla de porcelana, cocidas de una sola pieza.

Siendo esta una de las peculiaridades de China, puede concedérseles que sobresalgan en ella. Pero estoy seguro de que sobresalen aún más cuando hablan de sus propias habilidades, pues me contaron cosas tan increíbles sobre sus trabajos de alfarería —porque eso es lo que son— que prefiero no repetirlas, sabiendo que no podían ser ciertas. En particular, me hablaron de un artesano que había construido un barco de loza, con todo su aparejo, mástiles y velas, lo bastante grande para

transportar a cincuenta hombres. Si me hubieran dicho que lo había botado y que había hecho en él un viaje hasta Japón, quizá habría tenido algo que comentar; pero, tal como me lo contaron, comprendí perfectamente de qué se trataba: en pocas palabras, aquel individuo mentía. Así que me limité a sonreír y no dije nada.

Aquella extraña maravilla me hizo retrasarme dos horas con respecto a la caravana, por lo que el jefe que aquel día estaba al mando me impuso una multa equivalente a unos tres chelines. Me advirtió que, si hubiéramos estado tres días de viaje fuera de la muralla, en lugar de los tres días que llevábamos dentro de ella, me habría multado con cuatro veces esa cantidad y obligado a pedir disculpas en la siguiente reunión del consejo. Prometí ser más disciplinado y, en efecto, después comprendí que las normas establecidas para mantenernos a todos juntos eran absolutamente necesarias para nuestra seguridad común.

Dos días más tarde atravesamos la Gran Muralla China, construida como fortificación contra los tártaros. Es una obra verdaderamente colosal, que se extiende sin fin por colinas y montañas, incluso por lugares donde las rocas son inaccesibles y los precipicios tan escarpados que ningún enemigo podría penetrar por ellos, ni siquiera escalarlos; y, aun si lo consiguiera, ninguna muralla podría detenerlo. Nos dijeron que su longitud se acercaba a las mil millas inglesas, aunque el país abarcaba quinientas en línea recta, distancia que la muralla delimitaba sin contar los numerosos rodeos y curvas que seguía. En algunos lugares tenía unos cuatro brazas de altura y otras tantas de espesor.

Me detuve alrededor de una hora para contemplarla por todos sus lados, de cerca y de lejos, hasta donde alcanzaba mi vista. No infringí con ello nuestras órdenes, pues la caravana tardó todo ese tiempo en atravesar la puerta. El guía, que había estado ensalzando la muralla como una de las maravillas del mundo, estaba muy interesado en conocer mi opinión. Le dije que era una obra excelente para mantener alejados a los tártaros. Por casualidad, no comprendió lo que yo quería decir y tomó mis palabras como un cumplido. ¡Pero el viejo piloto se echó a reír!

—¡Oh, signor inglés! —exclamó—. ¡Usted habla con dobles sentidos!

—¿Con dobles sentidos? —pregunté—. ¿Qué quiere decir?

—Que dice algo que parece blanco por un lado y negro por el otro; alegre

desde una perspectiva y sombrío desde otra. Le dice a él que es una buena muralla para mantener fuera a los tártaros; pero a mí me está diciendo con eso que no sirve para nada más que para mantener fuera a los tártaros. Yo lo entiendo, signor inglés, lo entiendo; pero el señor chino lo ha entendido a su manera.

—Bueno —dije—, ¿cree usted que esta muralla resistiría el ataque de un ejército de compatriotas nuestros, con una buena batería de artillería? ¿O el de nuestros ingenieros, con dos compañías de zapadores? ¿No la derribarían en diez días, hasta abrir una brecha por la que pudiera entrar un ejército formado en orden de batalla? ¿O no la harían volar por los aires, con sus cimientos y todo, de modo que no quedara ni rastro de ella?

—¡Sí, sí! —respondió—. Eso ya lo sé.

Los chinos sentían una enorme curiosidad por saber qué le había dicho al piloto. Le di permiso para contárselo unos días después, pues para entonces ya estaríamos casi fuera de su país y él iba a separarse de nosotros poco más tarde. Pero, cuando el guía supo lo que yo había dicho, se quedó mudo durante el resto del camino, y mientras permaneció con nosotros no volvimos a oír sus magníficos relatos sobre el poder y la grandeza de China.

Después de dejar atrás aquella enorme nada a la que llamaban muralla, parecida a las famosas murallas de los pictos, construidas por los romanos en Northumberland, empezamos a encontrar el país escasamente habitado. La gente parecía concentrarse en ciudades fortificadas, pues estaba expuesta a las incursiones y depredaciones de los tártaros, que saqueaban en grandes ejércitos y, por tanto, no podían ser rechazados por los habitantes indefensos de las regiones abiertas. Fue entonces cuando comencé a comprender la necesidad de viajar juntos, formando una caravana, pues vimos varias partidas de tártaros vagando por los alrededores. Sin embargo, cuando pude observarlos con claridad, me sorprendió aún más que el Imperio chino hubiera podido ser conquistado por semejantes individuos despreciables. No eran más que una horda de salvajes que no guardaban orden alguno ni entendían de disciplina ni sabían mantenerla. Sus caballos eran unos pobres animales flacos, sin adiestrar y prácticamente inútiles. Esto lo comprobamos el primer día que los vimos, después de entrar en la parte más agreste del país.

El jefe de aquel día nos dio permiso a unos dieciséis para salir de caza,

como ellos la llamaban. ¿Y en qué consistía aquella cacería? ¡En cazar ovejas! Aunque, a decir verdad, también podía llamarse caza, pues eran las ovejas más salvajes y veloces que jamás había visto. Solo que no corrían grandes distancias, y uno tenía asegurada la diversión en cuanto comenzaba la persecución, porque solían aparecer en rebaños de treinta o cuarenta y, como buenas ovejas, siempre huían juntas.

Mientras perseguíamos aquella extraña pieza de caza, tuvimos la mala fortuna de toparnos con unos cuarenta tártaros. No sabíamos si también andaban cazando ovejas, como nosotros, o si buscaban otra clase de presa; pero, en cuanto nos vieron, uno de ellos lanzó un espantoso toque con una especie de cuerno. Era una señal para llamar a sus compañeros, y en menos de diez minutos apareció a una milla de distancia otra partida de cuarenta o cincuenta hombres. Sin embargo, nuestro asunto ya había concluido para entonces, como sucedió.

Entre nosotros se encontraba por casualidad uno de los comerciantes escoceses de Moscú. Apenas oyó el cuerno, nos dijo que no teníamos más que cargar contra ellos sin perder un instante. Nos formó en línea y preguntó si estábamos decididos. Le respondimos que estábamos dispuestos a seguirlo, y él cabalgó directamente hacia los tártaros. Estos nos contemplaban como una simple muchedumbre, sin formar ninguna clase de orden. Pero, en cuanto nos vieron avanzar, dispararon sus flechas, que, por fortuna, no nos alcanzaron. No fue porque erraran el blanco, sino porque calcularon mal la distancia: todas cayeron un poco antes de llegar a nosotros. Sin embargo, apuntaban con tanta precisión que, si hubiéramos estado unos veinte pasos más cerca, varios de nuestros hombres habrían resultado heridos, cuando no muertos.

Nos detuvimos de inmediato y, aunque todavía estábamos a gran distancia, disparamos contra ellos, enviándoles balas de plomo en lugar de flechas de madera. Después de nuestra descarga, nos lanzamos al galope hacia sus filas, espada en mano, tal como había ordenado el valiente escocés que nos dirigía. Aunque no era más que un comerciante, se comportó en aquella ocasión con tanto vigor y valentía, y al mismo tiempo con tanta serenidad, que nunca vi a un hombre más apto para ejercer el mando en combate.

Cuando llegamos hasta ellos, les disparamos las pistolas a la cara y luego desenvainamos las espadas. Pero huyeron sumidos en la mayor confusión imaginable. Los únicos que ofrecieron alguna resistencia estaban a

nuestra derecha: eran tres hombres que permanecieron allí y, mediante señas, llamaban a los demás para que regresaran. Llevaban una especie de cimitarra en las manos y tenían los arcos colgados a la espalda. Nuestro valiente comandante, sin pedir a nadie que lo siguiera, se lanzó al galope contra ellos. Con su arma de fuego derribó a uno de la montura, mató al segundo con la pistola y el tercero huyó.

Así terminó nuestro combate. Pero tuvimos la desgracia de que todas las ovejas que habíamos estado persiguiendo escaparon. Nosotros no tuvimos ningún hombre muerto ni herido. En cuanto a los tártaros, murieron unos cinco; cuántos quedaron heridos, no lo supimos. Lo que sí supimos fue que el resto de aquella partida quedó tan aterrorizado por el estruendo de nuestros disparos que huyó y nunca volvió a intentar atacarnos.

Durante todo aquel tiempo nos encontrábamos todavía en los dominios chinos, y por eso los tártaros no se mostraban tan audaces como lo serían más adelante. Pero, unos cinco días después, entramos en un inmenso desierto salvaje que nos obligó a marchar durante tres días y tres noches. Tuvimos que llevar el agua con nosotros en grandes odres de cuero y acampar cada noche, tal como había oído que se hacía en el desierto de Arabia. Pregunté a nuestros guías a qué dominio pertenecía aquella región. Me explicaron que era una especie de frontera que podía considerarse tierra de nadie, pues formaba parte de la Gran Karakathy o Gran Tartaria. No obstante, se la consideraba perteneciente a China, aunque nadie se ocupaba allí de protegerla contra las incursiones de los ladrones. Por eso se la tenía por el peor desierto de todo el recorrido, aunque todavía debíamos atravesar otros mucho más extensos.

Al cruzar aquella aterradora región desolada, vimos dos o tres veces pequeños grupos de tártaros. Parecían ocupados en sus propios asuntos y no daban muestras de tener intención alguna de atacarnos. Así que, como el hombre que se encontró con el diablo, si ellos no tenían nada que decirnos, nosotros tampoco teníamos nada que decirles: los dejamos seguir su camino. Sin embargo, en una ocasión, una partida se acercó tanto que se detuvo a contemplarnos. No sabíamos si estaban considerando atacarnos o no; pero, cuando ya los habíamos dejado atrás a cierta distancia, formamos una retaguardia de cuarenta hombres y nos preparamos para recibirlos, dejando que la caravana avanzara media milla o algo más delante de nosotros. Al cabo de un rato se marcharon, aunque

al despedirse nos lanzaron cinco flechas. Una de ellas hirió a un caballo hasta el punto de dejarlo inútil, y al día siguiente tuvimos que abandonarlo, pobre animal, que necesitaba urgentemente un buen herrador. Aquella vez no volvimos a ver más flechas ni tártaros.

Después de aquello viajamos cerca de un mes. Los caminos ya no eran tan buenos como al principio, aunque todavía nos encontrábamos en los dominios del emperador de China. La mayor parte del recorrido discurría por aldeas, algunas de las cuales estaban fortificadas a causa de las incursiones de los tártaros. Cuando llegamos a una de aquellas poblaciones, situada a unas dos jornadas y media de la ciudad de Naum, quise comprar un camello. Había muchos a la venta a lo largo de todo aquel camino, así como caballos, aunque de la calidad que ya he descrito, pues el paso de tantas caravanas hacía que se necesitaran con frecuencia.

El hombre al que pedí que me consiguiera un camello se ofreció a ir a buscar uno por mí; pero yo, como un necio, tuve que meterme donde no me llamaban e insistí en acompañarlo. El lugar estaba a unas dos millas de la aldea, donde, según parecía, mantenían a los camellos y los caballos pastando bajo vigilancia.

Fui a pie, acompañado de mi viejo piloto y de un chino, pues me apetecía variar un poco. Cuando llegamos, encontramos un terreno bajo y pantanoso, rodeado por un muro de piedras apiladas en seco, sin mortero ni tierra entre ellas, como el cercado de un parque. En la entrada había una pequeña guardia de soldados chinos. Después de comprar un camello y acordar el precio, emprendí el regreso. El chino que me acompañaba llevaba al animal de la rienda cuando, de pronto, aparecieron cinco tártaros a caballo. Dos de ellos se apoderaron del hombre y le quitaron el camello, mientras los otros tres se acercaron a mi viejo piloto y a mí. Al vernos, por así decirlo, desarmados, se envalentonaron, pues yo no llevaba más arma que mi espada, que poco podía hacer para defenderme de tres jinetes.

El primero que se acercó se detuvo en seco cuando desenvainé la espada, pues aquellos hombres eran unos cobardes redomados. Pero un segundo, que se aproximó por mi izquierda, me asestó un golpe en la cabeza. No lo sentí hasta más tarde, y cuando recobré el conocimiento me pregunté qué había sucedido y dónde me encontraba, pues me había dejado tendido en el suelo. Sin embargo, mi infalible viejo piloto portugués llevaba una pistola en el bolsillo, cosa que yo ignoraba, y que tampoco sabían los tártaros. Si

lo hubieran sabido, supongo que no nos habrían atacado, pues los cobardes siempre son más atrevidos cuando no hay peligro.

Al verme caído, el anciano se acercó con gran valor al hombre que me había golpeado. Lo sujetó por un brazo con una mano y, tirando de él con todas sus fuerzas para acercarlo un poco, le disparó con la otra directamente en la cabeza. El tártaro cayó muerto en el acto. Inmediatamente se volvió hacia el que nos había detenido, como ya he contado, y, antes de que pudiera avanzar de nuevo, le lanzó un golpe con una cimitarra que siempre llevaba consigo. No alcanzó al hombre, pero hirió al caballo en un lado de la cabeza, le cortó una oreja de raíz y le abrió una profunda herida a lo largo de la cara.

El pobre animal, enfurecido por el dolor, dejó de obedecer a su jinete, aunque este no era precisamente mal jinete. Salió disparado y lo alejó por completo del alcance del piloto. Cuando ya estaban a cierta distancia, el caballo se encabritó, se levantó sobre las patas traseras y arrojó al tártaro al suelo, cayendo luego sobre él.

En aquel momento llegó el pobre chino al que le habían robado el camello, aunque no llevaba arma alguna. Sin embargo, al ver al tártaro derribado y al caballo encima de él, corrió hacia allí, le arrebató un arma horrible que llevaba al costado, parecida a un hacha de asta, y consiguió destrozarle con ella la cabeza al tártaro.

Pero mi viejo piloto todavía tenía que enfrentarse al tercer enemigo. Al ver que este no huía, como esperaba, ni avanzaba para combatirlo, como temía, sino que permanecía inmóvil, el anciano se quedó quieto también y se puso a manipular los utensilios para recargar su pistola. En cuanto el tártaro vio el arma, echó a correr a toda velocidad y dejó allí a mi piloto —mi campeón, como lo llamé después— dueño de una victoria completa.

Para entonces ya me había recuperado un poco. Cuando empecé a despertar, pensé que había disfrutado de un sueño apacible; pero, como he dicho, me preguntaba dónde estaba, cómo había ido a parar al suelo y qué había sucedido. Unos instantes después, al recobrar los sentidos, sentí dolor, aunque no sabía dónde. Me llevé la mano a la cabeza y, al retirarla, la vi cubierta de sangre. Entonces sentí que me dolía la cabeza y, en un instante, recuperé la memoria: todo volvió a mi mente con claridad. Me puse inmediatamente en pie y empuñé la espada, pero ya no había enemigos a la vista. Encontré a un tártaro muerto, con su caballo

tranquilamente de pie a su lado. Al mirar más lejos, vi regresar a mi salvador, que había ido a comprobar lo que había hecho el chino y venía con su sable en la mano.

Al verme de pie, el anciano corrió hacia mí y me abrazó con alegría, pues hasta entonces había temido que me hubieran matado. Al verme cubierto de sangre, quiso examinar mis heridas; pero no eran graves. Solo tenía lo que llamamos una brecha en la cabeza. Tampoco sufrí después mayores molestias por aquel golpe, pues la herida sanó en dos o tres días.

Sin embargo, no obtuvimos grandes beneficios de aquella victoria, porque perdimos un camello y ganamos un caballo. Pagué el precio del camello perdido y mandé traer otro, pero no fui yo mismo a buscarlo. Ya había tenido bastante con aquella experiencia.

La ciudad de Naum, hacia la que nos dirigíamos, se encontraba en la frontera del Imperio chino y estaba fortificada a la manera de aquel país. Como he dicho, nos faltaban algo más de dos jornadas para llegar a ella cuando se enviaron mensajeros a toda prisa por los caminos, con órdenes de avisar a todos los viajeros y caravanas de que se detuvieran hasta que se les enviara una escolta. La razón era que un contingente extraordinario de tártaros, que sumaba diez mil hombres, había aparecido en el camino, a unas treinta millas más allá de la ciudad.

Aquella noticia era muy desagradable para los viajeros. Sin embargo, la medida del gobernador había sido prudente y nos alegró mucho saber que contaríamos con una escolta. En consecuencia, dos días después recibimos doscientos soldados de una guarnición china situada a nuestra izquierda y otros trescientos procedentes de la ciudad de Naum. Con ellos avanzamos con audacia. Los trescientos soldados de Naum marchaban a la vanguardia; los doscientos, a nuestra retaguardia; y nuestros hombres marchaban a ambos lados de los camellos, mientras el equipaje y toda la caravana avanzaban en el centro. Formados de este modo y bien preparados para el combate, nos considerábamos capaces de enfrentarnos a los diez mil tártaros mogoles, si llegaban a aparecer. Pero al día siguiente, cuando efectivamente aparecieron, la situación resultó ser muy distinta.

Capítulo XV: Descripción De Un Ídolo Destruido

A primera hora de la mañana, cuando marchábamos desde una pequeña ciudad llamada Changu, tuvimos que cruzar un río y nos vimos obligados a hacerlo en una barca. Si los tártaros hubieran estado bien informados, aquel habría sido el momento oportuno para atacarnos, pues, una vez que la caravana hubo cruzado, la retaguardia se había quedado atrás. Pero no aparecieron por allí. Unas tres horas después, cuando ya nos adentrábamos en un desierto de unas quince o dieciséis millas de extensión, supimos, por una nube de polvo que levantaban, que el enemigo se acercaba; y enseguida lo vimos venir al galope.

Nuestros guardias chinos de vanguardia, que el día anterior habían alardeado tanto, comenzaron a vacilar; los soldados miraban con frecuencia hacia atrás, señal inequívoca de que un soldado está a punto de echar a correr. Mi viejo piloto pensaba lo mismo que yo y, como estaba cerca de mí, exclamó:

—Señor inglés, hay que animar a estos hombres o acabarán arruinándonos a todos; porque, si los tártaros se lanzan contra nosotros, no resistirán.

—Opino lo mismo —respondí—, pero ¿qué debemos hacer?

—¿Qué debemos hacer? —dijo—. Que cincuenta de nuestros hombres avancen y se coloquen en los flancos, uno a cada lado de ellos, para animarlos. Lucharán como valientes si están acompañados de hombres valientes; pero, sin eso, todos darán la espalda al enemigo.

Inmediatamente me acerqué a caballo a nuestro jefe y se lo comuniqué. Él pensaba exactamente igual que nosotros. Así pues, cincuenta de los nuestros marcharon hacia el ala derecha y otros cincuenta hacia la izquierda, mientras los demás formaban una línea de reserva. Avanzamos de este modo, dejando que los últimos doscientos hombres formasen un cuerpo aparte y protegieran los camellos; con la única instrucción de que,

si era necesario, enviaran a cien hombres para ayudar a los últimos cincuenta.

Por fin llegaron los tártaros, y eran una multitud innumerable. No podíamos calcular cuántos serían, pero creímos que habría por lo menos diez mil. Primero se adelantó un grupo que examinó nuestra posición, recorriendo el terreno frente a nuestra línea; y, cuando vimos que se encontraban al alcance de nuestros disparos, nuestro jefe ordenó a las dos alas que avanzaran rápidamente y les disparasen una descarga desde cada flanco. Así se hizo. Entonces se retiraron, supongo que para informar de la acogida que podían esperar. En efecto, aquella descarga les quitó las ganas de seguir adelante: se detuvieron de inmediato, permanecieron un rato deliberando y, desviándose hacia la izquierda, abandonaron por el momento su propósito. Aquello convenía mucho a nuestra situación.

Dos días después llegamos a la ciudad de Naun, o Naum. Dimos las gracias al gobernador por habernos protegido y reunimos una cantidad equivalente a unos cien escudos, que entregamos a los soldados enviados para escoltarnos. Allí descansamos un día. Aquello era, en verdad, una guarnición importante: se mantenían allí novecientos soldados. La razón era que, en otro tiempo, las fronteras de Moscovia habían estado más cerca de aquel lugar que entonces, pues los moscovitas habían abandonado aquella parte del país, que se extendía unas doscientas millas al oeste de la ciudad, por considerarla desolada e improductiva; y, sobre todo, por encontrarse tan lejos y resultar tan difícil enviar tropas para defenderla. Todavía estábamos a más de dos mil millas de la propia Moscovia. Después de aquello cruzamos varios ríos caudalosos y dos desiertos espantosos; tardamos dieciséis días en atravesar uno de ellos. Finalmente, el 13 de abril llegamos a las fronteras de los dominios moscovitas. Creo que la primera ciudad o fortaleza, comoquiera que se la llame, que pertenecía al zar se llamaba Arguna y estaba situada en la orilla occidental del río Arguna.

No pude evitar sentir una enorme satisfacción al llegar a un país gobernado por cristianos; pues, aunque, en mi opinión, los moscovitas apenas merecen el nombre de cristianos, al menos así se consideran y son muy devotos a su manera. Cualquier hombre reflexivo que haya viajado por el mundo tanto como yo no puede dejar de comprender qué bendición supone haber nacido en un lugar donde se conoce, se adora y se venera el nombre de Dios y de un Redentor, y no en uno donde la

gente, entregada a fuertes engaños, adora al diablo y se postra ante monstruos, elementos, animales de formas horribles e imágenes monstruosas. No había ciudad ni pueblo por el que pasáramos que no tuviera sus pagodas, sus ídolos y sus templos, con gentes ignorantes que adoraban incluso las obras de sus propias manos. Ahora habíamos llegado a un lugar donde, al menos, se veía una apariencia de culto cristiano; donde se doblaba la rodilla ante Jesús. Y, aunque lo hicieran con conocimiento o sin él, se reconocía la religión cristiana y se invocaba y adoraba el nombre del Dios verdadero. Ver aquello llenó de alegría mi alma. Mi primer gesto de gratitud por ello fue saludar al valiente comerciante escocés. Lo tomé de la mano y le dije:

—¡Bendito sea Dios! ¡Por fin estamos de nuevo entre cristianos!

Él sonrió y respondió:

—No te alegres demasiado pronto, compatriota. Estos moscovitas son una clase de cristianos bastante peculiar; y, aparte del nombre, quizá durante varios meses más de nuestro viaje veas muy poco de la verdadera sustancia.

—Bueno —dije—, aun así, es mejor que el paganismo y que la adoración de los demonios.

—Te diré una cosa —repuso—: con excepción de los soldados rusos de las guarniciones y de unos cuantos habitantes de las ciudades situadas a lo largo del camino, el resto de este país, durante más de mil millas todavía, está habitado por los paganos más perversos e ignorantes.

Y, en efecto, así lo comprobamos.

Nos adentramos entonces en la mayor extensión de tierra firme que existe en cualquier parte del mundo. Teníamos, por lo menos, doce mil millas hasta el mar hacia el este; dos mil hasta el extremo del mar Báltico hacia el oeste; y más de tres mil, si dejábamos atrás ese mar y continuábamos hacia el oeste, hasta los canales de la Mancha y de Francia. Nos separaban cinco mil millas del mar de la India o de Persia hacia el sur, y unas ochocientas del mar Glacial hacia el norte.

Avanzamos desde el río Arguna en jornadas cómodas y moderadas, y pudimos apreciar claramente los beneficios de las medidas adoptadas por

el zar, que había procurado construir ciudades y pueblos en tantos lugares como fuera posible establecerlos, donde sus soldados mantenían guarniciones. Era algo parecido a los soldados que los romanos apostaban de manera permanente en las regiones más remotas de su imperio. Yo había leído que algunos de ellos habían sido destinados a Britania para garantizar la seguridad del comercio y proporcionar alojamiento a los viajeros. Así sucedía allí. En todos los lugares a los que llegábamos, aunque las guarniciones y los gobernadores de aquellas ciudades y puestos eran rusos y profesaban el cristianismo, los habitantes eran simples paganos que sacrificaban a sus ídolos y adoraban al sol, la luna y las estrellas, o a todo el ejército celestial. Y no solo eso: de todos los pueblos paganos y gentiles que había conocido, estos eran los más bárbaros, con la única excepción de que no comían carne humana.

Encontramos algunos ejemplos de ello en el territorio comprendido entre Arguna, donde entrábamos en los dominios moscovitas, y una ciudad habitada conjuntamente por tártaros y rusos, llamada Nortziousky. Entre ambos lugares se extendía un desierto o bosque continuo que nos costó veinte días atravesar. En una aldea cercana a este último lugar sentí curiosidad por conocer su modo de vida, que era de lo más brutal e intolerable. Supuse que aquel día celebraban un gran sacrificio, pues, sobre el viejo tocón de un árbol, se alzaba una especie de ídolo diabólico de madera. También estaba vestido de la manera más repugnante: llevaba una prenda exterior hecha de pieles de oveja, con la lana hacia fuera, y un enorme gorro tártaro del que sobresalían dos cuernos. Medía unos ocho pies de altura, pero no tenía pies ni piernas, ni ninguna otra proporción entre sus partes.

Aquel espantapájaros estaba colocado en las afueras de la aldea. Cuando me acerqué, vi a dieciséis o diecisiete criaturas tendidas boca abajo en el suelo, alrededor de aquel espantoso bloque de madera. No advertí en ellas movimiento alguno, como si fueran troncos, igual que el ídolo, y al principio creí realmente que lo eran. Pero, cuando me aproximé un poco más, se pusieron de pie de un salto y lanzaron un alarido, como si se tratara de una jauría de perros de ladrido profundo. Después se alejaron caminando, como si les hubiera disgustado que los molestáramos. A poca distancia del ídolo, junto a la puerta de una choza construida con pieles secas de oveja y de vaca, había tres hombres con largos cuchillos en las manos. En el centro de la tienda se veían tres ovejas degolladas y un novillo joven. Al parecer, aquellos eran los sacrificios ofrecidos a aquel

insensato ídolo de madera; los tres hombres eran sus sacerdotes, y los diecisiete miserables que se habían postrado eran las personas que habían llevado la ofrenda y dirigían sus plegarias a aquel tronco.

Confieso que su estupidez y su brutal adoración de un duende me conmovieron más que cualquier otra cosa en toda mi vida. Dominado por la indignación, cabalgué hasta el espantoso ídolo y descargué un golpe con mi espada contra el gorro que llevaba en la cabeza, partiéndolo en dos. Uno de los hombres que me acompañaban agarró la piel de oveja que lo cubría y tiró de ella. Entonces, ¡de pronto!, un griterío espantoso recorrió toda la aldea, y dos o trescientas personas se nos echaron encima, de modo que me alegré de poder salir de allí a toda prisa, pues algunos llevaban arcos y flechas. Sin embargo, desde aquel mismo instante resolví volver a visitarlos.

Nuestra caravana descansó tres noches en la ciudad, que se encontraba a unas cuatro millas de distancia, para conseguir algunos caballos que necesitaban. Varios de los que llevábamos habían quedado cojos y agotados por la larga marcha a través del último desierto. Así pues, tuvimos tiempo de sobra para llevar a cabo mi propósito. Se lo comuniqué al comerciante escocés, de cuyo valor tenía pruebas más que suficientes. Le conté lo que había visto y con qué indignación había pensado desde entonces que la naturaleza humana pudiera degenerar hasta tal punto. Le dije que, si conseguía reunir apenas cuatro o cinco hombres bien armados que me acompañaran, estaba decidido a ir a destruir aquel vil y abominable ídolo, y a demostrarles que ni siquiera podía defenderse a sí mismo; que, por consiguiente, no podía ser objeto de adoración ni merecía que se le dirigieran plegarias, y mucho menos que pudiera ayudar a quienes le ofrecían sacrificios.

Al principio se opuso a mi plan por considerarlo inútil, pues, dada la ignorancia extrema de aquellas gentes, no cabía esperar que aprovecharan la lección que yo pretendía enseñarles. Añadió que, por lo que sabía del país y de sus costumbres, temía que nos expusiéramos a un grave peligro al ofender a aquellos brutales adoradores de ídolos. Esto enfrió un tanto mi resolución, pero durante todo aquel día seguí inquieto, deseoso de llevar a cabo mi proyecto. Aquella tarde, mientras paseábamos por la ciudad, me encontré con el comerciante escocés y volví a pedirle que me ayudara. Al ver que estaba decidido, me dijo que, después de pensarlo mejor, no podía sino aprobar mi propósito. Me

aseguró que no iría solo, pues él me acompañaría; pero que primero iría a buscar a un hombre robusto, compatriota suyo, para que también viniera con nosotros.

—Y será —añadió— un hombre tan famoso por su celo contra estas cosas diabólicas como puedas desear.

Así pues, acordamos ir únicamente nosotros tres y mi criado, y decidimos llevar a cabo la empresa la noche siguiente, hacia la medianoche, con el mayor secreto posible.

Pensamos que era mejor esperar hasta la noche siguiente porque la caravana debía ponerse en marcha por la mañana y suponíamos que el gobernador no podría exigirnos responsabilidades cuando ya estuviéramos fuera de su jurisdicción. El comerciante escocés, tan firme en su decisión como audaz a la hora de ejecutarla, me trajo una túnica o manto tártaro de pieles de oveja, junto con un gorro, un arco y flechas. Había preparado otro atuendo igual para él y para su compatriota, de modo que, si alguien nos veía, no pudiera reconocer quiénes éramos. Pasamos toda aquella primera noche preparando una mezcla de sustancias combustibles con aguardiente, pólvora y otros materiales que pudimos conseguir. Como teníamos también una buena cantidad de alquitrán en una pequeña vasija, aproximadamente una hora después de anochecer emprendimos nuestra expedición.

Llegamos al lugar hacia las once de la noche y comprobamos que sus habitantes no sospechaban lo más mínimo que su ídolo pudiera correr peligro. La noche estaba nublada, pero la luna nos proporcionaba luz suficiente para ver que el ídolo seguía exactamente en la misma postura y en el mismo sitio que antes. La gente parecía estar descansando; solo en la gran choza donde habíamos visto a los tres sacerdotes había luz. Al acercarnos a la puerta, oímos voces, como si hubiera allí cinco o seis personas. Por tanto, llegamos a la conclusión de que, si prendíamos fuego al ídolo, aquellos hombres saldrían inmediatamente y correrían hacia él para salvarlo de la destrucción. No sabíamos qué hacer con ellos. Por un momento pensamos en llevárnoslo y prenderle fuego a cierta distancia, pero, cuando intentamos manipularlo, descubrimos que era demasiado voluminoso para transportarlo, así que volvimos a quedarnos sin saber qué hacer. El segundo escocés propuso incendiar la choza y golpear en la cabeza a aquellas criaturas cuando salieran. Yo no podía estar de acuerdo con aquello; me oponía a matarlas si había alguna manera de evitarlo.

—Bien, entonces —dijo el comerciante escocés—, les diré lo que haremos: intentaremos apresarlos, les ataremos las manos y los obligaremos a quedarse allí para contemplar la destrucción de su ídolo.

Por fortuna, llevábamos suficiente bramante o cuerda de embalaje, que utilizábamos para atar nuestros mosquetes. Así que decidimos atacar primero a aquellas personas, procurando hacer el menor ruido posible. Lo primero que hicimos fue llamar a la puerta. Cuando uno de los sacerdotes salió a abrir, nos abalanzamos inmediatamente sobre él, le tapamos la boca, le atamos las manos a la espalda y lo llevamos hasta el ídolo. Allí le pusimos una mordaza para impedir que hiciera ruido, le atamos también los pies y lo dejamos tendido en el suelo.

Dos de nosotros aguardamos entonces junto a la puerta, esperando que saliera otro para averiguar qué ocurría. Esperamos tanto tiempo que el tercer hombre regresó junto a nosotros. Como nadie salía, volvimos a llamar suavemente. Enseguida aparecieron otros dos, a quienes tratamos exactamente del mismo modo. Tuvimos que acompañarlos hasta el ídolo y dejarlos tendidos a cierta distancia unos de otros. Cuando regresábamos, vimos que habían salido otros dos hombres y que un tercero permanecía detrás de ellos, dentro de la puerta. Nos apoderamos de los dos primeros y los atamos de inmediato. El tercero retrocedió gritando, pero mi comerciante escocés entró tras ellos y, sacando una mezcla que habíamos preparado y que solo producía humo y un hedor insoportable, le prendió fuego y la arrojó en medio de aquellos hombres. Mientras tanto, el otro escocés y mi criado, que se habían encargado de los dos hombres ya apresados y los habían atado también entre sí por los brazos, los llevaron hasta el ídolo, los dejaron allí para que comprobaran si este acudiría en su auxilio y regresaron apresuradamente junto a nosotros.

Cuando la mezcla que habíamos arrojado llenó la choza de tanto humo que sus ocupantes estaban casi asfixiados, lanzamos dentro una pequeña bolsa de cuero que contenía otra sustancia. La sustancia ardió como una vela. Al entrar detrás de ella, descubrimos que solo había cuatro personas, que, según supusimos, habían estado ocupadas en alguno de sus diabólicos sacrificios. En pocas palabras, estaban aterrorizadas, casi muertas de miedo; permanecían sentadas, temblando y aturdidas, sin poder hablar siquiera a causa del humo.

Las sacamos rápidamente de la choza, de la que el humo pronto nos obligó a salir también. Las atamos como habíamos hecho con los demás, y

todo ello sin hacer ruido. Después las llevamos a todas juntas hasta el ídolo. Una vez allí, nos pusimos manos a la obra. Primero lo embadurnamos por completo, así como sus vestiduras, con alquitrán y sebo mezclados con azufre. Luego le llenamos de pólvora los ojos, los oídos y la boca, y envolvimos un gran trozo de materia incendiaria en su gorro. Después adherimos a su cuerpo todos los materiales combustibles que habíamos llevado y miramos alrededor para ver si encontrábamos algo más que pudiera ayudarnos a quemarlo. Entonces mi compañero escocés recordó que, junto a la choza donde estaban los hombres, había un montón de forraje seco. Tanto él como el otro escocés corrieron hasta allí y regresaron con los brazos cargados de aquello. Cuando terminamos, reunimos a todos nuestros prisioneros, les desatamos los pies y les quitamos las mordazas. Los pusimos de pie y los colocamos delante de su monstruoso ídolo. Entonces prendimos fuego a todo.

Permanecimos allí unos quince minutos, más o menos, hasta que la pólvora colocada en los ojos, la boca y los oídos del ídolo estalló y, por lo que pudimos advertir, lo hizo saltar en pedazos. En una palabra, nos quedamos hasta verlo arder de tal manera que pronto quedaría completamente consumido. Entonces empezamos a pensar en marcharnos, pero el escocés dijo:

—No, no debemos irnos, porque estos pobres desgraciados, engañados por sus creencias, se arrojarán todos al fuego y arderán junto con su ídolo.

Así que decidimos esperar hasta que también se consumiera el forraje. Después nos marchamos y los dejamos allí. Una vez realizada nuestra hazaña, por la mañana nos presentamos entre nuestros compañeros de viaje, muy ocupados en preparar todo para la partida. Nadie habría podido imaginar que hubiéramos estado en otro sitio que no fuera nuestras camas.

Pero el asunto no terminó ahí. Al día siguiente, un gran número de habitantes de la región se presentó ante las puertas de la ciudad y, con gran violencia, exigió al gobernador ruso que se les diera satisfacción por la ofensa cometida contra sus sacerdotes y por el incendio de su gran Cham Chi-Thaungu. Al principio, los habitantes de Nertsinkay quedaron consternados, pues decían que los tártaros ya reunían una fuerza de no menos de treinta mil hombres. El gobernador ruso envió mensajeros para apaciguarlos, asegurándoles que no sabía nada de lo ocurrido y que ni una sola persona de su guarnición había salido de allí, de modo que aquello no podía ser obra de nadie perteneciente a ella. Pero añadió que,

si podían decirle quiénes eran los culpables, serían castigados ejemplarmente. Los mensajeros regresaron con una respuesta arrogante: todo el país veneraba al gran Cham Chi-Thaungu, que habitaba en el sol, y ningún mortal se habría atrevido a ejercer violencia contra su imagen, salvo algún miserable cristiano. Por tanto, habían resuelto declarar la guerra al gobernador y a todos los rusos, a quienes calificaban de miserables y cristianos.

El gobernador, que no quería provocar una ruptura ni dar motivo alguno para que se le declarase la guerra, pues el zar le había ordenado expresamente que tratara con benevolencia al país conquistado, les dirigió todas las palabras conciliadoras que pudo. Finalmente les dijo que aquella misma mañana había partido una caravana rumbo a Rusia y que quizá algunos de sus integrantes fueran los responsables de la ofensa que habían sufrido. Añadió que, si aquello les parecía suficiente, enviaría a alguien tras ella para investigar lo sucedido. Esto pareció apaciguarlos un poco. En consecuencia, el gobernador mandó que nos alcanzaran y nos informó detalladamente de lo ocurrido. Al mismo tiempo, nos dio a entender que, si alguien de nuestra caravana había cometido aquella acción, debía escapar; pero que, tanto si éramos culpables como si no, debíamos apresurarnos cuanto pudiéramos. Mientras tanto, él procuraría mantenerlos entretenidos todo el tiempo que le fuera posible.

Fue una muestra de gran amabilidad por parte del gobernador. Sin embargo, cuando el mensaje llegó a la caravana, nadie sabía nada del asunto; y nosotros, que éramos los culpables, fuimos precisamente quienes menos sospechas despertamos. Aun así, el jefe de la caravana comprendió la advertencia que nos había enviado el gobernador, y viajamos durante dos días y dos noches sin detenernos apenas. Después descansamos en una aldea llamada Plothus. Tampoco permanecimos allí mucho tiempo, sino que nos apresuramos a seguir hacia Jarawena, otra colonia moscovita donde esperábamos estar a salvo. Pero, al segundo día de marcha desde Plothus, las nubes de polvo que se levantaban a gran distancia detrás de nosotros dejaron claro que nos perseguían. Habíamos entrado en un desierto inmenso y pasado junto a un gran lago llamado Schanks Oser cuando vimos aparecer, al otro lado del lago, hacia el norte, un numeroso grupo de jinetes. Nosotros viajábamos hacia el oeste. Observamos que ellos también se dirigían hacia el oeste, pero supusimos que habríamos tomado aquel lado del lago, cuando, por fortuna, habíamos seguido por la orilla sur. Dos días después desaparecieron de nuevo,

pues, como creían que todavía nos llevaban ventaja, siguieron adelante hasta llegar al Udda, un río muy caudaloso más al norte, aunque cuando nosotros lo encontramos era estrecho y podía cruzarse a vado.

Al tercer día, o bien descubrieron su error o recibieron noticias de nuestra posición, pues, al caer la tarde, se nos echaron encima en tropel. Para nuestra gran satisfacción, acabábamos de elegir un lugar adecuado para acampar. Como acabábamos de entrar en un desierto de más de quinientas millas de extensión, donde no había pueblos en los que alojarnos y donde, de hecho, no esperábamos encontrar ninguno salvo la ciudad de Jarawena, que todavía estaba a dos jornadas de marcha, nos vimos obligados a buscar un lugar seguro para pasar la noche. Aun así, aquel desierto tenía algunos bosquecillos en esta parte y pequeños ríos que desembocaban todos en el gran río Udda. Acampamos aquella noche en un paso estrecho entre unos bosquecillos muy espesos, esperando que nos atacaran antes del amanecer. Como los tártaros mogoles solían recorrer aquel desierto en grupos, las caravanas acostumbraban fortificarse cada noche contra ellos, como si se protegieran de ejércitos de bandidos. Por tanto, no era nada nuevo que nos persiguieran. Pero aquella noche nuestro campamento ocupaba una posición muy ventajosa: al encontrarnos entre dos bosques, con un pequeño arroyo justo delante de nuestra línea de frente, no podían rodearnos ni atacarnos por ningún lado, salvo por delante o por detrás. También nos ocupamos de reforzar cuanto pudimos la parte delantera, colocando nuestros fardos, junto con los camellos y los caballos, en una línea a lo largo de la orilla que daba al campamento, y talando algunos árboles para proteger la retaguardia.

En aquella posición establecimos nuestro campamento para pasar la noche, pero el enemigo llegó antes de que hubiéramos terminado. No se acercaron como ladrones, según esperábamos, sino que nos enviaron a tres mensajeros para exigir que les entregáramos a los hombres que habían maltratado a sus sacerdotes y quemado su ídolo, a fin de que ellos pudieran quemarlos vivos. Dijeron que, si lo hacíamos, se marcharían y no nos causarían más daño; de lo contrario, nos destruirían a todos. Nuestros hombres recibieron el mensaje con muy mala cara y comenzaron a mirarse unos a otros, tratando de averiguar quién tenía el aspecto más culpable. Pero nadie sabía nada; nadie lo había hecho. El jefe de la caravana respondió que estaba completamente seguro de que aquello no lo había cometido nadie de nuestro campamento; que éramos comerciantes pacíficos, dedicados a nuestros negocios; que no habíamos

hecho daño ni a ellos ni a nadie; y que, por tanto, debían buscar en otra parte a los enemigos que los habían ofendido, pues nosotros no éramos esas personas. Les pidió que no nos molestaran, porque, si lo hacían, nos defenderíamos.

Aquella respuesta distó mucho de satisfacerlos. Al amanecer, cuando apenas despuntaba el día, una gran multitud de ellos bajó corriendo hacia nuestro campamento. Pero, al ver que estábamos tan bien apostados, no se atrevieron a avanzar más allá del arroyo que teníamos delante. Allí se quedaron, formando un grupo tan numeroso que nos causó un gran temor; algunos calcularon que serían diez mil. Permanecieron un rato observándonos y, después, lanzaron un alarido tremendo y descargaron sobre nosotros una lluvia de flechas. Sin embargo, estábamos bastante bien protegidos detrás de nuestros equipajes, y no recuerdo que ninguno de nosotros resultara herido.

Algún tiempo después los vimos desplazarse un poco hacia nuestra derecha, y esperamos que intentaran atacarnos por la retaguardia. Entonces un hombre astuto, un cosaco de Jarawena, se dirigió al jefe de la caravana y le dijo:

—Yo enviaré a toda esa gente a Sibeilka.

Esta era una ciudad situada, como mínimo, a cuatro o cinco jornadas de viaje hacia la derecha y algo por detrás de nosotros. Así que aquel hombre tomó su arco y sus flechas, montó a caballo y se alejó directamente por nuestra retaguardia, como si regresara hacia Nertsinskay. Después dio un gran rodeo y se dirigió directamente hacia el ejército de los tártaros, como si lo hubieran enviado expresamente para contarles una larga historia: que los hombres que habían quemado al Cham Chi-Thaungu se habían marchado a Sibeilka con una caravana de miserables, como él los llamó, es decir, cristianos; y que se habían propuesto quemar al dios Scal-Isar, perteneciente a los tunguses. Como aquel hombre era tártaro y hablaba su lengua a la perfección, representó tan bien su papel que todos le creyeron. Así que partieron apresuradamente hacia Sibeilka. En menos de tres horas habían desaparecido completamente de nuestra vista, y nunca volvimos a saber de ellos ni llegamos a averiguar si realmente habían llegado a Sibeilka. De este modo pudimos continuar sin peligro hasta Jarawena, donde había una guarnición rusa y descansamos durante cinco días.

Desde aquella ciudad tuvimos que atravesar un desierto espantoso, que

nos ocupó veintitrés jornadas de marcha. Allí nos abastecimos de algunas tiendas para alojarnos con mayor comodidad durante la noche. El jefe de la caravana consiguió también dieciséis carros de la región para transportar nuestra agua y nuestras provisiones. Cada noche colocábamos aquellos vehículos alrededor de nuestro pequeño campamento como defensa; de modo que, si aparecían los tártaros, a menos que fueran realmente muy numerosos, no podrían hacernos daño. Después de un viaje tan largo, bien puede suponerse que necesitábamos descansar de nuevo. En aquel desierto no vimos ni una casa ni un árbol, y apenas un arbusto; aunque sí encontramos abundantes cazadores de marta cibelina, todos ellos tártaros de la Tartaria mogola, de la que formaba parte aquella región. Con frecuencia atacaban a las caravanas pequeñas, pero nosotros no vimos que se reunieran en grandes grupos.

Una vez atravesado aquel desierto, llegamos a una región bastante poblada; es decir, encontramos ciudades y fortalezas establecidas por el zar, con guarniciones de soldados permanentes, destinadas a proteger las caravanas y defender el territorio de los tártaros, que, de otro modo, harían muy peligroso viajar por allí. Su majestad zarista había dado órdenes tan estrictas para proteger adecuadamente las caravanas que, siempre que se tenía noticia de la presencia de tártaros en la región, se enviaban destacamentos de las guarniciones para escoltar a los viajeros de una estación a la siguiente. Así, el gobernador de Adinskoy, a quien tuve ocasión de visitar gracias al comerciante escocés, que lo conocía, nos ofreció una escolta de cincuenta hombres para acompañarnos hasta el siguiente puesto, si considerábamos que había algún peligro.

Mucho antes de aquello había pensado que, a medida que nos acercáramos a Europa, encontraríamos el país más poblado y a sus habitantes más civilizados. Pero me equivoqué en ambos aspectos, pues todavía teníamos que atravesar el territorio del pueblo tungús, donde encontramos las mismas señales de paganismo y barbarie que antes. La única diferencia era que, como habían sido conquistados por los moscovitas, no resultaban tan peligrosos; pero, en cuanto a la rudeza de sus costumbres y su idolatría, ningún pueblo del mundo los superaba. Todos vestían pieles de animales, y sus casas estaban construidas con el mismo material. No se podía distinguir a un hombre de una mujer, ni por la tosquedad de sus facciones ni por su vestimenta. En invierno, cuando el suelo quedaba cubierto de nieve, vivían bajo tierra, en bóvedas subterráneas comunicadas entre sí por pasadizos. Si los tártaros tenían a

su Cham Chi-Thaungu para toda una aldea o región, estos tenían ídolos en cada choza y en cada cueva.

Calculo que este territorio se extendía, desde el último desierto del que he hablado, al menos unas cuatrocientas millas. La mitad de esa distancia correspondía a otro desierto, que nos llevó doce días de penosa marcha, sin encontrar una casa ni un árbol. Una vez más, tuvimos que transportar nuestras propias provisiones, tanto agua como pan. Después de salir de aquel desierto y viajar durante dos días, llegamos a Janezay, una ciudad o puesto moscovita situado junto al gran río Janezay, que, según nos dijeron allí, separaba Europa de Asia.

Todo el territorio comprendido entre el río Obi y el río Janezay es tan enteramente pagano, y sus habitantes tan bárbaros, como las regiones más remotas de los tártaros. También observé, y así se lo hice notar a los gobernadores moscovitas con quienes tuve ocasión de conversar, que aquellos pobres paganos no eran mucho más instruidos ni estaban más cerca del cristianismo por encontrarse bajo el gobierno moscovita. Ellos reconocían que aquello era bastante cierto, pero afirmaban que no era asunto suyo. Si el zar esperaba convertir a sus súbditos siberianos, tunguses o tártaros, debía hacerlo enviando clérigos entre ellos, no soldados. Añadieron, con más sinceridad de la que yo esperaba, que a su monarca no le preocupaba tanto convertir a aquellas gentes al cristianismo como convertirlas en súbditos.

Desde aquel río hasta el Obi atravesamos un territorio agreste y sin cultivar, escasamente poblado y mal administrado; por lo demás, era una región agradable, fértil y hermosa por naturaleza. Todos los habitantes que encontramos eran paganos, salvo aquellos que habían sido enviados allí desde Rusia. Pues esta es la región —me refiero a ambas orillas del río Obi— a la que destierran a los criminales moscovitas que no son condenados a muerte, y de la que resulta prácticamente imposible que puedan escapar jamás. No tengo nada de particular importancia que contar acerca de mis asuntos personales hasta que llegué a Tobolsk, la capital de Siberia, donde permanecí algún tiempo por las razones que explicaré a continuación.

Llevábamos ya casi siete meses de viaje y el invierno se acercaba a toda prisa. Por ello, mi socio y yo convocamos una reunión para tratar nuestros asuntos particulares y decidir qué debíamos hacer, puesto que nuestro destino era Inglaterra. Nos hablaron de trineos y renos para transportarnos

sobre la nieve durante el invierno. De hecho, los rusos viajan más en invierno que en verano, pues con aquellos trineos pueden desplazarse día y noche. La nieve, al helarse, forma una cubierta uniforme sobre la naturaleza: colinas, valles, ríos y lagos quedan lisos y duros como una piedra, y los trineos se deslizan por la superficie sin importar lo que haya debajo.

Pero yo no tenía ninguna necesidad de emprender un viaje invernal de aquella clase. Mi destino era Inglaterra, no Moscú, y tenía dos rutas posibles. Podía continuar con la caravana hasta llegar a Jarislaw y, desde allí, desviarme hacia el oeste, en dirección a Narva y al golfo de Finlandia, para seguir luego hasta Danzig, donde quizá pudiera vender las mercancías que traía de China con muy buenas ganancias. O bien podía abandonar la caravana en una pequeña ciudad situada junto al río Dvina, desde donde solo tendría seis días de viaje por agua hasta Arcángel. Allí podría conseguir con seguridad un barco con destino a Inglaterra, Holanda o Hamburgo.

Ahora bien, emprender cualquiera de aquellos viajes en invierno habría sido una auténtica insensatez. En cuanto a Danzig, el mar Báltico estaría congelado y no podría encontrar pasaje; además, viajar por tierra en aquellos países era mucho menos seguro que entre los tártaros mogoles. Por lo que respecta a Arcángel, en octubre todos los barcos ya se habrían marchado de allí, e incluso los comerciantes que residían en la ciudad durante el verano se retiraban hacia el sur, a Moscú, cuando partían los barcos. Así que no habría tenido que afrontar más que un frío extremo y escasez de provisiones, y habría pasado todo el invierno en una ciudad desierta. Por todo ello, consideré que lo mejor era dejar que la caravana continuara su camino y prepararme para pasar el invierno donde me encontraba: en Tobolsk, Siberia, a unos sesenta grados de latitud. Allí tenía aseguradas tres cosas para sobrellevar el frío: abundantes provisiones de las que producía la región, una casa bien caldeada, con combustible suficiente y una compañía excelente.

Me encontraba ahora en un clima completamente distinto al de mi querida isla, donde nunca sentí frío, salvo cuando padecía mis fiebres intermitentes. Al contrario, allí me costaba soportar cualquier prenda sobre el cuerpo y nunca encendía fuego sino al aire libre, pues lo necesitaba para cocinar mis alimentos y otros menesteres. Ahora llevaba tres buenos chalecos, con amplias túnicas o mantos que me llegaban hasta los pies y

se abrochaban bien en las muñecas. Todas esas prendas estaban forradas de pieles para mantenerme suficientemente abrigado.

En cuanto a disponer de una casa cálida, debo confesar que me desagrada mucho nuestra costumbre inglesa de encender fuego en todas las habitaciones, en chimeneas abiertas. Cuando el fuego se apaga, el aire de la habitación vuelve a estar tan frío como el clima exterior. Por eso alquilé un apartamento en una buena casa de la ciudad y mandé construir una chimenea semejante a un horno, situada en el centro de seis habitaciones, a modo de estufa. El conducto para evacuar el humo subía por un lado, mientras que la puerta por la que se accedía al fuego estaba en otro. De este modo, todas las habitaciones se mantenían igualmente calientes, sin que se viera fuego alguno, como cuando se calientan los baños en Inglaterra. Así conseguíamos mantener siempre la misma temperatura en todas las estancias, con un calor uniforme, sin ver nunca las llamas ni sufrir las molestias del humo.

Lo más extraordinario de todo era que pudiéramos encontrar allí buena compañía, en un país tan bárbaro como aquel, situado en una de las regiones más septentrionales de Europa. Pero, como esta era la tierra a la que desterraban a todos los criminales de Estado de Moscovia, según he señalado antes, la ciudad estaba llena de nobles rusos, caballeros, soldados y cortesanos. Allí se encontraban el célebre príncipe Galitzin, el viejo alemán Robostiski y otras varias personas distinguidas, además de algunas damas. Gracias al comerciante escocés, de quien, sin embargo, me separé allí, entablé amistad con varios de aquellos caballeros. Durante las largas noches de invierno que pasé en la ciudad, recibí de ellos numerosas visitas muy agradables.

Capítulo XVI: Llegada Segura A Inglaterra

Fue durante una conversación que mantuve una noche con cierto príncipe, uno de los ministros de Estado desterrados del zar, cuando comenzó a hablarse de mi caso particular. Me había estado contando muchas cosas admirables acerca de la grandeza, la magnificencia, los dominios y el poder absoluto del emperador de los rusos. Lo interrumpí y le dije que yo había sido un príncipe más grande y poderoso que el propio zar, aunque mi dominio no fuera tan extenso ni mi pueblo tan numeroso. El noble ruso pareció algo sorprendido y, fijando en mí la mirada, comenzó a preguntarse qué quería decir. Le dije que su asombro desaparecería cuando se lo explicara, y le conté detalladamente la historia de mi vida en la isla, así como la manera en que me gobernaba a mí mismo y a las personas que estaban bajo mi mando, tal como la he consignado desde entonces por escrito.

La historia les interesó sobremanera, y en especial al príncipe, quien me dijo con un suspiro que la verdadera grandeza de la vida consistía en ser dueños de nosotros mismos; que no habría cambiado una vida como la mía por ser zar de Moscovia, y que encontraba más dicha en el retiro al que parecía haber sido desterrado que la que jamás había conocido cuando gozaba de la más alta autoridad en la corte de su señor, el zar. Añadió que la cumbre de la sabiduría humana consistía en adaptar nuestro carácter a nuestras circunstancias y mantener la calma interior bajo el peso de las mayores tempestades exteriores. Cuando llegó allí por primera vez, dijo, solía arrancarse el cabello y desgarrarse la ropa, como otros habían hecho antes que él; pero el paso del tiempo y la reflexión lo habían llevado a examinarse a sí mismo, además de observar cuanto lo rodeaba. Había descubierto que la mente humana, una vez que se la lleva a reflexionar sobre la condición de la vida en general y sobre lo poco que este mundo tiene que ver con la verdadera felicidad, es perfectamente capaz de procurarse una dicha propia, plenamente satisfactoria y acorde con sus mejores propósitos y deseos, con muy poca ayuda del mundo exterior. Ahora que se había visto privado de toda aquella felicidad imaginaria que disfrutaba mediante el pleno ejercicio de los placeres

mundanos, tenía tiempo para contemplar su lado oscuro, donde había encontrado toda clase de deformidades. Estaba convencido de que solo la virtud hace al hombre verdaderamente sabio, rico y grande, y lo mantiene en el camino hacia una felicidad superior en la vida futura. Por eso, decía, ellos eran más felices en su destierro que todos sus enemigos, quienes disfrutaban de la plena posesión de las riquezas y el poder que ellos habían dejado atrás. "Y no crea, señor —añadió—, que he llegado a esta disposición de ánimo por cálculo político, debido a la necesidad de mis circunstancias, que algunos consideran miserables; pues, si algo sé de mí mismo, no regresaría ahora, aunque mi señor el zar me llamara y me restituyera toda mi antigua grandeza".

Habló con tanto ardor, con tanta vehemencia y tal agitación de espíritu, que resultaba evidente que aquellas eran las verdaderas convicciones de su alma; no había motivo alguno para dudar de su sinceridad. Le dije que yo mismo me había considerado en otro tiempo una especie de monarca en mi antigua morada, de la que ya le había hablado, pero que él no solo era un monarca, sino también un gran conquistador; pues quien ha vencido sus deseos desmedidos y alcanzado el dominio absoluto de sí mismo, quien se rige por completo por la razón y no por su voluntad, es sin duda más grande que quien conquista una ciudad.

Llevaba allí ocho meses, y aquel invierno me pareció oscuro y terrible. El frío era tan intenso que no podía siquiera asomarme al exterior sin estar envuelto en pieles y llevar ante el rostro una especie de máscara también de piel, con una abertura para respirar y dos para ver. Durante tres meses, la escasa luz del día no duraba más de cinco horas, o seis a lo sumo; aunque, como la nieve permanecía constantemente sobre el suelo y el tiempo era despejado, nunca llegaba a oscurecer del todo. Nuestros caballos se mantenían, o más bien se dejaban morir de hambre, bajo tierra; y en cuanto a los criados que contratamos allí para que cuidaran de nosotros y de los caballos, de vez en cuando teníamos que descongelarles los dedos de las manos y de los pies, y procurar que no se les gangrenaran ni acabaran desprendiéndose.

Es cierto que dentro de las casas estábamos calientes, pues eran herméticas, tenían paredes gruesas, ventanas pequeñas y todos los cristales eran dobles. Nuestra alimentación consistía principalmente en carne de ciervo, secada y curada durante la temporada; pan bastante bueno, aunque cocido en forma de bizcocho; pescado seco de varias

clases y algo de carne de carnero y de búfalo, que es bastante buena. Todas las provisiones para el invierno se almacenaban durante el verano y se conservaban cuidadosamente. Bebíamos agua mezclada con aqua vitae en lugar de brandy y, como obsequio especial, hidromiel en vez de vino, aunque de este último también tenían muy bueno. Los cazadores, que se aventuraban a salir con cualquier tiempo, nos traían con frecuencia excelentes piezas de venado y, algunas veces, carne de oso, aunque esta última no nos agradaba demasiado. Teníamos una buena provisión de té, con el que agasajábamos a nuestros amigos, y, consideradas todas las cosas, vivíamos alegremente y con bastante comodidad.

Ya era marzo; los días se habían alargado considerablemente y el tiempo era, al menos, tolerable. Los demás viajeros comenzaron a preparar trineos para transportarse sobre la nieve y a disponerlo todo para partir. Pero, como ya he dicho, yo tenía decidido dirigirme a Arcángel, no a Moscovia ni al Báltico, así que no hice movimiento alguno. Sabía muy bien que los barcos procedentes del sur no zarpaban hacia aquella parte del mundo hasta mayo o junio, y que, si llegaba allí a principios de agosto, sería tan pronto como cualquier barco pudiera estar listo para hacerse a la mar. Por tanto, no tenía prisa por marcharme, como los demás. En resumen, vi partir a muchísimas personas; es más, todos los viajeros se fueron antes que yo. Al parecer, cada año salían de allí hacia Moscovia por motivos comerciales, para llevar pieles y comprar artículos necesarios que luego traían de vuelta para abastecer sus tiendas. Otros emprendían el mismo viaje con destino a Arcángel.

En el mes de mayo comencé a prepararlo todo para hacer el equipaje. Mientras lo hacía, se me ocurrió que, puesto que todas aquellas personas habían sido desterradas a Siberia por el zar y, sin embargo, una vez allí, se les permitía ir adonde quisieran, ¿por qué no se marchaban entonces a cualquier parte del mundo que les pareciera conveniente? Comencé a preguntarme qué podría impedirles intentarlo. Pero mi asombro desapareció cuando abordé el asunto con la persona a la que me he referido, quien me respondió de esta manera:

Considere primero, señor —dijo—, el lugar donde nos encontramos y, en segundo término, la condición en que vivimos, sobre todo la mayoría de quienes han sido desterrados aquí. Estamos rodeados de obstáculos más infranqueables que rejas o cerrojos. Por el norte tenemos un océano innavegable, por el que jamás ha pasado barco alguno. En cualquier otra

dirección debemos recorrer más de mil millas a través de los propios dominios del zar, por caminos absolutamente intransitables, salvo por las rutas construidas por el Gobierno, que atravesaban ciudades guarnecidas por sus tropas. Así que no podríamos atravesar esos caminos sin ser descubiertos, ni subsistir por ninguna otra vía; por eso, intentarlo sería inútil.

Me quedé sin palabras y comprendí que estaban presos con tanta seguridad como si los hubieran encerrado en el castillo de Moscú. Sin embargo, se me ocurrió que yo podía convertirme, sin duda, en el instrumento para conseguir la fuga de aquel hombre excelente y que, cualesquiera que fueran los peligros que tuviera que afrontar, intentaría llevármelo conmigo. Con ese propósito, una tarde busqué la ocasión de comunicarle mis pensamientos. Le expliqué que me resultaría muy fácil sacarlo de allí, pues en aquella región no había guardias que lo vigilaran; y que, como yo no me dirigía a Moscú, sino a Arcángel, y viajaba con una caravana, no estaba obligado a pasar las noches en los poblados del desierto, sino que podía acampar cada noche donde quisiera. Así, podríamos llegar sin impedimentos a Arcángel, donde lo pondría inmediatamente a salvo a bordo de un barco inglés y lo llevaría conmigo. En cuanto a su sustento y a los demás detalles, yo me ocuparía de todo hasta que pudiera valerse por sí mismo.

Me escuchó con mucha atención y me miró fijamente durante todo el tiempo que hablé. Es más, pude ver en su propio rostro que mis palabras habían provocado en su ánimo una agitación extraordinaria: el color de su semblante cambiaba a menudo, sus ojos se enrojecían y su corazón latía con tal fuerza que hasta se le notaba en el rostro. Cuando terminé, no pudo responderme de inmediato y pareció vacilar sobre qué decir. Pero, después de hacer una breve pausa, me abrazó y exclamó:

—¡Qué desdichados somos, pobres criaturas desvalidas, que hasta nuestros mayores actos de amistad se convierten en trampas para nosotros y nos convertimos unos para otros en tentadores!

Luego me dio las gracias de todo corazón por mis ofrecimientos de ayuda, pero se resistió con firmeza a los argumentos con que intenté convencerlo de que recuperara su libertad. Declaró con toda seriedad que estaba decidido a permanecer donde se encontraba antes que buscar el regreso a su antigua y miserable grandeza, como él la llamaba; pues allí podrían renacer las semillas del orgullo, la ambición, la avaricia y el lujo, echar

raíces y volver a dominarlo.

—Déjeme permanecer aquí, querido señor —concluyó—; déjeme seguir en este bendito confinamiento, desterrado de los vicios de la vida, antes que comprar una apariencia de libertad al precio de la libertad de mi razón y de la felicidad futura que ahora tengo ante mis ojos, pero que entonces, me temo, perdería pronto de vista. Pues no soy más que carne; un hombre, un simple hombre, con pasiones y afectos tan capaces de apoderarse de mí y destruirme como los de cualquier otro. ¡Oh, no sea usted mi amigo y mi tentador al mismo tiempo!

Si antes me había quedado sorprendido, ahora me quedé completamente mudo y permanecí en silencio, mirándolo y, en verdad, admirando lo que veía. La lucha que se libraba en su alma era tan intensa que, aunque el tiempo era extremadamente frío, lo hizo entrar en un estado de agitación febril. Así que le dije unas palabras: que lo dejaría reflexionar sobre el asunto, que volvería a visitarlo más tarde, y me retiré a mi aposento.

Unas dos horas después oí que alguien se acercaba a la puerta de mi habitación. Me disponía a abrirla, pero él ya la había abierto y había entrado.

—Mi querido amigo —dijo—, estuvo usted a punto de hacerme vacilar, pero ya me he recobrado. No tome a mal que no acepte su ofrecimiento. Le aseguro que no es por falta de aprecio hacia la bondad que me ha demostrado; he venido a expresarle mi más sincero agradecimiento. Pero espero haber logrado vencerme a mí mismo.

—Mi señor —respondí—, espero que esté plenamente convencido de que no se resiste a un llamamiento del Cielo.

—Señor —dijo—, si ese llamamiento hubiera venido del Cielo, el mismo poder me habría impulsado a aceptarlo; pero espero, y estoy plenamente convencido, de que es el Cielo quien me lleva a rechazarlo. Y me satisface profundamente separarme de usted sabiendo que seguirá siendo un hombre honrado, aunque no un hombre libre.

No me quedaba más que asentir y asegurarle que mi único propósito había sido el sincero deseo de servirlo. Me abrazó con gran efusión y me aseguró que era consciente de ello y que siempre me estaría agradecido. Acto seguido, me ofreció un regalo muy valioso de pieles de marta

cibelina; demasiado, en verdad, para que yo pudiera aceptarlo de un hombre en sus circunstancias. Habría querido rechazarlas, pero no quiso admitir negativa alguna. A la mañana siguiente envié a mi criado a ver a su señoría con un pequeño obsequio de té, dos piezas de damasco chino y cuatro pequeños lingotes de oro japonés, que en conjunto no pesaban más de seis onzas, aproximadamente, pero cuyo valor era muy inferior al de las pieles de marta cibelina. Cuando llegué a Inglaterra, descubrí que estas valían cerca de doscientas libras. Aceptó el té, una de las piezas de damasco y uno de los lingotes de oro, que llevaba una hermosa marca de acuñación japonesa. Comprendí que lo aceptaba por su rareza, pero no quiso recibir nada más. Además, envió recado conmigo de que deseaba hablarme.

Cuando fui a verlo, me dijo que yo sabía lo que había ocurrido entre nosotros y esperaba que no volviera a insistir en aquel asunto. Sin embargo, puesto que le había hecho un ofrecimiento tan generoso, quería preguntarme si tendría la bondad de extenderlo a otra persona que me nombraría, alguien por quien sentía una gran preocupación. En pocas palabras, me explicó que se trataba de su único hijo, quien, aunque yo no lo había visto, se encontraba en la misma situación que él y a más de doscientas millas de distancia, al otro lado del Obi. Pero, si yo consentía, mandaría a buscarlo.

No vacilé en absoluto y le dije que lo haría. Me tomé cierto trabajo en hacerle comprender que lo hacía enteramente por consideración hacia él y que, como no había conseguido convencerlo, le demostraría mi respeto preocupándome por su hijo. Al día siguiente mandó a buscarlo y, unos veinte días después, el joven regresó con el mensajero, trayendo seis o siete caballos cargados de pieles de gran valor, cuyo conjunto alcanzaba una suma considerable. Sus criados condujeron los caballos hasta la ciudad, pero dejaron al joven señor a cierta distancia. Al caer la noche, este entró de incógnito en nuestro aposento, donde su padre me lo presentó. En resumen, acordamos cómo haríamos el viaje y todos los preparativos necesarios para emprenderlo.

Yo había comprado una cantidad considerable de pieles de marta cibelina, zorros negros, armiños finos y otras pieles muy valiosas que se encontraban en aquella ciudad, a cambio de algunas de las mercancías que había traído de China; en particular, clavo de olor y nuez moscada, de los que vendí aquí la mayor parte y el resto más tarde en Arcángel, a un

precio mucho mejor del que habría podido obtener en Londres. Mi socio, que comprendía las ganancias que nos reportaba aquel comercio y que se dedicaba a los negocios de mercancías más que yo, estaba encantado con nuestra estancia allí por el tráfico que habíamos conseguido establecer.

Era ya comienzos de junio cuando abandoné aquel lugar remoto. Nuestra caravana se había reducido entonces considerablemente: solo teníamos treinta y dos caballos y camellos en total, que pasaban por ser de mi propiedad, aunque mi nuevo huésped era dueño de once de ellos. También era natural que llevara conmigo más criados que antes, y el joven señor se hacía pasar por mi mayordomo. No sé por qué personaje importante me tomaban a mí, ni tampoco me preocupaba averiguarlo. Nos quedaba por atravesar el desierto más extenso y más difícil de todo nuestro viaje. Lo llamo el peor porque en algunos lugares el camino era muy profundo y en otros sumamente irregular. Lo mejor que podíamos decir de él era que creíamos no tener que temer a las partidas de tártaros ni a los bandidos, pues nunca llegaban a esta parte del río Obi, o al menos lo hacían muy rara vez. Sin embargo, descubrimos que no era así.

Mi joven señor tenía un criado siberiano de toda confianza, que conocía perfectamente la región y nos guiaba por caminos apartados. De ese modo evitábamos pasar por las principales ciudades y poblaciones situadas en la ruta principal, como Tiumén, Soloy Kamaskoy y varias otras, porque las guarniciones moscovitas que se mantenían allí vigilaban con gran celo y rigor a los viajeros, registrándolos para impedir que alguna persona importante entre los desterrados pudiera escapar por aquel camino hacia Moscovia. Pero, por esta razón, así como nos manteníamos alejados de las ciudades, todo nuestro recorrido transcurría por el desierto y nos veíamos obligados a acampar y dormir en nuestras tiendas, cuando podríamos haber encontrado alojamientos muy cómodos en las ciudades del camino. El joven señor era tan consciente de ello que no permitía que durmiéramos al raso cuando llegábamos a alguna de aquellas ciudades: él mismo se quedaba fuera, junto con su criado, en los bosques, y siempre se reunía con nosotros en los lugares convenidos.

Acabábamos de entrar en Europa, tras cruzar el río Kama, que en aquellas regiones marca la frontera entre Europa y Asia. La primera ciudad del lado europeo se llamaba Soloy Kamaskoy, es decir, la gran ciudad del río Kama. Allí esperábamos encontrar algún cambio evidente en la gente,

pero nos equivocamos. Como aún teníamos que atravesar un desierto inmenso, que en algunos lugares se prolonga por cerca de setecientas millas, aunque por donde nosotros lo cruzamos no tenía más de doscientas de ancho, hasta dejar atrás aquel lugar espantoso encontramos muy pocas diferencias entre aquella región y la Tartaria mogola. La mayoría de sus habitantes son paganos; sus casas y poblaciones están llenas de ídolos, y su modo de vida es enteramente bárbaro, salvo en las ciudades y aldeas cercanas, cuyos habitantes son cristianos, como ellos mismos se llaman, de la Iglesia griega. Sin embargo, su religión está mezclada con tantas reliquias de superstición que, en algunos lugares, apenas puede distinguirse de la pura hechicería y la brujería.

Al atravesar aquel bosque —cuando ya creíamos, al menos en nuestra imaginación, haber dejado atrás todos los peligros—, pensé que, en efecto, acabaríamos saqueados y robados, y quizá asesinados, por una partida de ladrones. Todavía no he podido averiguar de qué país eran, pero todos iban a caballo, llevaban arcos y flechas y, al principio, sumaban unos cuarenta y cinco hombres. Se acercaron tanto que quedaron a menos de dos disparos de mosquete. Sin hacernos pregunta alguna, nos rodearon con sus caballos y nos observaron con mucha atención en dos ocasiones. Finalmente, se colocaron justo delante de nuestro camino. Entonces formamos una pequeña línea frente a nuestros camellos, pues no éramos más de dieciséis hombres en total. Una vez formados, nos detuvimos y enviamos a reconocerlos al criado siberiano que acompañaba a su señor. Su amo estuvo más dispuesto a dejarlo ir porque sospechaba, y no poco, que se trataba de una partida siberiana enviada en su persecución. El hombre se acercó a ellos con una bandera de tregua y les habló. Pero, aunque conocía varias de sus lenguas —o, más bien, dialectos de distintas lenguas—, no pudo entender ni una palabra de lo que decían. Después de que le hicieran algunas señas para advertirle que no se acercara más si no quería correr peligro, el hombre regresó tan ignorante como se había marchado. Solo pudo decirnos que, por su vestimenta, creía que eran tártaros kalmucos o de las hordas circasianas, y que debía de haber más de ellos en el gran desierto, aunque nunca había oído que se hubiera visto a ninguno tan al norte.

Aquello nos sirvió de poco consuelo, pero no teníamos otro remedio. A nuestra izquierda, a una distancia de aproximadamente un cuarto de milla, había un pequeño bosquecillo muy cerca del camino. Resolví de inmediato que debíamos avanzar hasta aquellos árboles y fortificarnos allí lo mejor

que pudiéramos. En primer lugar, consideré que los árboles nos protegerían en gran medida de sus flechas; además, les impedirían atacarnos en formación cerrada. En realidad, fue mi viejo piloto portugués quien propuso la idea. Tenía la admirable cualidad de ser siempre el más dispuesto y el más capaz de guiarnos y alentarnos en las situaciones de mayor peligro. Avanzamos enseguida, tan deprisa como pudimos, y alcanzamos aquel pequeño bosque. Los tártaros, o ladrones —pues no sabíamos cómo llamarlos—, permanecieron en su posición y no intentaron impedirnos el paso.

Cuando llegamos allí, descubrimos, con gran satisfacción, que el terreno era pantanoso y que, a uno de sus lados, había un manantial muy caudaloso. De él brotaba un arroyuelo que, un poco más adelante, se unía a otro de tamaño semejante. En realidad, aquel era el nacimiento de un río considerable, llamado más adelante Wirtska. Los árboles que crecían alrededor del manantial no llegaban a doscientos, pero eran muy grandes y estaban bastante juntos, de modo que, en cuanto entramos, nos vimos perfectamente a salvo del enemigo, salvo que nos atacaran a pie.

Mientras permanecíamos allí, esperando durante varias horas algún movimiento del enemigo, sin advertir que hiciera nada, nuestro portugués, con cierta ayuda, cortó parcialmente varias ramas y las dejó colgando entre los árboles, formando así una especie de empalizada que nos cercaba. Unas dos horas antes del anochecer, los enemigos se lanzaron directamente contra nosotros. Aunque no habíamos advertido ningún movimiento, descubrimos que se les habían unido algunos más, de modo que ya eran cerca de ochenta jinetes; aunque nos pareció que algunos eran mujeres. Avanzaron hasta situarse a medio alcance de tiro de nuestro pequeño bosque. Entonces disparamos un mosquete sin bala y les gritamos en ruso para preguntarles qué querían, al tiempo que les ordenábamos mantenerse alejados. Pero ellos arremetieron con redoblada furia hasta llegar al borde del bosque, sin imaginar que estábamos tan bien atrincherados que no podrían entrar fácilmente. Nuestro viejo piloto era tanto nuestro capitán como nuestro ingeniero, y nos pidió que no disparáramos contra ellos hasta que estuvieran a distancia de tiro de pistola, para asegurarnos de acertar; y que, cuando lo hiciéramos, apuntáramos bien. Le dijimos que diera la orden de disparar, pero la demoró tanto que algunos de ellos llegaron a estar a menos de dos picas de nosotros cuando abrimos fuego. Apuntamos con tanta precisión que matamos a catorce e hirimos a varios más, además de alcanzar a varios

de sus caballos, pues todos habíamos cargado nuestras armas con al menos dos o tres balas cada una.

Quedaron terriblemente sorprendidos por nuestros disparos y se retiraron de inmediato a unas cien varas de distancia. Aprovechamos ese intervalo para volver a cargar nuestras armas y, al ver que mantenían aquella distancia, salimos de nuestro refugio y capturamos cuatro o cinco de sus caballos, cuyos jinetes supusimos muertos. Al acercarnos a los cadáveres, dedujimos que eran tártaros, pero no supimos por qué habían emprendido una incursión tan lejos de sus territorios habituales.

Al cabo de una hora volvieron a prepararse para atacarnos y rodearon nuestro pequeño bosque a caballo, buscando algún lugar por donde abrirse paso. Pero, al ver que siempre estábamos dispuestos a hacerles frente, se marcharon de nuevo. Decidimos no movernos de allí durante aquella noche.

Dormimos poco, pues pasamos la mayor parte de la noche reforzando nuestra posición, bloqueando las entradas del bosque y manteniendo una vigilancia estricta. Esperamos a que amaneciera, y la luz del día nos deparó un descubrimiento muy desagradable: el enemigo, que creíamos desanimado por la resistencia que había encontrado, había aumentado considerablemente en número y había levantado once o doce chozas o tiendas, como si se propusiera sitiarnos. Habían instalado aquel pequeño campamento en la llanura despejada, a unas tres cuartas partes de milla de nosotros. Confieso que entonces me di por perdido, junto con todas mis pertenencias. La pérdida de mis bienes, aunque considerable, no me preocupaba tanto como la idea de caer en manos de semejantes bárbaros al final de mi viaje, después de tantas dificultades y peligros como había superado, y cuando ya teníamos nuestro puerto a la vista, donde esperábamos encontrar seguridad y salvación. En cuanto a mi socio, estaba furioso. Declaró que perder sus mercancías significaría su ruina y que prefería morir antes que pasar hambre; estaba decidido a luchar hasta la última gota de sangre.

El joven señor, que era un muchacho muy valiente, también quería luchar hasta el final. Mi viejo piloto opinaba que, dada la posición que ocupábamos, éramos capaces de resistir a todos aquellos hombres. Así pasamos el día debatiendo qué debíamos hacer. Pero, al acercarse la noche, vimos que el número de nuestros enemigos seguía aumentando, y no sabíamos si para la mañana siguiente serían todavía más numerosos.

Entonces comencé a preguntar a los hombres que habíamos traído de Tobolsk si conocían algún camino apartado por el que pudiéramos evitarlos durante la noche y quizá retirarnos a alguna población o conseguir ayuda para que nos escoltaran a través del desierto. El criado siberiano del joven señor nos dijo que, si nuestra intención era evitarlos y no combatir, se comprometía a sacarnos de allí durante la noche y conducirnos por un camino que iba hacia el norte, en dirección al río Petruz. No dudaba de que podríamos escapar sin que los tártaros llegaran siquiera a descubrirlo. Pero añadió que su señor le había dicho que no se retiraría y que prefería combatir. Le respondí que había interpretado mal las palabras de su señor, pues era demasiado sensato para desear luchar por el mero gusto de hacerlo. Yo sabía, por lo que ya había demostrado, que era lo bastante valiente; pero también sabía que comprendía que no debía pedir a diecisiete o dieciocho hombres que combatieran contra quinientos, a menos que una necesidad inevitable los obligara a ello. Si creía que podíamos escapar durante la noche, no teníamos más que intentarlo. Me contestó que, si su señoría le daba semejante orden, arriesgaría la vida antes que dejar de cumplirla. Pronto conseguimos que su señor le diera esa orden, aunque en privado, y nos preparamos de inmediato para ponerla en práctica.

En primer lugar, tan pronto como empezó a oscurecer, encendimos una hoguera en nuestro pequeño campamento y la mantuvimos viva, preparándola para que ardiera durante toda la noche, a fin de que los tártaros creyeran que seguíamos allí. Pero, en cuanto oscureció y pudimos ver las estrellas —pues nuestro guía no quería ponerse en marcha antes de ese momento—, con todos nuestros caballos y camellos ya cargados y listos, seguimos a nuestro nuevo guía. Pronto advertí que se orientaba por la estrella polar, pues el terreno era llano a lo largo de una gran distancia.

Después de viajar a toda prisa durante dos horas, comenzó a haber más claridad. No es que hubiera estado oscuro toda la noche, sino que la luna empezó a salir; así que, en realidad, había más luz de la que habríamos deseado. Sin embargo, a las seis de la mañana siguiente ya habíamos recorrido más de treinta millas, aunque casi habíamos reventado a nuestros caballos. Allí encontramos una aldea rusa llamada Kermazinskoy, donde descansamos. Durante aquel día no supimos nada de los tártaros kalmucos. Unas dos horas antes del anochecer volvimos a partir y viajamos hasta las ocho de la mañana siguiente, aunque no tan deprisa como antes. Hacia las siete pasamos un pequeño río llamado Kirtza y

llegamos a una ciudad grande y próspera, habitada por rusos, llamada Ozomys. Allí nos enteramos de que varias partidas de kalmucos habían estado recorriendo el desierto, pero también nos dijeron que ya estábamos completamente fuera de su alcance, lo cual nos produjo una gran satisfacción. Allí tuvimos que conseguir algunos caballos de refresco y, como necesitábamos descansar mucho, permanecimos cinco días. Mi socio y yo acordamos pagar al honrado siberiano que nos había conducido hasta allí una suma equivalente a diez pistolas.

Cinco días más tarde llegamos a Veussima, junto al río Witzogda, que desemboca en el Dvina. Por fortuna, estábamos ya cerca del final de nuestro viaje por tierra, pues aquel río era navegable y, en siete días de travesía, nos llevaría hasta Arcángel. Desde allí llegamos a Lawremskoy el 3 de julio. Conseguimos dos embarcaciones para transportar el equipaje y una barcaza para nuestra propia comodidad. Nos embarcamos el día 7 y llegamos sanos y salvos a Arcángel el 18, después de un año, cinco meses y tres días de viaje, incluidos los aproximadamente ocho meses que permanecimos en Tobolsk.

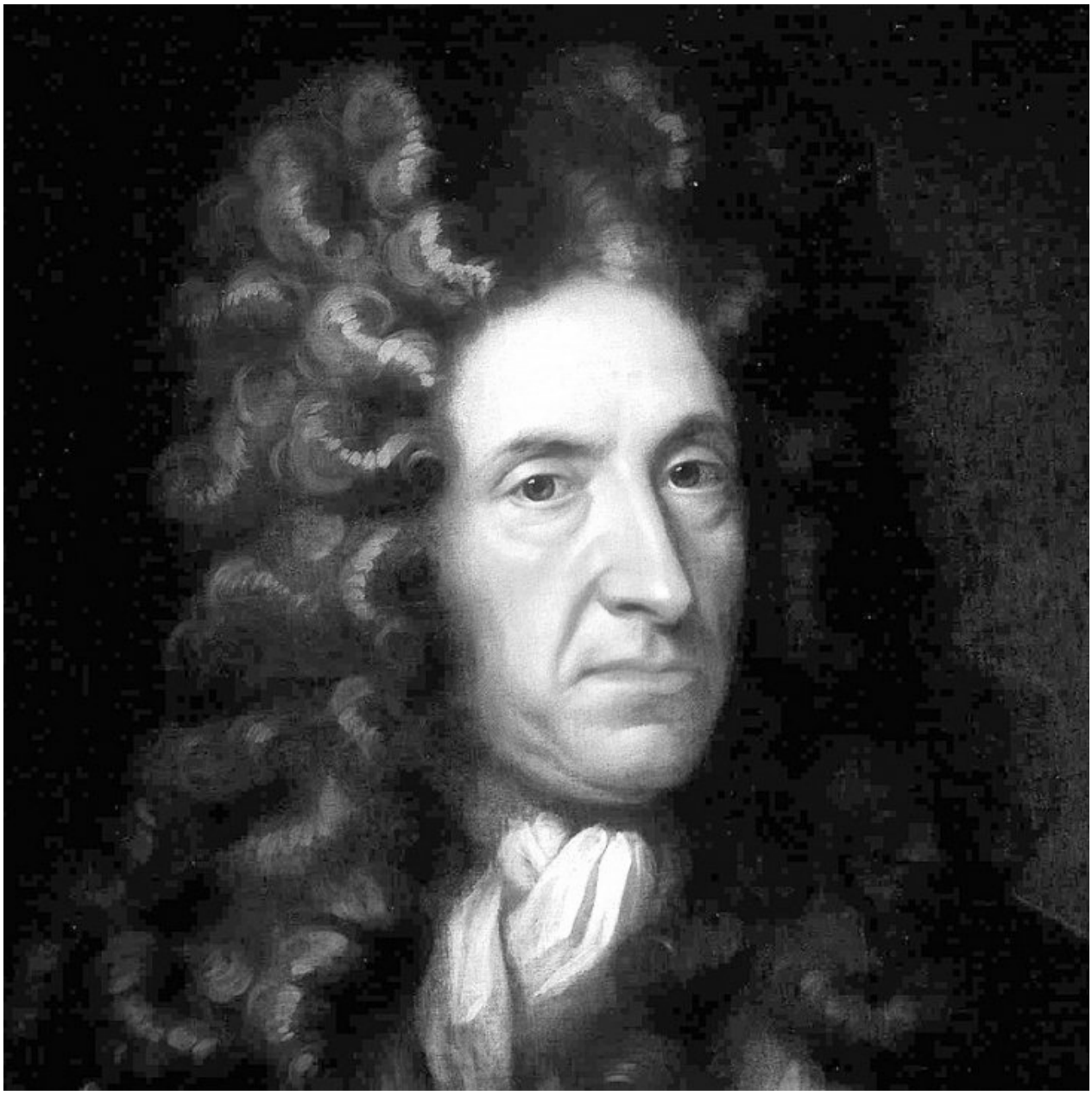
Nos vimos obligados a permanecer en aquel lugar seis semanas, esperando la llegada de los barcos, y habríamos tenido que quedarnos más tiempo si no hubiera llegado un barco de Hamburgo con más de un mes de adelanto respecto a cualquiera de los barcos ingleses. Después de considerar que la ciudad de Hamburgo podía resultar un mercado tan favorable para nuestras mercancías como el de Londres, todos contratamos el transporte con aquel barco. Una vez embarcados nuestros bienes, lo más natural era que yo enviara a mi mayordomo a bordo para que se ocupara de ellos. De este modo, el joven señor tuvo una oportunidad excelente para ocultarse: no volvió a bajar a tierra durante todo el tiempo que permanecimos allí. Lo hizo para evitar que lo vieran en la ciudad, donde algunos comerciantes moscovitas sin duda lo habrían reconocido y descubierto.

Zarpamos de Arcángel el 20 de agosto de aquel mismo año y, tras una travesía que no fue demasiado mala, llegamos sanos y salvos al Elba el 18 de septiembre. Allí mi socio y yo encontramos un mercado muy favorable para nuestras mercancías, tanto las de China como las pieles de marta cibelina y demás productos de Siberia. Una vez repartidas las ganancias, mi parte ascendió a 3475 libras, 17 chelines y 3 peniques, incluidos unos diamantes por valor de seiscientas libras que había comprado en Bengala.

Allí el joven señor se despidió de nosotros y remontó el Elba con intención de dirigirse a la corte de Viena, donde había decidido buscar protección y ponerse en contacto con los amigos de su padre que aún seguían vivos. No se marchó sin expresarme su gratitud por los servicios que le había prestado y por la bondad que había mostrado hacia el príncipe, su padre.

Para concluir: después de permanecer cerca de cuatro meses en Hamburgo, me dirigí por tierra a La Haya, donde embarqué en un paquebote y llegué a Londres el 10 de enero de 1705, tras haber estado ausente de Inglaterra durante diez años y nueve meses. Y ahora, decidido a no someterme a más fatigas, me preparo para emprender un viaje más largo que todos estos: después de haber llevado durante setenta y dos años una vida de infinita variedad, he aprendido lo suficiente para conocer el valor del retiro y la bendición de terminar nuestros días en paz.

Daniel Defoe



Daniel Foe, más conocido por su seudónimo Daniel Defoe (Londres, entre 1659 y 1661, posiblemente el 10 de octubre de 1660-Moorfields, Londres, 24 de abril)? fue un escritor, periodista y panfletista inglés, mundialmente conocido por su novela Robinson Crusoe. Defoe es importante por ser uno de los primeros cultivadores de la novela, género literario que se popularizó en Inglaterra y también recibió el título de padre de todos los novelistas ingleses.? A Defoe se le considera pionero de la prensa económica.

En 1667, recibe sus primeras enseñanzas en Dorking, luego en Stoke Newington Green, en la Academia para disidentes dirigida por Charles Morton (quien sería vicepresidente de la Universidad Harvard). Después de abandonar la academia y decidir que no quería ser ministro, Defoe se metió en el mundo de los negocios en general, comerciando con artículos tan dispares como la calcetería, artículos comunes de lana o productos vinícolas. A pesar de sus ambiciones y de que compraría una finca en el campo y una embarcación (a la vez que civetas para hacer perfume), raramente se encontraba libre de deudas, motivo por el que llegó a ser encarcelado.

En 1684, Defoe se casa con la joven Mary Tuffley, recibiendo una dote de 3700 libras esterlinas. Con sus deudas recurrentes, las dificultades del matrimonio aumentaron. Tuvieron ocho hijos, de los cuales seis sobrevivieron. En 1685 Defoe apoyó la nefasta rebelión del duque de Monmouth. Esta vez pudo escapar a la condena gracias a un indulto logrado con la ayuda del magistrado George Jeffreys.

Una vez que fue puesto en libertad, viajó probablemente a Europa y Escocia, y es muy posible que fuera durante este periodo cuando comerciara con vino con las ciudades de Cádiz, Oporto y Lisboa. En 1688 apoya a Guillermo III de Orange en la Revolución Gloriosa.

Alrededor de 1695 regresó a Inglaterra, usando el nombre "Defoe", y actuando como "comisario de impuestos del cristal", responsable de cobrar los que gravaban las botellas. En 1696 dirigía una empresa de tejas y ladrillos en Tilbury, Essex.